

La noche americana

Ensayos sobre la crisis ambiental
de la ciudad y la arquitectura

Roberto Fernández



UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL





**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL LITORAL**

Rector **Enrique Mammarella**

Secretario de Planeamiento Institucional y Académico **Miguel Irigoyen**

Decano Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo **Sergio Cosentino**

.....

Fernández, Roberto

La noche americana : ensayos sobre la crisis ambiental de la ciudad y la arquitectura

/ Roberto Fernández. - 1a ed. - Santa Fe :

Ediciones UNL, 2021.

Libro digital, PDF - (Ciencia y técnica)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-749-290-3

1. Arquitectura. I. Título.

CDD 720.1

.....

© Roberto Fernandez, 2021.



© edicionesUNL, 2021.

—

editorial@unl.edu.ar

www.unl.edu.ar/editorial



Consejo Asesor

Colección Ciencia y Tecnología

Graciela Barranco

Ana María Canal

Miguel Irigoyen

Luis Quevedo

Gustavo Ribero

Ivana Tosti

Alejandro R. Trombert

Dirección Ediciones UNL

Ivana Tosti

Coordinación editorial

María Alejandra Sadrán

Coordinación diseño

Alina Hill

Corrección

Laura Noste

Elizabeth Strada

Diagramación interior

Alejandro Gariglio

Diseño de tapa

Té de Tintas

La noche americana

Ensayos sobre la crisis
ambiental de la ciudad
y la arquitectura

Roberto Fernández

Agradecimientos

Muchos temas de este libro, como siempre ocurre, tienen motivos y detonadores surgidos de invitaciones, debates o confrontaciones que emergen de coyunturas. Agradezco a todos los que me invitaron a pensar en las cosas que ahora quedan escritas y de cuyos primarios destinos se informa en cada caso.

En cuanto a las imágenes usadas muchas son propias, otras fueron cedidas por sus autores y, todas, material de clases y conferencias. Si hubiera alguna en que debe manifestarse puntualmente su autoría con gusto lo haremos en próximas ediciones.

Índice

Prólogo / 8

Introducción / 11

Sección I: Crisis / 19

Capítulo 1. La Noche Americana / 21

Capítulo 2. Buenos Aires Patchwork Arquitectura & urbanismo de videoclip / 33

1. La crisis de la urbanidad | 2. El escrache como desnudamiento de la abstracción | 3. La ciudad de los años 70 | 4. Situacionismos | 5. Lo poscolonial
6. Representaciones | 7. Estetización de la crisis | 8. Homo porteños 2002 |
9. Moverse en la ciudad | 10. Blindajes | 11. La vida en tubo | 12. Artes de lo real | 13. Etnoproyectos, urbanismos operativos | 14. Aperturas, alternativas.

Sección II: Ambiente / 51

Capítulo 3. Ambiente, Ciudad, Arquitectura. Crítica ambiental y nueva agenda de gestión de ciudades / 53

1. Historia de la cuestión ambiental | 2. Lo ambiental como dispositivos y parámetros de control | 3. La crisis del planeamiento urbano tradicional | 4. Aportes para una planificación urbano ambiental | 5. Hipótesis sobre la posición de la arquitectura.

Capítulo 4. Las Ciudades Invivibles . Sobre la crisis ambiental de las ciudades / 79

1. Cambios de las condiciones urbanas 1980-2000 y sus efectos en la problemática ambiental urbana | 2. Cambios en la percepción ambiental de los escenarios de crisis urbanas en las últimas dos décadas y aportaciones crítico operativas.

Sección III: Ciudad / 91

Capítulo 5. Hacer La Calle. Experiencia y construcción de lo urbano público / 93

Capítulo 6. Lugar Urbano. Convergencias proyectuales entre Arte y Arquitectura / 99

Capítulo 7. La Metrópolis Dual. Apogeo y fracaso de Buenos Aires como metrópolis en los años 40 / 123

1. Metrópolis cultural: la noción moderna de metrópolis | 2. Metrópolis política: la noción posmoderna de metrópolis | 3. Miradas finales a lo metropolitano | 4. El concepto de metrópolis cultural en la escena latinoamericana y el caso Buenos Aires en los años 40 | 5. Buenos Aires en los años 40: el fracaso de la institución de una condición de metrópolis política | 6. La crisis de la MP: fragmentación diferencial, latinoamericanización, caída de la calidad del espacio público, crisis ambiental | 7. Hipótesis a modo de conclusiones.

Sección IV: Arquitectura / 159

Capítulo 8. Catedrales Laicas. Populismo político, modernidad urbana y equipamiento cultural en América del Sur: 1940-1960 / **161**

1. Relaciones modernidad/política en América Latina | 2. Relaciones modernidad/sociedad en América Latina | 3. Flujos de intercambios entre la modernidad central y las manifestaciones orbitales de América del Sur.

Capítulo 9. Modernidad Larga. Breve Posmodernidad / **195**

1. Ciudad incompleta, metrópolis negra | 2. Estrategias de la ilusión | 3. Imperio de la abstracción o la cosa misma | 4. Camuflaje y enigma | 5. Rappel a l'ordre: naturaleza y artefacto | 6. Ilusión del consumo, utopía de la producción | 7. Adaptaciones: posmodernidades centrales y orbitales | 8. La máquina perfecta o el uso/abuso (de la función a la fiesta) | 9. Relleno y hermenéutica | 10. De lo efímero.

Capítulo 10. Arquitectura Como Cultura / **211**

Capítulo 11. América Latina Como Futuro Desafíos proyectuales / **219**

1. América como proyecto | 2. Preexistencias territoriales y voluntad proyectual | 3. Modernidad inconclusa | 4. Crítica del cosmopolitismo | 5. Crisis de sustentabilidad mundial y oportunidades americanas | 6. Nuevas dimensiones de la práctica proyectual | 7. El problema de los que están alrededor del proyecto | 8. El problema de lo que está después del proyecto | 9. Instalaciones y adaptaciones | 10. Conocimiento ecotécnico y antropológico cultural | 11. Nuevos roles proyectuales en los nuevos modelos o funciones de ciudad | 12. Región dentro de lo global.

Capítulo 12. Saber Proyectual / **235**

1. Lo global y lo local | 2. Peculiaridad de lo local | 3. Escasez económica y austeridad formal | 4. Experimentación tecnológica | 5. Actitudes ante la dialéctica pobreza/globalización | 6. Dualidad pragmatismo/pensamiento crítico | 7. Dualidad esfera pública/esfera privada | 8. Dualidad instrumentalización/pedagogía crítica | 9. ¿Cómo hacer ciudad?: compatibilidad arquitectura/ciudad | 10. Sobre el caos expansivo de las megalópolis | 11. ¿Qué historia? Local, global. Referencialidad, evidencias | 12. Homogeneidad de la modernidad | 13. Tectónica versus virtualidad efímera | 14. Sobre el campo de enseñanza del proyecto | 15. Sobre el campo de enseñanza de la historia y la teoría | 16. Sobre el campo de enseñanza de construcción y estructuras | 17. Sobre el campo de enseñanza de territorio y urbanismo | 18. Sobre el campo de enseñanza de tecnología y expresión | 19. Sobre el campo de enseñanza de las humanidades.

Capítulo 13. Arquitecturas Narrativas. El proyecto entre lo ontológico y lo referencial / **257**

1. Lo clásico como mímesis: efectos de la representación reproductiva | 2. El ocultamiento cultural de la artísticidad de los orígenes | 3. La abstracción moderna como afirmación del tipo y del fenómeno de la autonomía | 4. El partido como centro de la economía proyectual mimética clasicista: el método beaux arts | 5. Lo moderno como arbitrariedad | 6. La tradición de la traducción o la oposición al autorreferencialismo ontológico encuadrado desde las posiciones hermenéuticas | 7. La cuestión de las arquitecturas folk. | 8. La traducción como metáfora (la alusión simbólica) y la traducción como alegoría (el pars pro toto) | 9. Estado de la oposición. Tipo / partido / cierre / represión frente a textualidad / discurso / hiperanálisis / fenómeno | 10. Episodios singulares del proyecto actual: ¿hacia un proyecto final?

Bibliografía / 267

Sobre el autor / 275

Prólogo

La primera curiosidad que sentí cuando tuve el libro en mis manos fue el porqué de su título, más emparentado con una novela o una película. Luego de su lectura y análisis no encuentro mejor y más sintética descripción de esta obra que la que realiza su propio autor en el último párrafo de la introducción.

“La noche americana alude a un estadio crepuscular de la historia civilizatoria eurocéntrica u occidental, que registra los efectos colaterales que el despliegue de la globalización –esa forma que enuncia la consolidación de instancia extrema del capitalismo posindustrial hegemonizado por los Estados Unidos y también sus fisuras– infligió e infringe al ambiente, la ciudad y la arquitectura, cambiando regresivamente la calidad de la sustentabilidad y la urbanidad y obligando a la arquitectura como disciplina a revisar sus alcances, agudizar su talante crítico y encontrar las vías posibles de su razón de ser presente y futura.”

Esta excelente compilación de textos que fueron realizados para distintos momentos (entre 2001 y 2002) y circunstancias de la actividad del arquitecto Roberto Fernández muestra con claridad meridiana, además de la coherencia de su pensamiento sobre la temática, su cosmovisión crítica para el *análisis de la estética geopolítica de la arquitectura*.¹

La obra marca la decadencia del planeamiento urbano tradicional, cómo se han afectado la autonomía de la episteme de la arquitectura, las violencias físicas y simbólicas de la urbe, la degradación de la urbanidad emergente de la complejidad tardocapitalista, la trama sociopolítica, refiriéndolas como elementos de la degradación del espacio público contemporáneo.

¹Capítulo 12. Saber proyectual

El autor define el rol de la arquitectura en la cuestión ambiental incorporando, a la visión disciplinar, los conceptos de riesgo, sustentabilidad, de metrópolis en su dimensión política y cultural, la ecología, el ambiente, el impacto ambiental y sus metodologías y aplicaciones, que abonan la gestión urbana y del territorio en su reinterpretación según las lógicas del mercado y su reconquista, como criterio de abordaje crítico ambiental de los efectos marginales de la globalización.

Como verdadero docente universitario que es, Roberto Fernández suma a su visión crítica una propuesta de un nuevo posicionamiento disciplinar ante la disyuntiva contemporánea. En este sentido, en los capítulos finales hace una redefinición de la actualidad proyectual de la arquitectura, llegando a establecer, en términos generales, los contenidos fundamentales de los planes de estudio para la enseñanza de la arquitectura.

La claridad expositiva y de síntesis de los escritos compilados en esta obra hace que su lectura se haga necesaria a la hora de reflexionar para la acción en el campo epistemológico disciplinar de la arquitectura, dirigiéndose tanto a los que investigan, los que hacen docencia, como aquellos que con responsabilidad enfrentan el diario desafío de construir, en el más amplio sentido de la palabra, lo urbano en el territorio contemporáneo.

En definitiva, el siglo XXI que comenzó el 1 de enero del 2001, trae consigo signos que ponen en crisis los paradigmas de la modernidad y posmodernidad, transformando todo en un presente absoluto, que ha cambiado las coordenadas (o si se quiere, el norte) de lo que creímos durante mucho tiempo eran las bases de nuestra civilización occidental contemporánea. Hoy se hace necesario poner nuestras certezas en un estado de incertidumbre temporal. Lecturas como la presente obra nos ayudan a orientar las preguntas que permitan interpretar el presente-futuro de nuestra territorialidad.

Arq. Julio Talin

Dedicatoria

Al matriarcado de esposa e hijas (Cristina, Luciana, Laura y Florencia) que construye el clima en que trabajo y el espacio de mis excursiones académicas por el mundo.

Introducción

A la manera de un *no libro* anterior e inmediatamente precedente (Fernández, 2001) esta segunda incursión miscelánea recoge un conjunto de trabajos fundamentalmente producidos en la segunda mitad del 2001 y durante el 2002, la mayoría resultante de encargos y aportes a diferentes eventos académicos que, aunque signados cada uno por su lógica o intencionalidad, siempre sirven como excusas para dar forma a un estado del pensamiento. Más que *trabajos para una finalidad específica* son *ensayos de un tiempo específico*, de unas circunstancias únicas que siempre tiñen y organizan el sentido crítico ideológico de estas reflexiones y estudios, oscilantes entre las esferas de la teoría ambiental y las críticas urbano arquitectónicas que, en cualquier caso, siempre resultan ser los campos de mi trabajo de investigación y enseñanza.

Sin embargo, parece posible otorgar un sentido y un valor preferencial –en esta época de tan exagerada *presentidad* que, como dice Huysens (2002), nos niega la perspectiva del futuro y sólo nos propone la certeza del pasado– a un *libro de emergencia*, un retablo de *disquisiciones de coyuntura*, dado que por una parte podría ser la forma de dar curso a una discursividad *crítica* (es decir: no tan resignada como toda la teoría del *fin de la historia* y la aceptación plena del *fatalismo globalista*, justo cuando estas ideas parecen crujir) y por otra, una manera de emprender (con poco apego al oportunismo) una cierta refundación disciplinar del *pensum* de la arquitectura, que despojada del positivismo modernista asuma justamente un análisis de los estragos urbanos de la abstracción implantada por el capitalismo mundial y final.

Una *abstracción* que consiente y estimula, a favor del entronizamiento de una lógica hegemónica de acumulación capitalista y distribución regresiva de las

rentas, cualquier clase de efectos negativos en otras órbitas, desde el incremento psicológicamente insostenible del riesgo de colapso ecosférico hasta la destrucción de la vida pública visto el diversificado despliegue de violencias; desde la ruptura irrecuperable de ecosistemas frágiles hasta la reorganización autoritaria de la biopolítica mundial; desde la degradación consumística de las culturas regionales hasta la precarización grave de las formas de habitabilidad instituidas desde la perspectiva humanamente progresista del iluminismo moderno.

Quizá como una módica contribución a la articulación de una sistematicidad de este conjunto de ensayos, se han agrupado según cuatro series temáticas, de una identidad no tan precisa pero en todo caso, proveedora de cierto marco de referencia, a saber: (I) Crisis, (II) Ambiente, (III) Ciudad y (IV) Arquitectura.

El primer conjunto –*Crisis*– emerge como respuesta a circunstancias enteramente demarcadas por el tiempo de su escritura y si bien intentan reflexionar sobre dos hechos de trágicas turbulencias –el ataque terrorista a las *Twin Towers* neoyorquinas del 11S (Fernández, 2001f) de 2001 y las movilizaciones sociales ocurridas en Buenos Aires en la penúltima semana de Diciembre del mismo año (Fernández, 2002c)–, buscan interpretarlos como signos más profundos que su violento coyunturalismo, tratando de ver que fenómenos urbano culturales permitían sino prever, al menos entender en algunas manifestaciones de los hechos acaecidos y sobre todo y más apropiadamente, especular acerca de las consecuencias que sobre la naturaleza de la urbanidad puedan generar esos episodios.

Es decir, pensar si los hechos del 11S y del 20D –uno central y otro periférico, pero ambos emblemáticos y, previsiblemente, generalizables– anticipan o tematizan dramáticamente secuencias de una futurología urbana cada vez más crítica e inestable, más lejana de la convivencia humanista tenazmente imaginada durante dos siglos y de la que los aportes progresistas de la arquitectura y el urbanismo pretendieron formar parte.

El segundo conjunto –*Ambiente*– agrupa dos textos de circunstancias que se proponen abandonar el tono *optimista* que este nuevo irrumpir de un paradigma cognoscitivo operativo nos había estimulado en otros trabajos y momentos, abriendo ciertas temáticas cuya enunciación pueda aportar al reconocimiento crítico de carencias y limitaciones más que a una visualización neoutópica de alternativas al pensamiento único. Ya que si algo deja en claro el fin del milenio es que la *ilusión ecologista*, como movimiento sociopolítico alternativo, está todavía muy lejos de librar batallas finales frente al exánime modelo tardocapitalista que tiene, al parecer, todavía mucha tela por cortar en el agotamiento de la sustentabilidad del mundo y en el rediseño injusto de las asimetrías sociales.

En este sentido, el primero de los textos de este conjunto se propone analizar negativamente cómo la óptica ambientalista delinea el fracaso de

la planificación urbana de la segunda mitad del siglo XX, entendida como superestructura teórica demasiado sesgada por una reflexión emergente del discurso dominante del megapoder económico financiero y a la vez, como aparato técnico siempre sutilmente desplazado a favor de un acomodamiento a las necesidades del capital rentístico.

El modelo ultratáctico del llamado *plan de proyectos* da el tono de esta exagerada subordinación de la planificación al poder económico, así como el cacareado pasaje a una democratización participativa supuestamente propia de la *planificación estratégica* no parece ser sino una pantalla teórico práctica de legitimación suplementaria del hegemonismo de ciertos actores urbanos cuyo protagonismo tiene que ver con su inserción en la dinámica del capital y no con la aspiración al bien común y al derecho a la ciudad.

Aun así o como consecuencia de estas cuestiones tan dominantes de la realidad de las políticas urbanas (cada vez más desprovistas de *realismo local*), el escrito aquí planteado (Fernández, 2000b) –que fue base de una intervención en el Colegio de Arquitectos de Madrid– busca rescatar instrumentos, conceptos y referencias casuísticas que, aunque modestas, quizá constituyan el exíguo capital intelectual sobre el que insistir en la formulación de una cosmovisión crítica de la degradación de la urbanidad emergente del capitalismo avanzado.

El segundo de los escritos mencionados entregaba la oportunidad de una revisión retrospectiva de avances y retrocesos en las *relaciones entre ambiente y ciudad*, dado que se preparó como análisis crítico de un trabajo de mi autoría realizado sobre el mismo tema casi dos décadas atrás (Fernández, 1986) y ello debido a que los editores habían resuelto realizar una segunda edición de la compilación antológica en que figuraba aquel texto inicial.

La segunda edición finalmente se publicó de forma análoga a la primera, sin los textos autocríticos o de actualización, salvo un lúcido aunque genérico prólogo del coordinador de ambas ediciones.¹ Mi artículo, que quedó inédito, se ocupaba de resaltar la pérdida del optimismo tecnosocial que los primeros 80 abrigaban respecto de una benéfica reformulación de políticas y planificaciones urbanas emergentes del dispositivo ambiental imaginando, incluso entonces, desarrollos disciplinares de la arquitectura mucho más proactivos respecto del mejoramiento de las necesidades socioculturales de una ciudadanía que en el caso latinoamericano parecía despertar del largo y trágico letargo autoritario.

Si el inicio de los años 80 admitía aquel optimismo, el arranque del nuevo siglo deparaba otras características, como un autoritarismo ejercido ahora desde un omnímodo poder mundial, entre cuyas repercusiones se encuentra el agravamiento del perfil habitativo de extensos estratos mundiales y de las condiciones de la calidad de vida urbana.

El tercer bloque temático –*Ciudad*– desde luego se anuda a los anteriores, en tanto las emergencias de las convulsiones y crisis socioculturales y las consecuen-

cias del agravamiento de la merma de calidad ambiental y de sustentabilidad ecosférica, se manifiestan explosivamente en las ciudades y en el cambio consecuente y regresivo de la calidad de las relaciones sociales en esos ámbitos.

Sin embargo, los textos agrupados presentan diferencias y atienden a diferentes dimensiones de la urbanidad contemporánea. Si el primero (Fernández, 2001d) se refiere a la consideración de *la calle* como escena de identidad y calidad pública de la urbanidad –verdadero *teatro de la esfera de lo público*– así como a la comprobación de su real y promovida obsolescencia como elemento básico de urbanidad; el segundo (Fernández, 2002b) intenta reconsiderar la relación reflexivo operativa de las teorías estéticas y las praxis artísticas posmodernas con la ciudad, convertida así no sólo en receptáculo de *performances* sino sobre todo, en plataforma de enunciación de las situaciones que el discurso artístico va a convertir en sustantivas. Buena parte de la discursividad crítica sobre lo urbano emerge de la reproducción de elementos de ciudad que pasan a ser materia del trabajo artístico conceptual.

El tercer trabajo incluido (Fernández, 2001c) tuvo otro destino y tiene otro armazón: resultó un encargo para un coloquio coorganizado por las Universidades de Nueva York y Buenos Aires y se adaptó a establecer algunas cuestiones de comparación entre ambas historias urbanas, que el coloquio proponía como motor teórico de la reunión, tanto para señalar semejanzas como para argumentar diferencias.

Nuestro enfoque utilizó el espesor de las lecturas de historia urbana, para proponer momentos de semejanza y momentos de diferencia, alrededor del diferente alcance de dos conceptos de *metrópolis: política y cultural*. Este trabajo fue previo a los episodios del 11S de Nueva York y del 20D de Buenos Aires, que se trataron en los dos artículos que componen el primer segmento del presente libro.

El despliegue ulterior de las historias en dos ciudades que aquí se había iniciado, cobró después del coloquio una nueva dimensión de semejanzas y diferencias seguramente relacionables con la deriva diversa del rol y destino de ambas ciudades y de cómo juegan en el entramado de crisis de esta era de globalización.

Los cinco textos ensayísticos que se agrupan bajo el rubro de la cuarta y última sección del libro –*Arquitectura*– no sólo remiten a la escala más específicamente disciplinar de las temáticas abordadas, sino que buscan discutir esa supuesta nitidez de referencialidad específica, según el impacto que los fenómenos planteados en las tres secciones previas y de escalas más abarcativas, le infringen a la arquitectura como práctica social y como aparato técnico, obligando si se quiere a restablecer un modo crítico de estipular la clase de efectividad sociocultural de esta actividad y campo de conocimiento, de cara a argumentos que emergen de los textos precedentes, como las violencias físicas y simbólicas urbanas, el agotamiento de los procedimientos reguladores y normativos de la planificación, los efectos globales y locales de las

catástrofes ambientales y las mermas de sustentabilidad, la caída irremisible de la calidad pública de lo urbano o la redefinición de categorías socioantropológicas ligadas al despliegue de la pobreza, la ruptura de los estados de bienestar manifiestos sobre todo en la calidad de vida urbana y los fenómenos consecuentes del colapso de aspectos articuladores de la urbanidad como la industria o el trabajo formal.

La arquitectura, como *disciplina* o campo de enunciación de discursos teóricos y como *oficio* o ámbito de producción técnica de operaciones básicamente ligadas al concepto de *proyecto*, se ve doblemente problematizada por esas circunstancias de escalas mayores, lo que le exige un nuevo modo de inserción en la nueva división emergente del trabajo teórico y técnico así como que ve cancelada su ilusión *autonómica en lo epistemológico*.

Si bien ocurrió muchas veces en la larga historia de esta esfera disciplinar, ahora como nunca su viabilidad depende de entender e instalarse en las redes de esta complejidad tardocapitalista.

El primer texto de esta serie (Fernández, 2001e) procura revisar la historia moderna de algunos episodios relevantes en las ciudades latinoamericanas, básicamente en el período 1940/1960, precisamente despojando tal historicidad de autonomía disciplinar y revisando algunos episodios de la misma a la luz de su rol en la trama sociopolítica de aquella etapa que supuestamente iba a presenciar una efectiva modernización periférica.

El segundo y el último ensayo de esta sección intentan discernir formas de interpretar la modernidad: en el primero mencionado (Fernández, 2001g), según la exploración de la hipótesis de la *inclusión técnico simbólica de la posmodernidad en la modernidad*, precisamente entendiendo ésta como fenómeno inconcluso y estación cultural imperfecta de la modernización y aquella como flexión ideológica y adaptativa del aparato de la arquitectura como cultura tardocapitalista, abonando el concepto de la imposibilidad en el mantenimiento de un estatus autónomo de la arquitectura en el devenir de su rol en plexos socioeconómicos muchos más complejos y determinantes.

Precisamente el segundo de los ensayos mencionados y último de la colección (Fernández, 2002d), vuelve a postular la perspectiva de un *dualismo entre autonomía y referencialidad*, entre ontologismo arquitectónico y sistemas referenciales de heteroglosia y traducibilidad, justamente para proponer la creciente imposibilidad sociocultural de la primera opción y el progresivo desemboque en la segunda forma de proyectualidad que, en cierto sentido, viene a significar el apogeo de un *modus* posmoderno según el cual la arquitectura va camino de redefinirse casi exclusivamente como una *praxis discursiva o textual*, un dispositivo más del superestructuralismo lingüístico que queda marginal —aunque subsidiario y funcional— respecto de la lógica imperativa del *pensamiento único* del capital político económico globalizado.

Los restantes tres artículos de este apartado pueden entenderse como piezas del nuevo rompecabezas del cuadro de inserción del pensum arquitectónico en la nueva organización del trabajo intelectual y técnico del mundo al final del siglo XX.

Un ensayo (Fernández, 2002a) propone *pensar la arquitectura como cultura*, justamente aceptando esa nueva distribución de los saberes/poderes y, en todo caso, reservando la posibilidad de una *cultura crítica*, no tanto una mera justificación de oportunismos fácticos.

Otro trabajo (Fernández, 2002), en una veta semejante, se propone supereditar el programa de una proyectualidad todavía vigente para operar en una dimensión cultural susceptible de fortalecer la *episteme latinoamericana*, en una era en la que la reconstrucción de potencialidades regionalistas puede verse no sólo como perspectiva posmoderna de invadir los intersticios que quedan en las oquedades de una globalización salvaje e imperfecta, sino también como *descubrimiento de oportunidades* quizá no inscriptas –o no debidamente reconocidas y legitimadas– en la historia disciplinar convencional.

El restante ensayo (Fernández, 2002e) de esta agrupación es una reflexión más o menos sistémica de los argumentos precedentes de cara a presentar argumentos para una *reforma del modo de enseñar arquitectura*, tarea *reproductiva* que debe romper su exagerada y atávica relación con un modo de producción de arquitectura –el *modo moderno*– que, nos guste o no, ya no existe.

Cabe agregar, en términos prácticos, que para garantizar la articulación conceptual que pretende ofrecer con este texto un cuerpo orgánico y una discursividad sistémica más allá de la mera acumulación de aportes dispersos, los ensayos presentados fueron rescritos, ampliados, reformulados en sus alcances y conexiones y mejorados en su aparato referencial bibliográfico y casuístico.

La Noche Americana alude a un estadio crepuscular de la historia civilizatoria eurocéntrica u occidental, que registra los efectos colaterales que el despliegue de la globalización –esa forma que enuncia la consolidación de la instancia extrema del capitalismo posindustrial hegemónico por los Estados Unidos y también sus fisuras– infringió e infringe al ambiente, la ciudad y la arquitectura, cambiando regresivamente la calidad de la sustentabilidad y la urbanidad y obligando a la arquitectura como disciplina a revisar sus alcances, agudizar su talante crítico y encontrar las vías posibles de su razón de ser presente y futura.

Notas

¹En la segunda edición, realizada en 2000, el ensayo se dispone entre las páginas 196 y 254. La introducción crítica y genérica, que explica y reorganiza críticamente aspectos de las aportaciones de la primera edición, se encuentra en el ensayo “Presentación a la segunda edición” (pp. 25-60) de E. Leff (compilador de ambas ediciones). En la segunda edición se omiten algunos ensayos de la primera considerados demasiado obsoletos.

Sección I

Crisis

Capítulo 1

La noche americana

El 11 de septiembre de 2001 puede que alcance a convertirse en una fecha bisagra en la *longue durée* histórica, hecho que suele ocasionarnos no poca turbación porque hemos sido testigos sensibles (dentro del formato de sensibilidad mediáticamente estimulada: *el modelo de sensibilidad CNN*) durante este 2001, ahora bien entendido puerta del siglo XXI, tiempo diferente que se desliga quizá sangrientamente del largo decenio transicional que había arrancado, curiosamente manso, con la caída del muro en aquel lejanísimo 1989.

Ese caer(se) de muros y de torres, tan opuesto al erigir del medioevo, de un tiempo largo signado por esa voluntad de construcción, se cierne así como metáfora arquitectónica de un definitivo desdén por las cosas y las casas, triunfo abstracto del valor que circula o que fluye –pero que ya no se arraiga o adhiere a lo matérico, ni siquiera a lo matérico sensible o estéticamente querible–, pero que paradójicamente cierra un milenio que vuelve a la incertidumbre de aquel medievalismo, de marcas, guerras tribales o señoriales, religiones encarnadas y literatura de cordel, que iba por los primeros mercados dominicales con señas míticas de desolación picaresca y entronizamiento fatal de un orden del mundo a caballo de las teogonías y las violencias.

La apacible y *culturosa* arquitectura, la señal de progreso social de la urbanidad, pierde su dilatado escenario de trascendente simbología de futuro (y de retención de lo histórico como medida de evolución civilizatoria) para ser un fragmento más de la infinita urdimbre de materia y energía que conforma la riqueza del mundo y las claves de su disputa salvaje.

Lo que se erigía como alegoría de una terrenalidad que accedía a celebrar la trascendencia, hoy se abate como referencia invertida a la incorrección política

de la inmutabilidad de un mundo imaginado como inmanente, al margen de las miserias de lo real: todo, empero, formando teórica parte de una *medievalidad larga*, transida de luchas por representar y apropiarse de dioses de legitimación frente al fracaso moderno de la contractualidad social.

1. El toro lustroso y el ejecutivo polvoriento

La ostentación artística ha sido expresión de la mala conciencia empresarial, esos sujetos que no tienen tiempo para nada que no sea *money*, aunque desde luego, algo de arte conviene manejar puesto que es una de las *new commodities*, junto a *discount bounds* y otras bellezas.

Lo cierto es que en el distrito financiero manhattaniano –ese destruido por el ataque terrorista– junto al flujo de adrenalina y divisas, había dos obras de arte que ahora curiosamente comparten el sombrío cartel de fotos y testimonios de la devastación: un lustroso y boteriano toro, semejante al emblemático *porcellino* florentino –ese símbolo del *mercado* de aquella ciudad inciótica del ulterior frenesí capitalista– que, tras tanto ser tocado en religiosa invocación –supongo– al éxito en alguna transacción, se ve brillante aun en la nube polvorienta del barrio; en otro lugar, la réplica del *broker* descansando, sentando con su *attachée*, después de una ardua jornada de especulación. La segunda y realista composición –algo reminiscente del sedente Pessoa que espera en la puerta del *A Brasileira* lisboeta– está llena de polvo y ceniza, su bronce se patina por los restos de la explosión y nadie lo toca (ni lo lustra) quizá en respeto simbiótico por un abatimiento que obviamente ya es más que una mala jornada de alzas y bajas.

El toro emblematiza la *objetividad* omnipresente de un mercado cuya prepotencia nadie puede osar discutir; el ejecutivo pedestre alude a la *subjetividad* de la carne y la sangre –trocada en bronce– que no se puede escindir del dolor y la destrucción, de la episódica saga de los suicidas desesperados que se arrojaban al vacío desde el piso ochenta de las torres consumidas por el fuego explosivo de tanques llenos de fuel reventados diestramente sobre los edificios gemelos.

2. 2 x 2: dos budas y dos torres, dos historias dobles

Entre enero y septiembre de 2001 dos historias se entretrejen como contrararas de destrucciones más o menos programadas. Los dos budas de Bamiyán no eran gemelos ni recientes: las dos esculturas de 55 y 38 metros de altura habían sido talladas en los contrafuertes montañosos afganos hace 2000 años, como reflejo de una fe que entró en pérdida cuando mucho

después de aquellas fechas, el Islam llegó a las montañas asiáticas hacia el siglo XI. Cuando el *mullah* Mohamed Omar –el actual contrincante oficial de Bush, jefe talibán– ordenó destruirlos, sólo trataba de completar atisbos ordenancistas que en 1998 ya habían propinado unos tiros de mortero en la ingle del buda pequeño.

La orden del *mullah*, en todo caso, era coherente con otras decisiones, como la prohibición de fotografiar seres vivos o el enmudecimiento decretado de la TV (¿Omar será un gurú capaz de salvarnos de la fatal destrucción cerebral que ésta nos garantiza?) y de la música, tanto como la prescripción obligatoria del uso de la barba mahometana para todos los hombres y el impedimento a las mujeres de la occidentalizada pretensión de estudiar y trabajar. Fuera de cierta genérica sabiduría implícita en la legalidad coránica, Omar también decidió castigar los delitos con amputaciones y ejecuciones públicas. Otro *mullah* influyente, Abdul Motainim, clamó acerca de la necesidad de *eliminar falsos dioses*.

La respuesta occidental –a cargo de Philip de Montebello, el neoyorquino gerente del Metropolitan Museum– no fue menos salvaje, aun en su pretensión de salvataje: ofreció comprar los budas para redimirlos de su destino de polvo, reanudando el sempiterno criterio economicista de esa voracidad de emporio –que cuajó Nueva York– de fragmentos de historia desgajada de sus sitios como *The Cloisters*. Si Montebello hubiera tenido éxito y tiempo y hubiera emplazado el par de budas, por ejemplo, en el *downtown* artistizado de la *financial city*, quizá los proyectiles Boeing hubieran completado la destrucción simbólica a dos puntas, el preislamismo hinduista y el posislamismo globalizado.

La historia que Eric Darton (1999) cuenta de las *Twin Towers* no es menos turbulenta y hasta tenebrosa: consecuencia del afán desarrollador del *Low Manhattan*, emprendida desde 1958 por Nelson Rockefeller, gobernador de Nueva York que llegó a ese cargo para concretar o rescatar los negocios inmobiliarios familiares (*Columbia University, Rockefeller Center*), fue el cénit de la corrupta gestión de Austin Tobin, un Robert Moses posmoderno.

Tobin fue quién urdió la forma para saltar todas las regulaciones ya que como *broker* de la *Port Authority of New York and New Jersey*, encaró el megaconjunto que mereció, en su concurso, proyectos de Gropius, Johnson, Pei o Kahn, antes de escogerse el planteo de Yamasaki.

Este curioso engendro de *international style* clasicizado con su rémora goticista en el basamento, especie de *johnsonismo enano*, generaba la ominosa percepción de su dificultad de encuadramiento para el peatón *flaneurístico* –al mirar para arriba uno se mareaba– además de su carga de tragicidad anunciada, visto aquel antecedente del *Pruitt Igoe Complex*, el fantasmal conjunto que Yamasaki había proyectado en Sain Louis, que enormemente degradado inauguraba con su demolición higienista el inicio de la posmodernidad

juguetona, al decir de Jencks, que ya nos pondrá pronto algún rótulo a la etapa pos *Twin Towers*.

3. Inseguridad / aislación comunicada

El problema es el día después al 11, siempre y cuando no prospere la prodigiosa capacidad de olvido y acostumbramiento de nuestra humanidad poshistórica, proferido este último y fatalista adjetivo en el gehleniano sentido de *anestesia del tiempo*, que nos viene dado en una historicidad comprimida en la velocidad de las noticias y en la contigüidad virtual de la globalización sin lugar.

La integración, necesaria al objetivo poshistórico devenido del imperativo de la lubricación mercantil –según la cual deberían tender a anularse las fricciones que obstruyen el movimiento de lo mercantilizable (o sea: todo)– ahora se viste de incertidumbre. La necesidad de familiarizar el mundo y hacerlo fluir, entra así en duda e inseguridad: el Otro es objeto de sospecha, no de conquista e intercambio. El Otro puede resistirse con violencia a la inoculación de las sustancias globales.

Entonces sobreviene una contradicción que parece fatal para el futuro de lo público e ideal para la comunicación virtual: toda fricción es insegura y por lo tanto deberá inventarse un estatus de aislación comunicada, en la cual la circulación de vectores de enfermedad, como el ántrax, opera por fuera de su especificidad biosanitaria, como una alegoría de aquello que debe resolverse con control y tecnología: queremos mantener la hipercirculación del flujo cósmico del mundo, pero a la vez, debemos precavernos del artero comportamiento del Otro salvaje. La solución, fantacientífica, es la aislación comunicada, una nueva manifestación del panóptico *Big Brother*, ahora pasado de la mecánica óptica a la electrónica digital, de las redes jerárquicas a los rizomas homogéneos.

Por otra parte, ocurre la realización de lo confinado a la fantasía, es decir el cine, que había servido para escenificar y conjurar las catástrofes: “*El paisaje y las imágenes de las torres derrumbándose –dirá S. Žizek –² no hicieron sino recordarnos a nosotros, corrompidos por Hollywood, las escenas más pavorosas del cine catástrofe*”. De allí, la sensación pulsional que se engendra, corporiza una fantasía que, anticipándose, casi opera como provocación del acontecimiento (invirtiendo el mecanismo religioso del ritual que gasta poco –un sacrificio puntual– para conjurar mucho), fortaleciendo de paso, al cine (y habría que agregar a la TV publicitaria de simulación de una realidad perfecta e imposible), como espejo proyectivo de lo social, en un sentido que confirma a Engels y a Gramsci.

Un psicoanalista argentino, Germán García (2001), flexiona infinitamente a Lacan para hipotetizar que (si el inconsciente es el discurso del Otro) el discurso devastador del fundamentalismo islámico es el inconsciente del neocapitalismo y viceversa.

No sólo es fundamentalista el islamismo –por ejemplo, según el análisis de Rodinson (1980)–, sino más aún, aquello que ominosa y anticipadamente Harold Bloom (1992) llamó *The american religion*, situando Estados Unidos como el *locus* o *nation* del *poscristianismo*: uno que propondría a la religión estadounidense como quintaesencia de biblicidad, frente a la imperfección en tal sentido, del cristianismo y el judaísmo: el *productivismo protestantista* –que en Estados Unidos encarnan los mormones, la ciencia cristiana, los testigos de Jehová, los pentecostales y los adventistas– se imbuje de un gnosticismo singularmente posético (o posbíblico).

Ahora bien, y de allí, la siniestra simbiosis lacaniana entre estas religiones de Estados Unidos/Islam, dice Rodinson: *Hubo otro impulso importante que contribuyó al conocimiento del mundo musulmán* (y no, la intención restauradora del primer judeocristianismo, que podría atribuírsele al proyecto de Mahoma, en el sentido de recuperar la fe de Abraham): *se trata de la motivación económica, de la búsqueda de provecho comercial*. Campo en que los mahometanos también tenían, desde el siglo de las cruzadas, importantes intereses.

Los dos momentos posjudeocristianos de religiosidad más reciente –el Islamismo y *the american religion*– coinciden en un doble modelo de inflexibilidad ética respecto de las cuestiones que hacen a la riqueza del mundo, siendo las vertientes, muy distintas por otra parte, que han acuñado el paradójico concepto de *capital moral*.

4. El aceite CNN

Hace bastante tiempo –McLuhan y Wolfe mediante– que aprendimos que nada real existe sin discursividad: o que todo lo real adviene a ello en su decibilidad, en una consagración póstuma y frívola de Wittgenstein. Una decibilidad, por otra parte, ya no materia de pensamiento (y pensador) sino de comunicación (y empresa mediática). La construcción de la verdad deja de ser una empresa ética y se trueca en manipulación verosímil, o sea, en una estética (retórica), en lo que bien puede verse como una victoria final de un posmodernismo aparentemente exangüe, pero no muerto.

La guerra del golfo no existió, como dijo memorablemente Baudrillard, y la sangre, vísceras o corporalidad fracturada de las seis mil víctimas de septiembre debieron entenderse como pura estadística, así como la tecnomediática actual batalla de Afganistán es un compendio de pantallas verdosas titilantes (ataque norteamericano) y fotos de archivo de pueblos semidestruídos (defensa afgana). Todo eso mezclado con alguna admonición amenazante del tándem vaquero Bush/Rumsfeld, la ocultación urgente del vicepresidente Cheney o la diatriba ético histórica de Bin Laden (que usa su dedo índice como una Kalahsnikov)

recibida vía Qatar. A la sazón, CNN decidió autolimitar su emisión de los partes de guerra binladianos, debido a su posible contaminación informática.

El otro nivel insidioso de información (o como se llame eso que la suplanta en esta época) consiste en descripciones detalladas de equipos de guerra, diversas clases de cazabombarderos o bombas que se sumergen en la profundidad rocosa antes de estallar. De esa materia, informáticamente mínima, viven centenares de analistas, pensadores y periodistas que deben hacer su trabajo de comunicación cada día. Entretanto, de los hechos no se sabe casi nada: ¿cuántos afganos mueren en cada bombardeo? ¿cuántos norteamericanos a su vez, por descuidos o impericias, erosionan la teoría Powell de la cero bajas propias?

La reconstrucción de una imposible simetría en esta guerra muestra una retaguardia histórica: la propia sociedad norteamericana asediada por epidemias de ántrax o avisos de inminentes colapsos de *golden gates*, en una instancia en la que la ya larga modernidad armada por la prensa ahora cotiza a precio de oro su magra mercadería, con resultados tales como la lapidación de periodistas a la caza de ese botín comunicacional o los vaivenes cotidianos de muchos analistas que deben analizar no se sabe qué.

5. Desconfiar de calles y aviones

Un efecto ciertamente paradójico de la citada homeopatización de la información –supuestamente consecuente con la búsqueda de reequilibrios entre los contendientes: no se puede ser transparente frente al embozado– es la agudización de las paranoias, casi en todo el mundo, valga el comentario, como módica confirmación del ecumenismo global: está preocupada la *city* londinense o la curia romana tanto como cualquier edificio de medio centenar de pisos con oficinas non sanctas en cualquier lugar del mundo, desde Tokio a San Pablo.

El relativamente natural temor a la última tecnología –que había reclutado no pocos adherentes respecto del uso de los aviones, habida cuenta de fracasos muy publicitados como la tragedia del Concorde– ahora adquiere otro carácter, incluida una inusitada militarización del transporte, con guardias armados arriba de cada nave y controles sofisticados en tierra, más la ominosa posibilidad de acabar una falla de comunicaciones vaya a saber en qué catástrofe, con el agravante de la democratización del material plástico en la cubertería de abordaje, para agravio de quienes pagan doble por la *first class*. Una generalizada desconfianza creciente al uso de aeronaves, echa literalmente por tierra uno de los renglones singularmente expansivos de la economía globalizada, ahora que se había establecido una nueva ecuación de costos e incremento geométrico de los pasajeros voladores.

La calle –o lo público– termina por cerrar el ciclo exitoso del siglo XIX, aquél de la promocionada *flânerie* de Baudelaire, Poe y Benjamin, en base a una serie de acontecimientos político culturales que los últimos sucesos terroristas no hacen sino agravar: como la irrefrenable tendencia a lo pseudo-público de los *malls* y otros artefactos del hiperconsumo y el funcionamiento de los mecanismos persuasores de la publicidad o la disminución del factor de homogeneización social que lo público había pacientemente construido desde las ciudades estado renacentistas, avasallado ahora por los tribalismos tipo *yonkies* y otras sectas urbanas o por la hostilidad de los trabajosamente conquistados espacios de la identidad étnica. Los episodios de septiembre, que alguien refirió como deliberadamente de hora pico (en el sentido que se programó destruir edificios y personas), reafirman la inseguridad de los espacios centrales, sobre todo si éstos tienen, además, alguna carga simbólica de poder económico, político o religioso cultural.

La concentración y el uso de espacios de orden público caracterizados por lo multitudinario comienzan a ser recelables y la respuesta psicológica tiende a la invalidación de la seguridad etnohistórica de lo gregario. Por la vía de la acumulación de eventos terroristas, la aislación del ex ciudadano, despojado psicológicamente de lo público urbano, desemboca por otro acceso a la nueva patria de la comunicación mediática y el consumo teledirigido.

6. ¿Somos todos americanos?

La senadora Bárbara Lee (única que se abstuvo en la megavotación congresal de Estados Unidos acerca del exterminio de Afganistán) como la ensayista Susan Sontag –inveterada militante de la paz– no pueden andar tranquilas por su país y ciudades. Han osado emitir alguna modesta discordancia frente al homogéneo estallido de americanidad, de himno y bandera por doquier y una suerte de *fatwa* –entre académica, política y económica– les amenaza por disidentes: otra victoria del modelo intolerante, que no sólo retoma la tradición de McCarthy sino que se reviste de *civilizations clash*, o lo que es lo mismo, una justificación al estilo de las guerras santas. Habrá que preguntarse cómo seguirá la larga y digna supervivencia académica de personajes *tolerados* como Said o Chomsky o quienes les sucedan, en esta nueva contingencia.

Si retomamos el enfrentamiento arriba citado (en alusión a las propuestas de Bloom y Rodinson) entre fundamentalismos poscristianos y proyectos de rendimiento, es claro que esta confrontación usa el primer binomio –la competencia por hegemonizar el poscristianismo de parte de los fundamentalismos pentasectarios de Estados Unidos y del Islam– para otorgar espesor ético al segundo (la disputa por la última reserva de recursos naturales). En tal sentido, cabría replantear la pregunta (¿somos todos americanos?) e inclu-

so, invertirla (¿somo todos islámicos?), ahora a la luz de aquellos proyectos económico religiosos.

Salvo por una módica referencia, diríase más bien de empatía técnica, de Bin Laden respecto del Che Guevara, no hay nada que se precie de progresista en el discurso de La Base: su furia antinorteamericana parece tener que ver, antes bien, con la voluntad de confrontar la sociedad instaurada entre los lobbys petroleros de Estados Unidos (ahora, no casualmente, entronizados en el poder político) y la monarquía gobernante de Saudiarabia. De allí que si bien, sobre todo en Europa y en América Latina, las simpatías pronorteamericanas no podían progresar (sobre todo porque se disiente fundamentalmente del chauvinismo que aglutina la alianza entre capital y religión que, valga la ecuación, dio curso al combustible ahora denominado *capital moral*, tan usado en la retórica bushiana), tampoco ayuda la propuesta de Bin Laden en cuanto al avizoramiento de una reconstrucción de mejores equilibrios del poder mundial.

7. El mundo como desolación

Ahora viene a saberse que el Corán (De Vita, 2001, fuente de las citas siguientes) –al igual que mucha literatura cristiana, como la de San Agustín– le da gran importancia a la muerte y a un más allá que aparentemente vale más que el acá de la terrenalidad pura: *“la vida de acá no es más que falaz y breve delete”* (3:11). Unas pocas aleyas –versículos– coránicas hablan elocuentemente al respecto: *“toda alma probará el gusto de la muerte; entonces seréis devueltos a nosotros”* (29:57) y algo más incomprensible, por la complacencia que expresaría, aquella que dice *“cada uno gustará la muerte”* (3:185). Pero hay una que suena casi como premonitoria de los sucesos de septiembre: *“donde quiera que os encontréis, la muerte os alcanzará, aún si estáis en torres elevadas”* (4:78).

La redención sacrificial del remozado uso de acápites coránicos que parecen arrancados de la plena Edad Media, no hace más que revalidar esa sensación de fracaso de la modernidad democrática que viene a consagrar el sistema de nociones que juegan en la conformación de nuestro mundo contemporáneo: los fundamentalismos teocapitalistas, la desaparición de las confrontaciones simétricas (o de las guerras interestatales), la manipulación paranoizante de la información (que ayuda a relajar los vínculos de comunidad y remite al aislacionismo aceitado por los discursos tipo CNN), la renovada perspectiva de una absurda (dada la anterior figura de asimetría) escalada armamentística de sofisticación creciente así como de eficacia cada vez más incierta o la multiplicación de los fenómenos terroristas más o menos funcionales a algunos aspectos de la enumeración precedente.

De allí que resulten problemáticas cuestiones que, como la inseguridad del espacio público o la pérdida de la privacidad de los ciudadanos en nombre de una seguridad virtual que no logra despertar confianza, amenazan con hacer retroceder la inhospitalidad de la primera modernidad—denunciada por Heidegger— a la desolación del presente, con su recaída milenarista en el fin de los tiempos, apenas matizada por la ingestión de información que, para acabar de montar la chatura de lo cotidiano, tampoco es variada, alternativa y ni siquiera persuasiva.

8. Fatalidad USA: la supresión de la diferencia y el chantaje económico

¿Se puede mantener alguna distancia crítica frente a la renovada centrifugación ideológica que las trágicas circunstancias de septiembre le aportaron al tambaleante monolitismo del discurso globalizante? Justamente, la principal duda que algunos intelectuales esgrimieron fue, en su hora, la presunción acerca de beneficiados y damnificados en esta operación, por fuera de las cifras estadísticas (terroristas más víctimas de los atentados) de quienes, es obvio, pagaron altos precios.

Ganan, desde luego, los que hasta hace pocos meses parecían estar jaqueados por las movilizaciones globalifóbicas, al recrudecer las peores políticas del *pensamiento único*: alineación armada detrás del supergendarme que logró votar su impresionante aumento de presupuesto bélico, fortalecimiento del manejo comercial estratégico articulado a las defensas productivas de Estados Unidos y aliados principales y ruptura del proceso aperturista preconizado por los acuerdos GATT (General Agreements on Tariffs and Trade, la sigla inglesa de la Organización de las Naciones Unidas que regula el comercio internacional), rediseño restrictivo del proceso de control de las migraciones demográficas ligadas al fracaso económico y la inviabilidad sociobiológica de grandes áreas del planeta, pérdida de relevancia de factores progresistas de la política global (como la biodiversidad o los acuerdos para el control del cambio climático), ralentización de las variables de desarrollo de las economías emergentes, etcétera.

Se puede así, hablar de una fatalidad USA, algo quizá no querido del todo por este país y gobierno, pero tenazmente consecuente de una despiadada expoliación del mundo que ahora exige alineamiento con su *cowboy war* mediante complementarias extorsiones económicas, además relegitimadas bajo el insólito fundamento del esfuerzo de guerra.

La cultura expansiva de los años de Estados Unidos instaurando la *mcdonalización* del mundo, bien pudo asimilarse con toda una arquitectura que, por una parte, usufructuó la conversión de los bienes y servicios culturales en una rama más de la *new economics* (podría llamarse a esto, el *efecto Guggenheim*) y

más en general, desde una cierta perspectiva histórica, se vincula con lo que supo llamarse posmodernidad: que si bien pudo erigirse como tal en torno de la tarea teórica de intelectuales europeos exhaustos (Lyotard, Derrida o Vattimo), se arroparía en los (ahora) exultantes 80 y 90, en la estética de Las Vegas y Miami, en la praxis de *The Jerde partnership* –el grupo responsable del *Hotel New York-New York*, esa réplica 1:5 que hoy adquiere un renovado valor de reliquia–, en la movida neoyorquina de Warhol, Matta-Clark, Johnson, Wines y el *Site group*, Eisenman y la prédica ilustrado populista del IAUS (Institute for Architecture and Urban Studies) y el advenedizo Koolhaas del *Delirious New York*, en los *lobbies* neodeco de Morris Lapidus en Miami y por último, en la revolución Disney.

La cultura como espectáculo que entonces se prohijó, consideró funcional (a la lógica del capitalismo tardío, como lo analizó Jameson) la exaltación de la simulación, el tránsito a la fantasmagoría virtual y una primera tarea de demolición teórica de lo monumental arcaico, incluso a partir de la fusión de estética arquitectónica y retórica publicitaria que había recomendado el matrimonio Venturi. Sólo pocas voces cáusticas –como Lisa Peattie, Susan Sontag o Jane Jacobs– hablaban de la turbulencia de los mestizajes que en Londres, París o Nueva York, sembraban los huevos de serpiente del nuevo milenio.

Los sucesos de septiembre –*la noche americana*, de polvorienta y oscura guerra de retaguardia– seguramente incuban otra flexión en el devenir histórico de la arquitectura que pretende obstinarse en dar cuerpo a urbanidades: lo que viene, como nueva y cruda fatalidad, parece ir en contra de la democracia iluminista y de la libertad de un sujeto que se socializa en la vida urbana y encuentra morada en las arquitecturas estables y perdurables.

Notas

²La referencia a Žižek –artículo periodístico en la revista *El amante del cine*, 115, Buenos Aires, octubre 2001– la extraemos de G. García (2001).

Capítulo 2

Buenos Aires *patchwork*

Arquitectura & urbanismo de videoclip

Patchwork, videoclip: palabras que hubieran ofendido a Marechal (aunque quizás no tanto a Arlt o a Martínez Estrada) pero que intentan nominar aspectos de la ciudad que lentamente emerge después de la ilusión primermundista, en esas fantasmáticas imágenes del velado *tren blanco* nocturno de los cartoneros que rastrillan, como ejércitos vespertinos, las avenidas de Buenos Aires, mientras los trasnochados que no se adaptan a la dura fragmentación, esperan la mágica vuelta riojana (como las escuadras del Napoleón pos Waterloo) que reinstale electrodomésticos, 4x4 para (casi) todos y esa ciudad 1=1 que financiaba tanto Puerto Madero como una gira de los Rolling Stones y que tenía a (casi) todo el mundo bajo la apacible tranquilidad de la vida en cuotas.

En ese “casi” –la mitad de la población, que debía dormir fuera del milagro– estuvo la raíz del problema que explotó crisis, desnudó gobernabilidades y convirtió las calles y plazas en calderas de bronca pero, tal vez, también de esperanzas.

La ecuación *maldita* de nuestra realidad –50/30/20, pobres/desocupados/indigentes– reemerge como lo que no pudimos, supimos o quisimos afrontar y eso finalmente es lo que está detrás, como un telón de fondo, de una ciudad en crisis.

La crisis de Buenos Aires, estallada en imágenes espasmódicas de *videoclip* y esbozada en una acentuación de la fragmentación *ghettizada* de la urbe –la figura del *patchwork*, de retazos diferentes toscamente empalmados–, es la contracara del favoritismo excepcional que gozó en la década pasada, como escenario preferencial de los excedentes del capital financiero (a nivel de la inversión inmobiliaria) y como ámbito casi exclusivo de los estándares de consumo posibilitados por el alto ingreso per cápita del que gozó su población.

Es desde ese punto de vista que la nueva situación emergente desde este año –virtualmente, la ruptura de la inversión de excedentes financieros y el brusco descenso del PBI (producto bruto interno)– implicarán factores graves de crisis y transformación.

La incompleta enumeración del breviarío que sigue es una posible agenda de análisis y debate de los cambios urbanos en trance desde fines del año pasado, para tratar de ver cómo se reubica el *pensum* de la arquitectura (y el urbanismo) en este magma movimientístico de piquetes y caceroleos, empezando por proponer que los *rappels a l'ordre* de talante corbusieranos ya no van más y que la arrogancia de la inteligencia técnica y las modas estéticas cosmopolitas ya no la compra nadie.

1. La crisis de la urbanidad

Así como el ya célebre 11S abrió una serie de debates urbanísticos emergentes de ese hecho puntual de violencia urbana, nuestro 20D del mismo año pasado sirve de pórtico para algunas consideraciones sobre el presente/futuro urbanístico de *La Reina* y en menor medida de otras ciudades argentinas sometidas a procesos parecidos.

Hay desde luego, después del 11S³ y del doméstico 20D, una *crisis de urbanidad*, es decir de las formas de convivencia social en las ciudades, expresada en una pérdida dramática de seguridad –una tensión vital a la espera de un zarpazo como, por otras formas de violencia, también se evidencia en Jerusalén por caso–, en la sospecha del diferente (lo que cancela la idea de la ciudad como espacio de la libertad y del *face to face* interclasista), en la reorganización más defensiva de las actividades, en el resquebrajamiento de la ciudad como artefacto contenedor de legalidades, en la vulneración de cosas elementales de ciudad, como el uso mismo del espacio público en la forma del moderno *flaneur* que goza (ba) de la ciudad –desde un abuelo sentado en una plaza hasta un chico jugando en una vereda, pasando por un representante que atraviesa la piadosamente nombrable edad intermedia como un servidor, habitué de la *cincuentown* de la memoria nostálgica barrial y de Corrientes como un mejor canal de cultura que el (á)–, etcétera.

Cada inocente punto de la lista precedente merecería un ensayo *ad hoc*, pero hagamos sólo algún comentario sobre el tema de la ciudad como forma que organiza la *legalidad* de las relaciones e intercambios entre sus convecinos. No hace falta remontarse a Aristóteles o a Leone Battista Alberti para darse cuenta de que la ciudad como delimitadora y contenedora del contrato social de convivencia está cayéndose a pedazos en nuestra experiencia reciente.

Por ejemplo, en la decadencia de la división entre ciudad privada y ciudad pública, en la cancelación del artefacto *fachada* como filtro transparente, alu-

sivo y nominativo, no como muralla opaca, discreta y segregativa, en el ocaso de las *garden cities* suburbanas primero enrejadas y luego emparedadas, en el respeto funcional y simbólico por la propiedad del otro (los bancos agredidos, en réplica por el ataque que ellos primero hicieron con el acorralamiento confiscatorio de ahorros; las casas o los comercios atacados en maniobras *express* bajo una difusa reinstalación del concepto rural de *bandolerismo* dentro de las ciudades, los edificios públicos violentados como forma de sancionar el mal uso que de ellos hicieron sus ocupantes, etcétera).

2. El escrache como desnudamiento de la abstracción

Casi todo lo terrible de éste y otros países, se perpetra en nombre de conceptos *abstractos*: macroeconomía, balance de pagos, control del gasto público, achicamiento del Estado, libremercado, desregulaciones, ajustes, devaluaciones, etcétera. El enorme repunte de la pobreza urbana, la anemia de un Estado desfinanciado que ya no puede hacer ni mantener obras públicas o la privatización mercantilizada de todos los servicios, son todos efectos *urbanamente visibles* de aquellas abstracciones.

En Argentina –al contrario de Francia, Brasil o Estados Unidos– a la política y a los políticos, en general, las ciudades les importa poco: no son más que el primer escalón hacia una carrera ascendente (diputado, senador, gobernador, etcétera). Si hay crisis general –algún número macroeconómico que cierra mal– habrá efectos en las ciudades, en su funcionamiento y en la vida de sus ciudadanos, pero los políticos que administran circunstancialmente una ciudad, suelen echarle la culpa de los males urbanos concretos a turbulencias nacionales (o internacionales: el Tequila, la crisis del sudeste asiático, cualquier cosa genérica que finalmente *pega* en las ciudades) de orden abstracto y aunque en parte ello contiene un grado de verosimilitud, no excluye la necesidad de gestiones eficaces de ciudad, incluso para administrar mejor los impactos indeseados de políticas que no se deciden en las ciudades.

Es pavoroso comprobar cómo, salvo algunas excepciones, los políticos que capturan el gobierno de una ciudad no saben casi nada de su gobierno y gestión, de su complejidad técnica: no es casual que cuando algunos políticos vienen con formación técnica agregada –serían por ejemplo los casos de Arana, Lerner o Conde– las gestiones urbanas trascienden la calidad habitual de otros casos de ignorancia acerca de lo concreto de la gobernabilidad urbana y lo específico de sus problemas, como los servicios y sus tarifas, el transporte y sus efectos de inducción de desarrollo urbano, el espacio público, la valuación catastral y la magnitud de tasas e impuestos como referencia del acopio de recursos de capital, la gestión participativa, el planeamiento estratégico, las agendas de sustentabilidad y otras

cuestiones enigmáticas para el 90% o más de los políticos a cargo de ciudades.

Un aspecto, sin embargo, aparece como tibiamente positivo en medio de tanta urbanidad afectada por los ajustes macroeconómicos: es la *actividad cultural* que, si en la última década contuvo rasgos de los mejores rendimientos políticos de la gestión de la CBA, en el presente año, adicionalmente, aparece como un verdadero espacio de contención social.

En medio de la brusca retracción del consumo, el aumento de la violencia e inseguridad urbana y, virtualmente, el *estrés* del acceso a las ofertas del mercado: el *todo x 2 pesos* de la cultura –Colón y San Martín incluidos–, la gestión cultural de la Ciudad de Buenos Aires es un valorable bálsamo frente a tanto agobio.

Las violencias urbanas recientes –las caravanas de caceroleros, los piquetes de cortes de rutas o accesos metropolitanos, las movilizaciones en áreas simbólicas, las asambleas barriales (un ente llamado *Centro Cultural de la Cooperación* informaba por *e-mail* el 01/07/02 que estaban funcionando 110 asambleas de reunión periódica en la ciudad de Buenos Aires, además de otras 65 en el conurbano), el clamoroso *que se vayan todos*– no serían más que una versión del *escrache* a las malas políticas en su impacto concreto en la vida de los habitantes de ciudades (en cierta forma, ex ciudadanos), y cuando los intendentes se tranquilizan pensando que tales movimientos apuntan para arriba se están equivocando: la gente se mueve y emprende actos simbólicos de protesta en las ciudades como forma de *escrachar* y objetivar aquellas abstracciones económicamente imperativas, hechas ley con el *arrugue* de los políticos de oficio y sin mayores mitigaciones de políticas urbanas extremadamente frágiles para entender las formas en que aquellas transformaciones *macro* impactan en la vida *micro*.

3. La ciudad de los años 70

El episodio parisino de fines de la década sesentista fue una primera manifestación del regreso del insurreccionalismo urbano –del que París aquilataba la experiencia fundacional del 14 de julio de 1789 y luego las revueltas de *communards* de 1848 y 1871– y el inicio, si se quiere, del modelo de la acción política directa de la ciudadanía harta de políticas tanto abstractas como feroces: recordemos que la Toma de la Bastilla arrancó con algo tan elemental como protestas callejeras en el Faubourg Saint Antoine, originadas frente al aumento de un 30% del precio del pan, debido a un incremento de impuestos imperiales.

Sólo recién después de la estructuración de los *movimientos globalifóbicos* se pueden delinear organizaciones mundializadas que atacan la perversidad de las economías globales y su cooptación de políticas nacionales y regionales, pero aun así, tales manifestaciones críticas de la perversidad neoliberal no pueden ser sino eventos urbanos, como los recientes casos de Seattle o Génova.

Fuera de tal *antiglobalización globalizada* –valga la paradoja– las reacciones urbanas de la tradición parisina tienen la característica de expresar un rechazo general a una política abstracta y genérica –el *mayo parisino* no fue sino el exitoso desmoronamiento del modelo paternalista *gaullista*, un neobonapartismo que ligaba populismo con sojuzgamiento al nuevo capitalismo– desplegando así el poder de una movilización simbólica, no carente de efectos prácticos, como en aquel caso, la despedida del General de su manejo de Francia como una enorme estancia y el origen de diversos *gauchismes* alternativos que llegarían al poder con Mitterrand, que entendió que una parte del programa político alternativo debía ponerse en movimiento en políticas urbanas y ciertas cosas terminó haciendo, aunque siempre parece poco.

Ciertas cosas también logró el *Cordobazo*, como empezar a descabezar el orgánico y reorganizar la capacidad crítica y propositiva de intelectuales (con el momento más creativo de la Universidad de Córdoba, al menos en cuanto al diseño de políticas sociales y comunicativas) así como hacer emerger, quizá por primera vez en Argentina, la idea de un proletariado industrial, tan modernizador como la simultánea irrupción del *petismo* en San Pablo que tendría, sin embargo, un destino futuro mucho más exitoso.

Así que no nos equivoquemos: estos aparentes foquismos insurreccionalistas urbanos, estos despliegues inorgánicos (por extrapartidarios) de protestas urbanas, pueden contener los fermentos de profundos cambios políticos,⁴ simplemente porque ponen en evidencia cosas elementales y reales que los políticos *abstractos* –por usar un adjetivo suave– no saben o no quieren ver.

4. Situacionismos

Un precursor, y a la vez sobreviviente del 68 francés, Guy Debord,⁵ fue el primero que rearticuló cuestiones tales como violencias callejeras, nuevo urbanismo y un concepto de arte que recuperaba su ferocidad crítica y su capacidad de denuncia social, frente a la mercantilización de las vanguardias.

Debord es uno de los primeros que hablará de la relación entre política y ciudad, traduciendo a Lefebvre y sus marxistas discípulos del análisis político material, a planos de acción directa, travesías psicogeográficas, resemantización de la ciudad como un sistema de símbolos poderosos que la movilización masiva debe descubrir y re-conocer como fenómenos de *bajada de lo político grande* a cuestiones de *convivialidad* –como llamaba a estos asuntos Ivan Illich, otro hipercrítico emergente en esa época.

También el *situacionismo* –nombre de ismo que iba a recibir la invención institucional de Debord, la *International Situationiste* (IS)– viene a poner en un nuevo eje al *arte político* que no puede ser sino *arte urbano*, como ya habían empezado a

hacer ostensible en Buenos Aires episodios como algunas movidas del Di Tella, la muestra *Tucumán Arde* o la sistemática actividad de León Ferrari.⁶

Esta clase de activistas, artistas y pensadores, es la primera que se da cuenta de que su *métier* –el Arte– sólo empezaba a resultar históricamente viable y socialmente productivo si era capaz de rearticular lo urbano y lo político.

5. Lo poscolonial

Vaivenes impensados del destino, las antiguas sedes del poder colonial hoy ven cambiada su urbanidad y *politesse o dandysmo*, por hordas de diferentes que les cambian costumbres, rituales y formas básicas del habitar, como en la vieja zona del mercado de Spitalfields en Londres, hoy territorio bengalí, o en la explosiva latinoamericanización de las más grandes ciudades norteamericanas que padecerán la hegemonía étnica hispana no más allá del próximo cuarto de siglo (Los Ángeles tendrá pronto nueve millones de hispanohablantes y será así la tercera ciudad de ese carácter más grande del mundo, sólo después de México y Buenos Aires, como en otra magnitud también ocurre en Nueva York, Houston o Chicago. De las grandes ciudades sólo Detroit no manifiesta el crecimiento de la latinoamericanización étnico lingüística).

La impronta social que le impuso la inmigración alemana a Nueva York, en la segunda mitad del siglo XIX, tanto o más fuerte que la influencia hispano italiana en Buenos Aires, seguramente tendrá una segunda ola de efectos, ahora por predominio de otra inmigración (portorriqueños, dominicanos, mexicanos: Nueva York ya es la primera ciudad portorriqueña y la segunda dominicana, en número de pobladores de esas nacionalidades, así como Los Ángeles es la primera ciudad salvadoreña y guatemalteca y la segunda mexicana).

Una sempiterna cuestionadora como Jane Jacobs⁷ ve esto –como en el protagonismo de las etnias tribales *waugal* en la ciudad australiana de Brisbane– simplemente como el concepto de *cultura poscolonial*, como imperativo del *melting pot* que mezcla las razas como los olores de las comidas o el abigarramiento cromático de ropa *naif*.

Y el mejor analista urbano norteamericano, Mike Davis (2000), que antes había escrito *City Quartz*, una historia de Los Ángeles como posciudad o *Disney City*, ahora refiere a la latinificación de las calles y escuelas de la *East Coast* con el nombre de *urbanismo mágico* (otra forma del *realismo*, victoria impensada del abuso demográfico).

Néstor García Canclini (1991),⁸ por su parte, pone como referencia de las nuevas culturas urbanas mestizas a un personaje de Tijuana, G. Gómez Peña, que estuvo hace poco tiempo en una jaula *performance* en Buenos

Aires, encerrado como un indio semidesnudo, cultor de la cultura de mezcla tempestuosa que atraviesa los doce pares de ciudades de la frontera gringo mexicana, con espaldas mojadas, *bad culture* y nuevas formas de vida instantánea, donde florecen los nuevos híbridos de la pobreza electrónica, los rituales urbanos como cultura esperpéntica y las fusiones entre religión, multimedios, imaginarios *tecno-punk-naifs*.

Un *neobarroco* que va mucho más allá de las escenificaciones latinoideas de Las Vegas y Miami (porque dispone de mucho menos capital) y que es pura teatralidad, gestualidades y cultura evanescente, de mirar-y-tirar.

6. Representaciones

El *patchwork* urbano crea sus representaciones con una potencia que se adelanta a nuevas formas políticas, anticipando lo que hasta un cierto momento se ve como antinatural, casi como un tabú, pero enunciando nuevas estéticas como lenguajes de otras convivencias: es la *Blade Runner* que anticipa Los Ángeles del 2025 (y Los Ángeles real se va acercando bastante bien al modelo ficcional, haciendo de éste casi un documento de prehistoria anticipada), las escenas carnales de las grandes comparsas cariocas que como dice Celeste Olalquiaga (1989) ya no son el recuerdo de las *favelas* sino el anticipo de la vida metropolitana o, por fin, “Pizza, birra y faso”, “Bolivia” o “Mundo grúa”, por mencionar filmografía local que estetiza y presentiza lo residual porteño, ahora traído al centro (estético) de la escena, de una manera que, color mediante, hasta Adrián Suar acepta convertir en tópico de lo cotidiano lo que antes era pura marginalidad, borde, extranjería (paraguayo boliviana), como una Boca en colores, finalmente apta para el romance interclasista entre los personajes del arquitecto Echarri y la repostera Araceli que curiosamente conviven cerca de la Vuelta de Rocha durante los noventa minutos de “Alma mía”.

El valor simbólico de la avenida de Mayo —como avenida de los poderes— nunca hubiera imaginado su impulsor, Torcuato de Alvear, que se iba por fin a consumir, aunque negativamente, la tarde/noche del 20D, hasta con sus mártires.

7. Estetización de la crisis

El detritus de la ciudad fracturada crea su estética también triturada: la de las bailantas *under* de *Pibes Chorros* y *Meta Guacha* que pululan en Palermo, las diversas tribus que comparten equipos del fútbol de ascenso en sábados agónicos, el *neopunk* de barrio pobre que, por ejemplo, converge en la hoy de

Plaza Francia para escuchar aficionados que cantan *Sui Générés* y Porchetto, un *revival* de veinticinco años atrás que se salta el Proceso y se instala en una estética de reuso –con ropa pobre tipo Carnaby Street– que en cualquier caso empalma con la pasión memorialista que según Huyssens (2002)⁹ sobreviene como recurso para poblar un presente vacío y un futuro imprevisto.

8. Homo porteños 2002

El porteño se tribaliza en torno de la búsqueda de aparatos de contención sociocultural posurbanos o de una ritualidad de movidas, viajes y apropiaciones transitorias ya en unos ambientes urbanos sin capacidad funcional de proponer urbanidad. La furia antibancaria expresa un emergente del despojamiento (casi una violación para la concepción de lo propio, la propiedad o patrimonio que connota el ser burgués) que removilizará a la clase media, de la que buena parte ve inmovilizada su capacidad de ahorro para cuestiones elementales –como un tratamiento sanitario, una cobertura de prestaciones sociales ya casi inexistentes, el pequeño capital de una indemnización de desempleo que era casi lo único para empezar de nuevo, etcétera– no como bloqueo de un capital superfluo.

Mucha gente de ex clase media protesta frente al corralito no porque ya no puede gozar de un plus de consumo, sino porque le fue confiscado el ahorro que había generado duramente como *política social alternativa* (frente a la jubilación que no llega o no alcanza, frente a la prestación sanitaria o educativa que el Estado ya no ofrece, frente a la reubicación laboral que el mercado ya no garantiza, etcétera). De allí que el caceroleo sea, en parte, manifestación de impotencia frente al nuevo método de ajuste social.

El marginal, nuevo o viejo, como versión novedosa de un lumpen o ejército de reserva o magma social a espera de políticas asistenciales, también ve agravada su existencia, de manera tal que sólo puede ofrecer su cuerpo como territorio de protesta: un cuerpo que nutre los bloqueos de rutas o que se expone a la violencia represiva que el Estado pro *establishment* debe ejercitar como signo de defensa del status quo.

Un cuerpo de tan escaso valor que sirve incluso para delinquir: así, al dato de que uno de cada dos delincuentes es menor de 18 años debe sumársele uno simétrico: de cada tres menores de 18 años, uno es pobre y otro es indigente –datos oficiales de SIEMPRO (Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales del Ministerio de Economía)–. Desde una perspectiva estadística, por cierto algo conductista, puede uno todavía esperar un mayor incremento de delincuencia, ya que hay muchos más indigentes que ladrones.

9. Moverse en la ciudad

Todo se mueve, ya que se acentúa la precariedad de la morada, hasta del café esquinero, reemplazado por el modesto tentempié de las barritas cerveceras precariamente paradas a lo garza, en la puerta de un polirrubro de barrio. Los vecinos acorralados protestan caceloreando a lo largo de caminatas en avenidas como Santa Fe o Rivadavia, lugares en los que esa misma gente, hasta hace no tanto, consumía en sus veredas, no obstruía sus calles.

Los piqueteros descubren que su fuerza principal es moverse para afectar el movimiento de los otros de la sociedad, ya que sin trabajo la antigua movilización paralizante de las cadenas productivas ya no se puede establecer y sin política tampoco tienen sentido las asambleas callejeras: la *Piazza del Popolo* romana ve la decadencia movilizante de su izquierda tanto como la porteña Plaza de Mayo hace décadas que no alberga una movilización peronista *positiva* (la última está por cumplir 30 años: fue cuando asumió Cámpora).

10. Blindajes

El modo en que cambiaron las fachadas –esas venerables portadas donde la arquitectura no sólo mostraba y demostraba su contenido sino que resolvía el modo del intercambio entre los adentros privados y los afueras públicos– da cuenta del cambio que en el 2002 tuvieron los bancos, otrora artefactos intensamente preocupados en vender (servicios) y venderse (como marcas), por lo que fueron el hueso más codiciado de los arquitectos durante los años 90.

Hoy, después del acorralamiento, mutaron primero a pantalla receptiva de los *graffitis* más agresivos que la imaginiería popular podía producir y que ejércitos nocturnos blanqueaban para nuevas *performances* de aerosol a la mañana siguiente. Y luego, a las patéticas máscaras de hoy, esos calvinianos caballeros de armaduras oxidadas sin ninguna compasión diseñística y de calidad muy inferior a la pantalla de un obrador.

La macabra megabroma de los martilleros que forraron con sus carteles de venta la residencia presidencial de Olivos ejemplifica este enmascaramiento satírico y cruelmente descalificador de la urbanidad de la autoridad.

11. La vida en tubo

Para evitar la inseguridad violenta de la moderna vida urbana lo mejor es la *vida en tubo*: una cuidadosa planificación que incluye, por ejemplo, salida

de la casa con puerta automática, auto blindado evitando en lo posible parar en semáforos o visitar estaciones de servicio donde previsiblemente arranquen secuestros *express*, consumo en *shoppings* o complejos con seguridad garantizada, multifuncionalidad de tal consumo (café+boutiques+cine+comida, por ejemplo) e idéntico regreso. Lentamente todos nos vamos acomodando a organizar nuestra vida en tubos que conectan cápsulas seguras, exponiendo cuerpo y tarjetas lo mínimo posible.

12. Artes de lo real

Lo que ofrece la TV en directo –Ramallo, el robo con secuestro en Villa Ortúzar o en el supermercado de Gerli– desde el punto de vista del dramatismo del relato, la complejidad de las tramas y el final abierto, ya supera nítidamente cualquier esfuerzo de ficción dramática.

La reconstrucción de lo real propuesta por la multiplicidad de ojos ópticos que fotografiaron múltiplemente los asesinatos policiales de los piqueteros de la Estación Avellaneda bien que lo querrían para sí las vanguardias de arte digital que andan por ahí, compitiendo duramente por segregar un discurso de verdad artística respecto del *convivium* cada vez más duro de la ciudad real. Al artista ahora le basta con ser un antropólogo urbano.

13. Etnoproyectos, urbanismos operativos

Mirar, entender, analizar, parecen ser verbos muy nuevos y oportunos para nutrir el proyectar y el planificar. “*La mirada es la erección del ojo*”, cito de memoria a Jacques Lacan. El *etnoproyecto*, muchas veces como trabajo inmaterial o instalación, capaz de captar y perfeccionar los actos psicosociales, abre perspectivas nuevas de una proyectualidad necesitada de recuperar tanto el perfil crítico (es decir, no arriar del todo las banderas de la modernidad iluminista sobre todo en los lugares en que nunca se alcanzó) como de acompañar los fenómenos de la vida urbana tornada en *videoclip*, en fugacidad de instantes a ensamblar en *collages* que pueden o deben asegurar la calidad de vida (otra: ya no estática o contemplativa) a la que tenemos derecho también los posmodernos.

El concepto de *paisaje operativo*, como interpretación de procesos mutantes donde insertar operaciones de clivaje, cambio de sentido, captura de oportunidades fugaces, se abre asimismo como tentativa de un urbanismo operativo, de gestión situación, de interpretación y aprovechamiento de lo difuso, inestable, móvil.

La ciudad, como estructura convivencial, está explotando como aparato insuficiente para procesar la lógica abstracta y global de la economía ultraliberal, que crece y se difumina en cada uno y todos los escenarios urbanos para una población que en Latinoamérica alcanza ya al 85% del total.

La carrera por el modelo de desarrollo *staple growth* (esa veleidosa *teoría del derrame* por la cual los beneficios de la economía del Consenso de Washington iban a desbordar hacia abajo) entra en un tal vez final colapso. Hoy, después de sólo 15 años de acumulación diferencial, sólo 225 personas físicas poseen tanta riqueza como la mitad de la población del mundo (más de tres mil millones de personas) y si la riqueza de esos 225 se redujera sólo en un 4% habría soluciones básicas de alimentación, saneamiento y vivienda para todos. El problema es que ese módico 4%, de todas formas, no se consigue. Si a principios del siglo XX la relación de PBI entre países ricos y pobres era de 3:1, hoy es de 75:1, y sigue desfasándose.

Son algunas pocas razones que explican puntualmente la naturaleza de unas crisis urbanas como las que vivimos desde el 20D (pero que venían procesándose de mucho antes) y son también las causas que obligan a repensar la arquitectura y el urbanismo ya no como esferas autónomas dentro de una armónica y moderna división del trabajo, sino como dimensiones de una necesaria nueva política.

14. Aperturas, alternativas

Para concluir (o para abrir, según cómo se vea) este ensayo de circunstancias, esta mirada cercana en lo espacio temporal, bien valdría disipar cierto talante catastrofista que podría deducirse de los ítems anteriores –a veces la mera realidad se convierte en insoportablemente ominosa– planteando, por el contrario, la perspectiva de nuevas tareas y responsabilidades de una *arquitectura & urbanismo de crisis o emergencia*, que sin duda será otra, pero no por ello menos desafiante y problemática en la exigencia de aportes y nuevas vías de creatividad. Así pues, quisiéramos dejar propuesta una agenda de nuevos temas, sugerencias, primarias experiencias, alternativas verificadas aquí o en otras partes. Una agenda abierta y caliente, pero que tal vez contenga aspectos del trabajo teórico y proyectual de los próximos tiempos:

•City comforts

En la línea bien setentista de los *patterns* de Alexander (esas disposiciones metaproyectuales de organización urbana desde la mirada del usuario), el sociólogo David Sucher (1995) propuso en Seattle –no casualmente, un *leading case* de ciudad intermedia de alta calidad ambiental– una manera de mejorar

la habitabilidad de la ciudad en base a la multiplicación de pequeñas recetas otorgantes de nuevo confort o urbanidad a la ciudad y sus habitantes, soluciones más bien ingeniosas y de bajo costo, como equipamientos y mobiliario urbano, nuevos usos de la forestación o del trazado vial, enriquecimiento de las áreas de transición entre lo privado y lo público, reflexiones proyectuales alrededor de las nuevas fenomenologías de uso de la ciudad, utilización de criterios psicosociales de relacionamiento de la ciudad y sus diversos usuarios, etcétera.

•Acupuntura urbana

Aquí las referencias de posibles y útiles transferencias y aplicaciones vienen de la gestión que en Río hicieron el *prefeito* Maia y sus *designers* urbanos, Luiz Paulo Conde y Sergio Magalhaes, en torno del doble programa de microintervenciones en las *favelas* (*favela Bairro*) –entre las cuales hace poco conocimos las que llevó a cabo el arquitecto argentino Jorge Jáuregui, radicado hace 25 años en Río, que le valieron ganar el llamado *green prize*, premio Rudge al diseño urbano–. Y las cerca de cien intervenciones (*Prefeitura da Rio do Janeiro*, 1996) en barrios consolidados, que estudios privados desarrollaron en un par de años hacia 1995, consistentes en pequeñas plazas, renovaciones de solados –siguiendo las grafías clásicas de Burle Marx–, mobiliario urbano, forestación, etcétera, que con poco presupuesto fueron introduciendo pequeñas cuñas de diseño en la ciudad, homeopatías discretas mejoradoras de identidad, dadoras de sitios, generadoras de lo que algunos paisajistas norteamericanos llamaron *topofilia* (traducible como amor al lugar de uno)(Tuan, 1974).

•Servicios & microproyectos

Si bien hace mucho tiempo que Rodolfo Livingston, con mucho humor y pragmatismo, venía practicando lo que bautizó como *cirugía de casas*, hoy esas prácticas puntuales, evolutivas, acumulativas, reaparecen con una fuerza alternativa en el campo de afrontar escenarios de precariedad, pobreza, estrictez de medios y recursos, de forma que indagar en vías alternativas de prestaciones proyectuales diluidas en continuos de prestación de servicios –analogizables al concepto de consulta médica y quizá atendible, en ese parangón, con bonos puntuales o aun con estrategias prepagas o financiadas– hoy adquiere un crucial protagonismo. Como suele ocurrir en todos los drásticos procesos de cambio histórico, lo que antes era exótico o marginal, ahora puede situarse en una situación de centralidad.

•Recuperación remedial de ciudad

La idea de una actividad inmobiliaria centrada en la recuperación/remediación de viejas pero bien localizadas arquitecturas subutilizadas –que por caso, podrían ejemplificarse con obras grandes (la ex Algodonera) o medianas

(la esquina de Rivadavia frente a la Plaza del Congreso), ambas del Estudio Dujovne— ahora deviene, creo estratégica, en el aprovechamiento de capital fijo, esencial en una coyuntura de desfinanciamiento. El desafío sería ver hasta qué estratos sociales de consumo de ciudad podrían expandirse estas operaciones o cómo pueden generarse ofertas de renta de espacios, un poco a la manera europea de afrontar la posguerra.

•Tecnologías sociales

Aquí la referencia ejemplar local sería la de otro inveterado *outsider*, Carlos Levinton, que desde cierta marginalidad profesional en el espectro proyectual lleva 20 años inventando alternativas en base a creatividad tecnológica, aprovechamiento de coyunturas, potenciamiento de capacidades locales, trabajo con los propios grupos necesitados, etcétera. Sus prácticas más recientes en villas de Quilmes y su montaje de un laboratorio tecnoproyectual en los sótanos de la ciudad universitaria de la UBA (Universidad de Buenos Aires) admitirían ahora, asimismo, reubicarse más en el centro de la escena de crisis.¹⁰

•Retorno del *housing*

La vivienda —o mejor: el *viviendar*, a que alude el verbo anglicado e insustituible del *housing*— después del largo ocaso del fracaso social de los conjuntos de inspiración tardomoderna (los HLM —*habitations a loyer modéré*— franceses o nuestras VIS —*viviendas de interés social*—) y de su desmantelamiento como política social, reclama de nuevo un interés central, en muchas dimensiones de nuevos requerimientos: la investigación teórica (en la que son señeros, aunque para otros contextos, los trabajos del grupo catalán Actar), el análisis económico y jurídico normativo (como la canalización de fondos de pensión —la vía chilena— o la implementación de organizaciones de demanda habitacional —las EODs [entidades de organización de la demanda] de la vía colombiana—), los estudios socioantropológicos, la experimentación tecnológica alternativa (como la que promovió el venezolano Álvaro Ortega), la recuperación de formas cooperativas (la experiencia ejemplar del cooperativismo uruguayo), comunitarias (a la manera, por ejemplo, del chileno Fernando Castillo) o de políticas locales o municipales (como la gestión de la comuna de La Reina del chileno Eduardo San Martín), etcétera, son referencias para un necesario reverdecer de estas cuestiones de proyecto.

•Mercado popular de materiales

Casi la mitad del hábitat metropolitano limeño es de autoconstrucción y, fuera de la importante experiencia autogestiva (de la cual el municipio/ciudad de Villa El Salvador, con tres centenares de miles de habitantes es el ejemplo clásico), uno de los instrumentos básicos de ese proceso fue instrumentar

mercados populares de materiales, que proveen a bajo costo algunas soluciones alternativas –como las planchas de quincha vegetal– que suponen recursos paliativos frente a la enorme orfandad de acceso a los mercados formales de materiales. Junto a estas variantes tecnológicas apropiadas, los peruanos han promovido formas alternativas de proyecto, algunas incluso manualizadas, para multiplicar su eficacia social.

•Colectivos sociales & ONGs

El trabajo con nuevas formas de clientes –como cierta clase de colectivos sociales u ONGs– también emerge como otro flanco diferencial de proyecto, mucho más participativo y vinculado con aspectos bien diversos de actuación y programación de la actividad técnico proyectual, pero que puede significar una modalidad actual y asimismo generadora de resultados de calidad, como bien lo puede ejemplificar el reciente complejo residencial/asistencial que Claudio Caveri (otro *outsider* típico, traído al centro del debate por los cambios de escenario) acaba de inaugurar en Maschwitz.

•Promoción de nueva profesionalidad

El *set* anterior y muchas más cosas que el ingenio y la necesidad echarán a rodar, implican que las instituciones disciplinares –la propia SCA (Sociedad Central de Arquitectos), los colegios, etcétera– *aggiornen* sus regulaciones, sus modos legales de establecer relaciones de comitencia, sus formas estipuladas de fijar honorarios, etcétera. Incluso es importante que los organismos colegiados, frente a su pasión recaudadora –de la que depende su subsistencia burocrática–, se abran a factores de promoción de nuevas formas de prestar servicios que, tal vez, andando en su verificación práctica, a la larga puedan convertirse en modos alternativos aunque formalizados de actuación profesional. Dicho de otra manera: hoy habría que *regalar* trabajo –voluntario e inserto en formaciones sociales alternativas, como por ejemplo las plataformas industriales autogestivas, como el caso de la vieja fábrica SIAM– para revalidar el contrato social de la arquitectura con la comunidad que se rediseña por efecto de la crisis.

•Experimentación, teoría alternativa, formación diferente

A las escuelas de arquitectura –y por su protagonismo central, a la FADU (Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo) porteña– le cabe la obligación de nuevas y rápidas adaptaciones de sus discursos formativos y didácticos, si no variando el corazón duro de la disciplina, al menos complementando la información, formación, aprendizaje, experimentación en torno de prácticas alternativas. Quizá la práctica técnico social, a la manera de la residencia de las carreras de medicina, como se dio en México, haya

llegado al momento de una necesaria verificación entre nosotros, ahora que somos Latinoamérica.

•**Agenda de sustentabilidad como nueva dimensión de gestión urbana**

Si quedaron o no fuera de foco de manera más bien definitiva, por lo menos las dimensiones convencionales de la planificación –el *land uses planning*, el plan de megaproyectos urbanos– van a estar un tiempo tal vez largo, confrontando una realidad diferente. Tal vez llegó la hora de ensayar modelos de discusión y control participativo de umbrales de sustentabilidad y calidad de urbanidad mínima, como lo podrían ofrecer los dispositivos conocidos como *agendas locales XXI*.

•**Design by community**

Las experiencias norteamericanas de reconstrucción de la calidad urbana barrial mínima que se practican en Estados Unidos desde 1970¹¹ –bajo el nombre genérico de *Design by community*–, consisten en bajas inversiones financiando pequeños grupos interdisciplinarios que actúan directamente en relación directa y localizada con colectivos sociales marginales o carecientes. Estas experiencias podrían ensayarse entre nosotros, no tanto o no sólo para ofrecer alternativas laborales a los proyectistas jóvenes (y también a trabajadores sociales) sino también para indagar en el terreno sobre nuevas formas de actuación reurbanizadora basadas en la interdisciplina y, sobre todo, para multiplicar dimensiones de oferta de servicios frente a la magnitud de las necesidades que la crisis ha desnudado.

Notas

³Véase, para un intento de análisis crítico urbano del 11S, el ensayo de mi autoría (2001f), incluido en la obra presente como su primer capítulo.

⁴Véase para articulación entre protestas urbanas locales y reclamos políticos de nueva sociedad, el texto de F. Guattari y A. Negri (1999), especialmente las secciones II (“La revolución ha comenzado en 1968”), V (“La nueva alianza”) y VI (“Pensar y vivir de otro modo. Propuestas”) de *Las verdades nómades* y las secciones VIII (“Luchas sociales y control sistémico”) y IX (“Reapropiaciones del espacio público”) de *Intellect, poder constituyente, comunismo*.

⁵Si bien la colección de escritos grupales del colectivo IS que conducía Debord es *La creación abierta y sus enemigos. Textos situacionistas sobre Arte y Urbanismo* (Debord, 1977), nuestro personaje, cultor de textos muy breves casi manifiestos, se había ocupado bastante antes del levantamiento del 68 en anticipar los puntos del programa de activar en la ciudad, con la ciudad. En *Introducción a una Crítica de la Geografía Urbana*, un escrito de 1955 (Debord, 2001) decía ya lo siguiente: “De todos los acontecimientos en los que participamos, con o sin interés, la búsqueda fragmentaria de una nueva forma de vida es el único aspecto todavía apasionante. Es necesario desechar aquellas disciplinas que, como la estética u otras, se han revelado rápidamente insuficientes para dicha búsqueda.

Deberían definirse, entonces, algunos campos de observación provisionales. Y entre ellos la observación de ciertos procesos del azar y de lo previsible que se dan en las calles”.

⁶ La irrupción de una articulación plena entre arte y política se produce entre nosotros en los tardíos 60 y primeros 70. Véase, A. Giunta (2001), especialmente el capítulo 8, “La vanguardia entre el arte y la política” (pp. 333-374).

⁷ J. Jacobs tiene, desde hace años, la rara virtud de poner en teoría cuestiones que hacían al sentido común de los cambios urbanos y que, sin embargo, los arquitectos y urbanistas se obstinaban en ignorar, como ocurrió en su célebre *Muerte y vida en las grandes ciudades* que apareció en 1961 cuestionando fuertemente las transformaciones de las ciudades norteamericanas, como luego en *La economía de las ciudades* que se publicó en 1964. Su última incursión es *Edge of empire. Postcolonialism and the city* (1997).

⁸ En este libro García Canclini cita a Gómez Peña, que escribe sobre Tijuana pero vive en San Diego y afirma que *se desmexicaniza para mexicomprenderse, pudiendo definirse como posmexico, prechicano, pan-latino, transterrado, arteamericano... depende del día de la semana o del proyecto en cuestión* (p. 302).

⁹ Especialmente el ensayo 1 (“Pretéritos presentes: medios, política, amnesia”), donde se aborda de manera genérica la cuestión posmoderna de la pasión memorialista como negación del futuro y del presente, y el ensayo 7 (“El vacío rememorado: Berlín como espacio en blanco”) en el que se ejemplifica acerca del impacto urbano arquitectónico de aquella pasión.

¹⁰ Una suerte de catálogo de experiencias alternativas tecnosociales de sustentabilidad urbana puede encontrarse en H. Girardet (1992).

¹¹ Véase el monográfico de la revista *Process*, 3, Tokio, 1977.

Sección II

Ambiente

Capítulo 3

Ambiente, ciudad, arquitectura

Crítica ambiental y nueva agenda de gestión de ciudades

Este ensayo se propone analizar cuatro temas relativamente encadenados: (1) un breve análisis del desarrollo histórico de la cuestión ambiental, bajo la hipótesis genérica de su pasaje de una cualidad *abstracta* a una más *espacialmente* determinada, (2) una consideración acerca del peso de lo ambiental como categoría o atributo de *control externo* del desarrollo socioprodutivo, (3) un comentario acerca de la *crisis del planeamiento urbano tradicional* en el contexto de la caída de significación del concepto y práctica de la planificación en general y (4) una preliminar *agenda* de ítems que parece proponerse como aporte para una *planificación urbano ambiental* o, al menos, para una reconceptualización ambiental de la gestión de ciudad, quizá todavía en una dimensión prioritariamente crítica.

Tal programa de temas busca, adicionalmente, ser revisado desde la óptica de la arquitectura como disciplina o saber históricamente constituido, no tanto bajo la presunción de un protagonismo significativo de tal saber, sino por ser la arquitectura uno de los campos cognoscitivos y técnicos que operan con la ciudad como objeto a la vez de conocimiento y actuación. Es probable que los argumentos de las cuatros secciones iniciales de este texto admitan un comentario complementario, sesgado si se quiere, desde la mirada de la arquitectura: en ello consiste la quinta y última parte del presente ensayo.

1. Historia de la cuestión ambiental

Si bien podría hablarse de una larga historia de relaciones diversas de las sociedades con sus entornos de naturaleza, la cuestión ambiental como emergencia *problemática* de esa relación es más bien uno de los efectos de la modernización y de la intensificación industrial de las tecnologías de explotación de la naturaleza –como escenario productivo– y de la complejización de los asentamientos humanos. En ese sentido, como ha ocurrido en otras dimensiones de la modernización, la cuestión ambiental se ha desarrollado según un arco de construcciones teóricas que va de lo abstracto a lo concreto, de la modelística científica a las aplicaciones territoriales localizadas.

1.1. El desarrollo *abstracto* de la idea de ambiente

La construcción histórica de la idea de ambiente, como un concepto definido en un nivel abstracto, tiene recientemente varias vertientes. Una, ligada a la historia de las ciencias, propone la derivación del concepto de ambiente desde un campo denominado de las *ciencias ambientales* que, por ejemplo en Bowler (1997), se describe como el desarrollo de una creciente *complejización* en los abordajes específicos de las antiguas *ciencias de la naturaleza*: en rigor, unas ciencias ambientales podrían conceptualizarse como aquellas que analizan la complejización evolutiva de las unidades u objetos de la naturaleza, las que establecen algunos lazos de relaciones entre los sectores tradicionales –por ejemplo, entre la biología y la física– y las que intentan internalizar algunos efectos resultantes del proceso técnico moderno de la antropización de los recursos naturales y sus propiedades.

Una segunda vertiente asume el protagonismo reciente de la *ecología*, como dispositivo científico *hegemónico* para la interpretación de las relaciones entre las sociedades y sus entornos naturales, aunque tales relaciones devengan, en esta perspectiva, muy determinadas por el campo natural. De las varias historizaciones ambientales sesgadas por la perspectiva ecológica destaca el trabajo de Deleage (1993) que, aunque centrado en la historización del propio desarrollo de esa ciencia, se expande para analizar la construcción moderna de la noción de ambiente.

Una tercera vertiente se liga a la historización de los procesos de gestión ambiental en tanto manifestaciones que sintetizan los esfuerzos para construir *alternativas políticas* referentes a una optimización de la relación entre sociedad y naturaleza. Uno de los aportes en este sentido es el texto de Bramwell (1989) acerca de la historia del desarrollo político de la ecología, incluyendo el célebre caso de la política *blau und boden* del partido nazi en el Tercer Reich, presentado por la autora como uno de los hitos de la utilización políticamente incorrecta de las ideas ecologistas. De manera más filosóficamente abarcativa, propuestas como la *ecosofía* o *deep ecology* del norue-

go A. Naess (1989) se postulan como modelos críticos de la complejidad contemporánea, aunque el fundamentalismo resultante sea políticamente inviable.

Y un cuarto y final grupo de aportes en el sentido aquí enunciado, proviene de la *crítica ambiental de la economía* que por tal razón comparte la dimensión de abstracción de los conceptos de esta disciplina, como los de valor, espacio, flujo o recurso. En este último nivel destacan aportaciones como las de J. O'Connor (1998), Daly (1991), Sachs (1982), Martínez Alier (1995) y Leff (1994).

1.2. La aplicación *regional* del concepto de ambiente

Si puede hacerse una reconstrucción de cómo se fundó históricamente un concepto –o noción abstracta– de ambiente, también puede intentarse situar esa noción en el seno de su caracterización espacial, en un primer nivel de superación de su condición histórico abstracta, en torno de su relación con el concepto de región, a la sazón también dependiente de un desarrollo conceptual abstracto. La revisión ambientalista de la idea tradicional y economicista de región ha sido ejemplarmente traspuesta a un estilo alternativo de planificación territorial por autores como I. McHarg (1969), quien construyó un marco conceptual y metodológico extremadamente riguroso a partir de una serie de estudios de redesarrollo territorial, la mayoría de características ligadas a la inserción regional de grandes sistemas urbanos (Washington, Filadelfia, Nueva York, etcétera).

1.3. La aplicación *territorial* del concepto de ambiente

Siendo la región todavía una noción revestida de abstracción, el descenso de las concepciones ambientalistas a una aplicabilidad mayor a las relaciones reales entre las sociedades y sus soportes naturales, podría verificarse en la idea geohistórica de territorio. En efecto, enfoques tales como los de *cuenca y sistemas de asentamientos* permiten una mayor precisión y delimitación de componentes sociales y naturales, dando curso a modelizaciones más sistémicas, incluso aquellas ligadas a la definición de balances de entradas y salidas de materia y energía.

1.4. La aplicación *urbana* del concepto de ambiente

Por fin, la voluntad de espacializar fenómenos de tipo ambiental puede encontrar una dimensión espacial todavía más precisa o puntual, al referirse a los asentamientos urbanos, susceptibles de estudiarse según

el modelo de los ecosistemas, de modelizarse como grandes organismos de reelaboración y consumo de insumos trófico energéticos y excretorios de residuos y de caracterizarse como ámbitos concretos de relación entre demandas del habitar de un grupo social y ofertas del hábitat de una segunda naturaleza compuesta de recursos naturales y de densas redes de mediaciones tecnoestructurales.

Sin embargo, esta supuesta concentración de las problemáticas ambientales en los sistemas urbanos puede obturar el adecuado análisis de las dinámicas ambientales, que suelen reenviar a dimensiones extraurbanas o territoriales de variable escala y complejidad. La noción de *huella ecológica* es una de las ideas que, para establecer una medida de la racionalidad ambiental de un asentamiento urbano, requiere analizar el grado de dispersividad territorial de éste, sea como demandante lejano de recursos naturales, sea como oferente –también hipotéticamente lejano– de residuos resultantes del funcionamiento del metabolismo urbano.

2. Lo ambiental como dispositivos y parámetros de control

Las notas precedentes pretenden situar el origen y desarrollo de las ideas ambientales en el contexto de un cierto desarrollo histórico que se eslabona desde lo abstracto científico hasta lo concreto territorial: en tal sentido, dicho desarrollo remite a entender un determinado posicionamiento epistemológico de estos saberes en el evolutivo campo de división intelectual del conocimiento. Por lo demás, el diverso decurso de ambas dimensiones revela el grado de desarrollo desigual de la cuestión ambiental en las esferas científica y política respecto del más generalizado desarrollo cultural, ciertamente vinculable con una mayor encarnación local o territorial de las problemáticas ambientales, verificable en la importancia creciente del movimiento ambiental y la participación social básica.

En paralelo a este despliegue de *saber básico*, se constituye un posible campo de *saber aplicado*, cuya finalidad remite más bien a constituir un enfoque crítico exógeno al desarrollo socio histórico tecnológico, cuya validación endógena tienden a ejercer las disciplinas convencionales: lo crítico exógeno de la mirada ambiental aplicada a otros saberes constitutivos y regulativos de lo real natural se presenta esencialmente como *dispositivos de control* de aquellas transformaciones ambientales de lo real natural históricamente dadas según el marco del saber/poder dominante.

En realidad podría decirse que la profundización de un rol dominante de *control* que el saber ambiental tiende a arrogarse respecto del desarrollo socioproductivo históricamente constituido, resulta simétrico del proceso según el cual dicho desarrollo parece haberse fundado, como lo sostiene

Luhmann (1992), en un progresivo y sostenido incremento del *riesgo*: en efecto, un margen del cual dependen resultados supuestamente evolutivos del desarrollo es llevar a umbrales crecientes de riesgo las operaciones genéricas del desarrollo entendido como antropización de la naturaleza.

De allí entonces que, si un saber científico tecnológico se ha ocupado de aumentar sistemática y exhaustivamente los umbrales de riesgo, es explicable que de manera interactiva emerja un saber alternativo y crítico que procure definir parámetros de control de ese proceso casi lúdico, de aumentar las apuestas de riesgo, no necesariamente legitimadas ni por la consistencia científica (la banalidad de unas *ciencias económicas* que no contemplan la segunda ley de la termodinámica es un ejemplo de esta inconsistencia aceptada) ni por la legalidad político jurídica (dada la reconversión del Estado en órgano subsidiario del Mercado y la regresión de la Sociedad a entidad manipulada por el consumo infomediático).

2.1. La noción de indicador de sustentabilidad

Dentro de los criterios generales según los cuales el saber ambiental se define como un campo de control de los procesos de transformación social, específicamente aquellos procesos de referencia espacial –territoriales o urbanos–, uno de los dispositivos más utilizados es el de indicador: un indicador no es más que una expresión paramétrica de una o más variables, que aporta información acerca del estado óptimo o deseable de aquellas variables y, por tanto, del proceso que ellas describen. La definición de una *plataforma de control de procesos* puede darse mediante la selección de un conjunto de indicadores que, si son correctamente monitoreados, pueden fundamentar decisiones correctivas sobre el proceso descrito.

Si la selección de un conjunto de indicadores es lo suficientemente consistente y comprehensiva, el mecanismo puede garantizar una condición de *supervisión* o *comando* respecto del campo social analizado. El ejemplo más célebre en cuanto a la aplicación en la gestión ambiental urbana de un sistema de indicadores de sustentabilidad, es el aplicado en la ciudad de Seattle.¹²

Puede haber *indicadores de sustentabilidad* o *críticos e indicadores de calidad* u *óptimos*. El desarrollo y aplicación de este dispositivo de control tiende a invertir la tradición prescriptiva del planeamiento clásico: en efecto, si aquella se ocupa taxativamente de prescribir lo deseable, el modelo implícito de planeamiento o control propio del uso de sistemas de indicadores se interesa más pasivamente en detectar lo indeseable, mediante la comprobación de la superación de algún tipo de umbral.

2.2. Sensibilidad

Una determinada correlación de indicadores y su monitoreo de variación frecuencial constituyen una *matriz o modelo de sustentabilidad*: otro instrumento cuya función principal, según el análisis de las variaciones en las expresiones de los indicadores de modo que no vulneren umbrales de criticidad, es también la de operar como elemento de control externo de procesos.

El ejemplo más desarrollado de matrices de sensibilidad como basamento informático de una gestión urbana es el montado en Francfort (Vester-Von Hessler, 1984), experiencia que además de demostrar uno de los picos más altos de aplicación de este instrumento, es un caso que evidencia los límites, sobretodo en cuanto a la dificultad de la toma de decisiones en un contexto de exceso de información.

2.3. Impacto ambiental

El concepto de impacto ambiental (IA) tiene una historia ya relativamente larga, desde sus iniciales aplicaciones vinculadas al análisis de efectos ambientales adversos en grandes emprendimientos tecnológicos como embalses hidroeléctricos o carreteras. La llamada matriz de Leopold, desarrollada por el geólogo A. Leopold para el análisis de explotaciones mineras y desde entonces convertida en instrumento usual de las llamadas evaluaciones de impacto ambiental (EIA), fue propuesta en la década del 40.

La fortuna de este instrumento no fue del todo relevante, toda vez que sirvió para reducir los costos de externalidades de un proyecto tecnológico o, también, para recomendar paliativos en la propia ingeniería de dichos proyectos, y casi nunca como un instrumento poderoso de control que decidiera, por ejemplo, implantaciones o tecnologías alternativas o menos aún, la viabilidad misma de un proyecto. Sin embargo, las EIA se instituyeron cada vez más, no tanto por un grado alto de efectividad, sino más bien por la recurrente aparición de eventos catastróficos en emprendimientos.¹³

Más recientemente se diseñaron aplicaciones de las EIA a la gestión urbana, algunas de carácter sustitutivo de los planes urbanos –como la metodología de Roberts (1973)– y otras planteando plataformas de control político técnico de proyectos de desarrollo, como el llamado modelo MEEP (*Municipal Environmental Evaluation Process*) aplicado en el municipio de Ottawa y según el cual, se invierte la tradición hiperprescriptiva del *planning* tradicional –que propone un uso y una intensidad de uso para cada punto de la ciudad– a favor de la idea general que sostendría que cualquier proyecto es pasible de ser aceptado toda vez que atravesase favorablemente un mecanismo de estratificadas y progresivamente más exigentes EIA.¹⁴

2.4. Sustentabilidad

Por fuera del tema específico –y si se quiere, hipertécnico– de los indicadores de sustentabilidad, este concepto, según su desarrollo de la década de 1990 (desde su inicial formación por Nijkamp (1990) aplicado a estudios del WWF (*World Wildlife Fund*) hasta su entronización política, vía Strong y Bruntland (WCED, 1987) en los documentos preparatorios de la Cumbre de Río) ha ocupado un lugar central en las ciencias políticas e indirectamente en una modificación del análisis de las políticas urbanas en las que puede hablarse de una sustentabilidad política, productiva, social y ecológica, de cuya adecuada interacción depende en definitiva el éxito de una gestión urbana y las mejoras de la calidad de vida integral de sus habitantes.

Inversamente, es posible utilizar esta plataforma conceptual para acceder a un diagnóstico de las problemáticas ambientales urbanas que no sea una mera contrastación de efectos de causas externas o lejanas, sino un modelo de interacción entre los elementos que articulan las relaciones entre las sociedades y los territorios que administran, ligado a la idea de una sustentabilidad no infinita.

Una aplicación de este criterio de análisis urbano ligado a la idea de sustentabilidad, es el concepto de *huella ecológica* desarrollado por Rees (1992), según el cual las ciudades tratan de resolver su sustentabilidad tendiendo a expandir indefinidamente el territorio teórico del que importan recursos naturales y al que exportan residuos.

Ese territorio, medido per cápita, está definiendo valores de cinco a seis hectáreas por habitante urbano en las sociedades avanzadas: si se multiplica tal valor por la población mundial se arribaría a una cifra de más del doble de la tierra efectivamente disponible (unos diez mil millones de hectáreas), con lo cual se arriba a una conclusión desalentadora: la sustentabilidad ecosférica se afirma en el no alcance de los parámetros per cápita indicados para más del 75% de la población mundial.

En el caso de las grandes ciudades latinoamericanas, los cálculos de huella ecológica realizados (por ejemplo para Buenos Aires y Santiago de Chile) arrojan valores de menos de dos hectáreas por habitante, cifras que definen afectaciones de territorios muy extensos. Por otra parte, el grado de insuficiencia recursística, comparado con los estándares avanzados, encubre severas deficiencias de los *metabolismos urbanos*, causales de problemas ambientales específicos.

2.5. Proyectos y tecnologías urbano ambientales

En la modalidad de controlar fenómenos y problemáticas ambientales urbanas destaca el desarrollo de *proyectos* (como unidades de gestión) y *tecnologías* (alternativas): si bien suele tratarse de criterios distantes de la voluntad genérica o sistémica de la planificación, pueden erigirse en gérmenes de procesos de transformación de la calidad ambiental urbana.¹⁵

Entre los proyectos podría señalarse la modalidad de emprendimientos basados en metodologías de participación comunitaria –*Take part, Makes community, Design by community*, etcétera– o algunos desarrollos considerados exitosos desde la perspectiva ambiental: Christiania en Copenhague (Dinamarca) o Davis en California, por ejemplo. También en cierto sentido, el llamado modelo Curitiba de gestión ambiental urbana puede interpretarse como un exitoso desarrollo de ciertos proyectos estratégicos para la ciudad, como *Lixo que nao e lixo*, el transporte intermodal de superficie o el sistema de parques metropolitanos que aúnan la provisión de espacio verde recreativo con la función de regulación hídrica.

Las tecnologías alternativas desligan una vasta panoplia de oportunidades generalmente basadas en el manejo eficiente de energía –como los sistemas de *ligh rail* o el llamado modelo Bremen de motorización individual cooperativa– o las técnicas de depuración de la contaminación urbana –como los sistemas australianos del grupo Memtech.

2.6. Eficiencia ecosistémica de las ciudades

Devenido de la tradición de la *Chicago School* de ecología social y a la vez de las modelizaciones ecosistémicas –como los estudios de *Hubbard Brook* (Gosz *et al.*, 1978)– se ha desarrollado una interpretación de la ciudad como ecosistema, especie de compleja caja negra con una órbita de entradas y salidas que también configura en modelo de control. A partir del análisis ecosistémico de una ciudad ideal, desarrollado por Wolman (1965), hubo numerosos intentos de modelización básicamente orientados la medición de la cantidad y calidad de los flujos de energía y materiales que entran y salen de las ciudades: Naredo (1988) para Madrid, Terradas/Parés/Pou (1985), por un lado, y Rueda Palenzuela (1995) por otro, para Barcelona, Montenegro (1991), para Córdoba (Argentina), son algunos de los modelos concretamente desarrollados para ciudades concretas, con diverso nivel de refinamiento de los datos de modelo. En un sentido un tanto diferente, los estudios de Boyden (1979) y Newcombe dentro del proyecto MAB (*Man and Biosphere*) once para ciudades como Hong Kong o Lae en Filipinas, también manejan modelos

de entradas y salidas, pero intentando desmontar los circuitos internos de las cajas negras urbanas mediante instrumentos cualitativos complementarios, como las encuestas sociales.

3. La crisis del planeamiento urbano tradicional

Como contracara del precedente despliegue de avances devenidos del saber ambiental entendibles más como dispositivos de control que de planificación, pueden advertirse síntomas evidentes de decadencia de los paradigmas planificatorios que, en cierto modo, hacen parte del ciclo histórico que vincula el momento de la ilustración y el cientificismo con la consolidación de la modernización.

Este ciclo había estipulado una relativa confianza en la voluntad de la planificación, tanto para institucionalizar vías de desarrollo capitalista de Estado como para organizar la viabilidad socioproductiva de las experiencias políticas socialistas. La doble decadencia de los modelos de los Estados nacionales proclives a un desarrollo capitalista de aspiraciones sociales (los modelos del *welfare state* central o de los desarrollismos coyunturalistas periféricos) y del bloque socialista, constituye la causa fundamental de la crisis del planeamiento –del planeamiento socioeconómico en general y de los planeamientos regionales y urbanos en particular–, dado el carácter funcional e instrumental de éste en relación con las políticas de desarrollo tanto capitalistas como socialistas.

Pero esta crisis, fundamentalmente en las dimensiones espaciales de la planificación, no es mera ni únicamente atribuible a las transformaciones políticas de las dos últimas décadas y al advenimiento consecuente de la etapa del omnimercadismo globalizado, sino que previamente la experiencia precedente de las técnicas planificadoras había revelado serias deficiencias técnicas y un esquematismo muy inelástico aún para contribuir eficazmente en aquellos procesos *ascendentes* de las democracias desarrollistas capitalistas y de los socialismos reales.

3.1. Matus y las teorías de sistemas

Las propuestas del planificador chileno, aparecidas hacia los primeros años de los 80 y sumamente influyentes desde entonces, tuvieron el mérito de asimilar, para un intento de reformulación técnica de la planificación, las ideas triunfantes de la teoría de sistemas. Si bien obviamente no fue el único ni el primer ensayista ocupado en el intento, su sistematización (Matus, 1980) –valga la redundancia– sirvió para terminar de afirmar la inutilidad de la pla-

nificación prescriptiva propia del entusiasmo desarrollista y competitivo entre sí, de los modelos políticos del *welfare state* y del socialismo.

El planteo de Matus es a la vez claro, consistente e inoperativo: afirma que la inherente sistematicidad de los fenómenos sociopolíticos obliga a instalar cada problema en una situación (que lo desborda y determina), que a su vez se caracteriza por intersectar un número más grande de variables, con lo que cada fenómeno queda automáticamente situado en una dimensión de complejidad.

Autores como E. Morin (1993)¹⁶ o F. Guattari (1996),¹⁷ en el plano de la investigación filosófica y psicosociológica, avanzaron en sus propuestas al convertir el escenario de la complejidad contemporánea tanto en dimensión inexcusable del análisis y la reflexión especulativa –en torno de una nueva relación posmetafísica entre sujeto o *campo social* y objeto o *campo tecnológico* (en el que vendría a quedar subsumida una naturaleza definitivamente cosificada y devenida un subsistema más de mercancías)– como en postulación epistemológica de un nuevo espacio de saber, no abarcable desde la perspectiva multi o interdisciplinaria tradicional.

La *inoperatividad* resultante del enfoque matusiano de la planificación, remite a la dificultad inherente a modelizar los criterios de la complejidad de los hechos en situaciones, y por tanto, a la inviabilidad de medios técnicos de influencia en el campo decisonal, salvo una operación de enorme concentración de poder, de capacidad de abstracción, que parece sólo se ha verificado –en el plano práctico– en la condición de la globalización de mercado.

3.2. Harvey y el *capital inmobiliario*

El mérito de los estudios de Harvey (1990)¹⁸ es el de haber traducido los términos abstractos de las proposiciones marxistas al contexto concreto de las ciudades, resituando así nociones que como las de capital, valor y plusvalía, pueden dar cuenta de las condiciones actuales del devenir urbano.

Un aporte sustantivo del análisis propuesto por Harvey es el ligado al concepto del *capital fijo* (Kf) cuyo carácter emergerá como el indeseado residuo del movimiento capitalístico de lo urbano y según autores ecomarxistas como O'Connor (1990), el elemento que define el actual nivel de crisis del modo de producción capitalista, no como crisis de exceso de capital reflejada en las relaciones de producción sino como “*crisis de escasez de capital manifiesta en las condiciones de producción. Cuando los diversos instrumentos de trabajo –dice Harvey– son producidos como mercancías, intercambiados como mercancías y consumidos productivamente dentro de un proceso de trabajo encaminado a la producción de plusvalía y al final de su vida útil, reemplazados por nuevas mercancías, se convierten, según el léxico de Marx, en capital fijo.*” Por tanto,

“el Kf no es otra cosa sino un proceso de circulación de capital por medio del uso de objetos materiales”, pero una de cuyas cualidades específicas devenidas de su condición material es el “desgaste: cuando la máquina se desgasta el Kf se ha consumido enteramente dentro del proceso de producción y nunca regresa a la esfera de circulación. Este análisis culmina, según Harvey, en la condición típica del desarrollo urbano según la cual éste se ha fundado en no contemplar una reserva de valor para la reposición de tal Kf: *el acto final en el drama de la circulación del Kf viene cuando la máquina está desgastada y requiere reposición. Si el Kf se debe reproducir, entonces se debe hacer una reserva de valor suficiente para reemplazar la máquina al final de su vida útil.*

Este es el punto en que O'Connor sitúa su análisis de la crisis ambiental urbana, al señalar la marginación del criterio de reserva de valor para reposición del desgaste del Kf degradado de la ciudad (y extensivamente, el territorio) ya que si la actual fase de acumulación capitalista se basa en un incremento del capital —que es cociente entre capital variable y capital fijo— montado únicamente en la reducción del Kf, tal condición equivale automáticamente al desarrollo progresivo de problemas ambientales o *externalidades* resultantes de la desconsideración de reposición del desgaste de Kf. La planificación ha operado, en ese sentido, como acompañamiento de procesos de externalización de tal característica.

3.3. Jameson y el *capital ficticio*

El análisis que aportará Jameson (1999),¹⁹ en la línea de los estudios de Harvey, es considerar la renta generada por la tierra urbana como *capital ficticio*, un concepto que también planteó, pero no desarrolló suficientemente, Marx.

En efecto, si el valor generado por la producción industrial es puramente condición del trabajo aplicado, la tierra urbana no puede explicarse, en su adquisición de valor, por tal condición y por lo tanto queda definida como una *expectativa de valor futuro* según la cual, por caso, será funcional que la misma tienda a una cualidad de *espacio isométrico absoluto* (un ejemplo del que será la radicalización propuesta por Mies, la *Chicago frame* del análisis de C. Rowe sobre las proposiciones miesianas).

En este punto no puede decirse que la planificación ambiental haya fracasado, salvo en cuanto tendió a maximizar tal condición isométrica y por lo tanto, a la aceleración de la presentación abstracta del suelo urbano como materia isométrica y a la maximización de la oportunidad de incrementar la generación y captación de capital ficticio. Aquí también hay una operación —simétrica al desgaste del capital fijo— que encubre la emergencia del problema de sustentabilidad ambiental.

3.4. Soja y la condición *posmetropolitana*

Después de su incursión en pos de una *geografía posmoderna*, G. Soja desde su privilegiado observatorio de Los Ángeles –que no por nada sirvió de modelo a la anticipación degradada de *Blade Runner*, que muestra esa ciudad hacia el 2025– introduce la concepción de posible finitud histórica de los enclaves territoriales llamados ciudades e incluso de las primarias expansiones de tal condición en las diferentes nociones de metrópolis, megalópolis, *urban corridors*, *urban sprawl*, etcétera, al presentar sus tesis sobre lo *posmetropolitano* (Soja, 1998).

En rigor, la experiencia de Los Ángeles –pero no sólo de Los Ángeles sino además de ciudades como Phoenix o Houston y todo el *sun belt*, o área de la tercera y última frontera de desarrollo urbano norteamericano– manifiesta el triunfo absoluto de los *lobbys* de los *developpers* inmobiliarios con la entronización del devastador modelo de la hiperperiferización dependiente de bajas densidades, serios deterioros del soporte bioperiurbano y estrés de las redes de infraestructura y encarecimiento geométrico del coste de los servicios.

Fenómenos todos explicativos de la potenciación de problemas ambientales estructurales que en el área de Los Ángeles han tendido a plantearse –en su intento de mitigación– sólo en una dimensión territorial, el *urban corridor*, expresada en el proyecto GMCP (*Growth Management Consensus Project*).²⁰

Los argumentos principales del análisis de Soja examinan las consecuencias espaciales de la conversión de la economía *polarizada en líquida*²¹ y el cambio de las cuencas o *hinterlands* superpuestos a derrames indeterminados definidos ya no por nociones de escala o tamaño sino por una inédita condición de *economía de alcance* en la que la telematización (más de un 50% del trabajo y el consumo del área centro californiana se *deslocalizó* en el sentido de su ingreso a la dimensión virtual del espacio electrónico y una nueva clase de sujetos de tal virtualización –los *nerds*– que desprecian literalmente la vida urbana convencional) y la terciarización (o pasaje de la actividad económica centrada en los productos a los servicios) aparecen estratificadas en capas de diferente calidad e interconflictividad y competencia como nuevas dimensiones de una suerte de lucha de clases.

4. Aportes para una planificación urbano ambiental

El desarrollo de las ideas ambientalistas dirigidas al plano de instrumentación de dispositivos de control comentados en el apartado 2, junto a la consumación de una crisis del planeamiento tradicional y la emergencia de nuevas visiones críticas y reformuladoras señaladas en la sección 3, dan pie, de forma convergente, al despliegue de aportes y contribuciones, tal vez todavía no demasiado sistemáticos ni operativos, tendientes a pensar un *estilo alternativo de planifica-*

ción que empieza a denominarse como *urbano ambiental* cuya cualidad principal pareciera residir en la voluntad de internalizar aquellos dispositivos de control en estrategias ya no proactivas o indicativas de una forma de desarrollo urbano, sino, en cambio, de moderación o regulación de la creciente autonomía de las decisiones de mercado.

4.1. Planes estratégicos con sesgo ambiental

Los planes estratégicos (PE) urbanos –derivación de la planificación militar y luego de la planificación competitiva empresarial– surgieron desde los años 80 como evidente signo de acompañamiento de la economía globalizada (interesada en concentrar su inversión de capital y en pasar del sector manufacturero al infomediático) y de la decadencia del Estado nacional cuanto del debilitamiento de los estados locales.

En realidad, tal contexto promovió alianzas defensivas de los estados locales y los sectores hegemónicos del capital privado *localizado* (no necesariamente local) para concebir planes estratégicos ideados como intentos de obtener condiciones prioritarias en el aprovechamiento de oportunidades regionales. Bajo un habitual barniz hiperparticipativo (contrarrestado genéricamente por el activismo de actores hegemónicos, la persuasión mediática y la cooptación política) los PE promueven un salvataje de las ciudades, relativamente egoísta desde el punto territorial.

En algunos casos, la capacidad integrativa de los enfoques macroeconómicos en que debieron situarse estos procesos, sirvió para incorporar variables ambientales al menos en dos aspectos. El primero, para fortalecer la capacidad de atracción de inversiones según el modelo de ciudad ecológica o de alta calidad de vida (imagen objetiva obtenida exitosamente por Seattle bajo la égida del gobernador McCall), y el segundo, para incorporar la discusión pos Río del tema de la sustentabilidad ambiental y sus costes económicos y sociopolíticos.

En cualquier caso, la dimensión o sesgo ambiental muy ocasionalmente tiene un peso determinante en las orientaciones o acuerdos de los PE: existió, pero no centralmente, por ejemplo en las dos primeras ediciones del PE de Barcelona o en el PRET (Plan Regional Estratégico Territorial) de Madrid. Autores como Borja y Castells (1997) se hacen cargo de la importancia central de los PE en la devaluada condición actual de la planificación, pero tienden a exaltar su cualidad de promoción de proyectos de desarrollo urbano y metropolitano, antes que a caracterizar la posibilidad de potenciación del análisis ambiental en tales instrumentos.

Algunas experiencias recientes de una planificación estratégica encarada como decisión macroterritorial –tal como el proyecto arriba citado del GMCP cali-

forriano— que resitúe el desarrollo urbano en marcos paramétricos de sustentabilidad territorial, parecen haber perdido significación en épocas recientes: el GMCP aparece contrariado por la apología del *sprawl* del *new urbanism* de Duany y Plater, el informe de R. Rogers al premier inglés Blair tendiente a consolidar la *inner city* antes que la hiperperiferización fue prácticamente desechado, la redefinición territorial de las comunas chinas, para mejorar su sustentabilidad sobre la base de un mix rural/urbano del tipo 80-15, va camino de su fracaso visto el incremento de la tasa de urbanización y el célebre plan NNEPP (*Netherland National Environmental Policy Plan*) y su idea del *ringstadt* o anillo de ciudades equilibrado, va camino de su desmontaje a manos de los *lobbies* inmobiliarios que se están disputando el inédito —para Holanda— plan de financiamiento de un millón de viviendas ofrecido al sector privado.

4.2. Las agendas locales XXI

El modelo de las *agendas locales XXI* derivó de las recomendaciones de la Cumbre de Río de 1992, que en su capítulo 28 proponía este instrumento, aunque en realidad su relativa fructificación dependió del renacido espíritu *defensivo* de comunidades locales y ONGs frente a las comprobaciones de efectos perversos de la globalización: hoy hay cerca de 6.500 ciudades en casi 80 países que han encarado procesos agendísticos, según un enfoque metodológico que se basa en la puesta a disposición *del mecanismo de control* relacionado con un *set de indicadores ambientales* (según el concepto de *objetivo* o *target* y la noción auxiliar de *disparador* o *trigger*) a un conjunto representativo de *voceros* o *stakeholders* de las comunidades implicadas.

El sistema resulta más que un medio alternativo de planificación, una especie de ámbito de control crítico o caja de resonancia de las políticas públicas urbanas, pero parece anticipar —aun en su actual estado relativamente utópico o voluntarista— los gérmenes de una nueva democracia localista e interesada en los asuntos microambientales, específicamente la calificación de los servicios urbanos en sentido amplio. Curiosamente, en tal dimensión frecuentemente micropolítica y aun de talante populista, es que puede accederse a un marco de discusión responsable la cuestión de la sustentabilidad.²²

4.3. Planes urbano ambientales

Los planes urbano ambientales parecen emerger como una nueva categoría dentro de la sucesión histórica moderna de planes urbanos que eslabona hitos desde los planes de ensanche y reforma interior hasta los directores, reguladores, indicativos, *master plans*, *use land plans*, etcétera.

A pesar de la declinante tendencia de tal producción de las disciplinas urbanísticas, sigue habiendo –incluso por exigencias institucionales– la necesidad de proponer marcos genéricos al desarrollo urbano y en tal sentido es que emergen dispositivos diferentes que intentan integrar nociones devenidas del paradigma ambiental. Tal es el caso, por ejemplo, del diagnóstico de elencos de problemas ambientales para concentrar la gestión del plan en la mitigación de los mismos o la incorporación de indicadores urbano ambientales que puedan operar como dispositivos de control de los procesos de desarrollo invirtiéndose los términos de la tradición prescriptiva puntual del *planning* tradicional: todo en principio puede ser posible o aceptable en tanto no vulnere determinado conjunto de indicadores.

Todo ello deriva la gestión no sólo a una adecuada selección de los indicadores sino luego a una eficaz acción de monitoreo y vigilancia para lo cual es necesario la promoción de una intensa participación. Uno de los ejemplos relativamente exitosos de este tipo de planificación es el desarrollado para Porto Alegre (Müzell Jardim et al., 1998), donde se incorporaron activamente criterios de gestión urbano ambiental en simultáneo con inéditos dispositivos participativos como las asambleas barriales para establecer formas de asignación del presupuesto público municipal.

4.4. Planes *hiperparticipativos* y SIA

En otras experiencias en que destaca una perspectiva de aportes ambientales a una revisión del planeamiento urbano tradicional, se postula que una planificación de efectos participativos sólo es posible si se democratiza ampliamente el acceso a la información para la opinión y la ulterior incidencia en la toma de decisiones.

Este objetivo se garantiza mediante el diseño de plataformas de información sobre los indicadores del desarrollo sustentable y sobre la performance de los proyectos respecto de tales indicadores. Una de las experiencias más interesantes en este sentido fue el desarrollo del PGAMC (Plan de Gestión Ambiental del Municipio de Cartagena), dentro del cual se organizó un vasto dispositivo participativo de más de dos mil diversos representantes o actores del desarrollo urbano regional, se registraron cerca de mil proyectos o iniciativas de desarrollo público y privado de todas las escalas y se sistematizó un conjunto de indicadores de medición de la performance de los proyectos, todo ello inserto en un SIA (sistema de información ambiental) digitalizado y de amplio acceso público (Cabanzo et al., 1996).

En la ciudad inglesa de Leicester se montó una experiencia semejante,²³ conducente, luego de diversos sistemas de recolección de información sobre problemas y proyectos en diferentes estratos de la comunidad, a la proposición de un informe anual –el denominado *Blueprint for Leicester findings*– que sirve para proveer la información básica para una participación generalizada.

4.5. Terapéuticas urbano ambientales

En el punto 2.5 se aludía a proyectos y tecnologías ambientales dentro del campo de las novedades aportadas por el desarrollo del paradigma ambiental. Normalmente este tipo de instrumentos, usualmente coyunturales o no estructurales, puntuales y más bien tácticos, pueden encuadrarse dentro del campo de las terapéuticas orientadas a mitigar los efectos negativos de las enfermedades ambientales: la óptica situada en un pragmatismo que articula patologías y terapéuticas es como antes viéramos, la posición sustentada en el conocido manual de Girardet.

Proyectos de diferente escala y cualidad, como el desarrollo de una miniciudad modelo, Davis, cerca de Sacramento en California, con sus *village homes* y sus técnicas de permocultivos; la comuna de Lightmoore Village, cerca de Telford en Inglaterra; el desarrollo de coviviendas en Dinamarca y Estados Unidos; la ciudad de Rottweil en Alemania, que pudo resolver la demanda energética de sus veinte mil habitantes con procesos integrales de coenergía; los asentamientos populares autoorganizados de Villa El Salvador en Lima, Perú, y de Klong Toey, cerca de Bangkok, Birmania; la ciudad libre de Christianía próxima a Copenhague, Dinamarca; el montaje de sistemas de trueque social en Inglaterra y Canadá; la remodelación que el grupo Stern hizo del llamado bloque 103 en el barrio berlinés de Kreuzberg; la Asociación de la Gente del barrio Notting Hill Gate en Londres y sus cooperativas y eventos como el carnaval multiétnico; las ecoinfraestructuras del artista D. Magnus en Mainz, Alemania; el movimiento de los cien mil niños de la Salud en Bombay según el célebre proyecto del médico V. Bulerao; las huertas urbanas de uso social en Ashram Acres en Birmingham, etcétera.

También en el libro de Girardet se apunta el caso de los proyectos alternativos de gestión urbana como el sistema Wonerven que impulsa el tránsito lento en las ciudades holandesas o el sistema Gewoba, empresa que impulsa el modelo de cooperativas de transporte que evita el uso privado exclusivo de autos en Bremen y otras ciudades alemanas; las tecnologías de depuración de aguas servidas desarrolladas por la empresa australiana Mentech o el proyecto de W. Sopples en la Penn State University en el que se reciclan los líquidos residuales de una ciudad de setenta mil habitantes en un área boscosa de doscientas hectáreas y la política de promoción de reutilización de tierra desafectada a usos industriales que alcanza en el Reino Unido a unas setenta mil hectáreas, que el 5% del total de tierra urbana disponible.

La lista es muy extensa e incluye empresas populares de limpieza urbana en La Paz, Bolivia, y Lima, Perú;²⁴ biohuertos en ciudades del altiplano americano; tecnologías alternativas de construcción en Argentina (experiencias del grupo CEVE –Centro de Estudios de la Vivienda Económica– de la Universidad Católica de Córdoba), uso de la guadua en Colombia, banco de

materiales populares en Nicaragua y Perú; la restauración de riberas de ríos urbanos como el Miami en Dayton o el Suquía en Córdoba o la alta cuenca del río Adigio en el Friuli de Italia; la promoción del principio llamado *city comforts* en Seattle (Sucher, 1995); el proyecto multipropósito del Emscher Park en la célebre y devastada cuenca del Emscher/Ruhr en Alemania (Seltmann-Kolkan, 1994); el modelo de ecosistema industrial de Kalundborg en Dinamarca; la práctica del grupo de diseño industrial alternativo italiano Branco o los desarrollos ecoalternativos de productos como Terrasana o Styrofoam, Electrolux o Miller, etcétera.²⁵

5. Hipótesis sobre la posición de la arquitectura acerca de la cuestión ambiental

La *arquitectura* como dimensión del saber y prácticas de construcción de la ciudad ha sido, por ello, una actividad cognoscitiva y técnica operante tanto en la instauración del concepto mismo de *ambiente* (definible como *dialéctica problemática entre sociedad y naturaleza*) como también, probablemente, de la acentuación moderna de las características problemáticas de la evolución de dicha dialéctica.

Lo natural, como escenario teórico al que remitían los preceptos del arte clásico y el principio operativo de la *mimesis*, formó parte, diversamente, de casi todo el espesor histórico de este saber, desde el momento grecolatino hasta el romanticismo del siglo XVIII y principios del XIX.

Sin embargo, salvo en la mirada genérica de la arquitectura acerca de la ciudad en el territorio (como *cosa* o sistema, como *interfase* –en cuyo caso prevaleció la consideración de la *periferia* de la ciudad que bordea lo rural–) o en elaboraciones específicas del *paisajismo* abocado a *culturalizar lo rústico* –por ejemplo, en los principios artísticos y políticos de Addison y Pope– o a *naturalizar lo artificial* –por ejemplo, en el desarrollo de los conceptos del *parque urbano*, como destaca en las propuestas de Alphand o Olmsted–, la arquitectura se ha ocupado más directamente de la ciudad, que como sabemos es una de las más complejas mediaciones históricas del concepto de ambiente, en tanto un *ambiente urbano* es, ante todo, un vastísimo y complejo sistema de artificialización de un soporte natural, en cuya definición y construcción la arquitectura ocupó un lugar central.

Desde estas hipótesis, el entusiasmo histórico de la arquitectura en participar de la artificialización propia de la antropización urbana, se enaltece en cuanto al propósito genérico de situar dicho esfuerzo en una esfera de *construcción de cultura*, pero se ensombrece cuando, a la luz de los estragos ambientales del mundo contemporáneo, los principios de esta disciplina rara vez se dirigieron

a indagar en las condiciones de soporte natural de tal aparato tecnológico. Sólo muy recientemente aparece una relativa cultura arquitectónica del *ahorro energético*, pero en todo caso sus proposiciones son bastante marginales al debate sustancial de la sustentabilidad.

En la modernidad, a su vez, podría decirse que la arquitectura –encarnada en las proposiciones del llamado *Movimiento Moderno*– conformó una verdadera *apología del desarrollo urbano*, al menos según las siguientes líneas de acción:

- La idea de *tabula rasa* respecto de la ciudad existente, ejemplificable en el proyecto de renovación del barrio del Marais en París de Le Corbusier o en su Plan de Buenos Aires de 1940. Esta idea, que supera y radicaliza el concepto de utopía urbana o *ciudad ideal* renacentista (que en rigor, se interesaba más por estipular una dialéctica entre tejidos preexistentes y monumentos nuevos, por ejemplo, en las influentes teorías albertianas) no es patrimonio del *ala dura* racionalista: hubo ciudad *ad initium* tanto en Le Corbusier como en el proyecto Broadacre de Wright.

- El concepto de *ciudad nueva*, verificable en las *new towns* y las *villes nouvelles* de los años 60, pero latente desde las ideas de Howard y Geddes (por cierto que en estos casos, dentro de una prototeoría de sustentabilidad territorial y autosuficiencia de las *garden cities*). La idea de la nueva ciudad –que tuvo sus momentos simbólico políticos en la Chandigarh de Le Corbusier/Nehru y en la Brasilia de Costa/Kubitschek– por cierto no ha desaparecido del imaginario disciplinar, si se juzga el *boom* chino actual y la introducción de la mayoría de las viejas recetas occidentales.

- La noción de *expansión periférica* sobre la base de grandes conjuntos de viviendas y equipamiento complementario. El modelo de las *siedlungs* del racionalismo alemán, signado por una hipótesis de economía de producción, terminó por generalizar un dispendioso derroche de suelo periurbano y una grave perturbación de las redes de servicios.

- El criterio de *urban renewal* o renovación más o menos drástica de fragmentos de ciudad interior, que violenta los antiguos preceptos contextualistas de Alberti y desemboca en la apología del *patchwork* urbano que hará C. Rowe y que motoriza el presente auge del *planning de proyectos* y una serie de fenómenos urbano arquitectónicos como la reutilización de antiguos enclaves portuarios o industriales, que en muchos casos contribuye a reaprovechar el capital fijo latente en esa reserva de recursos urbanos inexplorados y, en otros, detona procesos ambientales regresivos como la *guetización*, la *gentrificación*, el endurecimiento de fronteras *inner city*, el encarecimiento de servicios y/o la complicación ineficiente de sus redes, las asimetrías económicas resultantes de intensos procesos de revalorización del suelo y generación de rentas diferenciales, etcétera.

Si bien es cierto que la mayoría de estas ideas fueron severamente cuestionadas por críticos de la arquitectura –desde Mumford hasta el Team X: arco en el que

podría buscarse el germen de una postura moderna ambiental en relación con la arquitectura y la ciudad, por ejemplo en Erskine, Van Eyck y De Carlo–, el advenimiento de las posturas posmodernas confluyentes y funcionales al escenario de la globalización económica y entronizamiento mundial y canónico del neocapitalismo, no sólo tienden a reforzar el distanciamiento de la arquitectura respecto de la adecuada comprensión de las crisis ambientales de las ciudades, sino una subyacencia de aquellos núcleos de actividad prourbana que registramos, pero ahora despojados de los factores de relativa buena calidad proyectual, en tanto crece la reubicación del proyecto arquitectónico como intervención fundamentalmente cosmética y simbólica (a lo que contribuyen la mayoría de las nuevas palabras llave de la arquitectura actual: contenedores híbridos, *terrain vagues*, pieles frágiles, *fashion buildings*, *temathic parks*, *layers*, etcétera).

A manera de una enumeración de comentarios y posiciones de la arquitectura en relación con la cuestión ambiental de las ciudades, deseo cerrar este ensayo con una serie de referencias e hipótesis.

5.1. La arquitectura como *vehículo de alusión a la naturaleza en la cultura*

El momento *romántico* –como cruce de positivismo y restauración del sujeto, pero también como laboratorio de modernidad– otorga a la arquitectura la posibilidad de recentrar el proyecto como reflexión sobre la naturaleza: tanto como domesticación culturalizada de la misma cuanto como reposicionamiento simbólico de lo natural como elemento del discurso de la sublimidad.

Ambas cuestiones se pueden ejemplificar con las ideas de Schinkel, cuya protomodernidad ayuda a comprender cómo bajo la dualidad de su idea romántica de tematizar la naturaleza, se puede abarcar el ulterior desglose de las posturas racionalistas y expresionistas organicistas. Aunque, volviendo al análisis schinkeliano, puede relativizarse tal ulterior y supuestamente tajante dicotomía de la arquitectura moderna.

Los proyectos de recalificación paisajística del Spree berlinés –como el Packhofengebaude, la Schapielhaus o el Altes Museum– nutre el discurso schinkeliano con varios argumentos, si se quiere, *ambientales*: la arquitectura clasicista en tanto recuperación del potencial mimético de lo natural; la representación de lo natural como ambiente despojado de la imprevisibilidad y rusticidad y reconvertido en cultura (como *una segunda naturaleza*, donde la primera se subsume en una interpretación mediatizada, que empieza a insinuar el desplazamiento de la contemplación a la utilidad); la natural confluencia de lo universal y lo local, la historia y la geografía, la cultura sistemática y la naturaleza accidental.

Pero en otra serie de trabajos, como las escenografías que Schinkel preparó para las óperas que se representaban en su Teatro, el proyectista, despojado de

la función, puede –como en los decorados de su puesta de *La flauta mágica*– centrarse en el tema central de la *estética sublime*, cuya demanda de emoción subjetiva sólo puede depender de la imponente mistérica de lo natural, que controla y reduce el efecto de cultura propuesto en el secundario motivo de arquitectura. La vuelta a lo natural así, se dispone como motivo únicamente estético, proveedor del máximo contenido de emoción subjetiva.

5.2. Criterios ambientales subyacentes en ideas de ciudad en la arquitectura moderna

La ciudad *racionalista*, la *tabula rasa* del CIAM –por ejemplo, la ciudad contenida en el Plan de Buenos Aires de 1940 redactado por Le Corbusier–, maximiza un concepto de ciudad maquínica, isomórfica, abstracta; supuestamente iba a permitir la máxima libertad del sujeto en dicho contexto de expansión del concepto de obra de arte inorgánica moderna, pero realmente funcionó como isometría ideal para el comportamiento del mercado, resultando tan abstracta como el capital.

Hilberseimer, abogado del extremo reduccionismo racionalista y teórico de la máxima depuración de lo formal, devino en cronista de la ciudad mercantilizada (nada mejor que la reducción tipológica de los productos para funcionar como mercancías, en la línea del radicalizado reduccionismo de dos o tres *tipos edilicios* que sostendrían desde Le Corbusier hasta Y. Friedmann): aunque esa depuración lingüística le permitió establecer un extraño puente entre hiperabstracción y organicismo del paisaje, allí donde como en su Plan de Mauí en Hawaii, la naturaleza era elocuente: unas redes que retoman la geometría del *locus* y despliegan una organización filiforme.

Eisenman –en su reflexión proyectual de Los Castillos de Verona– disuelve lo natural en una materia prima más del proyecto (o más bien, de la escritura o textualidad proyectual): su Verona es lacanianamente real/imaginaria/simbólica, y si el campo de lo no-real se da en la discursividad ficticia –el drama shakespeariano– y la historia de la ciudad desde sus orígenes, el campo de lo real es lo natural primario (el río, el relieve) y lo natural secundario (la materia prima de la ciudad construida).

El Euralille de Koolhaas ya es un puro artefacto de mercado, un acuerdo de operadores económicos y políticos en un nuevo punto (oportunidad) del territorio y su accesibilidad. La naturaleza es recuerdo o vestigio –residuo de lo verde o murallas de Vauban– y también elemento de negociación social (parque, vías parquizadas, flujos, recursos naturales hechos servicios o productos).

Si Ambasz –en casi toda su obra, como en su frustrado *Master Plan* de la expo sevillana en La Cartuja– replantea una *estética orgánica de lo natural* (de manera representativa como en sus edificios japoneses o de manera ecosisté-

mica como en su dispositivo de regulación higroclimática en Sevilla) como punto de partida de su proceso proyectual; Ito, en el seno de la cultura arcaica tecnológica en que se inserta, piensa lo natural como *espectáculo*, como programa de parque temático –como en su Parque Agrícola de Oita–, lo que por fuera de toda ironía, es elocuente de la profunda degradación de la calidad ambiental de la vida urbana moderna.

5.3. La postura del *paisajismo*

El paisajismo urbano contemporáneo retiene, en sus minúsculas oportunidades, casi toda la necesidad de *representar lo natural* en el espectro de la tecnosfera de las ciudades. Por lo tanto, no es casual que sea cada vez menos natural y más artificial: si de la aprehensión de lo natural del viejo paisajismo retenemos no el objeto sino la función, el nuevo paisajismo no tiene obligación sino de resituar el dispositivo de la *contemplación* que no necesariamente debe depender de lo natural.

Así se explica el periplo que va de J. Simon (Parque St. John Perse, en Reims, años 70) a Tschumi y La Villette o West 8 (Parque Teleport, Amsterdam: un *terrain vague* rediseñado como parque seco, metáfora del nuevo paisaje de detritus y geometrías *trouvées*), pasando por cultores de la transición del paisajismo al conceptualismo del tipo *land art*, como P. Walker (Conjunto Solana, Texas: un trabajo conjunto con las arquitecturas barraguanianas de Legorreta, presentado como metáfora de un valle desértico o como fractura de la naturaleza serpenteando un borde de ciudad) o M. Couraujoud (Parque Villeneuve, ejemplo de sus propuestas de naturaleza salvaje y arte de instalaciones).

El debate del desarrollo especializado de la arquitectura paisajística presenta facetas diversas de la pérdida del estatus de las épocas de los *jardins anglaise* o *française*, pero que contiene todavía la posibilidad de discursos metafóricos de la relación compleja de territorio virgen y percepción culturalizada y aun del intento de pensar lo urbano desde la totalidad perceptiva del paisaje, como en los trabajos de M. Schwartz para Baltimore, una de las primeras operaciones urbanas en la tradición de la arqueología industrial.

5.4. Una lectura de propuestas del *arte moderno*

En el inicio de los discursos pictóricos de la ciudad metropolitana, Milán fue una referencia poderosa para la postura moderna que liga futurismo y surrealismo metafísico, lenguajes ambos tributarios del arsenal metafórico de la ciudad cambiante del inicio de la industria. El futurista Boccioni en su pros-

pecto de Porta Romana (1908) retiene algo de la óptica *naif* del impresionismo y de su clave de revaloración de lo real inesencial del mundo cotidiano, pero al contrario de la afrancesada nostalgia rural de Manet o Renoir, los artistas imbuidos de los desmesurados elogios marinettianos a lo artificioso y nervioso de la nueva ciudad fabril, convierten en natural los mosaicos suburbanos que interpenetran retazos de ruralidad con la precariedad de los bordes urbanos y la parafernalia específica de la industria.

Menos de dos décadas después, el metafísico surrealismo de Sironi –uno de los compañeros de ruta de la arquitectura de Terragni– es capaz de registrar y apologizar la *estética del ingeniero*, las formas tecnológicas puras que, sin embargo, subyugan misteriosamente la atención del habitante metropolitano: lo real se ha vuelto totalmente artificio.

5.5. Arquitectura en lo natural o el desmontaje del contexto urbano

Como parte de la omnipotencia moderna, la oposición de artefacto y territorio –cuando la arquitectura se despliega fuera del contexto de las ciudades– suele adquirir la contundencia de la abstracción de la forma geométrica del constructo frente a la morfología de lo natural –como en los edificios del campus de la Universidad de Alberta en Canadá, proyecto de A. Erickson– o el atisbo de instalar una topología más compleja en construcciones que deben insertarse en paisajes de naturaleza excepcional y aun de valor patrimonial natural –como el complejo de visitantes del Parque de Timanfaya en Lanzarote, de Abaca Cano *et al.*–. De una manera u otra, más o menos geoméricamente abstracta, una veta neta de modernidad ha sido tensar la oposición de esta dialéctica, al contrario de los *contextualistas naturales* como Piettila, M. Price o Grung.

5.6. Naturaleza de Indias

La *invención* de América y su condición de *laboratorio*, dio pie para otra vertiente histórica de relación entre sociedad, cultura y naturaleza, es decir, para un capítulo de la historia ambiental que ecólogos como A. Crosby caracterizaron como de salvaje explotación, acrecentada frente a la preexistencia de aquellas culturas cuyo signo de retraso respecto de Europa era, entre otros, el de una cuidadosa búsqueda de equilibrio para la sustentabilidad de sus poblaciones, no siempre conseguida vista la catastrófica extinción del mundo yucatense cinco siglos antes del desembarco ibérico.

En cualquier caso, el modelo de rendimiento de las normativas de las Leyes de Indias garantizaba un dispositivo técnico y jurídico económico que de hecho pudo repetirse más de un millar de veces en sendas fundaciones urbanas. Lo que queda nítido de tal operación es la *uniformización del modelo* frente a la *variación del paisaje* –oposición nítida y a la vez misteriosa en el dibujo fundacional de Nuestra Señora de Pereyra, de estrecha cercanía de un damero y un cauce de río, cercanos pero autónomos uno del otro y hasta con sus propias leyes de representación, geométrica la ciudad y alegórico el río–. Esa abstracción y violento ensamble de tecnología reproductiva y naturaleza diversa encubre el origen de numerosas problemáticas ambientales americanas.

En la tradición humboldtiana y hegeliana de una América floja de cultura y excedida de naturaleza, la arquitectura moderna pudo revestir sus dogmas centrales de un componente de alusión de lo natural americano, omnipresente y hasta ominoso: la arquitectura como aditamento *protésico* del soporte natural (en el Balneario Playa Grande de Ancón, Perú, proyecto de J. Baracco), la arquitectura como *metáfora* del mundo natural que la enmarca (la acequia, metáfora del valle antioqueño, que cruza la casa sabanera de R. Salmona) o la arquitectura *disuelta en acompañamiento y soporte de la naturaleza tropical* (en la casa Eco, de A. Morello en Saint Kitts) son algunos de los muchos ejemplos de esta posibilidad americana que, desde una inicial condición de rémora –desde la *tabula rasa* corbusierana– hoy parece mejor situada para instalarse en las crisis del ambiente, en la posibilidad orbital de las respuestas técnicas que puede aportar la arquitectura y en la perspectiva de una revisión de su contribución crítico cultural.

Notas

¹² Sustainable Seattle (1994). Se trata de un conjunto de 39 indicadores agrupados en cuatro grandes ítems: *medio ambiente* (cinco indicadores, uno de ellos es cantidad y calidad de salmones en los ríos de la región), *población y recursos* (ocho indicadores, uno de ellos es acres de tierra disponibles para cinco usos: residencial, comercial, espacio abierto, transporte, bosques), *economía* (nueve indicadores, uno de ellos es horas de empleo pagado al salario promedio necesario para afrontar las necesidades básicas) y *cultura y sociedad* (diecisiete indicadores, uno de ellos es promedio de vecinos que el ciudadano medio dice conocer de nombre).

¹³ Un completo manual del actual estado de desarrollo de los conceptos y técnicas EIA es el libro de C. Barrow (1997).

¹⁴ El procedimiento MEEP se aplica en el Municipio de Ottawa. Véase una descripción y comentarios del mismo en Fernández (1999:141-144).

¹⁵ En el manual de H. Girardet (1992) se registra un conjunto de proyectos y tecnologías que procuran afrontar las patologías de la insustentabilidad urbana (parte segunda del libro: *Ciudades enfermas,*

mundo enfermo) según una batería de minisoluciones empíricas y acumulativas o de sinergia positiva (parte tercera del libro: *Curar la ciudad*). Aunque la tercera parte es una suerte de David frente al Goliath de la segunda, allí se comentan experiencias como las de Davis o Christiania o proyectos como los de Mentech.

¹⁶ Este segundo tomo del vasto proyecto de cuatro grandes capítulos de revisión y *aggiornamento* del *cartesianismo* ajustado a la *modernidad de la complejidad*, se propone definir una ecología generalizada para abarcar (pero, por su dimensión, sin capacidad para proponer una nueva metodología fáctica para modelar gestionar la complejidad de lo real-vital) una *sistemática del mundo de lo vivo* (biológico y tecnometabólico).

¹⁷ La redefinición de *la subjetividad en y por el mundo maquínico* da pie a Guattari para proponer un marco de aprehensión de lo complejo según el concepto de *objeto ecosófico*, frente a cuya entronización contemporánea sólo cabría la perspectiva de un modo de conocimiento sesgado por *lo estético*.

¹⁸ En los capítulos finales de este libro Harvey sitúa el dispositivo conceptual marxista para analizar la categoría general del espacio territorio y la categoría específica del espacio urbano. La crítica del desarrollo urbano moderno y de sus formas de planificación se trata también en otra obra de Harvey (1985).

¹⁹ En el ensayo “El ladrillo y el globo: arquitectura, idealismo y especulación de la tierra” (pp. 212-248). Este texto fue originariamente una reseña de un importante libro de R. Fitch (1996).

²⁰ Una síntesis de este proyecto consta en M. Carley *et al.* (1992). Significó un marco concertativo para manejar el desarrollo urbano en un corredor de mil kilómetros de extensión –que va de San Francisco a San Diego– y 36 millones de habitantes, concebido así como recuperación de un área de manejo ya perdida en las dimensiones urbanas puntuales. Otra idea sustancial es la de convocar ámbitos deliberativos amplios y representativos (*caucuses*) que generen alguna clase de veto o moderación de las acciones de los actores hegemónicos del desarrollo urbano y territorial.

²¹ Estos argumentos también los propone A. Zaera Polo (1994) a quien un desarrollo de las ideas de Harvey le sirve para presentar unos escenarios de posurbanidad en los cuales propone la necesidad de identificar alternativas neotipológicas de la arquitectura (*contenedores híbridos, fashion buildings, franchising architecture, mediatecas, thematic parks, etcétera*).

²² Un manual para el desarrollo de las agendas locales es el elaborado por el *International Council for Local Environmental Initiatives* (ICLEI, 1996). Un libro de mi autoría (Fernández, 2002a) contiene un pormenorizado análisis crítico de esta metodología.

²³ La experiencia de Leicester está descrita en el monográfico de la revista *Process*, 3, Tokio, 1977.

²⁴ Este y el siguiente ejemplo se describen en el libro de L. Miranda Sara (1996).

²⁵ Véase el número monográfico dedicado a las relaciones entre diseño y sustentabilidad de la revista *Domus* 789, Milán, 1997 y en especial el artículo de E. Manzini “Progettare la sostenibilità. Leapfrog: anticipazioni di un futuro possibile”.

Capítulo 4

Las ciudades invivibles

Sobre la crisis ambiental de las ciudades

Una sola letra separa, intencionalmente, mi título, del célebre y miliunanochesco libro de fábulas urbanas de Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, aparecido en Italia en 1972. La voluntad poética de la descripción de cincuenta y cinco ciudades imaginarias, agrupadas en once tipos, sesgados por esa voluntad —*las ciudades y el deseo, las ciudades y el nombre, las ciudades y los muertos...*— no alcanza a enmascarar el talante político crítico de un intelectual comprometido, capaz desde una mirada dominada por la estética, de descubrir algunos incipientes problemas de la vida urbana, desde aquella fecha, coincidente con la primera gran reunión internacional ambientalista de Estocolmo (Calvino, 1974).

Una de esas series tipológicas de ciudades *calvinianas* —ya que no *calvinistas*—, las ciudades continuas, insinúa en sus cinco relatos, escenas de la crisis ambiental contemporánea: *Leonia*, la ciudad que se rehace a sí misma todos los días, a costa de estar rodeada de un mar de residuos y de convertir a los basureros en personajes angélicos, demiúrgicos semidioses de la falsa limpieza de cada día, ciudad territorio que acaba donde empieza la coraza túmulo de basura de la ciudad lintera; *Trude*, que es una y miles, ciudad desidéntica sólo reconocible por el nombre del aeropuerto; *Procopia*, la ciudad del hacinamiento progresivo y del avance infinito de la sobrepoblación y la insustentabilidad de los espacios (“*hasta el cielo ha desaparecido*” “*en mi cuarto nos alojamos veintiséis... todas personas amables por suerte*”); *Cecilia*, la ciudad que de ser isla en el mar de lo natural, creció e hizo desaparecer totalmente aquella contextualidad (en la que el pastor y sus cabras vivían y reconocían: “... *en un tiempo aquí ha de haberse encontrado el Prado de la Salvia baja. Mis cabras reconocen las hierbas*

de la plazoleta.”) y, en fin, *Pentesilea*, la ciudad que perdió su centro y que es una periferia infinita e informe (“... fuera de Pentesilea, ¿existe un fuera?”). Como tantas otras veces, la fantasía inherente a la *utopía crítica* —de Orwell, de Huxley por ejemplo—, la ficción del poeta anticipa los futuros y mucho de lo exagerado de tales discursos, ya está con nosotros, acompaña nuestros destinos y *renaturaliza* nuestros hábitos de habitar.

En 1986 se publicó un libro (Leff *et al.*, 1986) que incluía un artículo de mi autoría de contenido bastante optimista, todavía en los ecos del progresismo setentista (Fernández, 1986): las 31 notas microensayísticas que lo componen, planteaban la emergencia de la *dimensión ambiental en los estudios urbanos* (notas 1-6), el análisis de *la ciudad como fenómeno de construcción arquitectónica* (notas 7-11), la discusión de once hipótesis básicas —seis hipótesis acerca de cómo lo ambiental redefiniría lo urbano arquitectónico y cinco acerca de cómo lo urbano arquitectónico podría contribuir a precisar el saber ambiental referente a las ciudades y sus entornos— (notas 12-23) y, finalmente, la proposición de un estado de la cuestión para definir *aproximaciones a las relaciones entre arquitectura y medio ambiente* que, sustancialmente, superasen el reduccionismo de entender la ciudad como un ecosistema (notas 24-31).

¿Qué cosas han cambiado significativamente desde el planteo de tales propuestas, más de quince años después? ¿Por qué caracterizo como *optimista* mi visión de entonces? Diría, en un primer resumen, que lo urbano ha desbordado de su condición puntual, dentro de consideraciones territorialistas de lo ambiental que, en la etapa Estocolmo, permitía suponer todavía una gestión razonable del desarrollo urbano sin transformar irreversiblemente las cualidades ambientales planetarias y regionales y, en segundo término —ya a nivel de una especie de autocritica disciplinar profesional— que las actividades de las ciencias urbanas y del proyecto urbano arquitectónico, han perdido notablemente terreno y las decisiones que determinan el cambio urbano contemporáneo ya son casi enteramente independientes de cualquier clase de racionalidad derivable de aquellos saberes de la construcción arquitectónica de las ciudades: la ciudad y su dinámica se convirtieron en un renglón tan sustancial para la recirculación especulativa del capital (incluso como cuestión emergente de la nueva lógica hipermercada de la globalización) que debió ser arrancada de aquel nivel de competencia/racionalidad.

Por lo tanto, la apuesta de quince o veinte años atrás, acerca de la posibilidad de un control lógico racional que desde el proyecto urbano arquitectónico pudiera derivar en forjar un *modo técnico* de asegurar una convergencia entre desarrollo urbano y racionalidad ambiental territorial, hoy tiene que devenir, inexorablemente, en un planteo ya no *técnico metodológico* (ese era el optimismo, un poco mesiánico o autocentrado) sino *crítico ideológico*: hoy no se puede sino ejercer un implacable *análisis crítico de las condiciones de la crisis ambiental de las ciudades*.

Así, en una especie de *addenda* correctiva del texto original, lo que sigue es una nueva serie de notas, agrupadas en dos bloques: una primera sección, predominantemente crítico ideológica, que simplemente sintetiza los cambios genéricos que han ido dándose en las ciudades y su discutible desarrollo de este último par de décadas, y una segunda sección, todavía inspirada por un pragmatismo diríase crítico operativo, que resume los cambios o avances que se suscitaron en el saber ambiental aplicado a lo urbano en ese mismo tiempo histórico.

1. Cambios de las condiciones urbanas 1980-2000 y sus efectos en la problemática ambiental urbana

1. La *capitalización* de lo urbano ha derivado en una caída de la cantidad y calidad de los *espacios públicos*, en la desarticulación del concepto del *derecho a la ciudad* (o más bien, a la *urbanidad*), en la conversión de las funciones o cualidades de lo urbano en *commodities* transables y en la reconceptualización progresiva de los servicios urbanos como prestaciones transables de mercado.

El virtual concepto de una ciudad ya no pública, sino objeto de transacciones mercantiles –*no se puede usar o vivir la ciudad o sus prestaciones*, sino única y crecientemente, *comprarlas*– tiene enormes consecuencias ambientales, no sólo por la accesibilidad a bienes y servicios ambientales vía *mercado* (hay que comprar aire puro, agua potable, suelo verde, etcétera) sino además por el hecho de una falta de internalización en el seno de la economía mercantil urbana, de los costos/precios ambientales, hecho que realimenta la problematización ambiental (resultante de la voluntad de maximizar rentabilidad sin internalizar costos ambientales). Un problema de mediano plazo, consecuente de una mayor internalización de esos costos, será el valor alto de los bienes y servicios ambientales, dada su escasez.

2. El proceso creciente de *urbanización* –o concentración de la población en asentamientos urbanos, con la doble característica de concentración de los pobladores rurales en urbanos y de concentración de pobladores de asentamientos de rango menor en centros urbanos medianos, mayores y/o aglomeraciones metropolitanas– instituye en las ciudades un concepto de *periferización infinita* (no sólo para alojar la marginalidad socioproductiva y la pobreza consecuente) que alcanza a reformular nociones tradicionales como *centralidad* y *marginalidad*.

Los diferentes procesos de multicentralidad, policentralidad, difusividad, etcétera –de los cuales son testimonios algunas ciudades norteamericanas de graves problemáticas ambientales, como Los Ángeles (Soja, 1998; Davis, 1992) o Phoenix (San Martín, 1993)– desdibujan la demarcación de lo urbano en lo territorial (que históricamente había permitido, por ejemplo, el desarrollo conceptual de la economía locacional regional y cierta posibilidad

de modelización y cálculo de relaciones de ofertas/demandas de centros urbanos con determinados *hinterlands* productivos/consumísticos) que entra ahora severamente en crisis, dados los informes derrames tipo mancha de aceite, de las aglomeraciones urbanas descentradas.

3. Las transformaciones del comportamiento locacional del capital implican procesos de *desterritorialización* y/o *deslocalización*, sobre todo de las *actividades* vinculadas al *trabajo* y la *residencia*, con las condiciones agravantes y efectos consecuentes de un creciente comportamiento táctico oportunista de las condiciones físicas de inversión del capital, obtenidas por el aceleramiento de los plazos de retorno de inversiones y amortización de la inversión en *capital localizado* o fijo.

Políticos tan hiperconservadores como el ex candidato republicano norteamericano P. Buchanan, se presentan ahora como adalides de la necesidad de controlar la excesiva movilidad del capital, cuyos procesos erráticos de radicación de inversiones en una ciudad y luego otra –cada vez en ciclos más cortos, dada la reducción de inversión en capital fijo– provocan serias distorsiones socioproductivas en las ciudades abandonadas, dado el brusco pico de explosión de desempleo que ello provoca.

Desde el punto de vista ambiental urbano territorial, estos procesos, por una parte, extienden a virtualmente todo el territorio, el comportamiento que otrora se concentraba en las economías de enclave y, por otra, multiplican los fenómenos de problemática ambiental específica en las ciudades que circunstancialmente se ven beneficiadas con la radicación de inversiones, como de aquellas que bruscamente las pierden: hay ya una comprobación de efectos ambientales problemáticos consecuentes de estas fases *ascendentes* y *descendentes* de la radicación de capital en centros urbanos o puntos concretos del territorio.

4. El pasaje de una *economía predominantemente productiva* de insumos básicos y bienes manufacturados industrialmente a una *economía terciarizada*, especializada en transacciones de servicios, junto a los procesos de desarrollo tecnológico basados en la llamada *tercera* revolución tecnológica o *tecnoinformática*, ha suscitado lo que podríamos denominar *cambios electrónicos de la locacionalidad* o arraigo tradicionales y, consecuentemente, una ampliación desjerarquizada y desestructurada de modos de vida urbana (*urban lifestyles*) a todo el territorio.

Los problemas de la terciarización implican, por una parte, la brusca generación de nuevas estratificaciones sociales que emergen en los núcleos activos de la terciarización *alta* (o genuina) tanto como, por otra parte, de la intensificación de economías *sommersas* o *ilegales/informales* allí donde se produce una terciarización *baja* (o espúrea), frecuentemente, sucedáneo adaptativo de la desindustrialización y/o de los procesos antes apuntados de hipermovilidad especulativa del capital, agravada por factores legislativos de promoción cada vez más permisivos de dicha movilidad.

5. La posibilidad de transformar *las economías de escala* en *economías de alcance* (Zaera Polo, 1994) ha significado, respecto de un aspecto tradicional de las ciudades modernas, un efecto genérico de *desindustrialización de las ciudades*, sólo parcialmente paliado por el incremento de las actividades terciarizadas: las innovaciones tecnológicas, unidas a la pérdida de las necesidades productivas y consumísticas de prestaciones urbanas que había supuesto la actividad industrial convencional, engendran las crisis en los mercados de trabajo localizados (o sea, urbanos) e instituyen, en el mejor de los casos, estímulos al *nomadismo*, incluso de carácter lejano.

Si bien podría pensarse que las transformaciones productivas tienden a disminuir el impacto ambiental típico de las grandes implantaciones industriales urbanas o próximas a las ciudades, también ocurre que la deslocalización urbana de la industria reduce las posibilidades de control de sus condiciones ambientales regresivas (un testimonio de esta pérdida de control es el desarrollo de las evaluaciones ambientales o auditorías crecientemente transferidas a responsabilidades intraempresariales, eventualmente constreñidas por factores de competitividad de mercado que mejoran, por ejemplo, con la exhibición de *ecolabels* o certificaciones tipo ISO (*Internacional Standard Office*) o BS (*British Standard*), a menudo fuera de toda regulación política pública) y que el desarrollo de actividades sucedáneas –como la terciarización baja o el desarrollo de una especie de subindustria, de productos de baja calidad– engendra nuevas problemáticas de impacto (o superposición incontrolable de múltiples microimpactos).

6. La recapitalización de las actividades urbanas ha implicado la *privatización* creciente de todas las prestaciones y servicios urbanos y, consecuentemente, una grave pérdida de relevancia del concepto de *Estado local*, frecuentemente relegado a la administración de los efectos sociales regresivos de las nuevas economías globales de mercado a escala de las ciudades que aquellos Estados nominalmente gestionan.

Curiosamente –o no– este fenómeno de mercantilización de los servicios urbanos parece encontrar su máxima ortodoxia en el seno de las piadosamente llamadas *economías emergentes* (más precisamente, subdesarrolladas y dependientes): en Estados Unidos, por ejemplo, los servicios de agua potable siguen siendo públicos, como en Suecia los teléfonos, lo que no ocurre en Perú o en Argentina.

7. La mayoría de los procesos consignados ha derivado en provocar cambios culturales profundos en las ciudades y sus poblaciones: *multidiversidad* social, étnica y comunitaria, intensificación de los *archipiélagos* sociales urbanos –y de los consecuentes *guetos*, sus efectos espaciales–, intensos movimientos migratorios poco o nada aculturados, nomadismos interurbanos e intraurbanos, etcétera.

Los cambios culturales urbanos, como el incremento de la fracturación social o las rémoras político organizacionales de los mecanismos que en la modernidad procuraban cerrar las brechas socioeconómicas (como la política de expresión básica o territorial, los sindicatos, las asociaciones vecinales, etcétera) agravan el contacto de los socioculturalmente *diferentes* de una ciudad, con un conjunto de consecuencias ambientales negativas basadas en la fricción entre tales diferencias en el tiempo/espacio urbano.

Ello sin perjuicio de reconocer que las nuevas condiciones engendran, como lo han apuntado muchos estudiosos antropoculturales (desde García Canclini –1995– hasta Jacobs –1997–, quien acuñó el concepto de *sociedades urbanas poscoloniales*), situaciones valorables, como la aproximación de culturas lejanas en un territorio concentrado y susceptible, por ello, de intercambios que van desde la gastronomía a las modas o los productos artísticos, como la música o prácticas artesanales, etcétera.

8. A su vez, el desarrollo de los procesos que definen las transformaciones culturales apuntadas en la nota anterior, profundiza el montaje de escenarios de *violencia intraurbana*, pérdida de patrones convencionales de *seguridad*, aumento de situaciones de congestión y fricción, incremento de patologías psicosociales, multiplicación de los *enclaves fronterizados*, etcétera.

Este panorama alude, según lo que estudiaron recientemente investigadores sociales diversos, al incremento de un fenómeno de *tribalización*, en el sentido del tipo de intercambios y tensiones suscitados por la yuxtaposición forzada de diversas minorías convivientes, con asimetrías notorias de poder, riqueza, prestigio, legitimidad, etcétera.

9. Los efectos urbanos de los cambios económicos y políticos implícitos en el desarrollo de los mercados globales han generado, por una parte, procesos inéditos de *metropolización* o concentración decisional de campos estratégicos de la dinámica de los mercados globales en algunos polos o *ciudades mundiales*, con efectos tales como concentración de las actividades financieras y de emisión de información, nuevas centralidades culturales y del consumo, etcétera. Éste es el tipo de situación que ha estudiado S. Sassen (1991), como procesos concentrados en pocos focos mundiales (Tokio, Nueva York, Londres, etcétera).

10. No toda aglomeración significativa de poblaciones en focos territoriales concentrados implica el montaje de condiciones estrictas de metropolización, en el sentido inherente a *concentración de actividades decisionales* de largo alcance territorial. Un efecto colateral de los procesos descritos de transformaciones económicas y culturales relacionadas con la existencia y dinámica de los mercados globales, ha sido el desarrollo de *metrópolis débiles*, o *pseudometrópolis*, desprovistas de las cualidades y funciones de las llamadas ciudades mundiales.

El desarrollo de esta dualización fue presentado por R. Fernández Durán (1993) como la diferencia entre las *ciudades globales del norte* y las *megaciudades*

del sur, tipología que entrega la imagen de la *explosión del desorden* –con sus aspectos vinculables, en cada tipo, a diferentes problemáticas ambientales–, como una suerte de inevitable válvula de escape dentro del orden global (que ya no tiene ninguna expresión territorial, sino que se afirma en la lógica abstracta de la articulación entre capital económico y poder político, con la abierta supremacía del primer elemento).

11. La reorganización reciente de los espacios económicos mundiales, si bien abre expectativas de alta competitividad a *ciudades intermedias* con ventajas comparativas o con oportunidades potenciales, ha significado, por el contrario y en términos más generales, una pérdida de vitalidad económica de numerosos ATIs (*asentamientos de tamaño intermedio*, variables de cien mil a un millón de habitantes) cuyas condiciones de calidad de vida han empeorado y pueden, en algunos casos, verse adicionalmente afectadas por fenómenos exacerbados de competitividad regional: una especie de *sálvese quien pueda* dentro de las redes de asentamientos regionales, otrora medianamente compensadas por complementariedades funcionales.

En este renglón hay miradas *optimistas* –orientadas al reconocimiento de oportunidades, como las que se presentan en los estudios de J. Borja/M. Castells (1997)– y miradas *pesimistas* –como las elaboradas, para unos treinta casos de ATIs de América Latina en un estudio coordinado por H. Herzer/P. Pírez (1993), en el que se evidencia la sistemática degradación del sustento económico de esa clase de ciudades.

12. En general, para los pobladores urbanos han aumentado, en las dos últimas décadas, los factores de *inequidad distributiva* (con cambios regresivos en la concentración de la riqueza y del ingreso y agravamiento de las deficiencias distributivas) así como las condiciones de *pobreza urbana*.

Algunos datos para Buenos Aires ilustran este tema: en la región del área metropolitana de Buenos Aires, con 11.8 millones de habitantes, se registran en 1999, 3.1 millones de pobres (catalogados así, por tener NBI –*necesidades básicas insatisfechas*– generadas en un ingreso per cápita menor a 160 US\$/mes) y 813 mil indigentes (o situados debajo de la LP –línea de pobreza– o ingreso menor a 80 US\$/mes).

Un año antes (1998) los números eran 2.8 millones de pobres y 625 mil indigentes, lo que revela la notable aceleración del reajuste económico social. Sin embargo –lo que sirve para calcular la inequidad distributiva– la RAMBA (*Región del Área Metropolitana de Buenos Aires*) tuvo en el bienio 1996/1998, un crecimiento económico neto que superó los 40 mil millones de dólares.

13. A nivel del *imaginario urbano* se ha impuesto, a menudo de manera subliminal y/o por imperio de las estrategias comunicacionales, una cultura que suele llamarse *posmoderna* y que incluye una *estetización complaciente* de los efectos regresivos de los cambios infringidos al modelo moderno (desde la

utopía socialista hasta el *welfare state*), semejante a la subyugación verificada en los regímenes fascistas: exacerbación de la violencia como factor estético, intensificación del espectáculo y los consumos mediáticos imaginables, pérdida del imaginario de la realización histórica basada en el consenso político comunitario y la planificación, entronización de la apología del presente intenso y superficial, construcción de identidades pseudopolíticas mediante recursos infomediáticos, etcétera.

2. Cambios en la percepción ambiental de los escenarios de crisis urbanas en las últimas dos décadas y aportaciones crítico operativas

14. En la percepción ambiental del devenir contemporáneo diría en general, que se ha pasado del *grano grueso deductivo* al *grano fino inductivo*, es decir, de la ambición modelística del tipo de los informes del Club de Roma a acomodamientos siempre adaptativos y fragmentarios que, unidos a la teoría del aumento de la toma de riesgos, buscan insertar la temática ambiental dentro de un contexto variopinto (caída ya definitivamente la hipótesis de la *nave tierra*) a fin de no entorpecer la posibilidad del funcionamiento del mercado y la lógica inherente de la infinita movilización del capital.

Se sabe ya que ha acontecido el *fin de la capacidad infinita de la sustentabilidad macrosférica*, pero eso no se puede decir, por ser políticamente incorrecto y así deviene una suerte de aumento del egoísmo ambiental de enclaves sociopolíticos y una proporcional pérdida de factores de solidaridad ambiental, que sólo les cabe ya a las ONGs internacionalistas.

15. Las necesidades del desarrollo del modelo de las economías globales de mercado implican inevitablemente o una entrada en crisis de la capacidad de aumentar la reproducción del capital o un aumento sostenido de las *hipótesis de riesgo* y disminución de los criterios de *protección* de aquello que en la economía política marxista se supo llamar *capital fijo* (por ejemplo, los recursos naturales pero también la tecnología infraestructural *agregada* a modo de *naturaleza secundaria*), lo que implica necesariamente una reducción de la seguridad respecto de los problemas ambientales emergentes de aquellos aumentos de toma de riesgos y un incremento geométrico consecuente de los escenarios críticos (por ejemplo, los derrames de contenedores petroleros o las fallas de los oleoductos).

Esta transformación de la política y la sociedad posmoderna fue analizada sociológicamente por N. Luhmann (1992) y filosóficamente, por P. Sloterdijk (1994).

H. Jonas (1995), uno de los analistas de la necesidad de una ética para la civilización industrial, apunta que “*el primer deber de la ética orientada al futuro es promover la representación de los efectos remotos*”, y eso es lo que

calculadamente tiende a no hacerse en el contexto histórico de las sociedades de maximización del riesgo.

16. En el contexto de las dos últimas décadas, acompañando la finalización histórica de la *modernidad bipolar*, se han operado transformaciones significativas de los paradigmas de producción y consumo. La *producción* resulta transformada por las innovaciones tecnológicas y el *posfordismo* en general, por la modificación severa del componente del trabajo/empleo y por hipótesis de comercialización de la producción resultante determinada por un factor de competencia exacerbada a escala global, al desaparecer genéricamente las regulaciones comerciales internacionales.

Uno de los análisis más lúcidos de los cambios recientes en la producción es el propuesto por A. Gorz (1998). El *consumo* se ha transformado desapareciendo la utopía moderna del derecho a la satisfacción de necesidades y reemergiendo como un factor regulado por la *performance* socioeconómica: se ha operado, desde el punto de vista del consumo urbano, el pasaje del concepto de *abastecimiento* al de *comercio lejano* (competitividad tecnológica más aperturas arancelarias relativas: sí en Malasia, no en Francia o la UE –Unión Europea–).

La relativización de las *cuencas de abastecimiento urbano* ha servido, concomitantemente, para facultar la virtual desaparición de los cordones agroproductivos intensivos periurbanos, con la suscitación de problemas ambientales mucho más complejos que la transformación del consumo (por ejemplo: el desarrollo de vectores de canalización de nuevas enfermedades virósicas, rotos los *buffers* amortiguatorios tradicionales de los flujos de las relaciones ciudad/campo).

17. La imposición de los *megatemas* de Río 92 como el *cambio climático global* y la *biodiversidad* han suscitado resonancias de cambios en las políticas urbanas con una adaptabilidad tecnológico cultural de velocidades diferentes según el nivel de desarrollo: por ejemplo, en Holanda –dentro del modelo de la Ringstadt– se establecieron normas genéricas de reducción del efecto de calentamiento atmosférico por emisión indebida de gases, con algunas políticas consecuentes de tipo urbano, como la reducción progresiva de las formas inconvenientes de transporte motorizado o, en un sentido equivalente, el acuñamiento de estrategias como el llamado modelo Bremen, de propiciamiento de un parque automotor de uso colectivo/cooperativo, con descenso de los factores de agravación de las condiciones atmosféricas adversas.

Un resumen, casi ligado a la percepción social común o básica, de una agenda ambiental urbana de los últimos tiempos –con su mezcla de mirada apocalíptica y falso redencionismo tipo *small is beautiful*– puede encontrarse en el popular libro de H. Girardet (1992).

18. La reciente relevancia científico tecnológica (ya que no política) del tema de la *sustentabilidad* ha planteado, en un sentido, un nuevo debate ideológico (¿qué es lo que hay que sustentar: la sociedad, sus relaciones y componentes, o

el modo de producción capitalista presentado como el *fin de la historia*?) y, en otro sentido, algunas consecuencias técnicas: el cálculo de la huella ecológica o *ecological footprint* de cada ciudad y para cada habitante –lo que ha puesto en flagrante evidencia la asimetría de sustentabilidad de cada habitante urbano–, la ampliación de intereses y alcances de los EIA –como los modelos de análisis regional implícitos en los modelos Rems y Landskrona, aplicados en Inglaterra y Suecia, o la multiplicación de aproximaciones metodológicas y aplicativas que sobre tales enfoques presenta el libro de C. Barrow (1997)– o el montaje de las estrategias del tipo agendas locales XXI, adecuadamente manualizadas y repertoriadas en sus aplicaciones por el grupo canadiense *International Council for Local Environmental Initiatives* (ICLEI, 1996), etcétera.

De todas formas, es necesario relativizar el actual concepto de la sustentabilidad como un elemento dependiente de las lógicas del mercado global: es decir, advertir y criticar la *insustentabilidad moral* de la crisis de sustentabilidad ambiental y la manipulación política de la *información* acerca del estado de la sustentabilidad.

En cualquier caso, una reconquista crítica del concepto de sustentabilidad –propongo un criterio en tal sentido, en uno de mis libros recientes (Fernández, 1999)– puede funcionar como criterio de abordaje crítico ambiental de los efectos marginales de la globalización de mercado en cuanto al acrecentamiento de la crisis de sustentabilidad (productiva, política, social y ecológica) de las ciudades.

19. En los cambios acerca de la *percepción de los problemas ambientales urbanos* existen al menos cinco perspectivas más o menos nítidas, que han ido significando nuevas aportaciones operativas y/o conceptuales: [1] la visión tecnorrecurso-sística, [2] la visión bioecologista, [3] la visión económico ambiental, [4] la visión jurídico político administrativa y [5] la visión cultural.

La visión *tecnorrecurso-sística* remite al análisis y consideración del estado de los recursos naturales en la base de un asentamiento urbano: aire, agua, flora y fauna, suelo, energía, manipulación de los residuos y gestión del paisaje natural y cultural. En rigor, esta visión se nutre del aparato científico, de la posibilidad de establecer mediciones y consideraciones cualitativas en relación con el estado de los recursos y en la posibilidad de utilización de tecnologías de reducción del impacto de las actividades urbanas sobre tales sustratos o sobre la eventual economización del uso de recursos.

El texto del italiano S. Bettini (1998) proporciona un buen resumen de situación de este enfoque, no desligado del todo de la visión ecobiologista ni de las transformaciones recientes del paradigma de la planificación urbano regional –excelentemente reseñadas en un estudio de J. M. Ezquiaga Domínguez (1998).

20. La visión *bioecologista* ha ido acuñando la modelación sistémica de algunos problemas ambientales (por ejemplo, el rol de las ciudades en el contexto de complejas organizaciones trófico energéticas territoriales, el impacto de los usos urbanos y las

extensión de sus efectos sobre regímenes de determinada cualidad de biodiversidad) y la profundización de las modelísticas de flujos a nivel territorial y urbano, tendiendo a la superación del reduccionismo ecosistémico y del uso de conceptos ecológicos como metáforas de situaciones urbanas (los termiteros, etcétera).

En realidad, lo que también ha ocurrido es un mayor interés empírico de ciertas formaciones científicas –como las aportaciones producidas no sólo por ecólogos y biólogos, sino también por geólogos, químicos e hidrólogos– ahora más puntualmente abocadas al análisis del grado de artificialización o la importancia de la afectación de recursos naturales devenidas de las actividades urbanas. Los últimos escritos del eminente ecólogo español R. Margalef (1993) alertan sobre las transferencias mecanicistas de ideas ecológicas al análisis urbano aunque, por otra parte, discípulos como S. Rueda Palenzuela (1995) han intentado avanzar en un análisis de los problemas ambientales urbanos munidos del aparato conceptual de las ciencias ecobiológicas.

21. La visión engendrada desde la *economía ambiental* –y más específicamente, del pensamiento llamado *ecomarxista*– aborda una crítica crucial, invirtiendo la consideración de las redes causa/efecto, al plantear que no se puede analizar la minimización de efectos ambientales de causas económicas sino que, mediante la aplicación de criterios científicos –como los que establecen los criterios de regeneración racional de los recursos naturales renovables– para definir umbrales o condiciones de la productividad y consumo sesgados por criterios de racionalidad ambiental, será necesario reanalizar los efectos que en las relaciones económicas tiene aquella racionalidad.

De todos modos, la visión radical derivada de los análisis de la economía ambiental y/o de la economía ecomarxista (como crítica de la economía política de la era de la globalización capitalista), se ve acompañada de algunas hipótesis *paliativas* (*economía de los recursos naturales, economía ecológica, internalización de costos ambientales marginales, etcétera*), como intentos de reinserción de parámetros de explicitación de los costos ambientales al interior de las economías tradicionales.

En la óptica radical de esta revisión ambiental de la economía podemos ubicar a J. O'Connor (1998) y M. O'Connor (1994) y a J. Martínez Alier (1993) –en el contexto latinoamericano, a E. Leff (1994) y H. Sejenovich (1996)–. En las revisiones ecológicas de la economía convencional podemos ubicar un grupo relevante y diversificado de aportaciones que van desde H. Daly (1991) hasta R. Costanza (Costanza et al., 1996) y D. Pearce (Pearce et al., 1995).

22. La visión desde la *gestión* y la *governabilidad* de los problemas ambientales urbanos propone, quizá, el grupo de aportaciones recientes más importantes en sus efectos concretos, como el desarrollo de las diversas actuaciones vinculables con los *agendismos*, los cambios en los paradigmas de *planificación* (con los modelos de *planeamiento estratégico*), el incremento de los criterios de *maxi-*

mización de la participación (en la confrontación/negociación interactoral, la lucha por el control de la información), el desarrollo de nueva *legislación* y de nuevas disposiciones de *jurisprudencia* (es decir, no sólo nuevas leyes sino nuevas interpretaciones y cambios subjetivos en los administradores de justicia), la proliferación de un *movimientismo ambiental* y cambios políticos consecuentes, generalmente a escala local, una nueva incidencia del campo infomediático vinculable a mayor formación y compromiso de *comunicadores*, un desarrollo diversificado de la *educación* formal, aplicada, informal, superior, etcétera.

23. La visión que podría hacer presumir el desarrollo de una *nueva cultura ambiental* (que, por otra parte, en buena medida suele ser muy antigua, casi ancestral), es decir, inspirada en la necesidad de internalizar los niveles subjetivos y sociales de compromisos activos, con nociones de gestión racional del ambiente y el desarrollo, se liga, obviamente, a la lenta emergencia de una resistencia política y cultural a los estragos de la globalización y la imposición mundial de los postulados del capitalismo tardío, con su generalizada proposición acerca de la ineluctabilidad de la regresión social, la inequidad y la pobreza, como *teorías preparatorias del día después*—una suerte de *posdesarrollo*— que finalmente, nunca llega sino que siempre se aleja multiplicando aquella regresión.

Las luchas de minorías étnicas—como muchos movimientos de raigambre indígena: en India, México o Ecuador—, de marginales del poder y del trabajo o de inmigrantes—en Italia, Francia o Alemania— son, sin duda, gérmenes del desarrollo de una nueva perspectiva cultural, a la búsqueda aún de formalizaciones políticas que la reinserten en la lucha del poder.

Mientras tanto, en un nivel aún más primitivo de organización, la cultura ambiental, sobre todo en el mundo orbital al hiperdesarrollo, va ganando un estatus más bien ético, que hace que, junto a la reivindicación de los derechos humanos, la pretensión de un ambiente apto para la vida social constituya una de las construcciones morales más significativas de estas últimas dos décadas.

Sección III

Ciudad

Capítulo 5

Hacer la calle

Experiencia y construcción de lo urbano público

En la tradición occidental (desde Aristóteles e Hipodamos hasta el medioevo) y en las no occidentales (la islámica o las del extremo Oriente e incluso en las americanas precolombinas), el concepto de *calle* es constitutivo del hábitat social de toda clase de agrupamiento comunitario, incluso desde luego, de las ciudades. El crucero del *cardus decumanus* de las legiones romanas o la *main street* de las aldeas británicas –que recogen hasta tradiciones que vienen desde los *oppida* célticos– indican que no hay idea de ciudad y urbanidad sin la vigencia de la calle.

Todo lo que tiene que ver con lo que debe suceder fuera del ámbito privado –de viviendas o monasterios– se posibilita por la existencia de la calle, un enlace topológico que permite eslabonar y relacionar todos los puntos de acceso a las privacidades que inevitablemente se *clipean* sobre calles. De hecho, hasta las plazas, los mercados o las pilas de agua, son piezas urbanas talladas en el lleno privado de la ciudad y bordeadas de calles.

Para poder usar las calles y dar seguridad se crean, en primer lugar, artefactos de protección extra o supra urbanos como las murallas y, luego, instituciones como la policía, ya que históricamente existió la necesidad de usar la calle, como contacto e intercambio entre personas y entre lo privado (la casa) y lo público (el equipamiento comunitario).

El *intercambio*, no sólo el de bienes y productos, sino también el de los cuerpos (desde el verse/seducirse hasta el del intercambio sexual que Baudelaire identificaba como una de las funciones *desarrolladas* de la ciudad, posibilitadas en la existencia de lo público) y el simbólico, se da mediante la existencia del concepto de calle. La coloquial expresión *hacer la calle*, que trata del intercambio de servicios corporales propuestos por la prostitución y el término legal –*mujer pública*– con que se alude a las prostitutas, son conceptos innegablemente ligados a la idea de calle.

Y, sin embargo, *hacer la calle* –en el sentido de proyectarla y construirla– nunca fue un objetivo del pensamiento y la práctica arquitectónica, sino en general, más bien una tarea política, casi una razón de Estado, desde las nuevas calles barrocas del papa Sixto V (unas mejoras simbólicas y productivas, para favorecer la dinámica peregrina) hasta la apertura de la avenida de Mayo por el tándem Roca/Alvear, pasando desde luego por los *boulevards* de Haussmann.

La arquitectura se limitó históricamente a desarrollar *piezas llenas* del tejido urbano –preferentemente, piezas calificadas o destacables: monumentos–, nunca calles. *La arquitectura no hace la calle*, ni la hizo históricamente. La arquitectura ha tenido, desde siempre, una especie de *horror vacui*, de incapacidad de pensar, modelar o proyectar el vacío, salvo como aquello definido por una piel o envoltente.

La arquitectura no hizo la calle sino que más bien la *deshizo*, de manera abierta y programática en la modernidad, ya sea en su vertiente organicista –desde la *garden city* a Wright y su Broadacre de flujos automovilísticos– o en su vertiente racionalista –Le Corbusier, Gropius, Hilberseimer.

Pero antes, en medio del momento en que emergían las formas modernas del capitalismo urbano y las sofisticaciones del consumo, los estudios de Walter Benjamin sobre *París, capital del siglo XIX*, en torno de Baudelaire, Grandville, Le Pley y Haussmann, ya anticipaban la observación de algunos fenómenos que iban a distorsionar la antigua tradición de la calle como el lugar del intercambio, tanto material como imaginario.

Benjamin le asigna importancia a los *passages*, esas calles artificiales (en el sentido de *Los paraísos artificiales* de Baudelaire) que atraviesan transversalmente los tejidos históricos de las ciudades y que no sólo iban a generar una urbanidad nueva, sino que quizá, más profundamente, iban a introducir los gérmenes de una destrucción de la idea tradicional de calle (que básicamente todavía garantizaba la vida social de las ciudades, la posibilidad de cierta convivencia de clases y hábitos) a favor de un espacio ilusorio, feérico, controlado por las nuevas fuerzas de la producción y los espacios que requerían definir otras formas burguesas de consumo.

El *passage* francés o la *galería*, nombre con que se conoció en América Latina, representa el primer elemento aparentemente diversificador de la urbanidad moderna, pero tal vez, contenedor de nuevas formas de intercambio social en las que se incubaba el comienzo del fin de la calle como el espacio que durante dos milenios y medio había expresado el *modus vivendi* político, en el sentido de pertenencia a la *polis*, cuya relativa homogeneidad social o democrática se daba en el común acceso a ese elemento de espacio público.

Sin embargo, las galerías –como la Güemes, proyecto de Francisco Gianotti, 1915, o la red que organizó, al menos hasta 1980, el centro histórico de Santiago de Chile– pudieron significar, todavía, elementos potentes de urbanidad, verdaderas calles/plaza todavía no del todo contaminadas por la apología del *branding*.

Antes del entronizamiento de los modelos posmodernos, el Movimiento Moderno había instituido un credo anticalle, según el cual la propia arquitectura debía incluir las calidades de garantía de la espacialidad social y no la calle, ese residuo que históricamente había quedado fuera del trabajo de los arquitectos.

Las ideas urbanas de Le Corbusier (de los modelos de ciudad como su plan para Buenos Aires, de 1940, hasta el hábitat *pavillonnaire* de lo que pomposamente llamó *cités*) redujeron la idea de calle o bien a un enlace entre funciones (las autopistas de Buenos Aires) o bien a un catálogo de soportes para la circulación, sin mayores intereses proyectuales en el control de los bordes de tales corredores, como quedó planteado en la Carta de Atenas.

La modernidad racionalista, en su concepto de *siedlung* o conjuntos periurbanos de interés social, por ejemplo el Torten de Gropius (Dessau, 1928), al prescindir directamente de los tejidos tradicionales y proponer otra manera de articular espacio privado y público, supone el otro filón de actitud anticalle típica de una modernidad ambiciosa pero utópica: la u-topía moderna, su no-lugar, en rigor, es la que surge de la negación de la calle.

De allí se desprende toda una gama de ejercicios tardomodernos, desde las *new towns* inglesas a las *villes nouvelles* francesas, pasando por los megaproyectos sesentistas de Bakema o Candilis y llegando a nuestras realidades anticalles de Lugano I y II y el actual *Fuerte Apache*.

La persistencia de un programa ético político, de articulación de socialismo y *welfare state*, inspiraba esta ingeniería social tardomoderna, de aparente buena fe y progresismo, pero su destino cultural pagó caro haber prescindido de la sencilla noción de calle. La contrarracionalidad vernácula del movimiento de *Las Casas Blancas*, quizá más en sintonía con el pensamiento *Garden Cities* y las ideas de Wright, se retiraba a una idea bucólica de suburbio, también practicando la utopía de la negación de la calle.

La renovación posmoderna, que había empezado con la *Strada novissima* de la Bienal de Venecia regentada por Portoghesino corrigió, a pesar de ese inicio, el talante anticalle de la modernidad y a lo sumo, por vías indirectas, validó lo que llamaríamos siguiendo el prefijo temporal, *poscalles*. Por ejemplo, los elitizantes *front rivers* de Puerto Madero o los *docklands* londinenses, los reductos artificiales de los *shoppings*, la regresión urbana romántica de los *barrios cerrados* o los enclaves de los parques temáticos, los hipermuseos o los grandes centros comerciales periféricos.

En casi todos estos ejemplos, no sólo *no habrá calle*—en el sentido público o de uso libre de sus diversas tradiciones occidentales y otras— sino que, directamente, *no habrá ciudad*, sino sólo *islas* dispersas en los *archipiélagos* territoriales, *clusterizadas* y segregadas del entorno y conectadas de maneras seguras.

Esta inversión de los enclaves tradicionales de tipo popular en guetos sofisticados que se articulan mediante corredores o conductos bajo control (el

desiderátum es un tiempo libre consumido en un megacentro, con cine y restaurant en ambientes controlados, a los que se llega en autos herméticos que no se detienen en ningún semáforo peligroso de la ciudad común y que ingresan a la casa/fortaleza accionando un portón electrónico o pasando el control parapolicial de un barrio cerrado: esa descripción hoy sinonimiza, también en Buenos Aires, el paradigma del *high standing* de vida).

Por una parte, ha sido constituida una descalificación del espacio público y de la calle, proactiva de la conveniencia de consumir espacios públicos de gestión privada, en los que no se constatan las penurias de las calles, como su falta de seguridad, su suciedad, la carencia de iluminación, lo deficitario del transporte público, la falta de amenidad, la congestión vial, la ausencia de suficiente estacionamiento, el hecho de la conquista de las calles por minorías consideradas peligrosas (desde *yonkees* hasta travestis, pasando por *chicos de la calle*, grupos étnicos marginales, etcétera).

Se nos ha enseñado a abandonar las calles por peligrosas, faltas de estímulos (por lo menos de estímulos burgueses), carentes de garantías en lo que ofrecen como consumo (desde un encendedor hasta un sándwich...), etcétera.

Pero, por otra parte, empieza una reivindicación múltiple de la calle, casi como el estandarte concreto de una *resistencia* al mundo globalizado y su indestructible parafernalia de consumo. Autores como el sociólogo Richard Sennet preconizan la necesidad de reconstruir la identidad y la subjetividad, *volviendo a callejear* y exigiendo de los poderes locales la necesaria atención para hacer posible un modo de vida que por social sea público, o no confinado en el unilateral contacto con el mundo que garantizarían la TV, Internet y los *deliveries*.

El antropólogo García Canclini dice que un habitante medio urbano de México DF (Distrito Federal) consume hasta diez veces más tiempo televisivo que uno de Bruselas y que ello tiene que ver con la disminución creciente de alternativas de vida social en la espacialidad pública real de las ciudades: se ha trocado ilusión mediática por realidad urbana.

Hay toda una tipología posible de calles en la que deberíamos pensar para indagar posibilidades de rescate y redesarrollo del carácter de *condensador público* (la expresión es del constructivismo soviético, que tampoco prefería calles sino edificios, pero que al menos imaginaba ámbitos de cruce entre actores sociales) que las calles tuvieron y que podrían volver a tener en relación a la calidad de vida de las ciudades, tipología de la cual la siguiente enumeración es quizá ilustrativa.

La *calle temática* es aquella en que predomina cierta homogeneidad de localizaciones sobre todo comerciales, viniendo tal tradición del agrupamiento corporativo y solidarista medieval, como la calle 47 en Nueva York, donde están los judíos ligados al comercio de diamantes o nuestra calle Libertad, que aglutina los joyeros de Buenos Aires.

Desde luego puede haber calles de cines (Lavalle, 42 street en Nueva York, De los Heros en Madrid, etcétera), de sastres y camiseros (Saville Road en Londres), de librerías o anticuarios (el dédalo de callejuelas del Quartier Latin en París o las traseras de la Plaza del Sol madrileña o los alrededores de la placita Dorrego en Buenos Aires), de restaurantes (los enjambres de callecitas del Soho londinense o Tribeca en Nueva York), de negocios piscodélicos (como la beatlemaníaca Carnaby street de los años setenta londinenses) y hasta de venta de repuestos de autos (como Warnes en Buenos Aires).

A veces hay calles temáticas que devienen en áreas, que resultan receptivas de cierta dispersión y acumulación de localizaciones preferenciadas (como el *barrio judío* del Marais, en la *rive droite* parisina o el área de cantinas de La Boca, hoy peligrosamente declinante) y también el concepto de calle temática ha divergido para acoger nuevas modalidades de consumo, como las *calles outlet* (la avenida Mitre en Munro y más recientemente, el segmento villacrespense de la avenida Córdoba).

La *calle étnica* es la que ha sido receptáculo acumulativo de un grupo específico de la sociedad, generalmente minoritario, que buscaba seguridad y ayuda mutua en estas instalaciones (judíos, armenios, coreanos, negros, chicanos, portorriqueños, etcétera). Pasteur o Acevedo (ahora Armenia) son un par de ejemplos, también devenidos en la generación de áreas de homogeneidad caracterizadas por el predominio del grupo instalado (*Little Italy* en Nueva York o Bixiga en San Pablo, limitándonos a los inmigrantes italianos). Brick Lane, en el área londinense de Spitalfields, congrega a los bengalíes (pakistánés o de Bangla Desh).

La *calle emblemática* a veces tiene que ver con un origen temático o étnico, pero por fuera de tales posibles orígenes, se trata de calles que concentran y expresan la identidad de una ciudad, emblematizadoras del modo de ser o el carácter idiosincrático de una determinada sociedad urbana. Corrientes creo que es el mejor ejemplo porteño. La napolitana Via dei Tribunali es una radiografía popular de la calle del sur italiano, un emblema de su intensa vida social. Si uno tiene unas pocas horas de paso por una ciudad, tiene que sumergirse en una calle emblemática y nada más.

La *calle histórica* es aquel tipo que recoge algunas clase de referencia documental a la historia de un país y/o una ciudad. La avenida de Mayo, en Buenos Aires, sería un buen ejemplo de un *topos* denso de historia: allí se conformó el primer *boulevard* porteño, se colocó el primer ascensor o se previó instalar un elevado ferroviario; allí también llegó la imagen de la Gran Vía madrileña y a su través, la idea de la modernidad burguesa europea y sus conflictos, como la caja de resonancia local que fue de la guerra civil española.

La *calle microhistórica*, en cambio, es la que tiene que ver no con una historia grande o significativamente social sino con la pequeña historia barrial, con

algún suceso o práctica significativa en un barrio o fragmento de la ciudad. En cada barrio –Flores o Barracas, Trastevere o el Raval– hay calles de este tipo, cuyo sentido es, en general, casi exclusivo de sus habitantes, a menudo conocedores de historias casi secretas o mitos barriales.

La calle peatonal es aquel tipo de calle que ha conquistado, diríamos, un derecho a la peatonalidad, calles en que es imposible pensar otro modo de uso y que están signadas por la característica del paseo lento y circunstancias sustraídas de la velocidad del rendimiento, llena de comercios y cafés, con remansos para receptar ese flujo demorado de ciudadanos y visitantes: la sevillana calle de Sierpes es un ejemplo justo y, desde luego, Florida en Buenos Aires, Ahumada en Santiago, o el Jirón de La Unión en Lima.

Calles, calles. Calles que resisten su remisión al desván posmoderno del recuerdo virtual o de la nostalgia a más tardar, rememorada en las pseudo calles de *shoppings*.

Calles que fueron hechas en base a tiempo y acumulación de pequeños y grandes gestos, muchos ni siquiera imaginados por los arquitectos, como un tanto despectiva pero innovadoramente proponía Venturi cuando afirmaba *aprender del main street* de Las Vegas, un lugar, dicho sea de paso, donde la calle (Fremont street) devino shopping, contenedor proyectado (por *The Jerde Partnership*), abandonando la espontaneidad de la calle.

De modo que una buena manera de ser arquitecto y, a la vez, crítico del aplanamiento de la cultura con que la globalidad nos homogeneiza para abajo sería, justamente, *hacer la calle* (analizarla, proyectarla, revitalizarla).

Capítulo 6

Lugar urbano

Convergencias proyectuales entre Arte y Arquitectura

Las relaciones del arte y lo urbano pasan de la *representación* a la *realidad*, Marcel Duchamp y la *International Situacionista* mediante. Así, las ideas de un arte entendido como conceptualización de lo urbano, resultan fundamentales en el replanteo de las prácticas urbanas ejercidas como dimensión crítica frente a las miserias del consumo y del capitalismo avanzado ya que, superada la fase representacional, el arte deja de *aludir* a la ciudad para *criticarla* y *actuar sobre ella* de manera directa.

Las teorías del arte contemporáneo (Adorno, Krauss, Foster, Wellmer, Menke, Jameson, la Documenta Kassel-2002) reconceptualizan lo urbano como *territorio de prácticas* –o escenario para el ejercicio de proyectos– y así emerge una convergencia nueva entre arte y arquitectura, no ya sesgada por articulaciones estéticas sino por afinidades crítico metodológicas.

La arquitectura contemporánea –menos *social* que la moderna y más centrada en la producción de *acontecimientos culturales*– deja de arrogarse el mesianismo de una ingeniería capaz de controlar toda la forma urbana (y a través de ella, sus funciones) y pasa a producir proyectos como intervenciones de activación cultural de la vida urbana con objetivos críticos, compartidos con las experiencias artísticas recientes (minimalismos, arte de instalaciones, *performances*, arte interactivo, etcétera).

Desde que la epistemología moderna (Popper, en su *teoría de los tres mundos*) caracterizó al Arte como esfera del pensamiento equivalente a la Ciencia²⁶ o desde que, según la filosofía estética de la teoría crítica frankfurtiana, se lo concibe como una esfera cognoscitiva superior, en su capacidad de desvelamiento del mundo (Adorno, 1983),²⁷ la teoría y praxis artísticas

contemporáneas han adquirido un rango central en el debate actual, desde luego abandonando el tradicional sitio de lo excedentario y superfluo, y estableciendo su potencia ya no en el plano del disfrute placentero sino en el de la problematización crítica.

En este proceso, la Arquitectura, cuyo estatuto artístico había sido seriamente objetado en la estética hegeliana (y que había conducido a Loos a proponer que sólo podía haber arquitectura plena, como arte, en el proyecto de tumbas y monumentos, es decir, objetos cósmicos en sí, a-funcionales o carentes de teleologías fácticas) puede reformularse, dentro de la teoría adorniana, como práctica predominantemente artística y ello a pesar del intento epistemológico iluminista/cientificista/tipologista de negar todo vestigio de subjetividad artística al proyecto e intentar caracterizarlo más bien por los atributos científicos de la función y el lenguaje.

El encuadre adorniano, en la perspectiva crítica de adjudicar a la práctica artística la función principal de la in-utilidad –como crítica y negación esencial de la fatalidad inherente a todo producto moderno de devenir en mercancía–, se apoya ciertamente en algunas novedades del arte moderno, como las tendencias a la minimización del contenidismo²⁸ (Beckett, Celan, Cage), la crisis del fin de la representación o la emergencia del acto artístico como presentación o disposición (Duchamp²⁹, Schwitters³⁰) y la perspectiva de una autonomía maquínica en el contexto implicado de la desnaturalización del mundo y la abolición creciente del sujeto por la vía de la consumación absoluta del capitalismo (Deleuze, Guattari).³¹

La crisis de la representación como motor nutritivo del discurso artístico queda nítidamente generalizada en el punto de partida monográfico de la Documenta-Kassel 2002, consecuente de un trabajo analítico propositivo de varios años en sendas *plataformas urbanas multiculturales*, cuyo englobamiento programático, en cuanto a la diversidad de los experimentos artísticos, fue absolutizar lo urbano como, a la vez, significativo y significado susceptibles de otorgar sentido y despliegue a las praxis artísticas genéricas, como si no quedara nada fuera de lo urbano susceptible de devenir materia prima de un proceso de producción de arte. La idea kasseliana de arte es así, nítidamente, la del *descubrimiento* (de algo dado en la realidad urbana) antes que una *creación ex novo*.

Frente a esta redefinición del arte como dimensión *actuante* respecto de lo real (que es predominantemente lo real/urbano, visto el completamiento casi absoluto de una idea de *segunda naturaleza*) y ya no descriptivo/re-presentante, las relaciones entre arte y arquitectura –mediadas ahora por lo real urbano, no bloqueadas por la relación de autonomía/heteronomía respecto de la función o el uso– recobran otra clase de articulación tanto en los discursos crítico teóricos cuanto en los criterios metodológicos.

Creo que es importante asignar un rol relevante en esta rearticulación al llamado movimiento *situacionista*, que tuvo la tarea, en los años 60, de establecer

puentes entre un concepto de arte político y lecturas/prácticas psicogeográficas (o *derivas*) de reinterpretación de la ciudad como forma y lo urbano como magma de comportamientos psicosociales, que el operador situacionista debe develar y situar, sin obturar su esencia nómada.

Quizá sea a través de la ahora revalorada postura programático-práctica de Guy Debord,³² que las prácticas arquitecturales reemergen, en medio del posmodernismo de los años 80, como oportunidades de crítica urbana, ciertamente devenidas de las ideas situacionistas. Por ejemplo en la producción teórica de Bernard Tschumi (1982:8-16 ; 1982a) (*Manhattan Transcripts*) o en su tentativa más exitosa de instituir un proyecto plenamente consecuente con aquellas nociones de deriva, movimiento incesante, nomadismos urbanos y ruptura de la estabilidad gravitatoria de las moradas (Parque de La Villette).

Incluso los contenidos de cinismo y fatalismo que Tschumi asignará a una proyectualidad urbano-arquitectónica finalmente despojada de todo utopismo y redentorismo social, no sólo expresa el malestar de la cultura posmoderna sino el plegamiento de la arquitectura al cometido hipercrítico del arte posadorniano, muy cerca ya de la supresión de todo rasgo de valor o rendimiento, dada la relativización de la concepción funcionalista.

Si bien en el apogeo de la modernidad –y en la fermentación ulterior de algunas de sus novedades técnicas en la posmodernidad– debe reconocerse un avance *sobrerrealista* y una recarga de subjetividad sobre la producción objetual; es decir, un mayor uso psicoanalítico de la imaginación, como se infiere del atrapamiento lacaniano de lo simbólico (y del efecto de algunos de sus célebres aforismos como *la mirada es la erección del ojo*) y, asimismo, del abandono del interés funcionalista prestacional aunado a procedimientos de sobreestetización. Un rasgo bien notable de la actual vigencia del arte, en su desplazamiento a operar con y en lo real es, precisamente, la reintroducción protagónica de la noción de *realismo*, que sirve no sólo para caracterizar algunas posturas artísticas contemporáneas sino además para fortalecer la perspectiva de la rearticulación de arte y arquitectura, mediada y objetivada por la reflexión y praxis acerca de los lugares urbanos.

El arte contemporáneo, caracterizable según Foster (2000) por la hegemonía conceptual de un-implica, sin embargo, una notable diferencia respecto del canónico concepto de representación, y ese *retorno de lo real es*, en rigor, una reconstrucción de lo real, una segunda, abstracta y construida realidad, no meramente una re-presentación.

Para encarar lo real –dice Foster– el artista debe construir una autonomía respecto de lo real, con lo cual se adviene a la necesidad de producción de nueva realidad y así, a un nuevo estrechamiento de las anteriores diferencias entre arte y arquitectura, sobre todo si esa realidad, efecto de una producción artística, se entiende como predominantemente urbana o específica de la omnicomprensividad de una naturaleza secundaria.

Ahora bien, también podría entenderse este nuevo apogeo como nada más que un nuevo reconocimiento de la importancia de *lo real como tautología* en el concepto de arte duchampiano, en el sentido de que el problema o la exigencia del arte queda recluso en alguna clase de operación que depende de y se restringe a lo que la realidad presenta como mundo matérico objetivo, por lo que cabe la pregunta: ¿que queda después de Duchamp? ¿qué nueva tarea innovativa o inventiva, en materia artística, resulta imaginable traspasando el límite formulado en la praxis duchampiana, incluso no sólo en su *etapa presentativa* (el urinario, el portabotellas) sino en su *etapa maquínico real* (*le grand verre*)?

Sin embargo, Foster parece hacer aflorar, en este renacer de lo real, algunas anomalías de la presentidad que, agudizando el análisis, también estarían vigentes en la concepción maquínica del trabajo duchampiano. Foster dice que la *sensibilidad de lo real* está atravesada e inficionada por *intrusiones* o *cortes* de esa sensibilidad, generados por o devenidos de intereses sociales o políticos.

Tal concepto de corte o intrusión aparece así, como *suplemento de sensibilidad* que debe ser procesado en la praxis artística que, por tal razón, no puede sino incorporar al mecanismo tautológico unas derivas maquínicas y, por tanto, una recaída en lo alusivo.

Lo nuevo real se presenta, ulterior a su estatuto de cosa artística (en rigor, transobra: montaje, instalación, registro, deriva, etcétera), como algo que suplementa a lo tautológico real puro, la referencia o alusión a esos cortes o violencias sobreimpuestas a la sensibilidad directa. Esto explicaría el nuevo protagonismo que algunos autores (Jauss, 1995,³³ , De Man, 1990³⁴) le adjudican a otro retorno estético/retórico: el de *lo alegórico*, como materialismo de lo simbólico.

Rápidamente podríamos, otra vez, relacionar arte y arquitectura, reconociendo la nueva vigencia del proyecto como dispositivo a la vez teórico analítico y político sintético (vinculado a la producción de realidad futura, pero trabajando en ese concepto de real tautológico más los cortes o suplementos, no pues con una voluntad ontológica de realidad nueva, o mejor, realidad autónoma específica del mundo real urbano arquitectónico).

Desde esta perspectiva podría entenderse el cinismo proyectual de Tschumi o Koolhaas (en rigor: una manera de procesar el *modus realista*) o el emerger de ideas que el proyecto asume como datos, aunque violenta su tradición compositiva (como el concepto de *terrain vague*).

Cinismo o distanciamiento posmoderno—respecto del compromiso ético estético moderno— que se deposita en el acuñamiento de un modo de proyecto observante, voyeurístico, propio de un método crítico descriptivo ya no impelido por la voluntad de progreso y redención social de la modernidad de sesgo iluminista.

Podría así afirmarse la evidencia de cambios en la Arquitectura (especialmente en el dispositivo del proyecto) devenidos de la nueva situación transmoderna del Arte, tanto con relación a los fenómenos del cese del modelo mimético y de la cuestión

de la representación, al auge de la rearticulación entre arte y política a través de lo urbano y, según creemos, merced a las propuestas situacionistas (que finalmente engendran un conjunto significativo de planteos de *arte urbano* en Beuys, Karavan, Christo, Muntadas, Matta-Clark, Van Valkenburgh, Oppenheim o Nils-Udo)³⁵ y, también, al retorno del realismo.

Esta, si se me permite la hipótesis, *reartistización de la Arquitectura*, deviene en un incremento de la autonomía del proyecto y hasta el fin de la subalternidad de este respecto de lo real ulterior que presupone o anticipa y premodeliza, en lo que podría implicar el final histórico del largo ciclo del concepto de proyecto de talante renacentista o más precisamente, resultante de las ideas *quattrocentistas* de Brunelleschi y Alberti.

En efecto, esta virtual posibilidad de concentrar la teoría y práctica de la arquitectura en el *proyecto* –ahora entendible como *producto final* y no como *mediación prefigurante*– reafirma los lazos de relación entre arte y arquitectura y se empieza a expresar en nuevos tipos de productos neoprojectuales –como las traducciones de Eisenman (1982): Los Castillos de Romero y Julieta: las bioarquigrafías de Arroyo, los *actos/performance* de Matta-Clark, los relatos arquitectónicos de Hedjuk (1993): *Víctimas, Vladibostock, Mask of Meduse*, etcétera).

Otro flanco de articulación vendría dado en las circunstancias de cambio cultural que podrían reconocerse en lo que se llamaría *posmodernismo bueno* (Lyotard, Wellmer, Anderson, Jameson): es decir, en la crítica multicultural al universalismo moderno que saluda la fragmentación heterogénea del mundo, el repliegue de la arquitectura a una esfera de actuación más propiamente cultural –complementario a la extinción de la utopía social de la modernización ilustrada, como justamente critica Habermas, al desvalidamiento de la potencia política de la modernidad– y la valoración de cuestiones ciertamente propias de un mundo en mutación como la idea fuerza posmoderna del acontecimiento, la reemergencia posestructuralista del pensamiento fenomenologista y la revancha de la subjetividad, la prevalencia del suceso, la aleatoriedad, la contingencia, incluso refundiendo arte y ciencia en los campos de azar, la incertidumbre, el caos³⁶ (Thom, Prigogine).

También las construcciones teóricas posmodernas, sobre todo asociables a los *estudios culturales* de Lash, Jameson o Zizek, tenderán a situar nuevas convergencias del arte y la arquitectura, relacionables con el análisis operativo de los lugares urbanos como dimensiones específicas de las nuevas condiciones emergentes del choque global/local y la nueva división internacional del trabajo simbólico procedente, incluso, de las cuestiones del poscolonialismo, los nomadismos, el mestizaje y las culturas de fusión.

Permítaseme cerrar este ensayo con algunas aportaciones derivadas del temario precedente, pero ahora más referidas a las circunstancias de indagar acerca de las prácticas artísticas y proyectuales en la escena latinoamericana, para lo que –en otra manifestación de posibles derivas y préstamos interdisciplinares– quisiera reseñar

algunas ideas ligadas más bien a las preceptivas del campo de la literatura, campo en que, no sin excesos tópicos, pudo intuirse la existencia de una cierta identidad poética o productivo cultural para América Latina.

Por cierto, que ya muy distante del espejismo del *realismo mágico*, narradores y pensadores a la vez –casi me gustaría encontrarle una homología con posibles roles artístico proyectuales en la región–, como el mexicano Juan Villoro (2000), identifican sin más a América Latina como *parque temático del atraso*, como si fuera posible aceptar estéticamente las condiciones de marginalidad que posibilitan y hasta exigen en la actividad creadora excesos de imaginación y realidad (como lo plantea –y además lo expone en su ficción, sobre todo en *La virgen de los sicarios*– el colombiano Fernando Vallejo).

Esto que los literatos han asumido como su materia prima (desde el exceso de naturaleza a la saturación de hibridación, que parece desembocar en la comodidad de las estéticas neobarrocas) podría ser la contracara, estéticamente potente, de los déficits de modernización y las diferencias ostensibles con la cultura eurocéntrica que, sin embargo, opera como un imán poderoso y el catálogo del deseo de forma.

Otras observaciones interesantes acerca de cuestiones identitarias ligadas con una inédita caracterización de una poiesis americana, por cierto que bien lejana del modelo del realismo fantástico, son las que aporta Rodrigo Fresán (escritor argentino cuyo último texto es *Mantra*, que a la sazón ficcionaliza al lugar urbano de México DF). Fresán pone en cuestión, en el campo de la producción ficcional americana, la noción de *propiedad*, entendible como supuesta inexorabilidad de una discursividad geocultural, presentando al contrario, y centrado sobre todo en la situación argentina, unos recurrentes *leit motivs* que se basan en plagios, robos, falsificaciones, extrañamientos: operaciones todas, desde luego, ajenas a una noción basada en la propiedad (o en el *patrimonio*, podría decirse, extendiendo la idea al *corpus* urbano arquitectónico) en donde emerge un sujeto híbrido –que Fresán llama el *turista nacional*– como el resultado de una situación de propiedad transida de ajenidad, de un ser-ahí, no obstante extrañado y distante.

De allí, puede aceptarse la posibilidad (seguimos en la ficción) de una *patria biblioteca*, que en rigor selecciona el corpus de lo tópico y no lo deja librado a una supuesta inexorabilidad de determinismos geoculturales. Esa patria –que es de la referencialidad y los afectos– es un espacio nutrido por *lecturas*, no por *lugares*, lo que termina de desarmar el concepto de *tópicos* (no casualmente, aquello que relaciona concepto con lugar, *topos* con *tropos*).

La heterotopía americana pues (el confiar en los discursos emanados de otros topos o *locus*) también supone ser un motor de estéticas de fusión, alusión, pseudoenciclopedismo, universalismo retórico, desde la cosmópolis de Darío a las ficciones de Borges.

Estas circunstancias reelaboran la identidad, la que al ser no ya materia de apropiación, se convierte en un flujo permanentemente desplazado y fluido, que va de la *tradición* a la *extradición* (del *locus* al *no-locus*) y de la *traición* a la *traducción* (*traduttore tradittore* como figuras sustitutivas e impropias de un *arché* que, no existiendo, es pasible de recreaciones desplazadas, no lejanas a lo real imaginario lacaniano).

En tal caracterización, las exigencias de *color local* –como cualidad determinante de culturas tópicas y valoraciones identitarias– no deberían resultar un factor determinante del proceso de producción de un objeto o acto de cultura, sino que tales exigencias devienen meramente de problemas de recepción externa o una suerte de necesidad exógena de exotismo, que en cualquier caso también dependen de la nueva globalidad poscolonial y de una oferta de fusión, como queda claro en algunas dimensiones de cultura globalizada o metropolitana como las gastronomías étnicas.

Una *autenticidad artificial*, y por lo tanto, si se quiere, una *patria exagerada*, podría aparecer así como lo contrario de una construcción crítica de la globalidad, ya que esa polifonía folklorizante –al estilo de la *weltliteratur* o de las etnomúsicas *sampleadas* y traducidas a los esperantos musicales digitalizados: eso que cada día puede escucharse en las grandes salas públicas de conciertos populares, por ejemplo en Londres– hoy parece ser parte sustantiva de las nuevas industrias culturales globalizadas.

Desde la perspectiva de una noción de geocultura deliberadamente orientada a la exageración tópica de lo folklórico tradicionalista, puede derivarse una noción negativa según la cual el subdesarrollo termina por definirse como desconocimiento de la cultura popular, una operación en su hora sagazmente demistificada por los estudios gramscianos.

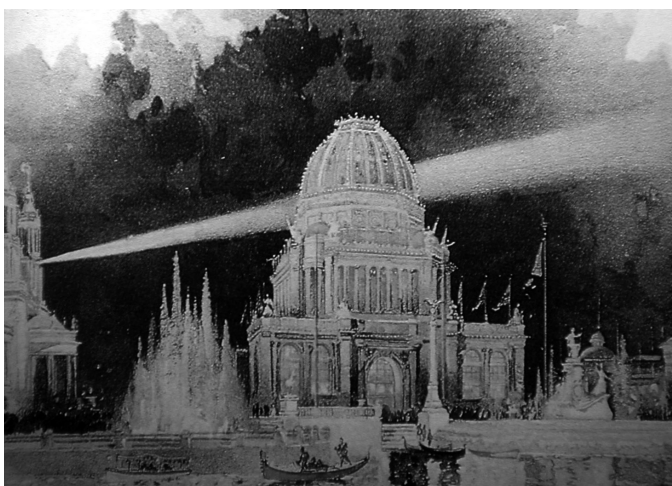
El abandono del simplista repertorio tópico pseudopopular (por otra parte, hoy severamente contaminado por los efectos degradantes de la *mass culture* de los estratos más bajos del consumo) y, por tanto, la puesta en cuestión de la utilización de supuestos *lugares comunes* de la cultura popular que deberían asegurar circuitos virtuosos de comunicación presentan, inversamente, el problema del *lenguaje*, no como fortaleza sino como debilidad.

Un aspecto de esa *debilidad* y, a la vez, de la difícil construcción de discursividades geosituadas que no abusen de excesos populistas, se revela en las dificultades con que se presenta el trabajo de los *traductores* americanos, cuando deben reconstruir narrativas locales para su recepción regional: cómo traducir a Faulkner por ejemplo, para lectores españoles

o guatemaltecos, configura toda una cuestión asimilable al desafío de un modo proyectual ya no ontológico sino alusivo, un modo proyectual que debe corporizar lo tópico singular sin el auxilio de repertorios o convenciones metalingüísticos.

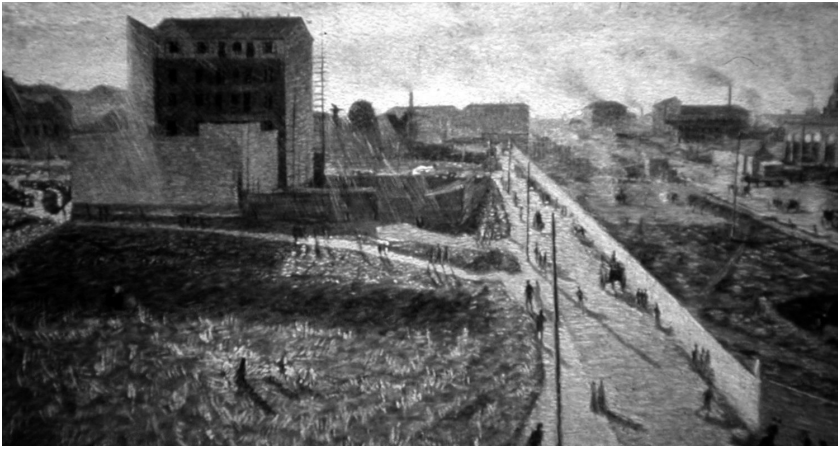
Desde esta perspectiva, la *estética*, al aludir/producir lugares urbanos en el registro articulado de arte/arquitectura, puede verse no ya como *modus* axiomático, sino estrictamente, como *invención del lenguaje*.

Expo Colombina, Chicago, 1893



La *expo* colombina chicagense tematiza el deseo de cultura (entendida como producción simbólica del occidente europeo) del *new rich* propio de esta ciudad de frontera que entonces tenía apenas medio siglo y que ya había engendrado la primera muestra de autonomía cultural (aunque amparada en una eficacia de rendimiento) en la *Chicago School* arquitectónica liderada por Sullivan que precisamente este operativo, bajo las ideas del eurocéntrico Burnham, debía desbaratar, abriendo a su vez el concepto de *cultura de emporio* (o de imperio) y de figuración ficticia, ciudad y arquitectura escenográficas para fundar el eje Los Ángeles/Disney/Las Vegas, que bien alude a una idea de urbanidad teatral y suscitadora de una concepción mediática.

Mario Sironi, *Periferia*, 1922



Los fermentos de la estetización de la ciudad industrial que había dado curso al futurismo de Marinetti, le otorgan a la plástica italiana de entreguerras (desde el polo abstracto de Boccioni o Balla al referencial de Sironi o De Chirico) no sólo la neorromántica identificación con las periferias de fábricas y villas proletarias sino, además, la inicial promoción de un *arte político* susceptible de elogiar el progreso belicista y la comunidad organizada mussoliniana, uno de cuyos primarios factores de legitimación era, precisamente, la naturalización de la ciudad del capital y la industria.

Xul Solar, *Teatro*, 1924



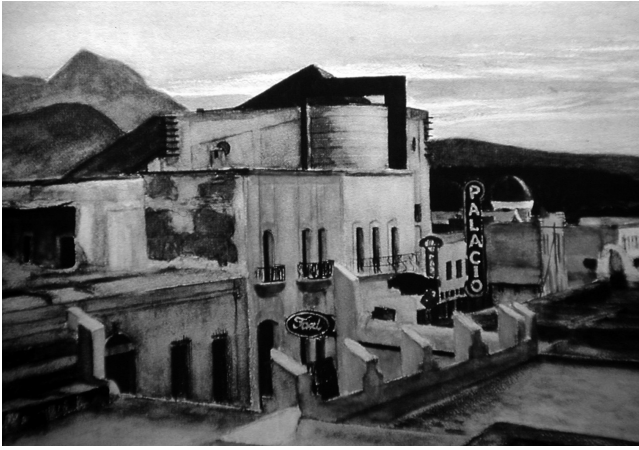
Las propuestas icónicas de Xul Solar alrededor del tema de Buenos Aires como *babel* de lenguas y formas (la Buenos Aires del aluvión inmigratorio que modeló su condición de hibridez) diluyen las fronteras entre observación clínica y representación abstracta y proponen una discursividad cifrada en la teatralidad de unos sistemas *sígnicos* que pretenden establecer una *panlingua*, esperanto o lenguaje que aunque no pudiera alcanzar una ontología fundacional (en el sentido heideggeriano) al menos facilitara la dinámica de los intercambios de lenguaje, la circulación simbólica que, en todo caso, moldearía el cosmopolitismo de préstamos y degluciones—por ejemplo: Klee— que explica una estética de Buenos Aires (digamos, la que va de Borges a Piazzolla).

Diego Rivera, *Sueño de una tarde dominical en la Alameda*, 1947



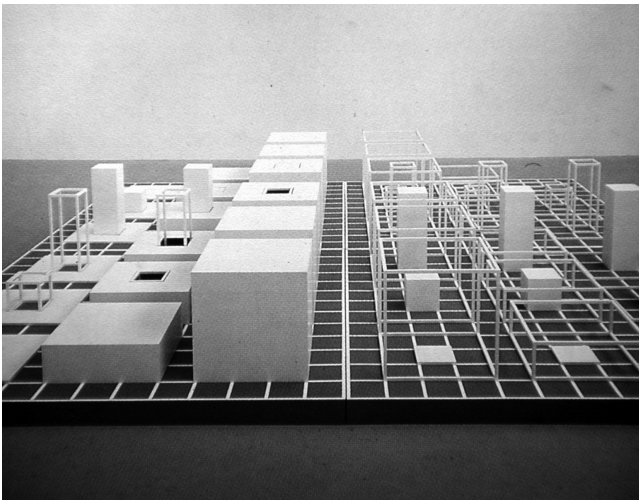
Equivalente en su pretensión de fundar una mitología urbana, el fresco de Rivera, originalmente previsto para el Hotel del Prado y destruido en 1985, presenta un resumen del mestizaje estético contenidista del imaginario mexicano, desde el propio niño Diego hasta Frida y su talismán de ying y yang, desde José Guadalupe Posadas hasta la fusión de su creación, la calavera Catrina y la diosa Coatlicue, con su serpiente emplumada que refiere a su hijo Quetzalcóatl, y su hebilla Ollin (que en el calendario azteca simboliza el movimiento perpetuo) en medio de aristócratas decadentes y padres de la Patria, en una imagen retablistica y documental que, al estilo riveriano, presentiza y simultanea el tiempo histórico, como haciendo evidente una urbanidad—o coexistencia espacial— de lo que siendo diverso o antagónico conforma lo híbrido, incluso acogiendo lo natural del paisaje y lo híbrido del mestizo.

Edward Hopper, *El Palacio*, 1946



Y cerrando este tríptico de representaciones urbanas, Hopper agrega a las operaciones de Xul y Rivera, su paisaje de ciudad del *middle west*, pura precariedad de escenarios deleznable recortados en la naturaleza, techos y fachadas en el amanecer sin personas, teatro de íconos de consumo y también lenguaje de equívocos, como en la alegoría publicitaria del hotel Palacio (que adviene al pseudo *El Palacio* del título del cuadro) que ya anticipa la ficción minimalista de Carver o Sheppard.

Sol Lewitt, *Serial Project I (A,B,C,D)*, 1966



Las investigaciones del *minimal art* –Judd, André, Flavin, Lewitt– confluyen, en su tentativa de supresión de todo contenidismo del *work of art* (*obra* de arte, que ahora plenamente será *trabajo* de arte, más proceso que producto) a un esencialismo capaz de indagar en las posibilidades de *grado cero* de una neonaturalza, hecha toda de cultura abstracta, que bien puede modelar toda entidad formal ya no como representación sino como cosa en sí, en la que se puede establecer, al menos desde el lenguaje, nuevas relaciones operativas entre arte y diseño y entre ambos y lo urbano.

Isa Genzken, *Rosa*, 1977



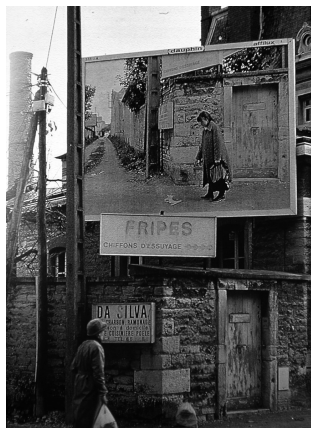
Después de que Duchamp artistizase –mediante su mera in-disposición– objetos reales (como el urinario)– la dialéctica entre arte y realidad se abre a diversas flexiones, entre las que cabe la reproducción mimética del objeto natural, hecho cosa artística por el proceso de selección/re-producción y hecho a la vez cosa urbana por el proceso de instalación y desescalamiento (la *rosa grande*, hecha de acero y laca, puesta en el paisaje hiperabstracto de un complejo de oficinas de Leipzig).

Félix González Torres, *Intituled (América)*, instalación en Limerick, Irlanda, 1995



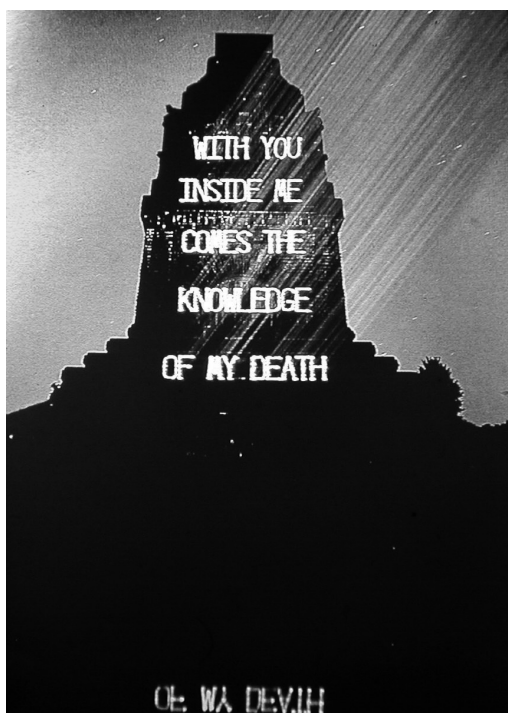
Un montaje *intitulado* (pero alusivo en su subtítulo a una cualidad americana) dispone una *performance* colocando doce líneas de diecinueve metros de las que cuelgan bombillas de quince voltios en una calle céntrica de la ciudad irlandesa de Limerick, en un instalación efímera que atraviesa tanto percepciones distraídas sin mayores violencias o extrañezas, cuanto la atención de fruidores de una operación de *conceptual art* que a la manera de Beuys o Vostell quiere instituir una reflexión sobre lo urbano operado, manipulado, investido de mínimas transformaciones que a caballo de lo banal/casual propone, empero, indicios acerca de la ciudad como materia prima de la discursividad artístico conceptual.

Pierre Huyghe, *Rue Longuic*, 1995



Entre las flexiones de presentación y representación de lo urbano como referencialidad o materialidad artística, las investigaciones de las *media arts* funcionan como iniciativas de investigación de tales flujos y relaciones: Huyghe arma su obra de arte, seleccionando filmogramas de alusividad urbana, identificando la *location* y montando finalmente un sistema de lugar originario con la recreación de la realidad registrada, referencia primaria (el filmograma) y nueva representación (fotografía del par precedente), además de la infinitud sugiere la posible repetición interminable de la situación original.

Jenny Holzer, *Kriegzustand (Aforismos públicos)*, Leipzig, 1996



Aquí la discursividad hace parte física directa del acto artístico, la *performance* de *media art*, al escoger escribir directamente sobre la ciudad como soporte textual, unos aforismos legibles desde la colectividad urbana –del mismo modo que son legibles los mensajes publicitarios– escritos a su vez con la materialidad lumínica de neón usada para esos mensajes, pero ahora recuperándose una autonomía del texto/contenido, presentado como mensajes poético/filosóficos y creando así un efecto de sorpresa/distancia.

Jason Rhoades, *Uno momento/The theater in my dick/A look to the physical/ephemeral*, Basilea, 1996.

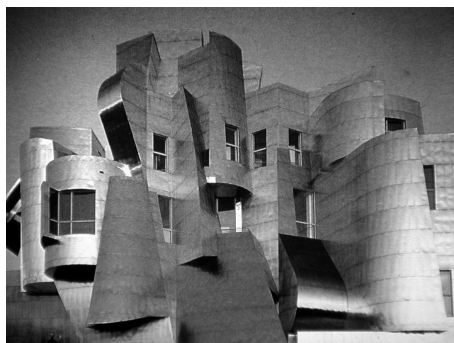


El completamiento del ciclo anulador de todo efecto alusivo o representacional del acto artístico se consuma con la producción real de *eventos* o *happenings* dotados de una fisicalidad equivalente a la de la realidad (e incluso con el posible reconocimiento de tal realidad, en este caso y con fuerte alusividad a lo matérico urbano, de productos y detritus del consumo) pero desprovisto de sentido –de orden, de uso, de finalidad, etcétera– y agudizando la presentación de estados fluidos de caos, efimeralidad, maquinabilidad en trance de deterioro, vida orgánica camino del desecho, etcétera.

Bernard Tschumi, *Bridge city*, Lausanne, 1988-1997

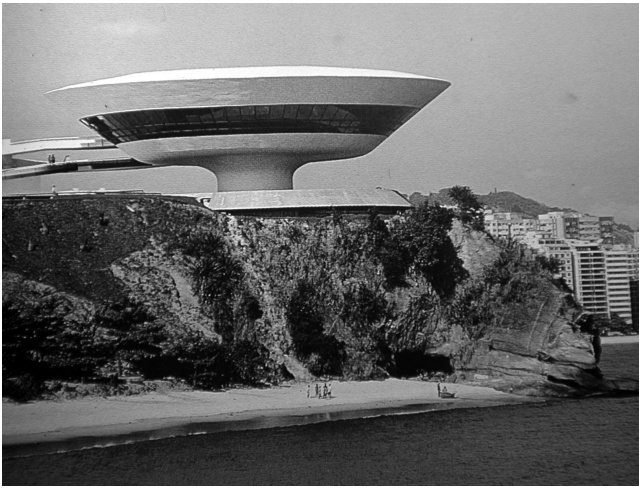
La arquitectura de Tschumi comparte con la evolución de la estética contemporánea, la investigación en torno del *incidente* urbano, la concepción del proyecto como operación semejante al *detournement* (tergiversación, transformación) situacionista, en tanto manipulación de materiales triturados de una totalidad dada –descripta– a una retotalidad otra –*sampleada*, usando esa expresión tan de los *disc jockeys* actuales que crean resintetizando materiales previos–. El enfoque cinematográfico de Tschumi tanto como su afición al proceso clínico analítico del psicoanálisis agrega a su *modus* proyectual entendible como crítica de sociourbanidad, el carácter fragmentario, *pixelizado*, de obra en tránsito o proceso, cuya totalidad es precaria y hasta imprevisible, como la exploración suiza acerca del descubrimiento y captura de nuevo suelo o espacio virtual en la geometría tridimensional y a la vez imaginaria, de la ciudad.

Frank Gehry, Museo Weisman, Minneapolis, 1989



El concepto de arquitectura como trabajo diferencial y *signée* que hoy avala plenamente la actividad de Gehry (pero además la de Libeskind, Hadid o Siza, entre no tantos otros: la firma goza de valor en tanto posibilidad escasa) propone una arquitectura antes que nada pensada como *fait de culture*, pieza de arte recalificadora de la ciudad como museo abierto, eventual motor de desarrollo terciario que, además, absorbe una determinada prestación funcional en cualquier caso, no tan exigente al hablarse de museología que, en las obras gehryanas incumple factores esenciales de una funcionalidad discreta y soportante. En cualquier caso, por lo demás, tanto el *modus* proyectual como el sentido urbano de los proyectos, remite a la pertenencia de Gehry al grupo californiano de artistas que, como sus amigos Stella, Serra y Oldenburg, ha redefinido intensamente las relaciones arte/ciudad incluso, o sobre todo, en esta etapa de terciario avanzado.

Oscar Niemeyer, MAC Niteroi, 1995



Por fuera de los declives de su propio *manierismo* –encontrado como un tópico equivalente al *realismo mágico* tropicalista y a la *fiesta* oscilante entre las ideas de Freyre y Ribeyro y el posracionalismo facundo de Bataille– Niemeyer sigue significando la clave de articulación entre arte y arquitectura americana como reflexión/actuación no tanto en relación con la cultura sociohistórica sino en cuanto a esa noción evolucionista (darwiniano/humboldtiana, incluso más allá todavía, hegeliano/marxista) según la cual las poéticas americanas, en tanto preurbanas, preburguesas y preindustriales, deben centrarse en tematizaciones sobre lo natural. Arte como espejo y crisol de naturaleza capaz de aludir todavía a funciones cosmogónicas y de mimetismos de una sociedad anterior a la abstracción de la modernización, una sociedad preilustrada y aún prehabermasiana. Empero este nivel de producción es el cabalmente aceptado en una teórica división internacional del trabajo estético, como contribución americana.

Peter Eisenman, Haus Immendorf, Düsseldorf, 1993



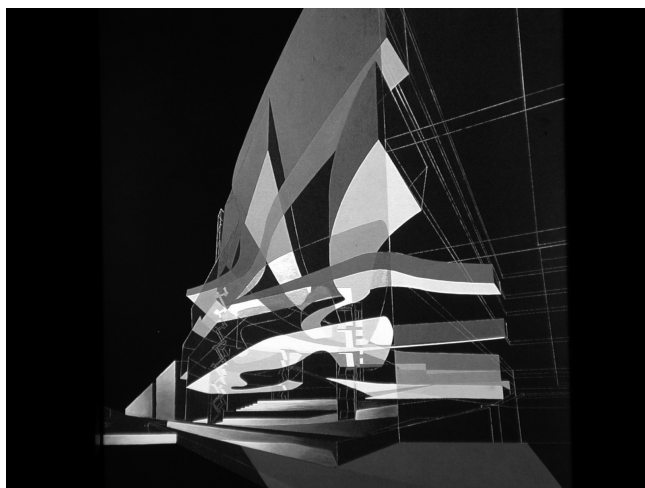
El trabajo de Eisenman, fuera de su peculiar forma de resolver un grado de implicación urbana (si bien, forzando diferencias y aun violencias, a toda perspectiva contextualista) diverge de las exigencias específicas del *factum* proyectual arquitectónico –digamos: la tríada vitruviana– y se interna en una exploración del potencial estético de las geometrías devenidas de las fronteras de la investigación científica (como el ADN o los fractales); en este caso, una aplicación de las teorías de las *ondas solitón*.

John Hedjuk (ejecutado por Grimberg & Busnelli), *Theater Masque*, Barrio de La Boca, Buenos Aires, 1999



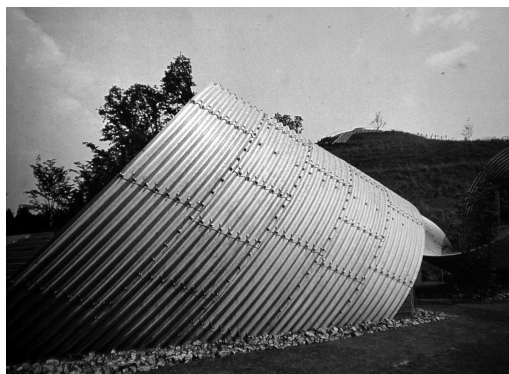
Ajenos a su circunstancial e in-útil materialización, los objetos arquitecturales de Hedjuk son puro lenguaje e intención de establecer una discursividad enteramente frutiva y autónoma de la textualidad arquitectónica, de manera que sus objetos (anti) proyectuales –que niegan su pasaje a realidad o afirman su entidad específica, no la cualidad de *mediación* que define la idea renacentista/moderna de proyecto, como representación anticipada de realidad, un *ver-antes*– cobran el valor específico de uso y no de cambio, es decir, un valor semejante al que tiene, por ejemplo, un texto poético.

Zaha Hadid, Ampliación del CARS, Madrid, concurso, 1999



Complementario del trabajo tschumiano, las obras de la anglo iraní Hadid remiten a la investigación sobre los *folders* o *pliegues* que están real o virtualmente en la complejidad de lo urbano, de manera que, vía Deleuze, se trataría de una última estación de las investigaciones sobre el *pliegue barroco* que se habían iniciado con Leibniz (con su turbadora idea: *lo liso no existe*) y que confina la actividad proyectual a la *operación*, no a la producción inequívoca de totalizaciones cerradas.

Shui Endo, Sanitarios en el Parque Hyogo, 1998



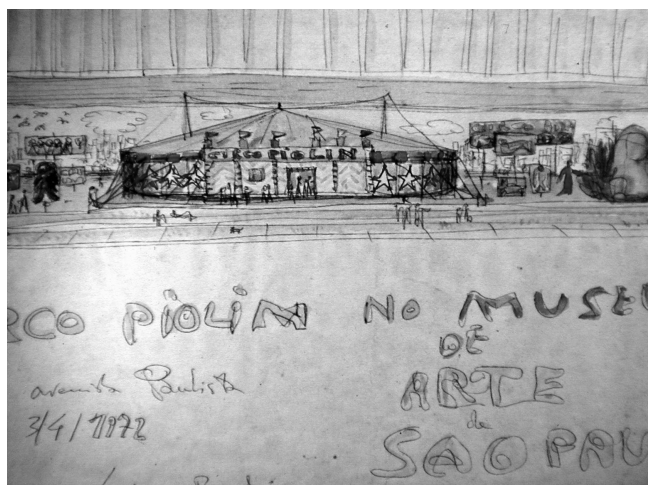
También en la vía de los pliegues o *folders* de lejana tradición barroca (pero aquí concomitantes con la desmaterialidad laminar de los espacios zen y las arquitecturas de papel) una pequeña intervención de proposición de equipamientos urbanos remite a aquellas investigaciones sobre el proceso de *dar espacio* como plegadura de forma, pero también a las tentativas de generar objetos de arte urbano en una conjunción de función (elemental: sanitarios o equipamientos ferroviarios en los trabajos de los minimalistas suizos Herzog/DuMeuron o Guigon/Guyer) y formal (en los términos adornianos de trabajo en y con la materialidad cósmica del arte).

César Portela, Cementerio Fisterre, 2000



Minimalismo de talante compatible con las cajas de Judd en el paisaje de su museo rural de Marfa en Texas, en este cementerio marino de Portela, en el que ciertas oportunidades programáticas (la necesidad de unas cajas/portaataúdes que miren al mar, la posibilidad de construir cajas con la piedra local, la alternativa de escoger un sitio como plataforma de una instalación) y la loosiana situación de recuperar la autonomía del arte arquitectónico (al extinguirse la relevancia del uso o la función), conducen a una natural convergencia entre arquitectura y arte, en este caso además, dentro de la densidad de la cultura regional pero fuera de las constricciones de la urbanidad.

Lina Bo Bardi, *Circo Piolín* en la planta baja libre del MAM, Sao Paulo, 1972



También pueden haber confluencias entre arte, arquitectura y ciudad en este caso, no en el momento fundante de la arquitectura (un proyecto tardomoderno, una caja racionalista sobre unos *pilotis* y planta libre) sino en el devenir de su uso: fenomenológico, imprevisible, casual, popular, con el que la arquitectura restringe su potencia signíca monumental y se instala en la mudez de su condición de soporte.

Notas

²⁶ Hay un análisis de la epistemología popperiana en cuanto a su devenir cognoscitivo entre los polos artístico y científico desde su posible aplicabilidad a una mirada científicista tipologista de la arquitectura en Martí Arís (1993), capítulo 1: “*La idea de tipo como fundamento epistemológico de la Arquitectura*” (pp. 15-43).

²⁷ De la multitud de abordajes que encara esta obra liminar de la fundación de la estética moderna sólo entresacamos éste: “*La estética formal libera los desarrollos históricos que quedaron bloqueados por la estética de contenido de Hegel y Kierkegaard como lo quedan por obra de la pintura abstracta. Pero al mismo tiempo la dialéctica idealista de Hegel se vuelve regresiva al considerar la forma como contenido y cae en una cruda dialéctica preestética. Confunde el tratamiento imitativo o discursivo de la materia con la cualidad ser-otro constitutiva del arte.*” (p. 17).

²⁸ Véase, para el intento de discernir una suerte de *weltanschauung* de modernidad signada por el descontenidismo silencioso del *minimalismo*, el catálogo de la muestra “*Less is More*” (Savi - Montaner, 1994).

²⁹ Hay una presentación acerca de la autonomía maquina de la estética inherente a las obras de arte de Duchamp en J. A. Ramírez (1994). Además, casi en una mirada que tiende especularmente a complementar el modo maquina de la proyectuali-

dad duchampiana como operación posmimética, hay un texto de O. Paz (1995) que investiga el trabajo del artista no tanto como máquina de producción emocional sino como sistema abierto de registro de sensaciones (apariencias): “*El ‘Gran Vidrio’ –escribe Paz– es la pintura del desnudamiento de una novia. El strip-tease es un espectáculo, una ceremonia, un fenómeno fisiológico y psicológico, una experiencia erótica y espiritual, todo junto y todo regido por la meta-ironía...*” “*El Gran Vidrio*” es la pintura de una física “recreativa” y de una metafísica que se balancea, como el ahorcado hembra, entre el erotismo y la ironía. *Figuración de una realidad posible pero que es, por pertenecer a una dimensión distinta a la nuestra, esencialmente invisible.* (pp. 64-65).

³⁰ Existe un interesante tratamiento del *modus* proyectual (maquina) de las merzbau de K. Schwitters en Y. Conde (2000).

³¹ Los dos libros célebres del tándem citado son, en relación con la proposición de un ensamble estético de la confrontación entre el despliegue del modo capitalista y la crisis (esquizofrénica) de las subjetividades, Deleuze (1988) y (1993). En cambio, por su cuenta, F. Guattari desarrolló con particular enjundia sus teorías sobre el modo maquina que permea toda articulación entre sujeto y objeto transmoderno dando curso a una nueva estética, en sus libros (1996) y (2000).

³² Si bien el más celebrado compendio de los ensayos situacionista sigue siendo el compilado por Debord (1977), están reeditándose viejos pero provocativos y fecundos ensayos como el de Debord y Wolman (2001), originario de 1956.

³³ Especialmente el estudio 5: “*El recurso de Baudelaire a la alegoría*” (pp. 143-159).

³⁴ También el ensayo de un discípulo de De Man, A. Warminski (1998).

³⁵ De la ya muy extensa biblioiconografía acerca de los fundamentos de los trabajos de arte urbano –como confluencias de arte conceptual y urbanismo crítico– valga la referencia genérica a las actividades teórico prácticas de Matta-Clark, insertas en la completa antología a cargo de D. Corbeira (2000) y en ella, especialmente el ensayo de P. Lee, *Objetos impropios de modernidad* (pp. 91-132), donde se expone un análisis de la implicación urbanística del pensamiento y praxis anarco artístico de Matta.

³⁶ Una formulación acerca de una nueva articulación posible entre ciencia y arte desde estas perspectivas emergentes del transracionalismo científico se encuentra en J. Wagensberg (1998) donde, por otra parte, se agrega a las nuevas fusiones artístico científicas la tercera vía devenida del pensamiento religioso, sobre todo en su vertiente oriental.

³⁷ Una importante revisión estética del eterno tópico de la naturaleza americana se encuentra en la antología preparada por G. Nouzeilles (2002).

Capítulo 7

La metrópolis dual

Apogeo y fracaso de Buenos Aires como metrópolis en los años 40

La mirada histórica de la condición metropolitana admite concentrarse en varios *momentos* o hitos, cuyas circunstancias empíricas fueron construyendo el propio campo nocional de *lo metropolitano*: 1880 (Viena), 1920-1940 (París y si se quiere, antes, en 1860 con la acción de Haussmann), 1990-2000 (Nueva York, Londres). Diversos autores utilizaron ciertas configuraciones hermenéuticas que, aplicadas a interpretaciones de los hechos históricos de esas y otras ciudades, devinieron en el material conceptual que ha ido definiendo la noción misma de *metrópolis*: Simmel, Schorske, Cacciari, Tafuri, Benjamin, Williams, Jacobs, Berman, Sennet, Jameson, etcétera.

De tal constelación de registros históricos y deducciones socioculturales deviene, quizá, la posibilidad de una *teoría de la metrópolis*, con los análisis de las *mutaciones de lo urbano a lo metropolitano* y con las indagaciones críticas acerca de cómo tal teoría ha ido acompañando (y se ha ido transformando a su vaivén) el proceso de mundialización político económico, hasta arribar a las actuales nociones de *ciudades globales* (Castells, Sassen, Beck) y la posible descripción de nuevas categorías de lo metropolitano.

Una posible simplificación de tal devenir a la vez histórico y teórico, podría conducir a centrar el análisis en dos facetas de lo metropolitano, sucesivas o inclusivas según los casos: una *metrópolis cultural* y una *metrópolis política*; la primera ligada a cierta clase de productividad más o menos hegemónica en el campo del saber y los aparatos simbólicos, la segunda articulada con funciones de control o comando de los procesos político económicos de la globalización. Tal dualización, como bien lo advertía tempranamente Cacciari, no escapa al magma del desarrollo del proceso capitalista o, en definitiva, a un juego

finalmente explicable en la complejidad de los intercambios de todo tipo y su impacto a nivel de sujetos e instituciones. Dicho de otra forma, *siempre* la condición de metrópolis política concluye por determinar la condición de metrópolis cultural, aun a largos plazos y con las consecuentes inercias y/o adaptaciones de la metrópolis cultural.

La Buenos Aires de los años 40 puede leerse como un escenario demostrativo tanto de cierto alcance de una maduración de la condición de metrópolis cultural (una ciertamente *ex-céntrica*, pero aún suficientemente integrada en las cualidades del intercambio simbólico epocal) así como la situación histórica de imposibilidad o fracaso en acceder a una condición de metrópolis política, en tanto puede constatarse la inviabilidad de engendrar una forma política capaz de controlar el propio proceso transformativo de la aglomeración. Esa dualización, tensionante e irresuelta, encierra las explicaciones del desarrollo histórico subsiguiente y, sobre todo, la creciente y sistemática tendencia a hacer que la condición de metrópolis cultural dependa de la *calidad* de la condición de metrópolis política. Si lo metropolitano es por definición la posibilidad de controlar algún volumen de intercambios (cuya cualidad resulta otorgada por el epicentro de tal control, es decir, la metrópolis), el cambio en la administración del poder tenderá a transformar tal control.

Leer críticamente ese pasado puede develar algunas claves para estudiar la condición metropolitana de marginalidad político económica y de una situación de cultura metropolitana con fenómenos de intercambio simbólico cada vez más determinados por las circunstancias materiales de la economía mundial.

1. Metrópolis cultural: la noción moderna de metrópolis

Cacciari (1972) sitúa todo el problema de lo metropolitano entre las construcciones teóricas de Simmel (1903: “Las grandes ciudades y la vida espiritual”, ensayo inserto en su *Puente y puerta*) y Benjamin (1933: “Baudelaire y París”, en *Iluminaciones II*), tiempo en el cual, por otra parte, transcurren los fenómenos de las *vanguardias y sus crisis*. Cacciari define la *metrópolis* como *la forma general que adopta el proceso de racionalización de las relaciones sociales, como fase o problema que sigue a la racionalización de las relaciones de producción*. Circunstancia *superestructural*, entonces, signada por una reorganización social formalizada en lo *cultural*: así, Simmel definirá lo metropolitano como un *momento determinante de la existencia moderna* y, quizá, aceptando lo moderno como consecuencia del desarrollo socioprodutivo capitalista. También alude al concepto de *vida espiritual*, como *filamento nervioso de un espíritu que trasciende al individuo del mero proceso histórico capitalista*. Desde este punto de vista, lo metropolitano parece fundarse como una cualidad cultural: de allí

que la idea de metrópolis cultural emerge como primera conquista histórica ulterior a la fase meramente *urbana* de la modernidad capitalista. La *intensificación de la vida nerviosa* que Simmel advierte casi como una sublimación suprasubjetiva respecto de las condiciones socioprodutivas originarias del capitalismo, es una primera articulación de los discursos de Marx y Freud acerca de este tópico. Cacciari apunta así que *nos seguiremos encontrando en la "ciudad" mientras estemos simplemente en presencia de valores de uso o de producción de mercancías, o del "estar-al-lado", no dialectizado, de ambos momentos. Nos encontraremos ya en la metrópolis cuando la producción alcance su "razón social", determine las formas del consumo y consiga instrumentalizarlas de cara a la reproducción del ciclo. La metrópolis debe poner en marcha una "vida nerviosa" capaz de realizar, a través del valor de uso, el valor de cambio producido por el "intelecto", y capaz de reproducir, también, las condiciones del "intelecto".*

Este análisis, si bien habla de una condición histórica *superior* del desarrollo capitalista (que trasciende la forma socioprodutiva de la *ciudad*), centra el fenómeno metropolitano, al menos en su origen al inicio del siglo XX, como una cuestión cultural ligada a una transformación genérica (*nerviosa*) de los individuos. Esta primera fase de lo metropolitano puede multiplicarse allí donde hay una suficiente acumulación de excedentes: Bruselas, Barcelona, Viena, Milán, Berlín, Nueva York, Buenos Aires y, desde luego, los antiguos centros irradiantes de Londres y París (que de alguna manera retenían la vieja noción imperial de lo metropolitano como emporio y como foco de poder colonial). Se puede decir así que la noción de metrópolis cultural, si bien fruto de un determinado desarrollo socioprodutivo, es una condición articulada doblemente al montaje del concepto de *consumo burgués* y, complementaria y críticamente, al funcional fenómeno de las *vanguardias*, como administradoras a menudo provocativas del capital simbólico disponible, desde la perspectiva simmeliana de la intensificación de la vida nerviosa.

La cualidad cultural de esta primera instancia moderna de lo metropolitano no está tan ligada a cuestiones de control político o socioprodutivo, sino más bien a las posibilidades de *inserción en primarias redes de intercambio simbólico* (las muestras y exposiciones, las revistas, la circulación física y productiva de intelectuales y artistas, las escuelas, etcétera) y, a la vez, a las posibilidades de *irradiación de productos simbólicos* o culturales, desde tales focos. Hay una primera consolidación de nuevos universos de consumo cultural (burgués pero *cosmopolita*: *Cosmópolis* precisamente, bautizará Rubén Darío a Buenos Aires cerca de 1910, augurándole un protagonismo cultural mayor que el de París) articulado al *nomadismo* de los productores de vanguardia (Williams considerará la *excentricidad* del artista vanguardista –Apollinaire, Le Corbusier, etcétera– como uno de los principales atributos de la praxis de vanguardia: el rupturista engendra cultura alternativa porque es *ajeno* a la cultura preexistente, incluso al mero dominio del lenguaje).

2. Metrópolis política: la noción posmoderna de metrópolis

La paradójica *liberación del hombre* que adviene con la fase de las *metrópolis culturales*, puede estar incubando su agotamiento histórico dentro de una etapa en el largo ciclo del capitalismo. Cacciari dice que *la ampliación de los horizontes de la metrópolis, que es la ampliación del mercado capitalista, hace de la metrópolis la sede de la libertad, entendida en el sentido de un desbordamiento de lo individual, de su crecimiento y enriquecimiento material*. En rigor, ésta será la *ilusión* del contenido de progreso de la *cultura de la modernidad*, unida al despliegue de los procesos de institución del *welfare state*. Pero será –ahora lo sabemos– un momento efímero, cuya contingencia contiene la limitada duración histórica de la idea de metrópolis cultural.

Frente a ello, habría una *prehistoria técnica* de otra noción enteramente opuesta de metrópolis: la política, entendida como la metrópolis del control de los individuos productivos y su consumo y de la reinserción de los mismos en un contexto administrado de lucha de clases, donde se anula el valor libertario de la producción cultural crítico vanguardista y se instala una dimensión más sofisticada de explotación social. Cacciari ubica en el París haussmanniano el origen de esa ulterior condición que llamamos de metrópolis cultural: *Hausmann expresa la voluntad de poder de la metrópolis: realiza la metrópolis destruyendo el ideal dialéctico de la “sociedad” como “comunidad”. Usa la ciudad directamente como mercancía, la abre a la especulación del gran capital financiero, “aliena” por completo a sus antiguos “sujetos” expulsándolos de su centro. Hausmann concibe la metrópolis, a diferencia de la ciudad, como escenario de la lucha de clases... La metrópolis ya no expresará, en adelante, el dominio de una clase que busca “sintetizarse” con su opuesta, siguiendo el esquema de la razón dialéctica tradicional, sino el dominio de una clase que quiere poder, que se impone directamente y repite una y otra vez, su propia violencia*. Esta descripción de la concepción haussmanniana –que es la que leerá Benjamin en su conocido estudio del París del siglo XIX– no sólo anticipa el *declive* del concepto de metrópolis cultural en metrópolis política, sino también, la incompatibilidad intrínseca entre ambas concepciones: *la tragedia de Baudelaire es la victoria de Hausmann*, sigue su razonamiento Cacciari. Desde esta perspectiva, la modernidad cultural ulterior podría ser leída como una larga batalla crítica acerca de una guerra ya perdida, como se advierte precisamente en el pasaje de la condición de metrópolis cultural a política, pasaje reservado sólo a los núcleos que logran triunfar en la concentración del poder de control de los intercambios: es decir, los núcleos que según Sassen advendrán a la cualidad de *ciudades globales* (advírtase de paso, el abandono del uso del concepto de metrópolis, quizá por la carga histórica de una cierta tradición cultural).

Sin embargo, esta figura hegemónica y selecta de ciudad global –como aquellos epicentros concentrados del poder de comando de las grandes decisiones de movilización global del capital económico financiero y cultural infocomunicacional– no deja de contener formas etnoculturales típicas del violento dualismo entre capas altas y bajas de los conglomerados sociales grandes del mundo contemporáneo. Véase en tal sentido, el estudio realizado por M. Davis (2000),³⁸ ya no sobre Los Ángeles (cuyo carácter multiétnico es casi concomitante a su desarrollo histórico como metrópolis –o posmetrópolis según Saja–) sino referente a Nueva York, donde los latinos cuentan más que los negros desde 1996 y donde algunos autores –algo trasnochados, como Torres/Saillant– encuentran consumado el ideal bolivariano de la nación latinoamericana y la federación antillana, todo junto, caliente y tropicalizado.

3. Miradas finales a lo metropolitano

A lo metropolitano, empero, se llega desde lo urbano, la ciudad y su desarrollo: la ciudad es muchas cosas a la vez; la ciudad, como artefacto histórico, tiene precisamente *historicidad* o duración y además responde a la *relatividad* cultural –hay ciudad occidental y otras ideas extraoccidentales de ciudad–; la ciudad americana –dentro de dicha historicidad relativa– se nutre de basamentos diversos (las condiciones habitativas originarias y la prevalencia de una idea de redes urbano territoriales, la impostación colonial de ciudades predominantemente enclavísticas, aisladas y dispersivas en lo territorial –al revés del modelo medieval de ciudad de concentración–, la evolución histórica más socioregional que bioregional, el arribo a las características antropológicas del mestizaje y las hibridaciones urbanas, etcétera).

Sobre esa base, emergen nociones que cuestionan la condición *natural*, como expresión de progreso y modernidad del *desarrollo urbano* o, más bien, surge el concepto de que *no todo desarrollo urbano es socialmente satisfactorio ni culturalmente necesario o verdadero*. Así, no se trataría de cuestionar o negar lo urbano como condición habitativa sino de criticar dichas formas de desarrollo, poniendo algunos *límites* a sus expresiones, incluso reflexionando sobre la cualidad supuestamente superior de *lo metropolitano*.

El caso de *Buenos Aires* –unos once millones de habitantes, dispuestos en un territorio de 3900 kilómetros cuadrados regulados por un distrito capitalino y diecinueve municipios autónomos colindantes (desde 1994 se agregaron varios más, por subdivisión de territorios preexistentes, al revés de otros casos, como en China, de agrandamiento por fusiones de las autonomías locales), la tercera parte de la población nacional y la mitad del producto

generado por las actividades económicas— presenta un caso intermedio entre los casos anteriores y, a la vez, la demostración de una de las características latinoamericanas típicas, a saber, la concentración unipolar como efecto de las monstruosas succiones de población rural, una vez que fracasó —ya desde fines del siglo XIX— el modelo de poblamiento inmigratorio unido a la intención de multiplicar colonias agrícolas dispersas en el territorio, debido a la fuerte concentración latifundista terrateniente.

El caso, sin embargo, es peculiar, en parte porque presenció luego del primer modelo agroexportador de fines de 1900, un ciclo de industrialización llamado de *sustitución de importaciones* entre la tercera y sexta década del siglo actual, con tasas de crecimiento no tan altas —menores al 3% anual— y altas migraciones campo/ciudad. Si al comienzo de este proceso, digamos sobre los años 40, la metrópolis estaba razonablemente servida (un 94% de la población tenía agua de red en 1947), en su transcurso empezaron a manifestarse problemas ambientales y ciertas expresiones ilustrativas de sus limitaciones, tanto de su estrategia de capitalización como de gestión.³⁹ Por ejemplo, el hipercrecimiento de las periferias —que empezó a tener ritmos del 6% anual— y el desarrollo de los asentamientos ilegales (*villas miseria*) que al filo de los años 60 alcanzó a unas ciento veinte mil personas. Pero, a fines de los años 80, un 45% de la población metropolitana no tendrá agua y un 70% carecerá de cloacas y los *villeros* prepararán a un millón.

La historia de Buenos Aires es interesante en tanto, como dice Pérez (1994), parece haberse perdido una oportunidad de manejo exitoso de un sistema metropolitano que hace cinco décadas presentaba razonables posibilidades. Otro aspecto ambiental regresivo, apuntado en los análisis de Pérez, es el hecho de la descalificación energética progresiva del transporte público: si en 1930 el 55% de los viajes metropolitanos correspondían a medios electrificados (trenes de superficie y subterráneos y tranvías), en 1980 sólo el 8,4% de tales viajes se realizaban en trenes de superficie —4,6%— y subterráneos —3,8%— y el transporte motorizado por combustión sumaba el 79% de los viajes —25% en automóviles privados y 54% en transportes colectivos—. La gestión para la utilización de combustibles adecuados —como en las normativas suecas a favor del uso de alcoholes refinados o las políticas tailandesas de subsidiar el precio de la nafta sin plomo y colocarla en el mercado más barata que la nafta común— no tiene demasiado énfasis desde la gestión local, como tampoco ocurre en Lima (caso vinculado, además, a la muy baja gasificación domiciliar que tiene la aglomeración).

Estrategias recalificadoras de algunos fragmentos urbanos —expresión del fenómeno posurbano que los sociólogos británicos llamaron *gentrificación* o salvataje elitista de áreas urbanas valiosas— no han evitado, y más bien la explican o refuerzan, una hiperurbanización que acomoda unos quince millones

de habitantes en el llamado *frente urbano fluvioplatense*,⁴⁰ un rectángulo de veinte mil kilómetros cuadrados (unos trescientos kilómetros lineales con un fondo variable de setenta kilómetros promedio): de los trece mil kilómetros no anegadizos de ese territorio –el más agroproductivo y rico de Argentina y uno de los más valiosos del mundo– la urbanización ya ocupó casi la mitad (6200 kilómetros cuadrados) sin resolver una razonable sustentabilidad. La *huella ecológica* autosuficiente (*ecological footprint*)⁴¹ de este sistema implica un estándar de 0,041 hectáreas/habitante, muy lejano de una pauta de autosuficiencia aconsejable, lo que quiere decir que no sólo se oblitera la productividad renovable de un área natural estratégica sino que, además, se generan flujos de recursos de otras regiones que seguramente agravan otros escenarios de sustentabilidad.

De este breve resumen histórico del desarrollo del modelo de metrópolis política de Buenos Aires, podrían inferirse las hipótesis de un momento en que la maduración de tal metrópolis política –en tanto acumulación agro-exportadora y reorganización del magma social inmigratorio– engendró, en relativa consonancia, un momento de metrópolis cultural fértil (hasta la década de 1940) y complementariamente, un momento ulterior en que la debilidad de la condición de la metrópolis política devino en una crisis de acumulación, en fenómenos de succión regional (de capitales y flujos sociales: un intercambio desigual de pobreza a escala regional) y en la consumación de una aglomeración fuertemente dialectizada entre un modelo *alto* y uno *bajo* (Coraggio, 1998,⁴² Cicoletta, 1999).

La consideración de temas desarrollados hasta aquí, y especialmente la relatividad cultural de los distintos paradigmas de desarrollo histórico de las ciudades y su pasaje al modelo de las metrópolis *débiles* de Latinoamérica, nos induce a considerar críticamente, desde el punto de vista de una efectiva sustentabilidad ambiental, los procesos aglomerativos metropolitanos en general y, particularmente, su expresión marginal en las megaciudades periféricas.

En este sentido, el fenómeno de hiperconcentración poblacional metropolitana debe verse más como un aspecto restrictivo de la evolución económica regional o nacional, antes que una expresión específica de ésta, al contrario del optimismo de De Soto o de ciertos fatalismos no exentos, de procurado realismo adaptativo, por ejemplo en algunos actuales *gurúes* del análisis metropolitano como S. Sassen (1994). Esta autora considera las megaciudades como un elemento más de la globalización de la economía y en dicho contexto todo tiene un sentido y una posible explicación, hasta, por ejemplo, la miserable vida de los habitantes de los tugurios: *Los tugurios son sitios fundamentales para la generación de productos con escaso valor añadido necesarios para la vida urbana, como los artículos de plástico, cosméticos, alimentos y papelería* (Sassen - Patel, 1996:3). ¿De dónde vienen esos habitantes de los tugurios, según Sassen? De sitios rurales que se vieron forzados a abandonar debido a la privatización del suelo.

Valga como ejemplo el hecho de que el 1% de los propietarios rurales de Brasil posee el 47% de la tierra agrícola apta, mucha de ella sin uso productivo. Entonces, seguramente el problema estructural no es mejorar el rendimiento económico marginal –de *producción de escaso valor añadido*, que seguramente es funcional a las estrategias económicas de la globalidad urbana– de esos marginales urbanos, sino resolver el acceso a dicho *suelo privatizado* del habitante rural preurbano: la sustentabilidad secundaria –en las ciudades– no puede resolverse con paliativos económicos integrativos de largo plazo, sino que hay que operar en la sustentabilidad primaria –en el territorio que origina, por fenómenos expulsorios, los flujos migratorios a la ciudad.

Es lo que acaso resulta evidente del *proceso de contraurbanización* que J. A. Padua (1996) cree advertir en la lucha del MST (*Movimiento de Trabajadores Rurales sin Tierra*) brasileño que ya alcanza a casi ciento setenta campamentos que reinstalan en áreas rurales a cerca de cuarenta mil familias campesinas, que no han podido ni querido radicarse en el borde de las ciudades. Hay todavía, dice Padua, doce millones de habitantes *que quieren trabajar la tierra y no tienen tierra (...) un movimiento para invertir el enorme éxodo rural de las últimas décadas que, en las palabras de Ignacy Sachs, transformó en infierno urbano un país que podía ser un paraíso rural* (pp. 12-3).

Este esquema sociopolítico de crisis que relaciona campo y ciudad fue presentado por E. Leff (1995) como un escenario en que debe repensarse la inconmensurabilidad del sistema socioambiental desde una nueva perspectiva productiva que se constituya desde bases geográficas y ecotecnológicas, desde abajo hacia arriba mediante la autogestión, o sea desde la posibilidad de una nueva idea de *democracia ambiental* que es lo que explica la lucha de los grupos indígenas y campesinos, como los del citado MST brasileño y también del EZLN (*Ejército Zapatista de Liberación Nacional*), el movimiento chiapaneco mexicano.

La circunstancia del consumo desigual de recursos naturales –cuarenta veces más grande en el habitante promedio del norte respecto del habitante del sur– ha instalado, según Leff, una nueva aparición del concepto de *lucha de clases*, ahora orientada hacia la *reapropiación de la Naturaleza*: es decir, la actual lucha, ya no por los derechos humanos sino extensivamente por los *derechos ambientales*, ha desplazado la lucha por los medios industriales hacia el antagonismo por los medios y condiciones *naturales* de producción.

Es lo que postulan los estudios de R. Fernández Durán (1993) cuando afirma que el supuesto orden genérico de la globalidad se afirma primero, sobre un creciente desorden en el manejo de los recursos energéticos y segundo, en una tendencia a concentrar en las ciudades los aspectos negativos emergentes de ese desorden disimulado que empero explota en una triple crisis: *económica* (aumento de los desequilibrios), *sociopolítica* (aumento de la ingobernabilidad) y *ambiental* (agotamiento de los recursos naturales no renovables).

Esta triple crisis alude al esquema triádico de la sustentabilidad (económica, social y ecológica): si dicho *desiderátum* de sustentabilidad roza hoy los límites de la más ambiciosa utopía, o bien significa meramente un recurso retórico en manos del *cientificismo* de la *economía/mundo* o de la *globalización*, la expresión triádica –y sistémica o de interactividad entrópica– de la crisis contemporánea que presenta Fernández Durán, debe ser entendida como uno de los desafíos o encrucijadas más arduos que encuentra el supuestamente irresistible ascenso de la globalidad capitalista: este pesimismo suele ser compartido por teóricos más o menos lúcidos del neocapitalismo, como Albert, Galbraith, Thurow o Krugman.

En este contexto, dice Durán, se renueva la apropiación de *rapiña* de los recursos de los ámbitos periféricos –en nombre de la globalidad de la modernización– y *las metrópolis tienden a convertirse en los espacios privilegiados donde se concentra la conflictividad difusa y puntual que se deriva de estas crisis* (p. 23), a través de dos escenarios característicos.

Por una parte, las *ciudades globales* (por ejemplo, Nueva York, Londres, Tokio) donde coexiste el tipo de sector social capaz de llevar a cabo las funciones de *comando* de una extensiva actividad de terciarización de enorme difusión geográfica junto a los *bolsones* de extrema pobreza y marginalidad cultural y socioproductiva que tiende a llamarse *cuarto mundo*.

Y, por otra parte, las *megaciudades* (por ejemplo, México, San Pablo, El Cairo), que exploran los límites de la falta de calidad de vida absoluta junto a las excrecencias del modelo productivo, la conflictividad social y la ingobernabilidad.

Ambos tipos de ciudades, en su complementaria conjunción, no sólo resultan ser la consecuencia de una intensificación de la crisis ambiental suscitada por la globalidad expansiva del modelo socioeconómico capitalista, sino además, *su propia existencia es una de las principales causas de los problemas ambientales mundiales* (p. 24), con el contenido de perversa entropía que tiene esta doble condición.

Las cuestiones ligadas a la *performance* ambiental de las megaciudades del sur –usando la propuesta de terminología del citado Fernández Durán– se vinculan sin duda con aspectos marginales de la globalización, que hace que las hiperaglomeraciones encuentren un sentido de mercado aun frente a la magnitud de sus crisis ambientales, devenidas de las crisis del mercado de mano de obra; esto explica, en parte, el dudoso récord de poseer las ciudades más grandes que tiene el hemisferio sur: de las treinta primeras ciudades en cuanto a su magnitud poblacional de más de 7,5 millones de habitantes veinticuatro son del área sur o no centrales.

La población urbana de dicha región pasará de los actuales mil quinientos millones a algo más de cuatro mil dentro de treinta años, es decir, que el 90% del crecimiento de su población será de tipo urbano, con datos de transforma-

ciones cuali/cuantitativas tales como la cifra proporcionada para el caso de Río de Janeiro, donde más de un millón de habitantes, un sexto de la población total, viva directamente de prácticas sociales de tipo delictivo.⁴³

Aspectos relativamente técnicos como la magnitud de las deseconomías –que siempre terminan enjugándose mediante una disminución de la calidad de vida social– o las perspectivas de la sustentabilidad ambiental de un determinado soporte territorial, resultan en estas megaciudades, a nuestro juicio, extremadamente académicos, puesto que lo que está en juego es, más bien, su conflictividad social y su grado de ingobernabilidad.

En este contexto es que el último libro de J. Jacobs (1997) ofrece otra mirada adicional al creciente desarrollo de la *conflictividad social y cultural*, no sólo en las ciudades globales –como Londres– sino en otras configuraciones de tradición colonial que intersectan, por así decirlo, temáticas de aquellos ámbitos con los de las megaciudades –como Perth o Brisbane–. El fenómeno *poscolonial* reviste, para esta autora, una característica de acentuación de dicha conflictividad e incertidumbre: *las geografías poscoloniales (luego de su complicidad colonial) han reemplazado la seguridad de los mapas del pasado con la incerteza del tránsito de las espacialidades no localizadas del poder y la identidad en el presente* (p. 162).

Los fermentos de esta erosionabilidad del antiguo orden urbano se expresarán en diversas circunstancias, como por ejemplo en la explosión de características étnicas en la redefinición del orden físico y sociocultural convencional de las ciudades, como se manifestaría en el proyecto Banglatown, una subciudad bengalí proyectada para la antigua área londinense de los mercados de Spitalfields: por fuera del seguro sentido economicista de la operación, lo que además se motoriza es la fragmentación cultural y étnica, el estallido del orden precedente.

En otros casos, el desarrollo de los fenómenos del nomadismo urbano expresa la condición poscolonial de la recaptura de las ciudades por parte de los grupos aborígenes: un grupo de ellos lideró toda una lucha contra el proyecto de refuncionalización de una vieja cervecería de Perth, la Old Swan, bajo el argumento de que debía recuperarse el carácter religioso de la zona y volver a celebrar la traza territorial de la serpiente *Waugal*, una toponimia mítica indígena. Es curioso advertir que este movimiento no sólo adquirió relevancia en el ambiente cultural de la ciudad sino que configuró un consistente argumento crítico frente al desarrollo inmobiliario: Jacobs insinúa en sus estudios que estos procesos de conflictividad interétnica configurarían un aspecto novedoso del poscolonialismo que se agregará, como fenómeno de activismo social y cultural, a los nuevos escenarios urbanos.

Si la modernidad supuso el traspaso de las barreras del mundo privado en la constitución del mundo de lo público –éste es el argumento de la historización

urbana ascendente o progresiva propuesta por R. Sennet–, la posmodernidad metropolitana sería el despliegue de una anulación de la calidad pública o social de lo urbano y una recaída solitaria en una privacidad ficticia, en tanto diálogo sujeto/mundo medial.

O. Mangin (1993) dice que *el desierto de la publicidad hace las veces de espacio público* (p. 23) y se ocupará en su libro de construir una especie de historia de la cotidianidad posmoderna urbana en torno de los relatos contemporáneos socialmente ficticios (la publicidad, el cine) que sanciona la caída o declive de lo público/concreto en una reinstalación en lo público/ficcional dada en aquella interacción programada entre sujeto masificado y mundo virtual ofrecido por el hipertexto mediático: así, autores como Baudrillard dirán que *la guerra del Golfo no tuvo lugar* (sino en la virtualidad televisiva) o, como García Canclini, que se ha operado el cambio de *ciudadano a consumidor*.

M. Augé (1994;1996) ofrece una argumentación del pasaje moderno/posmoderno (aunque prefiera “por sus connotaciones de sucesión e incomparabilidad” la expresión *sobremodernidad*) en torno del pasaje del concepto de lugar al de *no-lugar*. *El lugar es un espacio del que los hombres se apropiaron hace tiempo, en el que puede, literalmente, leerse algo y que manifiesta relaciones entre naturaleza e historia: tanto en una residencia como en una sepultura hay noción de lugar por tal voluntad histórica, antiazarosa, de apropiación, de culturalización de lo natural* (1996:84).

En cambio, *el no-lugar*—refiere Augé— *comienza con el desarraigo: los paisanos de la Europa del siglo XIX, arrancados de la tierra y recentrados, los inmigrantes o los refugiados pasan por la experiencia del no-lugar. Los movimientos pioneros de colonización de nuevas tierras tienen por tarea primordial transformar el espacio en lugar. En este sentido, una isla desierta o una selva virgen no son necesariamente no-lugares, sino en todo caso, pre-lugares, espacios a ser conquistados, lugares potenciales* (1996:85, todos los fragmentos siguientes son de esta misma página). El lugar se define por estar revestido de tiempo o más bien, de la experiencia subjetiva del tiempo, o sea, el lenguaje: *lo que anula la temporalidad o la referencialidad del lenguaje tiende a constituirse en no-lugar*.

En muchos ambientes contemporáneos *no hace falta hablar*: autopistas, supermercados, tarjetas de crédito, *shopping centers*, aeropuertos, cajeros automáticos, ordenadores. *Uno puede estar solo y en relación con el mundo y de esta paradoja depende la velocidad de la conversión de un lugar en un no-lugar*: en esa virtualidad la soledad del sujeto supone una clase de vida en no-lugares tanto como una cierta negación de la libertad, ya que soledad no es libertad, *dada la tendencia gregarista de una planetarización proclive a homogeneizaciones integristas o fanáticas (del mercado, el consumo, la religión, la raza o cualquier expresión totalitaria de minorías)*. *El escenario sobremoderno de esta combinación de virtualidad y soledad son los no-lugares*.

De allí emerge la omnipotencia contemporánea de las imágenes, por ejemplo en la transformación de la experiencia turística, donde lo que importa *no es la experiencia del viaje sino la imagen registrada por videos o fotos*. Pero la omnipresencia de lo virtual, el despliegue de las imágenes *no supone un refuerzo de lo imaginario sino su desaparición en lo ilusorio*. Así, con un mundo dominado por la ficción del yo, *se atravesaría una actualidad críticamente definible como el pasaje de la era del no-lugar a la era del no-yo*. La ciudad posmoderna, como estación sucesiva de pre-lugares o espacios, lugares, no-lugares y ámbitos virtuales del no-yo como extinción de lo subjetivo social, merece así el necesario análisis desde una *mirada no anti sino extraurbana* capaz de recuperar el relativo equilibrio de su cualidad histórica de cuasiobjeto o híbrido: análisis cuya responsabilidad epistemológica parece instalarse en el paradigma ambiental.

Las investigaciones de N. García Canclini (1995; 1991) aluden al análisis de ciertas características de la posmodernidad metropolitana en los escenarios latinoamericanos, preferentemente el caso de México. Se ocupa de señalar algunos tópicos peculiares de este proceso, si bien con un carácter no tan crítico de sus posibles contenidos de negatividad y sin una referencialidad definida en cuanto a una posible lectura ambiental. Así, su análisis procura encontrar rasgos de positividad, por ejemplo en cuanto a la recuperación de formas aborígenes en la cultura magmática metropolitana.

Enfatiza el contenido híbrido o *mestizo* de las culturas urbanas contemporáneas, como una determinada característica o forma de *contener las fuerzas dispersas de la modernidad*, proceso que –junto a las clásicas referencias de Habermas– considera inconcluso o trunco en los escenarios metropolitanos, aunque no por ellos carente de cualidades que distancian su criterio del cáustico enfoque –nostálgico de una imposible modernidad *central*– de Octavio Paz y los ideólogos del *atraso*.

Al atribuir a la *expansión urbana una de las causas de la intensificación de la hibridación cultural* (García Canclini, 1991:264), descarta junto a Castells tanto la acusación que se le ha hecho a las megalópolis de engendrar anonimatos [como la serie de imágenes tópicas] (...) que los barrios producen solidaridad, los suburbios crímenes o que los espacios verdes relajan (García Canclini, 1991:265), cuanto que la sociedad urbana no se opone tajantemente a la rural (visto, sobre todo, los grandes procesos migratorios y una clase de aculturación relativa del migrante rural que Canclini no supone traumática, al menos para el caso mexicano).

Así, se daría un mundo relativamente contradictorio, según el cual por una parte, *la urbanización predominante en las sociedades contemporáneas se entrelaza con la serialización y el anonimato en la producción, con reestructuraciones de la comunicación inmaterial (desde los medios masivos a la telemática) que modifican los vínculos entre lo privado y lo público pero, por otra parte, vivir en la gran ciudad no implica disolverse en lo masivo y anónimo* (García Canclini, 1991:265).

Fenómenos como la tendencia a la *guetización* o aislación de un espacio propio (Lechner), la caída de los elementos propios de una urbanidad socio-comunitaria y barrial como los cafés o las bibliotecas de los barrios bonaerenses de los años 40 (Gutiérrez - Romero), la desarticulación en aras de la burocratización *masmediática*, de la espacialidad política de las ciudades o la proliferación de un movimientismo social corpuscular y unidireccional (o táctico), son algunas de las características revisadas por Canclini, junto a dos situaciones que juzga centrales: los procesos de *descoleccionamiento* y de *desterritorialización*, caras de la misma moneda de la fragmentación del mundo urbano.

La descolección implica la desestructuración *de aquella totalidad que antes nombrábamos cultura urbana y que implicaba colecciones de bienes simbólicos* (García Canclini, 1991:281): una consecuencia latinoamericana de este proceso de descoleccionamiento es la caída paulatina del eurocéntrico concepto de *patrimonio cultural* (y particularmente, el edilicio urbano), en cualquier caso, no necesariamente disidente de la premisa de una voluntad de mercado ajena a la conservación de bienes de cualquier clase, en su exaltación de la circulación de los capitales.

En las ideas de desterritorialización y reterritorialización Canclini alude a *dos procesos: la pérdida de la relación natural de la cultura con los territorios geográficos y sociales y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales de las viejas-nuevas producciones simbólicas* (García Canclini, 1991:288).

Como vemos, también la entrada al fenómeno urbano a través de la consideración de la cuestión de la posmodernidad cultural, ofrece una perspectiva adicional de crítica al devenir contemporáneo de la vida urbana metropolitana, que en cierto sentido creemos que puede confluir con la indagación ambiental de una condición posurbana capaz tanto de neutralizar la desestructuración socioespacial posmoderna (extremadamente funcional, por lo demás, al proceso de profundización de las formas capitalistas y su propia crisis), cuanto de reconstruir, si se quiere, los errores megalománacos de un proyecto moderno demasiado fundado en la relación entre emancipación iluminista y progreso social urbano.

4. El concepto de metrópolis cultural en la escena latinoamericana y el caso Buenos Aires en los años 40

En un conocido ensayo de R. Morse (1978) se trabaja la cuestión de cómo aparece la ciudad en la literatura sociológica americana, centrándose la discusión sobre las características que la ciudad moderna presenta a los intelectuales

sociourbanos americanos del primer tercio de este siglo, representados en el escrito citado por el peruano J. Basadre, el brasileño G. Freyre y el argentino E. Martínez Estrada. En el estudio se discute la obra de este grupo luego de analizarse otra tríada anterior integrada por el colombiano M. Samper, el peruano J. Capelo y el argentino J. A. García, cuya acción discurre entre 1870 y 1900: si el primer conjunto presenciaba la emergencia de los Estados republicanos modernos y su apuesta a una modernización urbana, este grupo, ya ajeno a las mecánicas del poder, cree visualizar los indicios del fracaso de aquel proyecto y agudiza, por ello, su discursividad crítica que, de diferentes maneras, conducirá a un cuestionamiento de lo urbano. Si la primera tríada poseía una razonable confianza en el advenimiento, por así llamarlo, de un momento de metrópolis cultural, fruto del republicanismo exitoso, en sus respectivos ámbitos de trabajo, la segunda exhibe la fatiga de cierta criticidad frente a la inconsecuencia política de un grado de alcance de la condición metrópolis cultural (es el caso de Martínez Estrada, respecto de Buenos Aires) o giran en un complaciente y anacrónico rescate de una ideología ruralista conservadora y casi premetropolitana (como Freyre).

Quien mejor encarna el pesimismo crítico acerca de la inviabilidad de una verdadera modernidad urbana americana es el ensayista argentino Ezequiel Martínez Estrada en sus dos escritos principales: *Radiografía de la Pampa* (1933) y *La Cabeza de Goliat* (1940). El primero es una brutal crítica a la abstracta territorialidad argentina y su mera armadura para la dominación del capital extranjero, que retoma el sintomático concepto de *desierto*, y el segundo es un ácido cuestionamiento de la condición ficticia del metropolitanismo de Buenos Aires, como desmesurada forma de concentración de los propósitos extractivos de aquella dominación territorial. Martínez Estrada exhibe un prolijo inventario de tipos y escenarios urbanos, exacerbando su visión cáustica ligada a una incapacidad de concretar alguna de las dos utopías presentes en el *querer ser* americano y argentino en particular: la de una Arcadia arcaica (que se valora, en cambio, en el discurso de Freyre) y la de una Europa visible como una especie de *paraíso perdido*, sobre todo en el imaginario derrotado del inmigrante que proviene de una marginalidad rural europea. Este inmigrante, constitutivo de la modernidad urbana imperfecta de ciudades como Buenos Aires, que piensa su casa propia como una *tumba*, conformará una de las rémoras –según el discurso de Estrada– más irreductibles para imaginar una verdadera modernidad de democracias urbanas, móviles, interactivas o participativas. Así, en Lezama se registra el fulgor metropolitano de los años 40 en el caso de Buenos Aires, su maduración como *melting pot* de diferentes contribuciones de la diáspora europea del siglo y, a la vez, los defectos políticos y económicos que conformarán los frenos ulteriores a un eventual pasaje a las formas de metrópolis cultural.

En el desarrollo histórico propuesto por J. L. Romero (1976), lo que aquí identificamos como la *ciudad moderna* se presenta centralmente y apelando a categorías sociales, como la *ciudad masificada*, es decir aquella que verificaría el éxito, al menos formal o cuantitativo, de algunos principios del modelo histórico precedente que llamó la *ciudad burguesa* y que quedó definida como la modernidad constitutiva del republicanismo moderno unido a la institución de la pertenencia a la división internacional del trabajo ulterior al industrialismo central.

La característica principal de constitución de este *momento* de ciudad será, para Romero, el drenaje campo/ciudad, el despliegue migratorio incesante entre 1930 y 1970 y que sólo en algunos casos –Buenos Aires, San Pablo, Caracas, Rosario– se superpone al anterior movimiento migratorio originado en los márgenes europeos. Lo significativo de esta ciudad masificada –como forma peculiar de modernidad urbana– es la ruralización de la sociedad urbana, o mejor, el lento proceso de aculturación urbana del migrante rural que quizás no pueda trascender el sincretismo híbrido que caracteriza la situación contemporánea aunque haya pasado más de medio siglo del comienzo de aquel drenaje. El proceso no resultó socialmente incruento –Romero registra el conjunto de rebeliones agrarias que se dan desde fines de este siglo, incluida la gran guerra mexicana– pero a su vez, contiene los términos de cierta identidad cultural epocal, como el desarrollo de la novelística de melancólica referencialidad a los ex campesinos, excepcionalmente registrada en *Los de abajo*, de M. Azuela, *Yawar fiesta*, de J. M. Arguedas o *Gabriela clavo y canela*, de J. Amado.

La literatura se ocupa de refundar el discurso de este movimiento rural/urbano, que se diluye en la homogeneización del arribo a la ciudad: el *sertao* apenas perdura en la memoria de los desplazados y desculturizados y sólo subsiste quizá en las historias de Amado o en la filmografía de Rocha o Andrade. Por otra parte, el lugar abandonado de la ruralidad también alcanzará, de manera metafórica, una nueva entidad reservada en el discurso literario: es la Ortíz de *Casas muertas* de M. Otero Silva, la Comala de *El llano en llamas* de J. Rulfo o emblemáticamente, la Macondo de *Cien años de soledad* de G. García Márquez. Por otra parte y de manera complementaria, el escenario urbano receptivo de esas masas migratorias será asimismo materia o motivo literario de otras tantas experiencias discursivas, en este caso sin ninguna nostalgia evocativa sino con un crítico y feroz realismo, como en *Lima la horrible* (1962) de S. Salazar Bondy, *Los hombres oscuros* (1958) del chileno N. Guzman o *Villa Miseria también es América* (1959) del argentino B. Verbistky: ya los títulos de estas novelas contienen las referencias críticas a las condiciones suburbanas del migrante rural. Las crónicas despiadadas del célebre antropólogo O. Lewis –como su *Antropología de la pobreza*– se sitúan en estos escenarios urbanos, como en este caso, la *Casa Grande* en *El Tepito*, el célebre asentamiento popular de México DF o en *Los hijos de Sánchez* en la

sórdida Netzahualcóyotl, una de las cuatrocientas cincuenta ciudades satélite de la capital mexicana, surgida de la nada hacia 1950.

Precisamente, una de las características de la modernidad de esta etapa de masificación urbana de la ciudad americana es la proliferación de los grandes asentamientos marginales y su mundo cultural específico, saturado de la hibridez de las tradiciones rurales supérstites. San Cosme de Lima, en la ciudad capital de Perú, es una de esas extensas configuraciones, surgida hacia 1945 junto con Atacongo, la *Ciudad de Dios*, iniciada hacia 1948 ocupando eriales improductivos. El desarrollo de estas ciudades pobres, cuidadosamente segregadas de las capitales, no sólo se multiplicará en todas las ciudades relativamente importantes sino que a, su vez, tendrá características de crecimientos explosivos: Ecatepec, uno de los asentamientos periféricos de México alcanzará doscientos mil habitantes hacia 1970, apenas diez años después de las primeras invasiones de terrenos. *Los barrios piratas*, en Medellín, iniciados hacia 1940, hoy albergan cuatrocientos mil habitantes, una quinta parte de la población total. En Lima un 70% de su población habita soluciones de autoconstrucción y existen casi mil setecientos asentamientos ilegales que en los años del populismo velasquista de los años 70 fueron eufemísticamente bautizados como *pueblos jóvenes*. El Morro Providencia, la primera *favela* de Río –que impuso además dicho nombre genérico a todos los asentamientos ilegales cariocas– es de 1930 y se formó con contingentes de pobladores que habían participado de las exterminadas escaramuzas rurales de la Guerra de Canudos.

Los estudios de B. Sarlo (1988) acerca de la articulación entre literatura y modernización urbana de las décadas del 20 y 30 en Buenos Aires, constituyen un punto de referencia convergente al propósito indicado. Deudora de enfoques semejantes desarrollados en el contexto europeo –desde las miradas sociourbanas de Simmel hasta las indagaciones de Benjamin acerca del París del siglo XIX representado por la poesía baudeleriana, desde los estudios de Bajtin hasta los recientes trabajos de Schorske, Berman, Sennet o Buck-Morss– y participando de un movimiento de análisis discursivo americano –visible, por caso, en D. Viñas, H. Libertella, J. Lezama Lima, J. Plá, A. Cándido, el citado R. Morse, O. Paz, R. Echevarría, H. Achugar, N. García Canclini, R. Piglia y otros–, las investigaciones de Sarlo se proponen considerar aspectos *tópicos* de la discursividad literaria. Estos análisis procuran un enfoque, por así llamarlo, dialéctico: se trata así, no sólo de constatar cómo la ciudad es nombrada en los textos literarios, sino sobre todo, cómo tal discursividad refunda o reinstituye fenómenos o instancias de las prácticas urbanas, siguiendo el paradigma benjaminiano según el cual Baudelaire es más un *productor* que un *cronista* del proceso constitutivo de la modernidad urbana parisina del siglo XIX.

Un ejemplo de esta clase se da, según Sarlo, en Borges y su ideología nostálgica pero a la vez distante de un ruralismo utópico, que deviene en la

invención de las *orillas* (y su sujeto ficcional, el compadrito cuchillero orillero): un espacio virtual y configurado como ficción adquiere una categoría de tópicos mítico, una entidad irreal pero definidora de una identidad ideologizada y convertida en aspecto positivo (frente a las lacras reales del proceso de configuración del mundo de la marginalidad urbana). *Su invención son las orillas* –dirá Sarlo–, *zona indecible entre la ciudad y el campo, casi vacía de personajes, salvo dos o tres tipos más presentes en las ficciones que en los poemas. El espacio imaginario de las orillas parece poco afectado por la inmigración, por la mezcla cultural y lingüística. En debate está, como siempre, la cuestión de la argentinidad, una naturaleza que permite y legitima las mezclas: fundamento de valor y condición de los cruces culturales válidos.*

Es por la ideológica vía de la mitificación literaria que se redime el contenido anacrónico y reaccionario del movimiento migratorio campo/ciudad, reteniéndose y enaltecándose elementos como la violencia, el autoritarismo paternalista de raigambre caudillesca o la marginalidad delictivo picaresca. La refundación literaria borgeana (del tópicos y sus sujetos) ofrece legitimidad ideológica a la perduración y revigorización del paradigma conservador/caudillista bien entrado este siglo: es curioso comprobar cómo este afecto literario borgeano se complementó con su rechazo político formal del populismo.

En otros registros literarios la ciudad se complementa en otras visiones, igualmente poderosas y hasta funcionales. R. Arlt entendía, en sus ficciones, a la ciudad como opuesta a la naturaleza, como un infierno o laberinto tecnológico en que pululaba el crimen y la violencia; una ciudad que rememoraba el espacio productivo urbano de los poetas malditos del siglo XIX. *La ciudad como infierno* –resume Sarlo, a propósito de Arlt–, *la ciudad como espacio del crimen y las aberraciones morales, la ciudad opuesta a la naturaleza, la ciudad como laberinto tecnológico: todas estas visiones están en la literatura de Arlt, quien entiende, padece, denigra y celebra el despliegue de relaciones mercantiles, la reforma del paisaje urbano, la alienación técnica y la objetivación de relaciones y sentimientos.*

En cambio, O. Girondo, complementariamente aludía a la Buenos Aires de los años 20 como una ciudad pura naturaleza y sin historia, en que eran posibles y deseables las prácticas eróticas del surrealismo: esa ciudad era objeto de una mirada así, pornográfica, en la que las distancias corporales y sensoriales entre los sujetos (el que vivía y el que escribía) se habían anulado. Otro poeta significativo de esa Buenos Aires, R. González Tuñón –quizás por su talante marxista metropolitano– emprendía un discurso antiborgeano, en el sentido de anular la especificidad tópica de algunos espacios característicos –el arrabal, el patio, el barrio– que pasaban a ser meras expresiones de una espacialidad común del mundo social proletario y si debía haber un condensador tópico referencial eso era, sobre todo, París, la ciudad imaginaria en que vivía todo poeta urbano. *La idea de ciudad en la poesía de Tuñón* –dirá Sarlo– *tiende a*

*ser refractaria al barrio, porque remite en lo esencial, a la nueva escenografía urbana transformada por el cosmopolitismo. De allí su obsesión con el puerto y el exotismo de los bares y pergundines de Paseo de Julio. Se trata obviamente, de un espacio de mezcla y no del homogéneo arrabal donde las relaciones son directas y el conocimiento mutuo, ineludible. En esta escena moderna y a la vez deteriorada por la marginalidad y la extranjería, González Tuñón trabaja la exacerbación de lo heterogéneo: hombres o mujeres que tienen diferentes pasados (miserias europeas, insurrecciones obreras) y diferentes lenguas, cuyo contacto es siempre puntual, fugaz, decepcionante y equívoco. Un conjunto de poetas sociales de Buenos Aires (Olivari, Yunque, Riccio, Castelnuovo, Barletta) esgrimía todavía otra clase de discurso en el proceso de nombrar tópicamente lo urbano, al revelar la tensión entre periferia y centro, entre arrabal y corazón metropolitano, como un camino de apropiación social y cultural, que iba del extrañamiento y la distancia a la exaltación de una práctica política leída como movimiento de conquista de lo lejano/ajeno de esa ciudad mundo. Refiriéndose a uno de los trabajos de tales poetas, *Versos de la calle*, de A. Yunque, dice Sarlo: *son precisamente lo que designa su título: poemas de los espacios públicos, del ámbito sociológico y moral del barrio o la avenida del centro, donde también está la pobreza: faroles torcidos, adoquines desparejos, tachos de basura, alguna fábrica, edificios en construcción, cloacas, tranvías y vidrieras. Es el mundo visible de la ciudad moderna donde las injusticias pueden percibirse con sólo arrojar una mirada. Pero esa mirada es la del poeta: los que van por la calle no tienen tiempo para ver a las víctimas de la ciudad nueva.**

En toda esta productividad literaria, en esta discursividad poética referenciada en lo urbano, creemos advertir no tanto la exaltación de lo tópico (en todo caso, siempre exageradamente redefinido ficcionalmente) sino más bien la prevalencia del sujeto tópico, el habitante de un mundo concreto (arrabalero, compadrito barrial, trabajador industrial, pequeño delincuente o pícaro, inmigrante típico –gallego, tano, ruso, turco: con los contenidos integrativos de estas simplificaciones etnosociales–, etcétera) cuya deriva de modernización urbana –o metropolitana– es presentada, en la estructura de la ficción, como una verdadera epopeya, cuyo destino o fin último es la apropiación del centro y la anulación de las diferencias sociales y espaciales (a partir, no tanto, de cambios políticos sino de conquistas simbólicas supraclasis: el tango, el fútbol, la plaza).

5. Buenos Aires en los años 40: el fracaso de la institución de una condición de metrópolis política

En la década de 1930 Buenos Aires se convierte en la tercera ciudad mundial en su extensión territorial, después de Londres y París, dato que verifica la

capacidad estructural del sistema previsto en las fases anteriores de su trazado, incluso arrancando desde la indefinida cuadrícula hispana fundacional. Desde el punto de vista del tejido urbano se advierten distintos procesos y subprocesos de conformación de la trama física y de complejización de las relaciones sociales de la ciudad. Todo con varias características que superponen los fermentos constitutivos de la condición exitosa de metrópolis cultural que arriba apuntábamos, unos ciertos logros en la consolidación técnica de la infraestructura urbana y una marcada incapacidad para trascender a formas de gobernabilidad que permitieran mejores condiciones para competir, desde los años 80, en las pujas para la conversión de las metrópolis culturales en políticas (o metrópolis exitosas en la función extendida de comando o control territorial y así, garantizadas de ciclos de acumulación exitosos). Los cuarenta barrios porteños admiten tal triple lectura: la de la maduración o cenit del modelo de metrópolis cultural relevante a escala mundial, la de cierto estado exitoso de estructuración técnica de la ciudad (desde el alcance de una cierta condición de región metropolitana industrial, bien que explicable por el fenómeno de la sustitución de importaciones hasta un estado de casi completo acceso a los servicios urbanos para los habitantes de la aglomeración) y la del fracaso de advenir a una forma política y administrativa metropolitana, punto en que queremos concentrarnos en esta sección del ensayo.

En el período 1920-1950 se desarrollan políticas urbanas de continuidad con la fase anterior, como acciones de completamiento de algunos parcelamientos, desarrollo de trazados paisajísticos originales como Parque Chas o las minimanzanas de Floresta y Liniers, así como un proyecto urbano más o menos integral de la superficie disponible de la ciudad.

En este período se asiste si no al surgimiento, a la consolidación del *barrio* como una unidad urbana de relativa autonomía funcional e incipiente aunque incompleta descentralidad, mediante la creación de una densa trama de equipamiento comunitario local: los clubes sociales y deportivos, los cafés y almacenes/despacho de bebidas de esquina, el cine de barrio, las bibliotecas populares, ciertas especializaciones de usos comerciales concentradas en algunas calles o avenidas troncales de la subcentralidad barrial, el refuerzo del transporte público con origen/destino/travesía por ciertas áreas connotadas por dicha subcentralidad, etcétera.

Este proceso de reequipamiento territorial de tipo dispersivo tuvo un carácter más o menos participativo en su origen y conformación que coadyuvó a definir cierta calidad de identidad barrial —ayudada además por el desarrollo microinstitucional, como el surgimiento de entidades vecinalistas, la multiplicación de iniciativas de desarrollo barrial a escala del Concejo Deliberante porteño, el surgimiento o la confirmación de proyectos de prensa local, etcétera— suponiendo no sólo una complejización de la funcionalidad de la ciudad de Buenos

Aires sino el comienzo del despliegue de una constelación de asentamientos de características barriales en todo el territorio del entonces comenzado a llamar *Gran Buenos Aires* (Caride, 1999): estas constelaciones de microequipamientos barriales de alcance extensivo son sin duda uno de los embriones estructurales y funcionales de la configuración metropolitana.

Sin embargo, todo este proceso de afianzamiento de la identidad de sectores urbanos y metropolitanos se pone severamente en crisis al fin del período que estamos considerando, en virtud de la saturación del esquema urbano unifamiliar que sería progresivamente sustituido al fin de los años 40 por la producción tipológica del hábitat de la *propiedad horizontal* y la lenta y sistemática desaparición del microequipamiento local.

Cierta primaria discusión sobre la entidad metropolitana ya emerge en los años 20 con los primeros esfuerzos para crear un ente interjurisdiccional. En el censo municipal de 1936 se hace alusión al concepto de aglomeración bonaerense, pero era todavía evidente la insuficiencia normativo institucional para administrar esta viscosa entidad, aun para definir aspectos demográficos elementales como la ejecución del censo y la utilización de sus resultados para redefinir jurisdicciones. Recién el censo nacional de 1947 iba a instituir, no sin ambigüedades metodológicas, la categoría censal del *Gran Buenos Aires*.

En cualquier caso, algunas discusiones de este tenor ya habían caracterizado el momento de la definición (en 1880) del nuevo municipio federalizado, literalmente arrancado del contexto de la provincia de Buenos Aires y ampliado en 1887-1888 según el plano de Blot/Silveyra, con la anexión/deglución de los municipios de Flores y Belgrano y con la asimilación por compensación de una parte del municipio de San Martín. En ese momento, fines de los años 80, la ciudad tenía cuatrocientos cincuenta mil habitantes y lo que podía entenderse como el Gran Buenos Aires apenas ciento veinte mil (Caride, Novick, 1999). El censo capitalino de 1936 iba a identificar dos millones cuatrocientos mil habitantes; exactamente el doble de la población que en 1938 poblaba los municipios vecinos que configuraban el área conurbanizada de la ciudad, la proto metrópolis.

En 1923, dentro de las actividades de la CEE (*Comisión de Estética Edilicia*) (Intendencia Municipalidad de Buenos Aires, 1925) y a instancias de su consultor externo, el francés J. C. Forestier –promotor de una suerte de civic art suburbano concebido como un sistema de espacios verdes metropolitanos– había impulsado lo que en tal contexto se denominó *Proyecto orgánico para la Capital Federal*, que incluía propuestas externas al territorio estricto de la jurisdicción.

El paisajista y urbanista B. Carrasco, desde su posición en la Oficina de Paseos de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires –entre 1914 y 1921– había anticipado la conveniencia de la creación de una Confederación de Municipios para atender los proyectos de gestión regional: con una perspectiva avanzada para la época (pero que evocaba esfuerzos de institucionalización de

la metropolización que comenzaban a verificarse en Londres, París, Berlín, Nueva York o Chicago) ya que antepone la reorganización institucional concertativa al mero enunciado de proyectos de cierta envergadura.

En 1930 el urbanista C. M. Della Paollera (de formación francesa junto a Poete en el Instituto de Urbanismo de París) propondrá, sin una comisión específica desde el Estado, un Plan regulador para la aglomeración bonaerense que, referido a una mancha que asumía el desarrollo conurbativo según una distancia radial al centro histórico de la ciudad de unos cuarenta kilómetros y abarcando un área entonces habitada por cerca de tres millones de habitantes, postulaba una reorganización que sirviera *para paliar los problemas del suburbio miserable y fangoso*, con una terminología entre elitista y tanguera.

En rigor, el plano de Della Paollera discierne tres *gradientes* de urbanización: la *mancha* urbana continua ocupada con sus formas tentaculares vinculadas a las trazas de los ramales ferroviarios de cercanías con cuatro *dedos* nítidos: al norte, al oeste, al sur y al sureste y un *dedo* amuñonado por los bajos del Reconquista, rumbo al noroeste; una poligonal que se traza por fuera de tal mancha ocupada y que incluye tanto loteos ya legalizados como áreas de vocación prourbana y, por fin, la envolvente abstracta circular trazada a cuarenta kilómetros del centro geográfico nacional y que implica reconocer un amplio territorio de reserva con una delimitación que luego acogería aproximadamente la traza de la proyectada ruta nacional 6.

El estadígrafo N. Besio Moreno (1925) (de dilatada intervención en varias operativos censales) definió en 1939 (con un criterio seguramente emparentable con costumbres norteamericanas) al Gran Buenos Aires como el área más o menos de ocupación continua, caracterizada por una densidad poblacional igual o superior a trescientos habitantes por kilómetro cuadrado, un indicador ciertamente muy moderado para indicar calidad e intensidad de actividades urbanas, pero que sin duda alcanzaba a establecer un criterio para definir un límite envolvente.

En la primera mitad de la década del 40 algunos hechos suscitados en el ámbito de la Municipalidad de Buenos Aires (MCBA) insinúan perspectivas de aprehensión y desemboque en modalidades de gestión metropolitana interjurisdiccional, tales como la creación de la *Comisión Regional Asesora de la MCBA* (1942) –para la que iba a preparar algunos estudios y propuestas C. M. Della Paollera– o la atribución al municipio de la facultad para celebrar convenios con la provincia de Buenos Aires (1944).

Ambas cuestiones, si bien no demasiado efectivas, eran empero de alguna importancia, dada la condición del municipio de Buenos Aires, que en toda esta época –y en rigor hasta la autonomización de su estructura de gobierno ya en la década del 90– fungió como un apéndice secundario del gobierno nacional.

Algunas actuaciones de gobernantes de la ciudad o de la provincia –como el caso porteño de la acción del intendente Mariano de Vedia y Mitre (1932-1938) o el bonaerense del gobernador Manuel Fresco (1936-1940)– supusieron reflexiones acerca de la condición metropolitana que ambos, imperfectamente, debían considerar en sus ámbitos de gestión.

En el caso del intendente porteño su emprendimiento metropolitano más significativo resultó la avenida 9 de Julio, que fue pensada en su origen como una arteria regional, es decir, como una pieza –en lo que a la larga y aún no del todo, devino– que cumpliera un rol de atravesamiento de la ciudad en las relaciones norte/sur, más que un puro elemento de mejoramiento de la accesibilidad al área central. Es en esta época donde proliferan proyectos de reestructuración urbana, como el proyecto de Centro Cívico de Julio Otaola presentado en 1933, inserto en un talante afrancesado (plazas, *boulevards* haussmannianos y edificaciones academicistas) en el centro geográfico de la ciudad y con la voluntad de descentralizar el área histórica de la ciudad.

El gobernador Fresco, como un signo identificador típico de las gestiones militares conservadoras y autoritarias, habitualmente predisuestas a centrar su gestión en la obra pública, desplegó el interés de su gobierno en la mejora del equipamiento y la red caminera de los alrededores del distrito federal, de modo que sus desarrollos operaron, implícitamente, en el sentido de un fortalecimiento de la incipiente condición metropolitana. El llamado *Camino de Cintura*, un circuito más o menos anular de setenta y siete kilómetros de extensión inaugurado en 1940, fue la obra de pretensión metropolitana más importante, ya que supuso la primera obra vial moderna de configuración de un borde de tránsito semirrápido que uniera San Isidro al norte con Quilmes al sur, en un recorrido un tanto serpenteante que iba buscando utilizar tramos preexistentes o trazas aprovechables, que discurría de norte a sur por Boulogne, Caseros, Hurlingham, 6 de Septiembre, Aldo Bonzi, Llavallol y Temperley: esta obra, si bien muy rápidamente generó cambios de conectividad metropolitana (uno de cuyos exponentes fue la creación de una nueva compañía de transportes interurbanos, la denominada Costera Criolla que unía ambos polos *costeros* del circuito) nunca adquirió el rol de definición fuerte de un recinto o *hinterland* metropolitano, toda vez que fue una vía sin muchas reservas de tierra a ambos flancos y, en rigor, tendió a potenciar el desarrollo urbano de tal *cintura*, con una miríada de pequeños centros de servicio que funcionaron más que como elementos de contención y definición del borde metropolitano, como un tipo de equipamiento que potenció el crecimiento laxo e indefinido de la mancha metropolitana.

El Camino de Cintura, además, nunca obtuvo la funcionalidad de red vehicular de tránsito rápido y conectivo sino que simplemente se caracterizó por funcionar como una suerte de tramos aislados y quebrados entre sí, sin buena fluidez o estímulo del tráfico orbital a la ciudad, sino como pequeños y discontinuos centros lineales para las nuevas y débiles centralidades periféricas que se iban creando.

El otro gran proyecto *anular* de Fresco fue la *avenida de circunvalación* General Paz, desarrollada sobre el límite de la Capital Federal entre 1936 y 1940, cuyas características de bordeo periférico de Buenos Aires se truncaron al culminar hacia el sudoeste en el remate del nuevo puente de La Noria (también resultado de la gestión Fresco), desde donde se iniciaba una obra de rectificación del curso del Riachuelo que recién en la década del 90 iba a ser acompañada por proyectos –e incipientes obras– de avenidas a ambos lados del curso fluvial.

La avenida General Paz, proyectada entre otros por el ingeniero P. Palazzo y el arquitecto E. Vautier, había sido concebida como una *autopista paseo* o *parkway*, un estudiado parque lineal con un cuidadoso diseño de la forestación y de las numerosas obras de arte vial, que si bien terminaba por definir el *adentro* urbano relevante –la Capital– y un *afuera* incierto –que se abría mediante el potenciamiento de algunos focos de intercambio modal de transporte (Saavedra, Lynch, Liniers, etcétera) al establecimiento de cruces calificados que iban a fortalecer el esquema radial de las trazas ferroviarias– no garantizaba el potenciamiento de la estructura metropolitana. Sin duda debe atribuirse al período autoritario imperante el que se haya realizado esta obra que, con financiamiento provincial, significó fundamentalmente ingentes beneficios para la Capital.

El tercer eje de la acción regional de Fresco estuvo vinculado al mejoramiento de la accesibilidad desde el rumbo sur, al área central de la Capital, para lo cual emprendió el trazado del llamado camino General Belgrano –un camino interior paralelo al borde fluvial de unos treinta kilómetros de extensión que unía Florencio Varela con Lanús– y la apertura de tres nuevos puentes sobre el Riachuelo: el Avellaneda (1935), el Uriburu (1938) y el ya mencionado de La Noria (1941). Esta estrategia pareció estar ligada, más que a una integración interurbana, al desarrollo de una vía apta para la movilización del tránsito industrial, de fuerte impulso sobre el área de influencia de esta nueva arteria, rápidamente saturada y de resultados urbanísticos pobres en su *performance*.

La etapa siguiente –el período que abarca desde 1945 a 1980– quedará caracterizada por el desarrollo de políticas de optimización de la ocupación volumétrica máxima de los trazados parcelarios mediante la incorporación de las tipologías surgidas como resultado de la aplicación de la nueva legislación de la propiedad horizontal.

El crecimiento de la intensidad de ocupación –saturado y congelado alrededor de los años 60– no es acompañado de un mantenimiento o mejoramiento de los estándares del microequipamiento comunitario local ni del espacio público, ya sea a nivel cualitativo como cuantitativo. En este segundo ítem, si en 1870 existía una relación de 150 metros cuadrados de espacio público no baldío por habitante, en 1980 tal indicador descendería a la expresión de 3,4 metros cuadrados por habitante, situación que no sólo estaba señalando el volumen y la velocidad del crecimiento demográfico sino además la caída

de las políticas públicas al respecto. Esto último queda de manifiesto si se comparan los estándares de otras ciudades de porte o entidad metropolitana hacia la segunda de las fechas consignadas: Ámsterdam, 25 metros cuadrados por habitante; Roma o Londres, 18 metros cuadrados por habitante; Barcelona, 12 metros cuadrados por habitante, etcétera.

Dentro de la fase histórica del desarrollo bonaerense que estamos considerando resulta significativo realizar un análisis de algunos de los *instrumentos de planeamiento* más importantes del período,⁴⁴ a saber:

1. El Plan de la Comisión de Estética Edilicia (1925);
2. El Plan Director de Buenos Aires (1940);
3. El Código de Edificación establecido según el decreto 9434 (1944).

Nuestra hipótesis principal es que estos tres dispositivos, como ocurrirá con otros tres que analizaremos en el período siguiente, contienen la mayoría de las decisiones políticas desplegadas en la presente fase de análisis, permitiendo acceder no sólo en forma directa a los criterios exitosos o no de regulación del desarrollo urbano metropolitano promovido desde el Estado sino además, en forma indirecta, al tipo de problema de tal desarrollo que quería afrontarse desde la dimensión conceptual y operacional de la planificación.

El Plan de la CEE fue el resultado de la acción de dicha Comisión, conformada por el intendente Noel en 1923, con la intención de desarrollar y profundizar las directivas emanadas de los trabajos del urbanista francés C. Bouvard hacia 1909, ahora reformuladas alrededor de las proposiciones del consultor de tal Comisión, el paisajista también francés J. C. Forestier.

Desde cierto criterio morfogenético, este plan parece marcar el inicio, para Buenos Aires, de las estrategias particularmente *modernas* en cuanto a la intención de centrar la acción del planeamiento en el control de la estructura del tejido urbano.

Las propuestas básicas de la CEE y del plan consecuente, que se proponían llevar adelante una política de *equipamiento público urbano* –en función de un existente plan de inversiones que reclamaba una revisión para una priorización y ordenamiento de tales inversiones– significó, a nuestro parecer, bastante más que lo que el equívoco título de *estética edilicia* permitía deducir, aun dentro del talante formo paisajístico típico del *urbanisme* parisino representado por Forestier.

Por empezar, el plan está obviamente encuadrado dentro de los esquemas de posibilidad que el desarrollo de las relaciones socioeconómicas estaba permitiendo, ya que no se trata de una postulación *utopista*, aunque la superación de algunos *techos* de la realidad socioeconómica vigente hizo impracticables muchas de sus proposiciones, pero no tanto por efectos de inviabilidad técnica y/o económica: el país, y particularmente la ciudad, gozaba de una cierta *primavera* económica resultante de una década de acumulación devenida de

políticas agroexportadoras exitosas, amén de una tradición de utilización de empréstitos externos para financiar obra pública, todo ello en varios años, anterior a la crisis mundial y nacional de 1929-1930.

Trató más bien de constituir, como elemento técnico de una hipótesis de desarrollo urbano, una clase de instrumento bastante coherente con el desenvolvimiento que entonces había alcanzado el *arte del urbanismo* y que situaba a esta actividad en un plano de correlación bastante empírica y actuacional con relación a los procesos reales de inversión urbana, siguiendo, en tal caso, el rumbo abierto por la operación haussmanniana, la primera que había posibilitado una relación funcional entre la técnica urbanística y las necesidades del capital, todo tamizado por el rol, todavía fuerte, del Estado.

El conjunto de *ideas urbanas* del plan, como las vinculadas a la consolidación de la *centralidad* de la ciudad –remodelación de sitios centrales como las plazas de Mayo, Colón, del Congreso y Retiro, la reconquista del frente ribereño en Costanera Sur, la terminación del plan central de diagonales y su vinculación con una política de localización de programas culturales *tensionantes* de la centralidad al favorecer la ocupación de los polos de Retiro y Parque Lezama–, las relacionadas con la estructuración de un ambicioso sistema de espacios públicos a escala metropolitana –desarrollo del proyecto de relleno de todo el frente del río, con un programa de parques públicos, desarrollo de plazas barriales y de diversas instancias de *embellesiments* suburbanos–, las conectadas con la estructura urbana en relación con los subsistemas del tejido –subsistema parcelario a producirse sobre el espacio no urbanizado implicando un completo desarrollo teórico de la urbanización con una propuesta de parcelamiento completo de la ciudad así como la proposición del desarrollo de *barrios obreros* en sitios de la ciudad con existencia de predios fiscales municipales, subsistema viario que contemplaba temas como el ensanche de calles, la proposición de un acceso central perpendicular al frente del río y diferentes vías previstas para la activación urbana de áreas barriales subcentrales–, constituye, desde nuestro punto de vista, una adecuada aproximación *posibilista* a una concepción de planeamiento que suponía un proceso técnico acompañante del comportamiento de los intereses hegemónicos en la producción de la ciudad.

Y dentro de tal posibilismo, el intento de favorecer la calidad del espacio público –aún siendo éste, fundamentalmente, de tipo central– no deja de constituir, como en el modélico ejemplo novecentista del Central Park neoyorquino (como emprendimiento de espacio público generador, a la vez, de importantes plusvalías en las rentas de los linderos beneficiados), una instancia técnica de alta valoración, juzgándola en términos de su oportunidad histórica y aun en el caso de su relativa baja concreción.

El Plan Director de Buenos Aires, publicado en 1940, constituyó el resultado del trabajo de los arquitectos Ferrari Hardoy y Kurchan desplegado durante los años 1937 y 1938 bajo la supervisión de Le Corbusier –quien firma la autoría de la publicación del plan– cuyo viaje de 1929 había significado la etapa preparatoria de las ideas urbanas que luego contendría la versión final.

El plan es, básicamente, una *arquitecturización de la ciudad*, concebida ésta como una estructura todavía suficientemente blanda y maleable como para soportar un tipo de intervención macroarquitectónica que postulaba una enérgica modelación de la estructura urbana siguiendo los criterios cartesianos sancionados por el CIAM y la Carta de Atenas.

La intención fundamental es producir una fuerte concentración de la ciudad, revitalizando su centralidad. Para ello se plantea extender tal centralidad hacia el barrio Sur, que fue desarrollado luego como proyecto particularizado en la propuesta conducida por los arquitectos Kurchan y Bonet desde 1957 y casi ininterrumpidamente trabajada hasta desembocar en el Estudio de Renovación Urbana de 1971, siempre alrededor del concepto macroarquitectónico de las *supermanzanas* y el consecuente ordenamiento vial jerárquico. Asimismo, se contemplaba la fortificación del uso central de oficinas, a partir de la proposición de la conocida *cité d'affaires*, una isla que abría nuevo suelo central mediante el relleno y la desafectación del ya entonces ineficiente *puerto viejo* o Madero y el favorecimiento del desarrollo de un cinturón de asentamientos tipo *satélite* con tres concentraciones de islotes de grandes torres dormitorio en las áreas de Belgrano, Urquiza y Flores.

Para fortalecer la centralidad y la relación con los asentamientos satélite, el proyecto postulaba una red de dos autopistas urbanas transversales norte/sur y este/oeste y una tercera de cintura, que debería operar no sólo como garantía de fluida accesibilidad central e intercomunicación de los barrios dormitorios y el *hinterland* del área central de la ciudad, sino además como barreras o límites muy fuertes para comprimir la posible expansión incontrolada, que desvirtuara la concepción funcionalista estricta del plan.

En comparación con la propuesta de 1925, el plan se revela como bastante *primitivo*, tanto en sus términos estrictamente urbanísticos –no desarrolla ni propone los instrumentos técnicos propiciadores de las operaciones de *zoning* concebidas y queda demasiado librado a una excesiva intervención del sector público, por caso, al exigírsele importantes actuaciones expropiatorias– como, consecuentemente, de cara a su efectividad y posibilidad tanto jurídica y sociopolítica como en relación con su instrumentación económica financiera.

Sin embargo, es necesario apuntar que aun en su precariedad propositiva y exacerbado utopismo macroarquitectónico –esa *melange* tan corbusierana

de finalidades o propósitos aparentemente *socialistas* sólo alcanzables o instrumentables mediante medios *fascistas* o de excesivo autoritarismo estatizante— ha constituido un punto de referencia de todas las acciones planificadoras ulteriores a su publicación y, notoriamente, del Plan Regulador de 1960.

El Código de Edificación de 1944, sancionado mediante el decreto 9434, puso también en marcha algunas decisiones de planificación urbana, como la figura jurídica de restricciones dominiales en predios privados, la zonificación de la ciudad en áreas con determinadas permisividades exclusivas y/o excluyentes de usos (industriales, comerciales y residenciales), intensidades de ocupación y alturas edificatorias y, en suma, la instrumentación de un modelo virtual de una ciudad teóricamente capacitada, en términos morfológicos, para albergar una población de hasta veinte millones de habitantes.

Constituye, por tanto, el momento de planificación *virtual* que más evidencia la característica que asignamos a esta fase de periodización histórica, en cuanto tiende a optimizar los términos de una ocupación intensiva tridimensional del trazado bidimensional provisto por el desarrollo de la ciudad histórica, recibido del período anterior y que habíamos caracterizado como ciudad *terminada*, en tanto absoluta postulación de la estructura del tejido.

Si bien para la fecha de este instrumento la ciudad disponía de uno de sus mejores estándares de infraestructura —por ejemplo, en la eficiencia de sus ferrocarriles de cercanías y de su red de transporte público subterráneo o en la semiplenitud de alcance poblacional de las redes de saneamiento cloacal y agua potable que marcan el cenit operativo de la empresa Obras Sanitarias de la Nación, creada apenas tres décadas antes de este momento—, los principios de maximización de la ocupación tridimensional del trazado que quedan contemplados teóricamente en el código edilicio de 1944, insinúan la desconsideración de los fenómenos que varias décadas más tarde se formularían como de crisis de sustentabilidad urbana y numerosas situaciones ulteriores de problematicidad urbana, dadas no sólo en la superación de estándares de capacidad de carga en algunos focos del territorio urbano, sino también en una irracional modelación de la intensidad de la ocupación y de la relativa homogeneización de densidades que deberían haber convergido en un aprovechamiento equilibrado de las dotaciones de infraestructura urbana ociosa o disponible: la muy alta densidad de algunas áreas como la relativamente baja de otras, testimonian varias décadas después la relativa ineficiencia de este modelo teórico de desarrollo urbano.

6. La crisis de la MP: fragmentación diferencial, latinoamericanización, caída de la calidad del espacio público, crisis ambiental

La *capitalización* de lo urbano ha derivado en una caída de la cantidad y calidad de los *espacios públicos*, en la desarticulación del concepto del *derecho a la ciudad* (o más bien, a la *urbanidad*), en la conversión de las funciones o cualidades de lo urbano en *commodities* transables y en la reconceptualización progresiva de los servicios urbanos como prestaciones transables de mercado. El virtual concepto de una ciudad ya no pública, sino objeto de transacciones mercantiles –no se puede usar o vivir la ciudad o sus prestaciones, sino única y crecientemente, comprarlas–, tiene enormes consecuencias ambientales, no sólo por la accesibilidad a bienes y servicios ambientales vía mercado (hay que comprar aire puro, agua potable, suelo verde, etcétera) sino, además, por el hecho de una falta de internalización en el seno de la economía mercantil urbana, de los costos/precios ambientales, hecho que realimenta la problematización ambiental (resultante de la voluntad de maximizar rentabilidad sin internalizar costos ambientales). Un problema de mediano plazo, consecuente de una mayor internalización de esos costos, será el valor alto de los bienes y servicios ambientales, dada su escasez.

El proceso creciente de *urbanización* –o concentración de la población en asentamientos urbanos, con la doble característica de concentración de los pobladores rurales en urbanos y de concentración de pobladores de asentamientos de rango menor en centros urbanos medianos, mayores y/o aglomeraciones metropolitanas– instituye en las ciudades un concepto de *periferización infinita* (no sólo para alojar la marginalidad socioproductiva y la pobreza consecuente) que alcanza a reformular nociones tradicionales como *centralidad y marginalidad*. Los diferentes procesos de multicentralidad, policentralidad, difusividad, etcétera –de los cuales son testimonios algunas ciudades norteamericanas de graves problemáticas ambientales, como Los Ángeles (Soja, 1998; Davis, 1992) o Phoenix (San Martín, 1993)– desdibujan la demarcación de lo urbano en lo territorial (que históricamente había permitido, por ejemplo, el desarrollo conceptual de la economía locacional regional y cierta posibilidad de modelización y cálculo de relaciones de ofertas/demandas de centros urbanos con determinados *hinterlands* productivos/consumísticos) que entra ahora severamente en crisis, dados los informes derrames tipo mancha de aceite, de las aglomeraciones urbanas descentradas.

Las transformaciones del comportamiento *locacional* del capital implican procesos de *desterritorialización y/o deslocalización*, sobre todo de las *actividades* vinculadas al *trabajo y la residencia*, con las condiciones agravantes y efectos consecuentes de un creciente comportamiento táctico oportunista de

las condiciones físicas de inversión del capital, obtenidas merced al aceleramiento de los plazos de retorno de inversiones y amortización de la inversión en *capital localizado* o fijo. Políticos tan hiperconservadores como el ex candidato republicano norteamericano P. Buchanan, se presentan ahora como adalides de la necesidad de controlar la excesiva movilidad del capital, cuyos procesos erráticos de radicación de inversiones en una ciudad y luego otra –cada vez en ciclos más cortos, dada la reducción de inversión en capital fijo– provocan serias distorsiones socioprodutivas en las ciudades abandonadas, dado el brusco pico de explosión de desempleo que ello provoca. Desde el punto de vista ambiental urbano territorial, estos procesos extienden a, virtualmente todo el territorio, el comportamiento que otrora se concentraba en las economías de enclave y, por otra parte, multiplican los fenómenos de problemática ambiental específica en las ciudades que circunstancialmente se ven beneficiadas de la radicación de inversiones, como de aquellas que bruscamente las pierden: hay ya una serie de comprobación de efectos ambientales problemáticos consecuentes de estas fases ascendentes y descendentes de la radicación de capital en centros urbanos o puntos concretos del territorio.

El pasaje de una *economía* predominantemente *productiva* de insumos básicos y bienes manufacturados industrialmente a una *economía terciarizada*, especializada en transacciones de servicios, unido a los procesos de desarrollo tecnológico basados en la llamada *tercera* revolución tecnológica o *tecnoinformática*, han suscitado lo que podríamos denominar *cambios electrónicos de la locacionalidad* o arraigo tradicionales y, consecuentemente, una ampliación desjerarquizada y desestructurada de modos de vida urbana (*urban lifestyles*) a todo el territorio. Los problemas de la terciarización implican, por una parte, la brusca generación de nuevas estratificaciones sociales que emergen en los núcleos activos de la terciarización alta (o genuina) tanto como, por otra parte, la intensificación de economías sommersas o ilegales/informales allí donde se produce una terciarización baja (o espúrea), frecuentemente sucedánea adaptativa de la desindustrialización y/o de los procesos antes apuntados de hipermovilidad especulativa del capital, agravada por factores legislativos de promoción cada vez más permisivos de dicha movilidad.

La posibilidad de transformar las *economías de escala* en *economías de alcance* (Zaera Polo, 1994) ha significado, respecto de un aspecto tradicional de las ciudades modernas, un efecto genérico de *desindustrialización de las ciudades*, sólo parcialmente paliado por el incremento de las actividades terciarizadas: las innovaciones tecnológicas, unidas a la pérdida de las necesidades productivas y consumísticas de prestaciones urbanas que había supuesto la actividad industrial convencional, engendran las crisis en los mercados localizados de trabajo (o sea, urbanos) e instituyen, en el mejor de los casos, estímulos al *nomadismo*, incluso de carácter lejano. Si bien podría pensarse que las transformaciones

productivas tienden a disminuir el impacto ambiental típico de las grandes implantaciones industriales urbanas o próximas a las ciudades, también ocurre que la deslocalización urbana de la industria reduce las posibilidades de control de sus condiciones ambientales regresivas (un testimonio de esta pérdida de control es el desarrollo de las evaluaciones ambientales o auditorías crecientemente transferidas a responsabilidades intraempresariales, eventualmente constreñidas por factores de competitividad de mercado, los que mejoran, por ejemplo, con la exhibición de *ecolabels* o certificaciones tipo ISO o BS, a menudo fuera de toda regulación política pública) y que el desarrollo de actividades sucedáneas –como la terciarización baja o el desarrollo de una especie de subindustria, de productos de baja calidad– engendran nuevas problemáticas de impacto (o superposición incontrolable de múltiples microimpactos).

La recapitalización de las actividades urbanas ha implicado la *privatización* creciente de todas las prestaciones y servicios urbanos y, consecuentemente, una grave pérdida de relevancia del concepto de *Estado local*, frecuentemente relegado a la administración de los efectos sociales regresivos de las nuevas economías globales de mercado a escala de las ciudades que aquellos estados nominalmente gestionan. Curiosamente –o no– este fenómeno de mercantilización de los servicios urbanos parece encontrar su máxima ortodoxia en el seno de las piadosamente llamadas economías emergentes (más precisamente, subdesarrolladas y dependientes): en Estados Unidos, por ejemplo, los servicios de agua potable siguen siendo públicos, como en Suecia también los teléfonos, etcétera.

La mayoría de los procesos consignados ha provocado *cambios culturales* profundos en las ciudades y sus poblaciones: *multidiversidad* social, étnica y comunitaria, intensificación de los *archipiélagos* sociales urbanos –y de los consecuentes *guetos*, sus efectos espaciales–, intensos movimientos migratorios poco o nada aculturados, nomadismos interurbanos e intraurbanos, etcétera. Los cambios culturales urbanos, como el incremento de la fracturación social o las rémoras político organizacional de los mecanismos que en la modernidad procuraban cerrar las brechas socioeconómicas (como la política de expresión básica o territorial, los sindicatos, las asociaciones vecinales, etcétera), agravan el contacto de los socioculturalmente diferentes de una ciudad, con un conjunto de consecuencias ambientales negativas basadas en la fricción entre tales diferencias en el tiempo/espacio urbano. Ello sin perjuicio de reconocer que las nuevas condiciones engendran, como lo han apuntado muchos estudiosos antropoculturales (desde García Canclini hasta Jacobs, quien acuñó el concepto de sociedades urbanas *poscoloniales*), situaciones valorables, como la aproximación de culturas lejanas en un territorio concentrado y susceptible por ello de intercambios, que van desde la gastronomía a las modas o los productos artísticos, como la música o las prácticas artesanales, etcétera.

A su vez, el desarrollo de los procesos que definen las transformaciones culturales apuntadas en la nota anterior, profundiza el desarrollo de situaciones de *violencia intraurbana*, pérdida de patrones convencionales de *seguridad*, aumento de situaciones de congestión y fricción, incremento de patologías psicosociales, multiplicación de los *enclaves fronterizad*Sos, etcétera. Este panorama alude, según lo que estudiaron recientemente investigadores sociales diversos, al incremento de un fenómeno de tribalización, en el sentido del tipo de intercambios y tensiones suscitados por la yuxtaposición forzada de diversas minorías convivientes, con asimetrías notorias de poder, riqueza, prestigio, legitimidad, etcétera.

Los efectos urbanos de los cambios económicos y políticos implícitos en el desarrollo de los mercados globales han generado procesos inéditos de *metropolización* o concentración decisional de campos estratégicos de la dinámica de los mercados globales en algunos polos o *ciudades mundiales*, con efectos tales como concentración de las actividades financieras y de emisión de información, nuevas centralidades culturales y del consumo, etcétera. Éste es el tipo de situación que ha estudiado S. Sassen, como procesos concentrados en pocos focos mundiales (Tokio, Nueva York, Londres, etcétera).

No toda aglomeración significativa de poblaciones en focos territoriales concentrados implica el montaje de condiciones estrictas de metropolización, en el sentido inherente a *concentración de actividades decisionales* de largo alcance territorial. Un efecto colateral de los procesos descritos de transformaciones económicas y culturales relacionadas con la existencia y dinámica de los mercados globales, ha sido el desarrollo de *metrópolis débiles*, o *pseudometrópolis*, desprovistas de las cualidades y funciones de las llamadas ciudades mundiales.

En general, para los pobladores urbanos han aumentado, en las dos últimas décadas, los factores de *inequidad distributiva* (con cambios regresivos en la concentración de la riqueza y del ingreso y agravamiento de las deficiencias distributivas) así como las condiciones de *pobreza urbana*. Algunos datos para Buenos Aires ilustran este tema: en la región del área metropolitana de Buenos Aires, con 11.8 millones de habitantes, se registran en 1999, 3.1 millones de pobres (catalogados así, por tener NBI, que en ese sitio implica un ingreso per cápita menor a 160 U\$\$/mes) y 813 mil indigentes (o situados debajo de la LP, con un ingreso menor a 80 U\$\$/mes). Un año antes (1998) los números eran 2.8 millones de pobres y 625 mil indigentes, lo que revela la notable aceleración del reajuste económico social. Sin embargo –lo que sirve para calcular la inequidad distributiva– la RAMBA tuvo en el bienio 1996-1998, un crecimiento económico neto que superó los 40 mil millones de dólares.

En el nivel del *imaginario urbano* se ha impuesto, a menudo de manera subliminal y/o por imperio de las estrategias comunicacionales, una cultura

que suele llamarse *posmoderna* y que incluye una *estetización complaciente* de los efectos regresivos de los cambios infringidos al modelo moderno (desde la utopía socialista hasta el *welfare state*), semejante a la subyugación verificada en los regímenes fascistas: exacerbación de la violencia como factor estético, intensificación del espectáculo y los consumos mediáticos imaginables, pérdida del imaginario de la realización histórica basada en el consenso político comunitario y la planificación, entronización de la apología del presente intenso y superficial, construcción de identidades pseudopolíticas mediante recursos infomediáticos, etcétera.

En la percepción ambiental del devenir contemporáneo diría, en general, que se ha pasado del *grano grueso deductivo* al *grano fino inductivo*, es decir, de la ambición modelística del tipo de los informes del Club de Roma a acomodamientos siempre adaptativos y fragmentarios que, unidos a la teoría del aumento de la toma de riesgos, buscan insertar la temática ambiental dentro de un contexto variopinto (caída ya definitivamente la hipótesis de la *nave tierra*) a fin de no entorpecer la posibilidad del funcionamiento del mercado y la lógica inherente de la infinita movilización del capital. Se sabe ya que ha acontecido el *fin de la capacidad infinita de la sustentabilidad macrosférica*, pero eso no se puede decir por ser políticamente incorrecto y así adviene una suerte de aumento del egoísmo ambiental de enclaves sociopolíticos y una proporcional pérdida de factores de solidaridad ambiental, que sólo les cabe ya a las ONGs internacionalistas.

7. Hipótesis a modo de conclusiones

Como una especie de resumen y *obertura* (para ulteriores desarrollos y discusiones) permítasenos enumerar un conjunto de conclusiones alrededor del tema de la *dualidad de lo metropolitano*, cuyo registro todavía puede tener un alto grado hipotético sujeto a mayores profundizaciones.

1. La conversión de un *fenómeno urbano* determinado (que a la vez, siguiendo a autores como Pirenne o Polanyi, tiene una historicidad larga y una relatividad geocultural) en un *fenómeno metropolitano* parece resultar de una *maduración del modo capitalista de relaciones socioproductivas*, y en tal caso, de un hecho consecuente de un determinado *proceso de acumulación* (productivo financiera) y *especialización* (sociocultural). Es decir, la *base material* de una circunstancia metropolitana siempre es atribuible a un grado de *acumulación*. Desde esta perspectiva *no hay metrópolis precapitalistas* y su extensión conceptual (Roma, Tenochtitlán, Cusco, Londres en el siglo XVII, etcétera) podría quedar definida por una condición de acumulación (el tipo *emporio*) consecuente de una concentración/dispersión de formas imperiales de poder, pero queda en tal caso al margen, el *quid* conceptual de una *maximización de la noción de mercancía*.

2. Sobre la base material precisada, siguiendo a Cacciari, *lo metropolitano* adviene o se manifiesta como una *reorganización de las relaciones sociales*, es decir, como una forma predominantemente ligada a la *producción de bienes y servicios culturales*, bien que insertos en una *teoría general de las mercancías* y gozando de una clase de *intercambios lejanos*. Por eso puede verificarse históricamente la emergencia de lo metropolitano como formas que llamamos del tipo *metrópolis cultural*.

3. La *producción cultural de la modernidad* (bajo el concepto adorniano de objetos –artísticos– que intentan infructuosamente *fugar de su condición de mercancía*) y el fenómeno peculiar de las formaciones de la *vanguardia* dentro de tal producción cultural (con sus contenidos de *utopía ético estética*) pueden entenderse como manifestación de la condición señalada del tipo *metrópolis cultural* aunque, a su vez, la constatación de estas formas de producción cultural suele ser indicadora del alcance de la cualidad de *metrópolis cultural* en un asentamiento cualquiera, sobre todo en el siglo XX.

4. Si hay un origen o preexistencia material de las *metrópolis culturales*, vinculables a desarrollos exitosos del poder político y la acumulación de excedentes económicos (que extiende el concepto de lo metropolitano a formas urbanas precapitalistas) también hay una consecuencia o ulterioridad al despliegue de las *metrópolis culturales* que implica, en el capitalismo avanzado, la recuperación y absolutización de una cualidad vinculable al tipo *metrópolis política* en tanto acentuación de una *función de comando o control* de tipos de *intercambios económicos* –que incluyen y subsumen lo simbólico cultural– *en el espacio de la globalización* (Beck), que puede significar *nuevas funciones metropolitanas* en las cuales el alcance de éxito en la tipología de las *metrópolis políticas* puede conectarse al concepto de *ciudades globales (epicentros del terciario avanzado con control de extensas territorialidades en el marco de las economías líquidas)*. Un primer criterio de *dualismo* en las formas metropolitanas sería así, el de *metrópolis cultural* y *metrópolis política*.

5. Tanto las pocas y exitosas *metrópolis políticas* (o *ciudades globales*) como las modernas *metrópolis culturales* advienen, en la era de la globalización, a un *aumento de la fragmentación y desintegración de sus estructuras técnicas y de la desarticulación de sus relaciones sociales* (crisis del concepto de ciudadanía y de los modelos convencionales democráticos de gobernabilidad). Estos fenómenos (funcionales y sociales) suelen conceptualizarse como una segunda acepción del *dualismo* metropolitano (ciudad *alta* y *baja*, sociedad metropolitana integrada y sociedad metropolitana marginal, enclaves de alta renta y *guetos* de marginalidad sociofuncional respecto de las estructuras del mercado, etcétera).

6. Lo metropolitano –lléguese o no a una condición superior de *metrópolis política* o *ciudad global*– se manifiesta en general como un *espacio de crisis*, englobable en el común y abarcativo concepto de *crisis de sustentabilidad* (en

las cuatro acepciones articuladas de sustentabilidad: económica, social, ecológica y política). Un mayor fortalecimiento del tipo metrópolis política puede minimizar algunos aspectos de las falencias de sustentabilidad (por ejemplo, mediante el aumento constante del *ecological footprint* de la aglomeración) pero casi nunca se anula la segunda condición de dualismo anotada, o sea el grado de fragmentación sociotécnica de la aglomeración, condición que parece incluso ser *funcional* al rol de ciudad global (una *remake* de la vieja noción marxista de *ejército de reserva*).

7. El polo *bajo* de la dualidad citada en segundo término, con su relativo grado de *desintegración* (el fenómeno de los *archipiélagos de guetos y minorías etnosociales*) ha ido generando una condición de MC baja, crítica, marginal, resistente, que empero, puede remitir a una *globalización débil* (de las formas culturales bajas de la vida metropolitana: desde los fenómenos del *rap*, el *graffiti*, los grupos *okupa* o los *squatters*, las microculturas étnicas hasta las *garbage esthetics*) e incluso formas económicas sofisticadas aun dentro de su relativa condición de marginalidad (desde los movimientos de trueque informal hasta la economía ilegal, *sommersa* o clandestina).

Notas

³⁸ En este punto se consigna, además, otro hecho de interesante comparación con la inmigración formalizadora del caldo metropolitano en la Buenos Aires finisecular: Nueva York, hacia 1880, tenía un tercio de su población de origen germánico, de modo que con más de medio millón de personas era entonces la tercera ciudad alemana del mundo, después de Berlín y Viena.

³⁹ Un tratamiento comprehensivo de estos aspectos puede encontrarse en Pírez (1994).

⁴⁰ Expresión utilizada por J. Morello (1996).

⁴¹ El concepto de *huella ecológica* fue propuesto por W. Rees (1992).

⁴² En especial los ensayos 3 y 4.

⁴³ El dato, consignado por R. Fernández Durán (1993) en la nota 34 (p. 149), proviene de W. Waak (1990).

⁴⁴ Un resumen útil de estos instrumentos consta en O. Suárez (1986).

Sección IV
Arquitectura

Capítulo 8

Catedrales laicas

Populismo político, modernidad urbana y equipamiento cultural en América del Sur: 1940-1960

Alrededor de los años 40 y después, América Latina —y en ella, su hemisferio sur— contempla una fase inédita de modernización, en parte signada por la segunda guerra mundial y sus secuelas de sustitución forzada de exportaciones y mejoramiento relativo de la región dentro de la división internacional del trabajo, que se desarrolla bajo regímenes políticos en general de tipo populista, a veces con rasgos autoritarios y preferencia por retóricas conservadoras. En ese contexto, se recibe y elabora la modernidad global desde múltiples variantes, entre ellas, un diálogo complejo con Le Corbusier.¹ Este ensayo examinará tres tópicos generales: [1] las relaciones modernidad/política, [2] las relaciones modernidad/sociedad y [3] los flujos de intercambios entre la modernidad central y las manifestaciones orbitales en América del Sur.

Sobre esa base se abordarán comentarios acerca de un conjunto de episodios significativos de tal período en Buenos Aires y Argentina (el Plan de Buenos Aires de 1940), Río de Janeiro y Brasil (la ciudad universitaria de 1938, el Ministerio de Educación, etcétera), Caracas y Venezuela (la ciudad universitaria de la Universidad Central de Venezuela), Santiago y Chile (la acción de Brunner, el caso La Serena, algunas innovaciones del *pensum* proyectual sobre el trasfondo de la influencia corbusierana) y Lima y Perú (la acción de Miró Quesada y la *Agrupación Espacio*, los nuevos ministerios de los años 50, etcétera).

Se trata, además, de un período en que la arquitectura moderna alcanza a concebirse como una posibilidad de ejemplarizar acerca de la modernización urbana, con alguna potencia en ofrecer, si cabe, cierta ideología estética para los programas de la modernidad política (bien diversos en América Latina del enfoque socialdemócrata).

De esta trama compleja de modernidad cosmopolita y replicaciones regionales resulta un período extremadamente fructífero en debates y proyectos, muchos de los cuales hoy hacen parte, a veces sin demasiado reconocimiento ni tutela, del patrimonio moderno americano.

1. Relaciones modernidad/política en América Latina²

Del cuño europeo en que emerge lo moderno como un epifenómeno del desarrollo político ulterior al despliegue de las ideas iluministas del siglo XVIII y de la complementaria instauración del capitalismo industrial, hay muy poca correlación con la historia latinoamericana, en la cual la persistencia de la ideología antiiluminista de origen hispánico resulta –al contrario del calvinismo sajón arraigado en la América del Norte– enormemente influyente, incluso bastante después de la eufemística *independencia* política y ulterior forjada de los Estados latinoamericanos en la primera mitad del siglo XIX. Si bien formalmente, recordemos que tales Estados nación son bastante anteriores a equivalentes formas acuñadas en Europa, donde ejemplos modernos como Alemania o Italia son de instalación muy posterior, bien adentrado el siglo XIX.

La persistencia americana de las formas políticas de tipo populista –hasta hoy mismo, pasando por el auge notable de estas formaciones y procesos en los años 40– podría verse como una cierta derivación de aquel antiiluminismo militante de la dominación española, que opone historicismo a ontología (del *aufklärung*). Es cierto que esta reacción historicista típica de América Latina, no sólo dio cuerpo a la crítica *nacionalista* al internacionalismo prodependiente sino que, más tardíamente, contribuyó a la conformación de la *teoría de la dependencia* y sus respectivas luchas, cuya impronta humanista católica es bien notable (desde Camilo Torres a Leonardo Boff, pasando por el esfuerzo sistematizador de Enrique Dussel)³ por fuera de cierta elaboración teórico social del concepto *negativo* opuesto a la liberación, es decir, la *dependencia*, que sin embargo no tuvo mayor repercusión política en la época (aludimos, por ejemplo, a las propuestas de Gino Germani, Fernando Cardoso, Pablo González Casanova, Helio Jaguaribe, etcétera). Breves *primaveras desarrollistas* durante los años 60, en el contexto de la entonces influyente CEPAL (Comisión Económica para América Latina) y de la política subhemisférica que los Estados Unidos de Kennedy prohió en la llamada *Alianza para el progreso*, supusieron experimentos de cierto apartamiento al populismo genérico, por cierto muy efímeros. Incluso el sesgo izquierdista de los tempranos 70 en algunos Estados americanos (Chile, Argentina, Perú, Bolivia, etcétera) hay que atribuirlo a una variante político ideológica en cualquier caso todavía tributaria de aquel populismo que atraviesa marcadamente todo el siglo XX americano.

Por una parte, en la historia política americana advendrán algunos atisbos de cierto talante proiluminista –en cualquier caso, fallido– que en gobernantes de los últimos años del siglo XIX y hasta las dos primeras décadas del XX (como el mexicano Porfirio Díaz [1876-1911, con una interrupción entre 1880-1884], el argentino Julio Roca [1880-1886 y 1898-1904] o el peruano Augusto Leguía [1908-1912, 1918-1929]) tiene que ver con el montaje de relaciones de dependencia ideológico económicas con Francia e Inglaterra y más tardíamente, con Estados Unidos (Leguía, antes de acceder a la presidencia, era abogado de empresas norteamericanas con intereses en el sector azucarero) y con un intento de representar esas formulaciones en diversas maneras de modernizar las ciudades. Sin embargo, las iniciativas emprendidas están bastante lejos de ampararse en la modernidad europea de sus sociedades civiles y más bien tienen que ver con el montaje de una *retórica del poder* (de la sociedad política) que tendrá consecuencias *urbanísticas* en la infraestructuración de las ciudades y *simbólicas* en la arquitectura monumental.

Por otra parte, la persistencia del encuadre historicista antiiluminista devendrá, previa relativa democratización social (por ejemplo, a través de las mejoras educativas y del entronizamiento del sufragio universal), en la reincidencia de formaciones políticas que habían tenido confrontación con el iluminismo aristocratizante finisecular (como los caudillos de la revolución mexicana o los jefes montoneros de Sudamérica) y que ahora expresarán nuevas relaciones de acumulación de poder militar, sindical, agrarista y popular, como las experiencias de Lázaro Cárdenas [1934-1940] (precedidas por el progresista gobierno de Álvaro Obregón [1920-1924], que inicia los procesos de reforma agraria), Getulio Vargas [1934-1954, si agregamos el período de Dutra entre 1946-50], Juan Perón [1943-1946/1955], Gabriel González Videla [1946-1952] (y antes el breve período del Frente Popular, liderado por Pedro Aguirre Cerdá [1938-1941]), Manuel Odría [1948-1956], Gustavo Rojas Pinilla [1953-1957] o Marcos Pérez Jiménez [1952-1958], sin incluir las más trágicas y funambulescas de los Trujillo [1930-1952, con un breve *gobierno fantasma* 1938-1942], Batista [1933-1958], Stroessner [1954-1989] o Somoza [los tres Somoza, Anastasio y sus dos hijos, Anastasio y Luis, gobernaron Nicaragua entre 1937 y 1979, con breves interrupciones *amigas* en 1947-1950 y 1963-1967].

Los tres primeros bastante nítidamente –los restantes algo menos– protagonizaron, empero, otras variantes de modernización, ligadas a la expansión de las ciudades (fruto de migraciones campo/ciudad, dada las incipientes estrategias de industrialización sustitutiva de importaciones, muy incompletas salvo en Brasil), el desarrollo de la vivienda social y el equipamiento comunitario básico, no así el resto de las escenografías del poder que continuaron siendo *antimodernas* (en todo caso, no diferentes de las estéticas de Estado

que para las arquitecturas oficiales preferían Stalin, Hitler, Mussolini, Roosevelt o Franco). Al corruptísimo *Migen* –apócope de *Mi General* como se lo nombraba en Venezuela a Pérez Jiménez (sólo en una maleta olvidada en el aeropuerto a la hora de emprender su exilio a Estados Unidos se le ubicaron seis millones de dólares de entonces)– se le reconoce haber desarrollado en Caracas, durante su sexenio de gobierno 1952-1958, casi toda la infraestructura que desde entonces soporta su desarrollo.

Lo cierto es que, paradójicamente, las administraciones *liberales* fueron *historicistas* (en el sentido universal del término, que deriva en el interés por los academicismos eclectizantes en el campo cultural) y las *populistas* dosificaron modernidad de la vivienda y el equipamiento –claramente en el cardenismo y el peronismo– con megalomanías propias de iconografías autoritarias y paternalistas.

La relativa modernización burocrática política central –el régimen rooseveltiano o el stalinista, antes de lo ostensible de sus *nomenklaturas* y *gulags*, e incluso las esporádicas experiencias inglesas, francesas o weimarianas– no parece suficiente amparo para el desarrollo de la modernidad urbano y arquitectónica, cuya fortuna relativa iba, a mediados del siglo, más por la maduración de la sociedad civil que por directrices propias de la sociedad política.

Lo significativo de la *modernidad central*, es decir la europea, corrió por la relativa apertura de una clientela abierta al consumo de objetos modernos y, a veces, tal situación cultural podía engendrar, si cabe, una modernización de algunos aparatos de poder, específicamente aquellos centrados en la administración local, como ocurrió en la *Viena roja* de los años 20, en la Berlín de Martin Wägner o en la Frankfurt de la Ernst May.

Curiosamente, en América Latina por las mismas épocas ocurría exactamente lo contrario.

2. Relaciones modernidad/sociedad en América Latina

Lo *social* –y por ende, entonces, lo *cultural* como *producción simbólica* de una *sociedad situada* en una determinada geocultura y tiempo histórico– no adquiere en Latinoamérica ninguna autonomía respecto de lo político. Las limitaciones de lo político, es decir, la imperfección de las democracias o peor, su grado de complacencia con la instauración de los modelos de neodependencia economicista globalizada, impregnan una vida social en todo caso cómplice o arcaizante.

¿Es moderna –o tiene rasgos de modernidad– la sociedad (o las sociedades) de América Latina en el período aquí considerado (1940-1960)? Es la pregunta que interesa debatir en este apartado, en torno de varios tópicos que deberían arrojar alguna luz a tal debate, a saber: [1] la *urbanidad* o adquisición de

estándares de relaciones sociales devenidos de la modernización urbana, [2] la *industrialidad* o el montaje significativo de la producción industrial, [3] la *movilidad social* o la ubicuidad relativamente libre de los individuos con alguna independencia de lo que antes solía llamarse *origen de clase*, [4] el *modern way of life* (la expresión debe escribirse en inglés) o la pertenencia a unos parámetros más o menos cosmopolitas de consumo y *comfort* y [5] el *gusto* o la adquisición de una capacidad selectiva de objetos o situaciones conformadas según las lógicas estéticas modernas (abstracción, ortogonalismo, funcionalidad, aerodinamismo, expresividad matérico tecnológica, etcétera).

Hacia 1940 el continente era todavía significativamente rural –la velocidad de la urbanización latinoamericana es ulterior a 1960– aunque un sistema de ciudades primadas habían resultado blanco de una modernización formal requerida concomitantemente por las exigencias de la representación liberal del Estado y, a la vez, como cabeceras de la extracción de recursos primarios en que se sustentaba la integración regional al mercado global. Sobre la base de los antiguos daderos coloniales usados en la fundación de ciudades como Bogotá, Caracas, Lima, Quito, Santiago, Asunción o Buenos Aires (en un siglo y medio la dominación hispana logró fundar más de mil ciudades y los portugueses cerca de dos centenares) ya desde principios de siglo aquellas ciudades en trance de asegurar su *capitalidad* –generalmente además, puertos que aseguraban un rol dentro de la naciente mundialización económica– desarrollaron operaciones de modernización de sus estructuras, desde despliegues de planificaciones paisajísticas (como los diversos planes de Agache, Forestier o Rotival) hasta montajes de sistemas de infraestructuras (de los que la compleja red cloacal de Bateman de 1870 o el primer tren subterráneo de América en 1907, ambos casos de Buenos Aires, son ejemplos adecuados aunque algo incipientes) pasando por la monumentalización simbólica de algunas áreas centrales (como el Capitolio de Bogotá, proyectado por el antillano Reed durante el siglo XIX) o el equipamiento moderno (puertos, intercambiadores de transporte, hospitales, complejos educativos, museos y edificios científicos, teatros y óperas, etcétera). La mayoría de estas operaciones recogían novedades vigentes en Europa y Estados Unidos, desde el higienismo hasta los cambios en las estrategias comerciales, y tendían a garantizar lentamente sectores de centralidad relativamente equipados, aunque salvo en los casos ligados al talante empírico ingenieril de sus promotores económicos –como los *docks* portuarios o las estaciones de ferrocarril– predominaba un exagerado y manierista historicismo eclecticizante en esas operaciones, a veces rayanas en el ridículo como las mansardas de pizarra parisinas en emplazamientos tropicales como Río, La Habana o Manaos. Lo que tendía a ser diferencial en este proceso genérico de modernización urbana iba a ser la organización barrial o periférica que, salvo enclaves de *garden city* (como dos

barrios paulistas proyectados por la misma empresa inglesa de los emprendimientos de Howard), tendía a ser no planificada o librada a iniciativas de la más cruda especulación inmobiliaria y a menudo directamente dependiente de prácticas edilicias autogestivas (autoconstrucción, ausencia de control municipal regulatorio, ausencia de sistemas de crédito, etcétera). Este tipo de modernización urbana iba a verificarse casi exclusivamente en ciudades primadas –utilizando los capitales obtenidos en el desarrollo de las exportaciones o recibiendo aportes financieros internacionales– e iba a diferenciar notablemente el tratamiento de las áreas centrales respecto de las periféricas, de explosivo crecimiento sobre todo en aquellas ciudades que eran cabeceras de la llegada de inmigración (Buenos Aires, Montevideo, San Pablo, Rosario, Caracas, La Habana, Lima, etcétera).

La industrialización urbana es tardía respecto de Europa y Estados Unidos –ya que no es significativa antes de los años 40, hasta alcanzar cierto cenit en los años 60– e incompleta, dado que no se desarrollan suficientemente instalaciones que cubran todo el espectro de la producción estando bastante ausentes los modelos de industria básica o pesada, de las cuales por ejemplo, las petroquímicas o las automovilísticas no forman parte del momento de la sustitución de importaciones bloqueadas por la segunda guerra mundial sino que surgen, cuando menos, en los años 60. Se reproduce así un modelo de desarrollo industrial de baja tecnificación en unidades genéricamente pequeñas, acompañadas, por ejemplo, de muy lentos procesos de sindicalización que salvo aquellos motorizados desde el Estado sólo adquirirán alguna maduración en la década de 1960 para casi, inmediatamente, iniciar una progresiva pero persistente declinación. La consecuencia, si se quiere, redundaba en no haberse montado un régimen decididamente *fordista* –que reuniese tanto la complejidad de las líneas de montaje como el arraigo social de un rol de obrero industrial capaz de ser a la vez elemento de las cadenas de producción, como sujeto del consumo– ni tampoco un modelo integrado basado en microunidades productivas fuertemente asistidas desde el Estado y cuasi familiares, como en Italia.

La movilidad social será un rasgo bastante notable de las sociedades urbanas latinoamericanas de la época, al margen por completo de las dinámicas (o más bien *estáticas*) sociales nacionales propias del campo y de las ciudades de rangos inferiores. Este fenómeno puede asociarse con la combinación de factores tales como la capacidad de desarrollo económico familiar y de clanes de copertenencia étnica o de nacionalidad originaria de los grupos de inmigrantes; el desarrollo de la incipiente industrialización más bien dispersa en unidades empresariales de tamaño pequeño y la progresiva democratización política, en parte obtenida por la presencia de actores reformistas y revolucionarios bastante protagónica entre los inmigrantes: recuérdese a este último efecto, la gran relevancia de cuadros anarquistas en las primeras

organizaciones obreras americanas, cuadros que como Durruty o Malatesta representaban otro tipo de puente entre Europa y América. Desde el punto de vista de la modernización urbana, el fenómeno de la intensa movilidad social se presenta, por fuera de su validez en sí como proceso social, más bien problemático: factores tales como la desidentidad de las masas sociales (que por ejemplo habían generado, en su estabilidad relativa, la *working class culture* en Inglaterra), la movilidad territorial ligada a nuevas posibilidades de progreso y representación o la despersonalización del control de las unidades productivas, resultaron ser fenómenos asociables a la relativa anomia urbana dado el doble y vertiginoso proceso de cambio social y cambio urbano.

El modo de vida urbano moderno y su articulación con un concepto de *comfort* doméstico debe asociarse al entronizamiento de un exitoso canal de penetración del imaginario habitativo americano, bajo la punta de lanza de los escenarios propuestos por la ideología hollywoodense. Tanto los *gadgets* como los automóviles, pasando por el concepto de interior doméstico o el de organización de los lugares públicos centrales y el modelo de la vida bucólica periférica, resultan ser barómetros del acceso a un modo de modernización fuertemente asociable a los paradigmas de Estados Unidos, desde el *styling* tecnológico hasta la aerodinamia y toda la estética asociable a las mezclas *tecno deco*, por cierto de una modernidad bastante diferente al ascetismo germano holandés, de vanguardismo generador de éticas socialistas y estéticas racionalistas. Como decíamos en otras partes del texto, ese minimalismo estético (ya que no desde luego, su contracara ideológica) en ciertas ciudades latinoamericanas quedó como botín de sectores elitistas que buscaban demarcarse del populismo del incipiente arraigo de la *mass culture* de raigambre estadounidense.

El gusto por los objetos de estética moderna, al no tamizarse según un tipo de producción masivo industrial (como en los países escandinavos o en Alemania, en este caso como efecto socioprodutivo de movimientos como la *Werkbund* y, en cierta forma, en Inglaterra) solamente emergió casi como una cuestión de refinados *gourmets* y *bon vivants*, pertenecientes a una aristocracia articulada al *standing* de consumo europeo –pero que además tenían un tipo de cultura estética no siempre meramente garantizada por su posición social– lo que produjo la paradoja que algunos productos casi de gusto popular en Europa (como los muebles escandinavos de madera laminada, la vestimenta innovadora *prêt à porter* como los pantalones femeninos o los subproductos gráficos y decorativos devenidos de las estéticas de la abstracción artística) en el gusto urbano latinoamericano de los años 40 y 50 resultaran ser objetos de alta sofisticación.

Para complementar este análisis de las relaciones sociedad/modernidad en la América Latina de mediados del siglo XX, quizá sea útil, recurriendo una vez más al paradigmático ejemplo de Le Corbusier, centrarnos en el examen de las vicisitudes de dos proyectos cruciales en la manifestación de esas relaciones:

la casa de veraneo del aristócrata terrateniente chileno Matías Errázuriz y la casa consultorio del médico argentino Pedro Curutchet. En el contexto de nuestro tema, este breve esbozo pretende considerar ese par de ejemplos no tanto desde su especificidad arquitectónica y el rol que juegan en la trayectoria del proyectista, sino más bien desde la mentalidad y actitudes de los clientes, en tanto referentes de dicha sociedad más o menos abierta a las novedades de la cultura moderna y, específicamente, de su arquitectura.

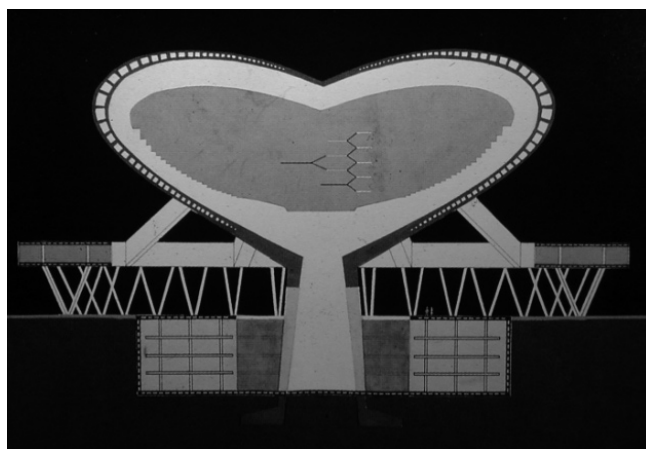
En 1929, durante un fecundísimo viaje a Buenos Aires, Le Corbusier firma un contrato con Matías Errázuriz para construir una casa de vacaciones en Zapallar por un valor de quince mil francos.

Es curioso señalar que, previsoramente, Corbusier había traído formularios para la firma de contratos (*conventions*) en su viaje a Buenos Aires: de los tres ítems de tal contrato, Le Corbusier tacha los correspondientes a dirección y supervisión de contratistas y marca únicamente la entrega de *planos de conjunto y de detalle necesarios para la buena ejecución del proyecto*, así como elimina los términos habituales de financiación en tercios, ya que cobró la totalidad por adelantado. El proyecto se hará en París durante 1930 y será enviado de inmediato a Chile: Errázuriz, un millonario rentista muy conservador, finalmente no la construirá sino que encargará otra vivienda a un ignoto arquitecto mexicano, por entonces residente en Chile, Carlos de Landa, toda de teja y piedra y con verandas, pero de marcada característica clasicista en su composición de dos plantas con un lateral casi de gusto románico por su traza absidal facetada. Muchas opiniones coinciden en señalar que el proyecto de Le Corbusier era poco viable, dada la imprecisa información que se le había suministrado con relación al sitio de emplazamiento y las tecnologías y materiales efectivamente disponibles. Sin embargo, la fantasía corbusierana al emprender este proyecto marca, al parecer, un verdadero cambio en su pensamiento sobre las casas, que autores como Frampton van a identificar con los gérmenes de la ulterior fase brutalista, dado su interés en formas y materiales vernáculos o regionales. *Con ella* [la Errázuriz corbusierana] *termina* –apuntan Eliash y Moreno (1989)– *el período de las casas blancas, abstractas, iluminadas por la estética maquinista para iniciar los proyectos que incorporan materiales e imágenes vernáculos.*

Aquí queda expresada otra paradoja: el proyecto le sirvió bien poco a su cliente –ya que Errázuriz no lo tomó directamente en cuenta– pero significó para Le Corbusier la oportunidad o excusa para abrir un nuevo campo de reflexión proyectual, por fuera de su anterior cosmopolitismo racionalista: el *chalet* de Madame du Mandrot, en El Pradet, cerca de Toulon, en 1930 o la casa de vacaciones en Mathes, cerca de La Rochelle, en 1935 y más tarde, en los inicios de los 40, las casas Murondins, son algunos de los episodios del giro regionalista a que le había impulsado el proyecto de la casa chilena frente al

mar, con su fuerte zócalo podio de piedra ciclópea y su superestructura todavía grácil de ladrillo, piedra, madera y tejas coloniales (de forma troncocónica). La leyenda que sostiene, incluso en ediciones de la obra corbusierana, que el proyecto de Le Corbusier había sido construido sin su conocimiento queda desmentida a la vista del tosco y amanerado edificio existente en Zapallar.

En la visita del 29, Le Corbusier, acompañado de un amigo, el crítico de arte Alfredo González Garaño, visita La Plata, una de las pocas ciudades fundadas a fines del siglo XIX según un modelo racional, en cualquier caso no tan lejano a la ciudad ideal imaginada por Le Corbusier en su *Ville contemporaine de 3 million d'habitants* de 1922. Estaba deslumbrado por una naturaleza reducida a abstracción (el encuentro ultrahorizontal de pampa y río) y casi dos décadas más tarde, un médico recibido en aquella ciudad, Pedro Curutchet (que viviendo en una pequeña localidad del interior de la provincia de Buenos Aires –Lobería– había hecho fortuna diseñando adminículos de cirugía) resuelve, cuando decide volver a vivir a La Plata, encargarle el proyecto de su nueva vivienda al maestro suizo. No se sabe cómo –existe la anécdota de la recomendación hecha por el argentino Amancio Williams que, no pudiendo hacerse cargo del proyecto y ante la pregunta de a quién encargárselo, sugirió al *mejor arquitecto del mundo* [sic]–, lo cierto es que en septiembre de 1948 la hermana y la madre del médico encargan el trabajo a Le Corbusier, visitándolo en su despacho de la rue de Sevres.



8.17

El prestigio de Williams se cimentaba entonces en una intensa pero casi totalmente infructuosa actividad proyectual que no acababa en obras, como su célebre Sala de Espectáculos, proyecto iniciado a fines de los 30 y reelaborado durante casi dos décadas (figura 8.17). El 24 de mayo de 1949, Le Corbusier

le envía una extensa carta⁴ a Curutchet, acompañada de dieciséis planos (doce a la escala de dos centímetros/metro y cuatro a cinco centímetros/metro) y doce fotos de una *maquette*. En una carta anterior –de septiembre de 1948– le había sugerido cuatro arquitectos que podían hacerse cargo de la obra: Amancio Williams, el estudio Kurchan & Ferrari Hardoy (con quienes había desarrollado el Plan de Buenos Aires, de 1940), Antonio Bonet (que había trabajado en su estudio) y el uruguayo Carlos Gómez Gavazzo. La carta aludida es muy interesante –además de fungir como una cuidadosa memoria descriptiva– por dos razones: una serie de comentarios sobre los acabados del proyecto y una gestión por la que, debido al uso del Modulor, deberá hacerse para cambiar las reglamentaciones edilicias vigentes. En ambas cuestiones aparece la desmesura corbusierana.

Respecto de las instrucciones, hasta de cierto sabor autoritario, que Le Corbusier le transmite al propietario Curutchet acerca de las terminaciones de la obra, entresacamos párrafos de dicha misiva: *El cuidado arquitectónico de la construcción está enteramente provisto por los elementos constructivos sin el aporte de elementos decorativos...* Los muros interiores deberán ser pintados de blanco o de colores vivos, preferentemente a la cal y, continúa Le Corbusier: *“Evite los papeles pintados que son en general de mal gusto y que no convienen absolutamente a esta construcción. En el momento indicado le suministraré todas las indicaciones para las terminaciones del interior y el exterior de la casa”*. Después refiere que el exterior podrá ser blanco, pintado a la cal y agrega que *“el piso del estar podrá ser un embaldosado de cerámica, bien sea negra o amarillenta, que elegiré en el momento oportuno a partir de la proposición de su arquitecto”*.

En una posdata de la carta Le Corbusier se refiere a las características extrarreglamentarias de su proyecto: *“Todo el proyecto se establece por medio del Modulor, del cual el señor A. Williams podrá comentarle. Se trata de un sistema de medida armónica que hemos creado aquí hace más de siete años y que aplicamos en nuestras construcciones, particularmente en el gran emprendimiento Unidad Habitacional Le Corbusier [sic] en Marsella... Las plantas y los cortes tal como han sido hechos no responden a las reglamentaciones en curso ni de Buenos Aires ni de París mismo. El gobierno francés me autorizó en Marsella a realizar una demostración de la aplicación del Modulor comprobándose en este momento, ser de una eficacia impresionante. Yo pienso entonces que hay motivos para solicitar para su obra una derogación de los usos en curso o por lo menos de las reglamentaciones vigentes en La Plata. Para esto he pedido al señor Curatella Manes, canciller de la Embajada argentina en París y artista de primer nivel (escultor) que redacte un informe dirigido a las autoridades argentinas (vía Ministerio de Relaciones Exteriores); informe en el cual se establecen los requerimientos necesarios del Modulor en materia de vivienda y, en forma más general, en materia de arquitectura; señalando igualmente que el Modulor tiene grandes probabilidades de ser utilizado cada vez más en el mundo entero...”*

La obra (figura 8.16) fue dirigida por A. Williams, quien firmó un contrato con el doctor Curutchet en el que se especificaba que no cobraría honorarios.



8.16

Williams definió el proyecto corbusierano como una *sinfonía espacial*, pero no se privó de proponer cambios como en la caja de la escalera principal, en la inversión de las losas –que iban a permitir adosar los cielorrasos– y en los diseños de las carpinterías. Las soluciones propuestas por Williams mejoraban notablemente el diseño y esto lo reconoció Le Corbusier al aprobar la nueva escalera, cuyo rediseño Williams le envió con el ultimátum de contestarle en no más de tres semanas. La obra se llevó casi cuatro años, aunque por desavenencias irreductibles con su propietario, Williams rescindió su contrato en 1951, aunque fue un infatigable propulsor de la obra, incluso cuando su dueño cundía en desaliento, ya que el presupuesto se había excedido notablemente. El municipio, luego de gestiones de Williams, concedió las excepciones que permitieron aplicar el Modulor, debido al *interés científico de la propuesta*, pero el Colegio de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires negó terminantemente autorizar la mención de la autoría a favor de un no matriculado que, como Le Corbusier, además no tenía título habilitante.

Así como la casa Farnsworth y sus derivaciones judiciales, aquí hubo ciertos desfasajes entre la propuesta arquitectónica y la expectativa de uso del propietario, cuyas objeciones principales, que le obligaron a abandonar pronto la vivienda, fueron además de la condición *museística* que prontamente adquirió, la ausencia de la regulación de la luz y la disfuncionalidad de conectar cuatro niveles en escalera. Asimismo, la hija del doctor Curutchet

refirió a la escasa seguridad de la casa cuyos grandes planos de cristal sin dispositivos de cerramiento, debían ser permanentemente repuestos. En el único reportaje (Casoy, 1983) que se le conoce, de 1982, éste deja sentada a la vez, su apreciación en torno a la calidad de la obra –muchos de cuyos problemas achaca a la construcción y a la segunda dirección de la misma, ejercida por Simon Ungar– tanto como su balance ciertamente amargo en eso de habitar una casa célebre: “*El problema de la luz no fue encarado [por el proyecto de Le Corbusier] como problema. Es un poco la tiranía de la arquitectura, las ideas de los arquitectos a veces tiranizan la vida del que hace hacer una casa, del propietario. Lo obligan a vivir con conceptos a veces teóricos; la vida no quiere abstracción, ver la luz sólo por la luz, o los planos o los volúmenes, sino por la psicología del habitante. Pero como el habitante es un ignorante que no sabe ni decir qué quiere, no es fácil que se haga escuchar.*”

El doctor Curutchet vivió poco tiempo en la propiedad, entre otras cosas, debido a la ausencia de privacidad (siempre merodeaban estudiantes de arquitectura...) y la casa debió sufrir la falta de mantenimiento y una degradación debida a la ausencia de uso hasta que, paradójicamente, aquel Colegio denegatorio de reconocimiento, compró y restauró la propiedad entre 1987 y 1988: los 345 metros cuadrados de una de las construcciones más polémicas y referenciales del debate de la modernidad en Argentina y América Latina ahora son una suerte de museo de arquitectura.

Para concluir esta sección quisiéramos volver al inicio o motivo de los viajes corbusieranos al sur latino y, en cierto sentido, retomar la relación que este polémico maestro fue estableciendo con la sociedad local, como testimonio o ilustración del acogimiento y reelaboración de la cultura arquitectónica moderna en el seno de tal sociedad.

Aparentemente fueron los comentarios de su amigo Blaise Cendrars, poeta africanista, los que inducen a Le Corbusier a aceptar visitar al exotismo latino, junto a la necesidad de explorar una posible expansión de sus actividades y las invitaciones de dos *bon vivant*, el argentino González Garaño y el brasileño Prado, quienes le proponen actividades en ambos países. La venida del 29 le depara algunos impactos fuertes en su sensibilidad moderna: comparte el viaje del *Lutetia* –no sabemos si camarote– con el *sex symbol* de época, Josephine Baker (excelente condimento para esta inmersión de tropicalidad) y hace su vuelo bautismal, viajando de Buenos Aires a Asunción, quizá en un vuelo pilotado por Saint Exupéry. Volverá varias veces a América siempre exigente y megalómano en sus expectativas e insatisfecho de los resultados: en 1936 recorre Estados Unidos dando conferencias y luego va a Río para trabajar en el proyecto del Ministerio de Educación Nacional y Salud Pública, entre 1947 y 1951 irá cinco veces a Bogotá para ocuparse junto a J. L. Sert del plan de esa ciudad y, finalmente, en 1962, volverá a Brasil con el propósito infructuoso de proyectar la embajada francesa en Brasilia.

El viaje del 29 es el más pletórico: sólo en el tramo argentino (también estuvo en Río, San Pablo y Montevideo) visitó la capital, San Antonio de Areco, Mar del Plata y La Plata (además de su excursión aérea paraguaya), dio las diez conferencias que luego se compilarían en *Precisiones*, firmó el contrato con Errázuriz y bocetó proyectos para Victoria Ocampo (un conjunto de casas en el Tigre y un *rascacielito* [sic]), un pequeño departamento para Julián Martínez –amante de la escritora–, otra versión más del Museo de Crecimiento Ilimitado y un hotel para Mar del Plata.

Un año antes de la primera venida al sur, Madame Ocampo, por vía postal, le encarga el proyecto de su casa y Le Corbusier, con un desdén inusual dada la importancia intelectual de la aristócrata porteña, la insulta al mandarles como respuesta una versión del proyecto ya hecho para la casa Meyer. No importa: Victoria le pagará sus honorarios, aunque elegantemente le encargará el trabajo a Alejandro Bustillo, un académico ecléctico que de todas formas hace un espléndido proyecto que después merecerá el elogio del maestro suizo.

3. Flujos de intercambios entre la modernidad central y las manifestaciones orbitales de América del Sur

La modernidad, en tanto concepto emergente de la *episteme* occidental (es decir: Europa y sólo más recientemente Estados Unidos) y ligado, como estrato cultural, a los procesos de la modernización socioeconómica y política originados como fenómenos asociables a la instauración del capitalismo industrial, no puede ser estudiada en América Latina sino como una *construcción teórica exógena*, algo que, por fuera de su efectividad o pertinencia en la producción de nueva cultura, tuvo un origen ajeno y lejano. Es decir, un enfoque que incide fuertemente en su devenir histórico pero que no es propio de sus sujetos sustantivos en tanto generadores de las bases conceptuales de este sistema: desarrollo industrial y urbano, representatividad política de forma democrática, estructuración compleja de la sociedad en relación con dos estamentos relativamente modernos como son el burgués y el proletario, etcétera. América Latina, como desarrollamos en otra parte, es *objeto* de la modernización, no *sujeto* transmisor o traductor de conceptos y construcciones sociofilosóficas de raigambre europea, como el llamado Iluminismo.

Por lo tanto, el análisis de la modernidad latinoamericana debe efectuarse en el contexto de los *flujos de intercambios* devenidos desde aquellas fuentes centrales respecto de situaciones marginales u orbitales que, en América Latina, resultan algún tipo de operación o procesamiento de aquellas referencias. Así podría desarrollarse la hipótesis acerca de la existencia en la escena americana de *objetos modernos*, no tanto de *sujetos modernos* (sobre todo, sujetos colectivos

y/o institucionales, como actores sustantivos de la esfera socioeconómica o como el Estado). Esta inconsistencia de la subjetividad moderna puede ser vista tanto como una virtud cuanto como un defecto. Virtud para las ideologías que reclaman una *vía alternativa* de progreso (y hasta la negación o el desinterés por el progreso mismo), que abarcan desde las posturas conservadoras arcaizantes hasta las que se constituyen en explicaciones del carácter regresivo de la dominación (del primer –y/o segundo– mundo respecto del tercero) en tanto juzgamiento de la ausencia absoluta en el Centro (si cabe esta especie de subjetivación, casi conspirativa) de una voluntad ética de progreso o desarrollo *generalizado*: el *pensamiento central* emergería así como notablemente *egoísta* respecto de la perspectiva de un desarrollo social, tecnológico y cultural del *resto del mundo*.

Este análisis de la no-subjetividad moderna latinoamericana es el sustento principal del modo populista de organización del Estado, que puede oscilar entre un *populismo fundamentalista* –de sesgo programáticamente antioccidental– y un *populismo progresista* –con un perfil de desarrollo autónomo de una sociedad y economía por así llamarla, perimoderna, que no excluye la consideración de los modelos corporativos y de endoorganización jerárquica o estamentaria de los colectivos sociales–. La *resistencia a la modernidad*, dominante en la escena latinoamericana, representa pues un elemento central del análisis histórico.

Esa inconsistencia de *encarnadura subjetiva* de los principios modernos –desde Saint Simon hasta Marx, pasando por Hegel y el imperativo de un Estado racional– es enarbolada por otro sector, políticamente minoritario de la historia latinoamericana, como una *carencia* que hay que saturar con recursos variados, desde la educación prooccidental, el apego al libre comercio o la adquisición de un concepto formal de Estado moderno con rasgos como la división de poderes o el voto universal.

Los teóricos de la *escasez de modernidad* en América Latina oscilaron desde el rol de líderes políticos –Sarmiento, Batlle, Kubitschek– hasta el de intelectuales críticos –Martínez Estrada, Romero, Jiménez de Asúa, Paz– y también alimentaron el forjado de un sistema de valores, a menudo formales, que debía esgrimirse desde los andamiajes de la educación y la universidad hasta lo que ahora llamamos *estudios culturales*. La posición de los adherentes a la teoría de la falta de modernidad latinoamericana ha visto una imprevista modificación de su estatus relativamente marginal en buena parte de la historia regional con la llegada de la globalización y su noción políticamente consecuente de la inevitabilidad de inserción en un mundo único, independientemente de la indiferencia de cambios cualitativos en los posicionamientos. La integración compulsiva en la mundialización (que en todo caso, no es nueva, sino que ahora opera a favor de desmontar las todavía vigentes posturas populistas, como la que parece nostálgicamente sostener la administración Chaves en Venezuela) no elimina

los defectos de modernidad –antes bien, los refunde si cabe, mediante la integración en una mundialidad del espectáculo y la información globalizada– pero entroniza, en su supuesta inexorabilidad, sujetos políticos como los gurús del neoliberalismo marginal y sus soportes políticos, a menudo ex populistas que dan el salto desde su heterodoxia política originaria a la ortodoxia neoliberal económica ejercida con el fanatismo de los nuevos conversos.

Inversamente, así como la globalización revitaliza falsamente la idea de modernidad inconclusa en América Latina y da pie a un camino de Damasco absolutamente doloroso sugerido por los economistas neoliberales como única vía (acompañando de paso, en este nuevo monismo exasperante, la cultura política del *pensamiento único*), la caída de la subjetividad moderna de raigambre cartesiano hegeliano que se presenta en Europa avala las fuerzas del antimodernismo americano. Apunta lúcidamente Zizek (2001) que tal crisis es la crisis del sujeto en el universo social, la imposibilidad de sostener la convivencia por la que el sujeto adquiere identidad en relación con lo otro. Y lo otro, como avasallamiento del sujeto, es el ser arrojado a la Historia. *El hombre crea la historia* –parafrasea Zizek a Marx– *pero no en condiciones elegidas sino impuestas*. La crisis del sujeto (moderno europeo) expresa así la crisis del sujeto en sociedades *sociales* –permítasenos la no redundante adjetivación– y de allí las tentativas disolutorias de lo social en *comunicacional* (Habermas, Luhmann) o el regreso avasallante de Heidegger, no por nada, celeberrimo en una América Latina ansiosa de dignificar el provincianismo populista de algunas élites intelectuales.

En todo este cuadro, la arquitectura moderna en América Latina no resulta un emergente cultural de procesos efectivos de modernización y, en todo caso, puede ser parte de la doble y esquizofrénica situación de una *objetualidad modernista* que no tiene detrás demasiadas certezas en torno de una *subjetividad modernizadora* en los términos antes referidos. De allí que pueda resultar más pertinente analizar algunos fenómenos de flujos e intercambios de discursos y prácticas europeas y su recepción/transformación relativas en América Latina. En esos circuitos, un papel clave lo representará Le Corbusier, cuyo rol discutiremos en torno de un tema moderno (las *ciudades universitarias* y más en general, edificios representativos del Estado asociables a la educación y la cultura) y de los debates de la modernización urbano arquitectónica en varios escenarios sustantivos de América Latina (Lima, Santiago de Chile y Buenos Aires).

La incidencia corbusierana en el contexto de la modernización urbana latinoamericana pasa principalmente por la dimensión urbana, sin que ello suponga una menor importancia de su impronta arquitectónica, sin duda fundamental en la modernización pedagógica de la enseñanza de la arquitectura en el subcontinente.

Aquella influencia predominantemente urbanística se concretará en una dimensión *teórica* –básicamente, en torno de los libros y de la incidencia de

las ideas del CIAM y de *la Carta de Atenas*, cuyos efectos, incluso políticos, no son desdeñables— y en una dimensión *práctica*, que será aquella de las actuaciones urbanísticas de influjos corbusieranos, algunas con una participación directa de Le Corbusier.

Una primera referencia en tal sentido alcanzaría a las actuaciones de inspiración corbusierana en una serie de instrumentos aplicados a diferentes ciudades, entre ellos, los planes de Bogotá y Cali, Colombia (1949-1953), la *Cidade dos Motores*, Brasil (1945-1947), los planes de Lima y Chimbote, Perú (1947-1948), y los de Puerto Ordaz, Venezuela (1956).

En una dimensión ciertamente articuladora de las escalas urbana y arquitectónica figura el caso especial de las *ciudades universitarias*, cuyo tratamiento—sin ser únicamente ligado a influencias, intervenciones o reelaboraciones derivadas de Le Corbusier— se había erigido en uno de los factores inherentes a los esfuerzos latinoamericanos de modernización urbana, a menudo—como apuntará A. Sato (1995)—, en torno de la noción de *simulacro urbano*, en tanto alegoría o representación ficcional del concepto genérico de ciudad.

Aunque autores como el ex ministro de Educación brasileño Darcy Ribeiro y rector de la nueva Universidad de Brasilia, iba a sostener que la [idea de] *ciudad universitaria no debe ser reflejo del desarrollo alcanzado por la sociedad sino un agente de aceleración del progreso global de la nación*, con lo cual se quería reducir el potencial simbólico político (es decir, la noción de *simulacro urbano*) y enfatizar el significado ideológico modernizador de la fundación o reformulación de las universidades en el contexto de la modernización.

Algunas primeras manifestaciones de estos programas en las ciudades en trance de modernización, como los casos de la Universidad de Concepción de Chile (1921) o el de la Universidad de La Habana (1929) eran, sin embargo, soluciones premodernas en tanto propuestas imbricadas en los tejidos tradicionales de sus ciudades, es decir directamente, instituciones todavía no modernas en cuanto a su concepción urbanística, arquitectónica y curricular.

Es algo más tarde cuando se concretarían las primeras ciudades universitarias modernas (como simulacros de ciudad y fragmentos funcionalistas, en el contexto de las ideas propuestas por el análisis de Sato): Río de Janeiro (1936), Tucumán (1947), Caracas (1944), México (1949), Panamá (1946). En el caso del proyecto carioca, la intervención de Le Corbusier se pensaba expresamente como una contribución a *l'organization de la ville*.

Carlos Lazo, el planificador de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) de la capital mexicana, todavía hoy el proyecto de más tamaño del mundo, tanto en su impronta urbano arquitectónica como en la dimensión de su población docente/estudiantil sostenía, todavía con mayor ambición que la idea *celular* o fragmentística del *zoning* corbusierano, que *la ciudad universitaria* [debía entenderse] *no como un traslado técnico o funcional*

[del diseño urbanístico de partes de la ciudad] *sino como el proyecto de una ciudad de la enseñanza y del saber.*

En el caso del recinto mexicano, sabemos que ello condujo a una especie de reclusión admitida por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), unipartido gobernante, una suerte de *territorio liberado* que admitía el despliegue y ejercicio de la mayoría de las utopías políticas hasta la brutal represión de Tlatelolco, que junto con Tianamen supondrían la clausura de esta ilusión política progresista asignada a las universidades. De la envergadura de esta concepción de utopía política junto a territorialidad circunscripta, da cuenta la propuesta de Mario Pani, otro de los arquitectos proyectistas de la UNAM, al proponer la reserva de quinientas hectáreas anexas al *campus* para construir viviendas, que completarían la idea de la universidad como ciudad.

Casos posteriores, aunque ciertamente de menor envergadura, como la Universidad de El Salvador (arquitecto K. Katstaller, 1955) o la Universidad de Santo Domingo (arquitecto Caro Álvarez, 1946) confirman esta voluntad de conferir entidad urbana a los complejos universitarios mediante la inclusión de hospitales y estadios, lo que quedaría consagrado en el largo y complejo proyecto emprendido por Villanueva en Caracas.

La ciudad universitaria de Caracas (Vera Hernández, 1993) –*hoy patrimonio de la humanidad* junto solamente con Brasilia, en el *corpus* patrimonial moderno latinoamericano– no sólo implica uno de los proyectos más significativos de Carlos Villanueva sino también una contribución a la experimentación proyectual en tal tipología en el contexto mundial y un laboratorio de la recepción y elaboración de la modernidad en América Latina. Villanueva, formado en la *Beaux Arts* parisina, iniciará este trabajo en 1944 hasta completar un conjunto que abarca unos cuarenta edificios en un predio de doscientas hectáreas, durante un ciclo de trabajo que se extendió por un cuarto de siglo. Un aspecto singular de ella es el enfoque de *obra pública* con que Villanueva había organizado su forma de trabajo, incluso en tareas de varias oficinas públicas como el Banco Obrero o el Ministerio de Obras Públicas.

El empalme de varias vertientes –la tradición académica de su formación, el concepto de servicio público del proyecto, el intento de fusionar novedades modernas con el análisis ambiental y cultural del sitio– ya había quedado expuesto en la obra anterior de Villanueva, como lo expresan su Escuela Gran Colombia (1939, figura 8.1) o la reurbanización El Silencio (1943).

En el caso de la ciudad universitaria (figura 8.2), el enfoque inicial de un eje articulador que conectaba el hospital y el estadio, fue desvirtuándose con el correr del tiempo, en el sentido de liberar la implantación relativa de cada nuevo edificio agregado, así como maximizar la imbricación de éstos con el espacio público. Es curioso verificar cómo la ortodoxia moderna pudo suceditarse a un organismo tropical, ligado a la maximización de articulaciones

públicas. Estas ideas logran plasmarse en la plaza cubierta que relaciona los elementos centrales de la ciudad universitaria (aula magna (figura 8.3), biblioteca, rectorado, sala de conciertos y paraninfo).



8.1



8.2

Las obras artísticas de Navarro, Laurens, Vasarely, Leger, Arp y Manaure –cada una especialmente escogida por Villanueva– se entremezclan con árboles y plantas en ese espacio circulatorio equipado como un estar público, donde también juega su papel la luz que entra por tabiques calados (figura 8.4). El uso paisajístico ensamblado de elementos naturales y formas arquitectónicas –que Villanueva detalla especialmente en su libro *Caracas en tres tiempos*– quizá sea únicamente comparable al idéntico fervor que late en los proyectos de Niemeyer.



8.3



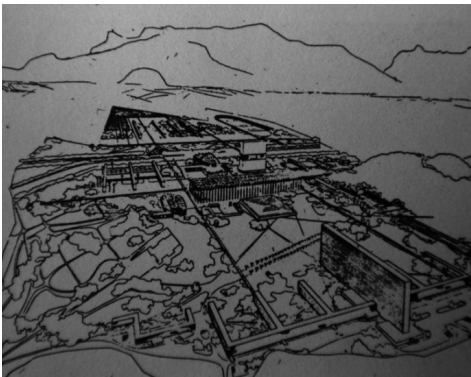
8.4

El parque lateral de la ciudad universitaria, destinado a jardín botánico, que contiene además el alegórico mural de Wilfredo Lam, detalla bien esta indistinción de trabajar cultura artefactual y modelación de la naturaleza. Los

móviles de Calder y los vitrales de Leger en el interior del aula magna también aluden, no tanto al obvio confluir de arte y espacio, sino más emblemáticamente, a una idea de modernidad americana inescindible de la referencia a la omnipresencia ambiental natural.

Los proyectos *culturales* brasileños de Le Corbusier en 1936 fueron la ciudad universitaria y el Ministerio de Educación, ambos facilitados por la gestión inicial de Lucio Costa y, básicamente, por el empeño puesto por Gustavo Capanema, ministro de Educación de Getulio Vargas. Al parecer, el contacto inicial se le ocurrió al ingeniero Monteiro de Carvalho que habiendo conocido a Le Corbusier en Brasil en 1929 le pidió al arquitecto Carlos Leao –colaborador de Costa y luego miembro del equipo de proyecto del Ministerio– que indagase la posibilidad de invitar al maestro suizo a dar un curso de dos o tres meses en la Escuela de Bellas Artes y de paso, pedirle opiniones sobre el nuevo edificio ministerial y el proyecto que Capanema impulsaba en el Parque Boa Vista, de nueva ciudad universitaria. Apenas se hicieron los contactos, Le Corbusier subrayó que *lo esencial sería su participación en la construcción del nuevo ministerio*.

La ciudad universitaria de Río estaba imaginada desde antes de 1936 por el ministro Capanema en el Parque Boa Vista y contemplaba la implantación de diez mil palmeras imperiales, en la tradición de Pedro II, motivo que iba a asumir el anteproyecto corbusierano junto a la repetición de algunos de sus tipos edilicios consagrados como el Palacio de los Soviets (reformulado en Río como auditorio), el Museo de Crecimiento Ilimitado y el rascacielos/biblioteca que retomaría un motivo de la *Cité des affaires* de Argel (figura 8.11). Una suerte de rechazo casi unánime de los profesores universitarios cariocas dio curso a un proyecto alternativo, más académico, de Costa.



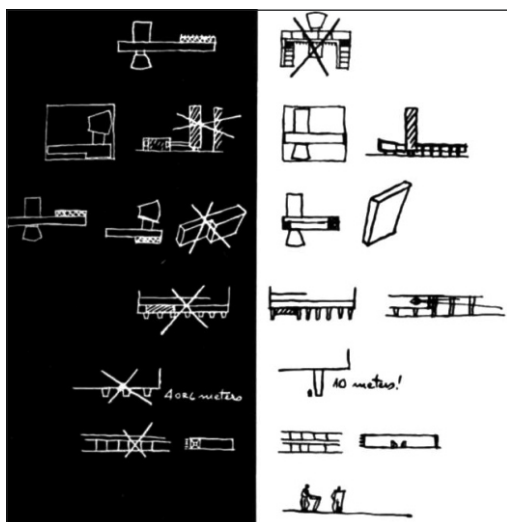
8.11



8.12

En realidad, la intención de proponer el desarrollo de la ciudad universitaria había sido un subproducto del viaje de 1936, destinado a trabajar especialmente

en el proyecto del edificio del Ministerio de Educación Nacional y Salud Pública (figura 8.12) que se realizó por un equipo integrado por los jóvenes arquitectos Costa, Niemeyer, Reidy, Leao, Moreira y Vasconcelos, del cual, seguramente por las consabidas inhibiciones colegiales legales, Le Corbusier aparece como arquitecto consultor, lo que no le privó de incluir este proyecto, como el de la casa Curutchet, en sus *Oeuvres*. Niemeyer⁵ por su parte, se ocupó de documentar las discrepancias entre los anteproyectos de Le Corbusier y de lo que llama el *Grupo Carioca*, señalando puntillosamente en un esquema comparativo las ideas de uno y otro y que las cariocas fueron, finalmente, las impuestas (figura 8.13).



8.13

El ensamble de una lengua de acceso que atraviesa el prisma de oficinas en la parte de *pilotis* y que vincula los estacionamientos con el auditorium, junto al estrecho bloque de doble crujía y catorce niveles que alojarán oficinas, se iban a resolver con la mayoría de los ingenios tipológicamente consagrados del arquitecto consultor: *brise soleil*, *pilotis*, *toit jardin*, etcétera, con algunos toques de tropicalidad como los revestimientos de cerámico esmaltado, aunque también con cierto empaque clasicista acorde al tono monumental de la pieza.

Es sabida la crítica de cosmopolitismo antirregional que este proyecto supo recibir por años de parte de la *intelligentzia* nacional populista americana, pero quedan claras al menos dos cuestiones: la primera es el esfuerzo de Le Corbusier de rechazar algunas circunstancias curiosas como el acostumbrado uso importado de la piedra de Bourgoigne que era frecuente en edificios públicos de Brasil, que Le Corbusier encuentra directamente estúpido, dada la abundancia local de granitos grises y rosados; la segunda, más significativa,

es haber supuesto la fragua o taller en que se creó la vía moderna del *brazilian design* (en torno sobre todo de Niemeyer y en menor medida, del algo olvidado Reidy, autor del excepcional Museo de Arte Moderno de Río, figura 8.14) que iba a ser tan determinante en Brasil y en toda la América de los años 50 (incluido Estados Unidos) y de impacto lejano también en Europa, sobre todo en Italia y Francia.



8.14

En una carta de Le Corbusier a Pietro Bardi⁶, director del Museo de San Pablo, aquél le apunta en 1949, que su trabajo en Brasil en 1936 había sido organizado para supervisar el proyecto del Ministerio y para hacer el primer esbozo de la ciudad universitaria de Río, pero como la ley brasilera prohibía la percepción de honorarios profesionales a extranjeros, se había quedado en Río conduciendo por unas seis semanas los talleres de proyecto de ambas obras contra la oferta del cobro de seiscientos mil francos que se le pagarían por el dictado de seis conferencias en un teatro de Río.

Entre 1952 y 1959, ya en París, habrá otro puente entre Le Corbusier y Brasil, en este caso en torno del proyecto de la Casa de Brasil, residencia estudiantil en la ciudad universitaria parisina. Este proyecto, impulsado por Lucio Costa, que iba a realizar el primer anteproyecto claramente devenido de la anterior Casa de Suiza (proyectada por Le Corbusier en los años 30) fue reelaborado por Le Corbusier hasta su versión definitiva, limando el primer cosmopolitismo costense basado en aportes claramente racionalistas, a favor de un *brutalismo* ya impregnado de las experiencias de La Tourette y las *unités*, con lo cual el definitivo proyecto construido adquiere un sabor algo más regionalista, curiosamente en el corazón de París, cerrándose así un extraño

cruce entre el Ministerio carioca, tan iluminista, y los alojamientos parisinos, más cercanos a la calidez del período *brut* y de las experiencias hindúes.

Los últimos tres proyectos que iban a vincular al Brasil con Le Corbusier terminan en fracaso, así como una cuarta instancia también fallida, que fue el rechazo de Le Corbusier para construir la embajada suiza en Brasilia que tal gobierno le había ofrecido en 1960.

Esos proyectos fueron la embajada de Francia –el embajador brasileño en Francia, Paulo Carneiro, había pedido expresamente al ministro Malraux, a nombre del presidente Kubitschek, que se concediera a Le Corbusier y que se frustra cuando, desde la cancillería francesa, se pide comparta la obra con el ignoto Jacques Pilon, un arquitecto francés radicado en San Pablo–, la Casa de la Cultura Francesa en Brasilia que el gobierno francés había decidido construir en 1962 y el Museo de Brasilia que el ministro de cultura Darcy Ribeiro encargó en 1963.

Los avatares de estos frustrados episodios de los últimos años de la vida de Le Corbusier reflejan la complejidad que siempre sobrevoló las relaciones con América Latina y Brasil en particular, incluso en este caso con aditamentos como la escandalosa ruptura del Maestro con su antigua colaboradora Charlotte Perriand, a quien le habían encargado ocuparse del mobiliario de la embajada francesa en Brasilia –para lo cual preveía instalarse dos años en el país sudamericano– hecho que desencadenó una violenta reacción del suizo, mezcla de celos profesionales y despecho por no poder concretar sus propios encargos. En este contexto, el último viaje americano de 1962, si bien teñido de ciertos fastos oficiales, fue entre amargo y melancólico para Le Corbusier, ya en sus últimos años de vida y desalentado por la larga dilación de cada gestión.

Cuando Le Corbusier visitó Brasil por última vez en ese año (1962), un edificio singular en la historia de la modernización cultural del Brasil, el Museo de Arte Moderno de San Pablo, proyectado por Lina Bo Bardi, la mujer de su amigo Pietro Bardi, estaba a la mitad de su construcción, que se extendió entre 1957 y 1968: ese enorme volumen contenedor organizado en base a la idea de planta libre con un plano inferior concebido como plaza pública, exhibía en cierta forma, un modo de recibir y reelaborar la tradición moderna en el seno de la hibridación entre cultura de élite y solicitaciones populares en las pujantes ciudades latinoamericanas.

El dibujo *naif* que Lina Bardi hizo en 1972, registrando el uso de esa planta baja por un circo popular –el *Circo Piolín* (figura de pág. 115), instalación transitoria que ella había avalado con beneplácito–, estaba demostrando ya el tipo de inevitables contaminaciones entre lo serio y lo lúdico, entre el monumento abstracto y la fiesta, en que iba a consumarse el maridaje entre aquellas ideas utopizantes europeas y el realismo populista desbordante que imperaba en el imaginario urbano latinoamericano.

Los últimos tres tópicos que quisiéramos traer a colación en este ensayo son ciertas primarias y sintéticas consideraciones acerca de cuestiones urbanas y arquitectónicas desarrolladas en Perú, Chile y Argentina, siempre con alguna conexión con la omnipresente modernidad de cuño corbusierano.

La preexistencia de una etapa política signada por las características de un *populismo paternalista* –la expresión es de Cardoso-Faletto (1969)– que es la que se despliega en los gobiernos de Piérola, Leguía y Sánchez Cerro, abrirá paso, si se quiere, a un momento ulterior caracterizado por los gobiernos de Odría⁷ (1948-1956), Prado (1956-1962) y Belaúnde (1963-1968): una modernidad un tanto autoritaria –sobre todo en Odría– construida como un reverso conflictivo con el populismo aprista⁸.

Esta etapa es la que presenciara una serie de nuevos desarrollos urbanos vinculables con la expansión de la ciudad y sus efectos de modernización: nuevos barrios (Magdalena, Lince, San Isidro, La Victoria, Surco), conurbaciones (Miraflores, Chorrillos, Barranco), barrios marginales (San Martín de Porres, Comas, El Ermitaño), barriadas (Mendocita, San Cosme).

Los embajadores más o menos significativos de modernidad en Perú fueron José Luis Sert y Richard Neutra, de visita en 1945 y más tarde, en 1953, nuevamente Sert, Walter Gropius y Josef Albers. El joven Roberto Wakeham, que sería profesor en la Universidad Nacional de Ingeniería de Lima y autor de un importante estudio acerca del uso de las series de Fibonacci en el palacio incaico de Puruchuco, había regresado a Lima en 1948, después de haber trabajado en el despacho parisino de Le Corbusier.

La principal atención ligada a los fenómenos de modernización de la ciudad (y entre ellas la migración campo/ciudad y el brusco crecimiento poblacional y de sus demandas) se concentró en Lima y en Perú en la cuestión de la habitación popular. El inmenso conjunto UV3 (Unidad Vecinal 3, arquitecto L. Dammert, 1946) con sus trescientos mil metros cuadrados y mil cien unidades habitativas, resultó uno de los signos de renovación moderna, en este caso, con innegable influencia de las experiencias germánicas aunque también con concomitancias con acciones típicas de los Estados Unidos de posguerra.

El otro instrumento que iba a potenciar una revalorización del suelo y la intensificación de su densidad con destino a vivienda fue la sanción de la ley de propiedad horizontal promovida por el arquitecto y diputado Fernando Belaúnde en 1947, quien luego sería presidente.

Belaúnde, que se había titulado arquitecto en Texas en 1935, se convirtió en un impulsor principal de novedades modernas sobre todo provenientes de Estados Unidos, principalmente las políticas de vivienda, aunque también de iniciativas ligadas a la planificación del desarrollo urbano, como el *Plan Piloto de Lima* que en 1948 iba a dirigir Luis Dorich, con la asesoría de Paul Lester Wiener y José

Luis Sert. La ONPU (Oficina Nacional de Planeamiento Urbano, creada en esa época) iba a ocuparse al año siguiente del llamado *Estudio de remodelación del centro de Lima*: nueve manzanas prototípicas del distrito central diseñadas a la manera del Plan Voisin, como un conjunto de tiras laminares entremezcladas con plazas y edificios históricos como el convento de San Agustín.

El otro acontecimiento singular en la irrupción de una modernidad urbano arquitectónica de cierta filiación europea (aunque en el caso limeño es prácticamente imposible investigar la modernización sin considerar las influencias norteamericanas) es la creación de la *Agrupación Espacio*, un movimiento de artistas, arquitectos y planificadores inspirado sobre todo por Luis Miró Quesada, quien había editado en 1945, compilando una serie de artículos periodísticos divulgativos, el libro *Espacio en el tiempo*, que oficiaba como manifiesto introductorio de la cultura arquitectónica moderna racional funcionalista, a la par de una escueta obra compuesta básicamente por pequeñas viviendas unifamiliares.

La significación de Miró Quesada –por lo demás controversial autor de un plan de modernización de la capital histórica del Perú precolombino, Cusco– se centraba, como era genérico en estos años de América Latina, en la cátedra universitaria, en la que la materia principal que dictaba se llamaba *Análisis de la función*.

En esos años, también como efecto de la acción de Belaúnde, se crea la Escuela de la Arquitectura de la UNI y el Colegio de Arquitectos del Perú, instituciones que rápidamente oficiaron de propagandistas e impulsoras del modo moderno de proyecto.

Sin embargo, la fuerte implicancia de la civilización preoccidental en Perú tanto como la notable vigencia, en su hora, del *estilo colonial*, se revelaron en discursos híbridos de novedad y tradición como la invocación que Héctor Velarde iba a hacer de lo *moderno peruano* y sus referencias a obras que podrían entenderse como *mestizas*, principalmente las encaradas por Enrique Seoane, como el edificio de la Sociedad de Arquitectos del Perú, de 1945: un bloque prismático regular coronado con un friso geometriza que remitía tanto a los resabios ornamentalistas *art deco* como a alusiones a la abstracción del arte precolombino peruano que empezaban a exhumar los trabajos arqueológicos.

O su proyecto para el Ministerio de Educación (de 1951), una composición híbrida en su diversidad de referencias lingüísticas, con una parte central de ventanas corridas *a la alemana* y dos secciones laterales con resolución de la fachada en *curtain wall* y sendos remates de cajas de servicios de hormigón horadado de reminiscencias *brutalistas* (figura 8.10).

La obra pública llevada a cabo en el período odríista se completó con el Ministerio de Economía (G. Payet, 1953, un edificio *a la americana* con su frente levemente curvado y una resolución tecnológica en un proto *curtain wall*) y el Ministerio de Trabajo (A. Garland, 1955, una piel revestida en granito blanco con ventanas regulares, casi neoclasicista).



8.10

Todo este panorama, de cierto sabor ecléctico moderno (por otra parte no demasiado diferente, a nivel de políticas públicas, de lo que ocurría en ciudades en trance de modernización de su equipamiento tanto norteamericanas como europeas), quedaba en parte emblematizado con la obra de Teodoro Cron, un arquitecto suizo graduado en Zurich en 1946, que llegado a Perú e instalado en Lima con un despacho de proyectista, señalaba su fascinación con las fusiones y mezclas típicas del mestizaje y así su propia obra (como una torre de silueta cruciforme y alusiones a los altos edificios wrightianos proyectados en 1955 para la sede de la Compañía de Seguros Peruano Suiza) manifestaba ese entusiasmo pluralista⁹, de modo semejante, dicho sea de paso, a la seducción que México le provocaba a otro suizo en el exilio: Hannes Meyer, a la sazón antiguo promotor de la *nueva objetividad* en su *ala dura* y el director más ortodoxamente racionalista de la Bauhaus.

En Chile (Eliash - Moreno, 1989) y su específico proceso de modernización, el rol del Estado tuvo bastante que ver con las emergencias, como los terremotos de 1906 en Santiago y Valparaíso, que generaron la sanción de la ley 1836 de salubridad y vivienda, una de las primeras normas latinoamericanas reguladoras de la vivienda de interés social y subsidio público.

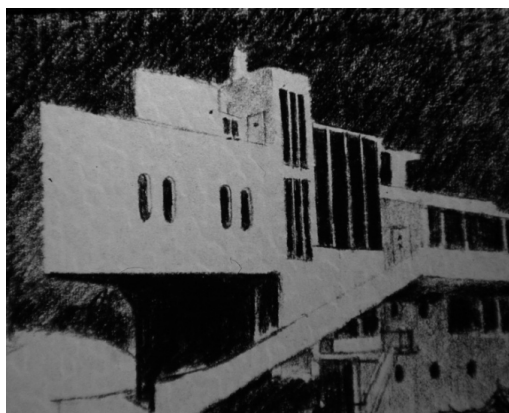
Numerosas obras por así decirlo, *protomodernas*, como la Población Huemul, en Santiago, proyectada por Ricardo Larrain en 1918, son de alguna forma tributarias de la decisión del Estado de paliar necesidades urgidas por aquellas emergencias. En 1939, los terremotos en Chillán y Concepción, darían motivo a la creación de la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, antecedente de

la CORVI (Corporación de Vivienda) instaurada en 1953 y sustentante de numerosas iniciativas innovadoras.

El caso de la reconstrucción de Chillán daría paso además a la aplicación de principios proyectuales semejantes a la modernidad clasicista con que Perret iba a acometer, por ejemplo, la reconstrucción de Le Havre. El Edificio del Crédito Hipotecario, una temprana obra de Jorge Aguirre, de 1941, es una de las piezas de esta reconstrucción urbana.

Para la misma época, desde el auspicio estatal comenzaban a proyectarse edificios universitarios, no en *campus* sino como piezas aisladas dentro de la ciudad consolidada entre las que descuella el notable edificio proyectado por Juan Martínez destinado a la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile, proyectado y construido entre 1934 y 1938. (figura 8.6) Un poco posterior, pero también demostrativo de una clase de modernidad más tributaria del gusto germánico escandinavo, es otro elemento de equipamiento urbano como el Mercado de Providencia, proyecto que la oficina Cruz & Munizaga firmó en 1944, con claras evocaciones asplundianas.

Para retomar el hilo de las influencias corbusieranas en la maduración de discursos modernos en América Latina, habría que apuntar que, además de la fallida obra para el aristócrata Errázuriz, otros puentes iban a tender dos nuevos visitantes al *atelier* parisino: Roberto Dávila Carson y Emilio Duhart.

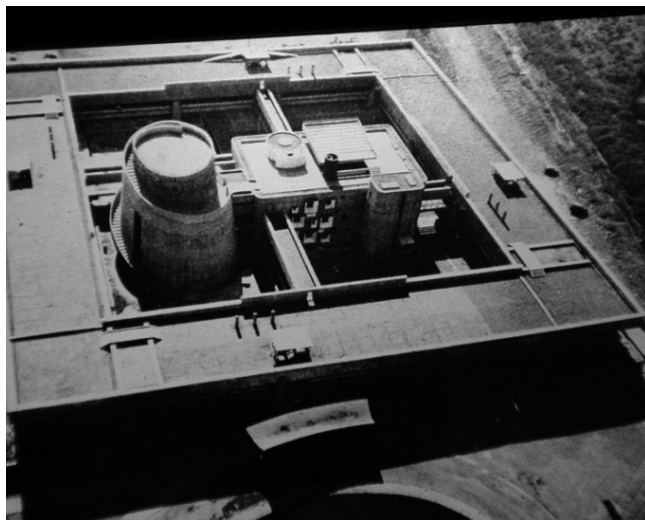


8.7

Dávila Carson trabaja con él en 1932 y a su regreso se aboca al intento de una *modernidad universal entroncada con lo colonial*, aunque su obra de retorno al escenario chileno iba a ser un restorán de playa, el *Cap Ducal*, proyectado en 1936 y más bien tributario de un algo comercial *yach style* que empero Le Corbusier saludará como ejemplo de *estética latina*. (figura 8.7) La trayectoria de Dávila será escasa y hasta errática (con recaídas en

algunos pequeños proyectos costumbristas y ecléctico historicistas) aunque se concuerda en reconocerle una importante influencia en la introducción de la modernidad desde sus cátedras universitarias de proyecto.

Emilio Duhart va al taller de Le Corbusier en 1952 y trabaja entonces en las obras hindúes (Shodan, Chandigarh). De vuelta en Santiago gana el concurso y construye la sede de CEPAL (1960-1966), declaradamente inspirado en el Palacio de la Asamblea de Chandigarh, que era aquello en lo que acababa de colaborar en el despacho parisino y cuya reelaboración iba a presentar como una suerte de elogio y reconocimiento tributario al maestro. (figura 8.9) Si bien Le Corbusier se manifestó complacido por el elogio y citación, parece haberle dejado cierto fastidio el hecho de un éxito tan fácil y rápido de un joven discípulo en relación con la envergadura de la obra.



8.9

Curiosamente la influencia de Le Corbusier casi se agotó, para el caso de Duhart, en esa sola obra, pues en otros proyectos de una trayectoria más bien intensa, desarrollada en Santiago antes de volver definitivamente a París, donde se radicó, el lenguaje escogido oscila entre el legado miesiano y el *International Style*.

Otras influencias de Le Corbusier en la arquitectura chilena de este período pueden rastrearse en numerosas obras de Larrain, Aguirre, Cruz, Gehbard, Garafulic, De Groot, Borchers, Suarez: estos dos últimos, cuya actividad descolante sería el trabajo teórico puro, fueron los proyectistas de un trabajo ciertamente deudor del *brutalismo* de la última etapa corbusierana, la Cooperativa Eléctrica de Chillán, terminada en 1962.

Dentro de las realizaciones de arquitectura para la Universidad, ciertamente inspiradas por el magisterio corbusierano, debe destacarse el espléndido edificio que Enrique Gehbard construyera en 1944 destinado al Instituto de Biología Marina de la Universidad de Chile, en el paraje Montemar, Reñaca, sobre el Océano Pacífico. (figura 8.8)



8.8



8.5

En cuanto a los avatares de las ideas urbanísticas, los vientos corrían más a favor de cultores de un *urbanisme* más clásico y hasta cercano a los *embellissements* de talante paisajístico, como lo demuestra el *Plan de Santiago*, firmado hacia 1934 por Karl Brunner, un urbanista austríaco formado en Viena bajo influencia de las ideas de Camille Sitte y Otto Wagner. (figura 8.5)

El *Barrio Cívico* del centro santiaguino es uno de los fragmentos que se desarrollarían dentro del contexto de la influencia de Brunner que, sin embargo, estuvo en Chile poco tiempo luego de aquel trabajo, ya que entre 1937 y 1947 se lo encontrará a cargo de la planificación urbana de Bogotá, de donde resultará desplazado cuando, hacia 1948, Le Corbusier se hace cargo.

Al otro caso sintomático de la compleja y heterodoxa modernidad chilena en materia de actuaciones urbanísticas lo iba a presentar el desarrollo ex novo del balneario de La Serena, promovido desde 1946, directamente por el presidente González Videla y cuya planificación iba a ser encargada a un equipo integrado por G. Ulriksen, O. Prager y G. Bardet.

Prager era ya un conocido paisajista austriaco y Bardet provenía de la escuela parisina, donde su texto *Urbanisme*, traducido al español, se convertiría en uno de los tratados más influyentes del urbanismo latinoamericano en los inicios de los años 60.

Una de las no menores paradojas de La Serena era el dictatum del presidente Videla acerca de la directiva estilística que debía unificar todos los proyectos de balnearios, según *un estilo que no podía ser otro que el colonial*. Dictatum que

fue seguido al pie de la letra por el jefe del equipo, Guillermo Ulriksen, a la sazón, un prominente miembro del combativo Partido Comunista chileno. Un signo más de las contradicciones y enredos que sesgaban la praxis urbano arquitectónica (y cultural en general) en esta época y lugar del mundo.

Como colofón de esta sección y del ensayo todo, centrarse en un sucinto análisis del ambicioso *Plan Director para Buenos Aires*¹⁰, inspirado por Le Corbusier, puede sintetizar algunos aspectos del sempiterno diálogo entre ideas utópicas modernas europeas y oportunidades empíricas del *laboratorio americano*. En la novena conferencia de su viaje de 1929 Le Corbusier había ofrecido (casi impudicamente) un catálogo de sus ideas para el desarrollo urbano de Buenos Aires que, sin tener entonces ningún tipo de encargo oficial, su autor incluirá en el tomo de las ediciones Gisberger correspondiente al período 1934-1938, editado en Suiza.

Durante parte de 1937-1938 los arquitectos argentinos J. Ferrari Hardoy y J. Kurchan pasan doce meses en el *atelier* parisino de Le Corbusier, desarrollando el Plan Director de la ciudad de Buenos Aires, basado en aquellas ideas liminares de 1929 y con la *aprobación simpática* (expresión que figura en la introducción que Le Corbusier escribe para la edición citada del Plan) del señor Cárcano, embajador argentino en París. El clásico discurso omnipotente de Le Corbusier impera en buena parte del documento que llamó *Plan de Buenos Aires 1940*, a saber: “*Es necesario confesarse de que si el mundo pasa por un estado de sanguinaria locura es porque los hombres no tienen dónde vivir: son desgraciados en sus casas. Cambian hoy a sangre y a fuego sus tugurios por nuevos refugios. Allí está verdaderamente el fondo de la cuestión: conquistan con esta guerra de peripecias paradójicas el derecho a una felicidad suficiente*”.

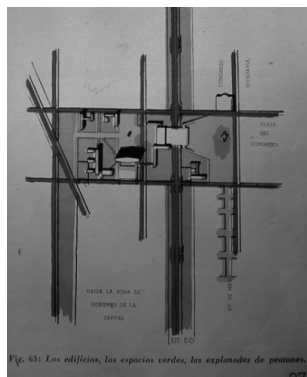
Sus juveniles coautores destacan que los planos, ya concluidos a fines de 1939 por causa de la guerra, sólo iban a llegar a Buenos Aires en 1941, aunque por otro tipo de dificultades más bien políticas, su publicidad –que es la de la publicación que citamos– es de 1947.

Esta publicación contiene tres partes: I, *Análisis* (que a modo de diagnóstico repasa temas como los del peligroso estado actual de la ciudad, la vivienda, las oficinas, la zonificación, la circulación, la situación política y geográfica entre América y Europa y las explicaciones históricas); II, *Posibilidades de reforma* (examinado desde el punto de vista de tres factores: técnicos, financieros [valorización] y morales) y III, *La reforma* (que es el plan propiamente dicho en torno de los siguientes ítems: concentrar la ciudad [densificación del centro más creación de las *villes satellites*], transformación molecular de la ciudad [mediante la ruptura de la manzana tradicional y su sustitución por la *supermanzana*, la apertura de las siete categorías de vías y especialmente, de las autopistas urbanas], el despertar del sur, el sistema cardíaco [autopistas, ferrocarriles y puertos], los elementos [que son 12 y que resumen las ideas urbano arquitectónicas de Le

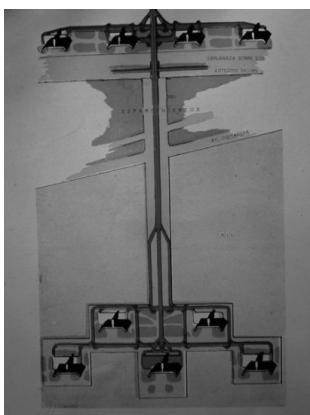
Corbusier: centros de gobierno, (figuras 8.20-8.21) municipal, panamericano, de asociaciones, de finanzas y de negocios (figura 8.22), las zonas industriales, de esparcimiento y de diversiones, la ciudad universitaria (figura 8.23), un sector prototípico de viviendas y el sector de hoteles, embajadas y comercios]).



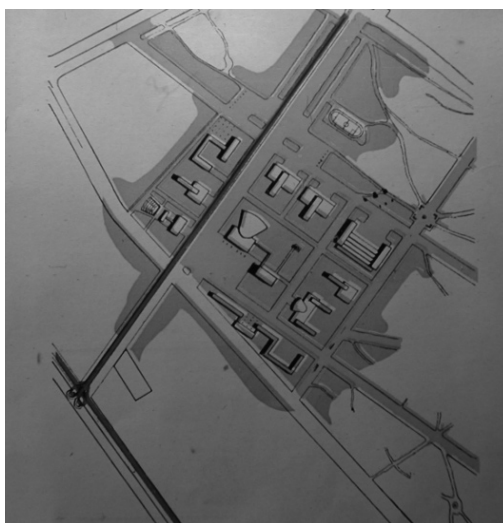
8.20



8.21



8.22



8.23

Ferrari Hardoy y Kurchan, en la *Nota a la Introducción* que abre la edición, apuntan lo ominoso del desfasaje entre el momento de la elaboración del plan y el de su publicación, ya que hace quedar a este producto técnico fuera de la oportunidad de encontrar su realización. [En 1938] *la diferenciación de los barrios Norte y Sur, realidad en la que se apoya una de las articulaciones importantes del Plan, era aún más neta. Hoy, el 'centro', es decir, las oficinas*

y el comercio, ha desbordado la separación impuesta por la avenida de Mayo y llegan por lo menos hasta la calle Belgrano (En el Plan se toman las medidas necesarias para la desaparición total de la diferenciación entre el Norte y el Sur)... Decimos oportunidades perdidas porque grandes edificios públicos podrían estar hoy ubicados convenientemente para la ciudad, integrados en el Plan. Así, ni los Ministerios de Guerra y Hacienda (que pudieron formar la zona de Gobierno) ni las Facultades de Medicina y Derecho (que hubieran constituido la Ciudad Universitaria) ni la Caja de Ahorro Postal y el Banco Nación (que pudieron comenzar el Centro Financiero) existían entonces. Estas grandes construcciones públicas se realizaron en el período 1938-1947. Las amargas comprobaciones del dúo de discípulos corbusieranos, con ser ciertas, no refieren a otras instancias que, si bien ambiguas, no dejaron de resultar signos de triunfo, aunque parcial o tardío, de ideas de este Plan, como el desarrollo del llamado *Plan Sur* (de supermanzanas) que se iba a desplegar hasta casi 1960 o el elogio que un nuevo funcionario de la administración porteña ulterior al golpe militar de 1943, el doctor Guillermo Borda –que luego iba a ser ministro de Interior de la dictadura del general Onganía a partir de 1966– hace del Plan, al que considera ideal para contribuir al orden espacial de la ciudad como elemento para el alcance de una *comunidad organizada*, ciertamente políticamente inspirada en las ideas corporativistas.

El estricto *zoning* de la utopía corbusierana tuvo relativo éxito ya que enclaves como la *cit  des affaires* iba lentamente a conformarse mediante *l'ilot* de Catalinas Norte y luego con el proyecto Puerto Madero (Le Corbusier fue el primer planificador enfáticamente alineado con el desmantelamiento del Puerto Viejo), la ciudad universitaria, aunque como una suerte de muón aislado de la dinámica de la ciudad iba a construirse en el predio recomendado por el Plan 40, las autopistas, más o menos con las trazas corbusieranas, iban a desarrollarse en la administración Cacciatore que se ocupó de *dignificar Buenos Aires* durante la dictadura de Videla o la *macchietta* de una *ville satelitaire* –contaminada con ideas de las ulteriores *new towns* inglesas– iba a erigirse, desde 1960, en el complejo llamado Lugano I y II.

En rigor, las influencias sudamericanas de Le Corbusier fueron nutridas y bien pueden examinarse como el cuerpo principal de la confrontación que las ideas modernas se aprestaban a poner a punto en varios iniciales escenarios de la mundialización ulterior a la segunda guerra mundial: Europa, Estados Unidos, América Latina, el norte de Africa y el cercano y extremo Oriente.

Todos ganaron y todos perdieron en ese choque: Le Corbusier no pudiendo a pleno hacer casi nada –y de all  las notables jeremiadas que rebosan las muchísimas cartas intercambiadas con interlocutores latinoamericanos,

en muchas de las cuales clama por cobros prometidos e incumplidos–, las ciudades de la región y sus élites proyectuales, reelaborando algunas de estas ideas, a veces con cierta inteligencia epigonal –Costa, Williams, Dávila, Duhart, Ferrari Hardoy & Kurchan, etcétera–, otras con la regeneración de aquel magisterio para engendrar propuestas novedosas y autónomas –Cruz, Salmona, Niemeyer, Reidy, etcétera– y por último, en las esferas de la gestión urbana, consagrando aspectos del funcionalismo del CIAM, cuyas consecuencias prácticas no hicieron mucho más que aumentar la brecha entre un modernismo cosmético y una modernización dolorosa y aún incumplida.

Notas

¹ El trabajo de F. Pérez Oyarzún (1991) es un adecuado compendio de los vínculos personales y productivos de Le Corbusier con los diversos países de América Latina con los que tuvo contactos y trabajos.

² Un tratamiento más sistemático de esta cuestión figura en Fernández (1998), bajo la hipótesis general del campo de experimentación de algunas utopías europeas promodernas que vino a caracterizar el laboratorio americano desde el momento de su integración en la división mundial del trabajo que inauguraba la expansión imperial desde el siglo XVI en adelante, aún dentro de la relativa regresión ideológica que imperaba en la corona española (con la excepción de los breves interregnos iluministas borbónicos del XVIII).

³ Si bien el tema de la *liberación* es un *leit motiv* de la literatura histórico política de América Latina en el siglo XX, existe bastante dispersión entre su *tratamiento político económico y su análisis sociofilosófico*. Puede que éste sea además, respectivamente, un cauce que separe una teoría de la liberación (o más bien, en negativo, de la dependencia) de tipo socialdemócrata desarrollista reformista, de una teoría de la liberación como la mencionada en el pasaje del texto, más de *tipo político populista* con bastante peso del ala progresista de la Iglesia católica encarnada por la llamada *teología de la liberación*. Un buen resumen del primer

grupo es el célebre texto de F. H. Cardoso y E. (1969), con énfasis en la dependencia y afinidad por caso, con S. Amin, y del segundo grupo, un resumen lo aporta H. Cerrutti Guldberg (1983), con eje en la liberación y convergencia, por ejemplo, con F. Fanon.

⁴ Los facsímiles de la carta y de la documentación enviada se publicaron en la Revista 3, número 8, Buenos Aires, 1996.

⁵ El conocido esquema blanco y negro de ambas propuestas comparadas figura en S. Papadakis (1950).

⁶ Carta del 28 de noviembre de 1949 de Le Corbusier a P. Bardi, incluida en el libro de C. Rodrigues dos Santos *et al.* (1987:201). Por lo demás, el libro citado contiene una minuciosa documentación de las largas relaciones de Le Corbusier con Brasil.

⁷ E. Martuccelli (2000), especialmente el capítulo III: *La arquitectura y el proyecto modernizador* (pp. 121-193).

⁸ La novela de M. Vargas Llosa (1999) es una espléndida aunque libérrima recreación ficticia de esa época. La ficción político histórica de Vargas Llosa (*Diario del fin del mundo*, *La fiesta del chivo*, etcétera) presenta un sesgo del *boom* de la novela latinoamericana particularmente ilustrativo de las relaciones entre acontecimientos políticos y vida urbana cotidiana.

⁹ La antología producida por D. Sobrevilla y P. Belaúnde (1994), es un interesante proyecto de lectura transversal e integrada de diversas dimensiones del campo cultural (artes plásticas y populares, poesía, música, arquitectura, tecnología, medicina, derecho y política) en torno de la confrontación entre tradición y modernidad como factor necesario para la comprensión cabal de la hibridez y el mestizaje que definen peculiarmente la vida americana del siglo XX.

¹⁰ Usamos como referencia documental de este proyecto el número monográfico de la revista *La Arquitectura de hoy* (versión castellana de *L'Architecture d'aujourd'hui*), 4, Buenos Aires, abril 1947.

Capítulo 9

Modernidad larga, breve posmodernidad

La ley de lo arbitrario rige la desestabilización del suelo junto a una arquitectura de gran aparato escénico que sustituye el vacío de la ideología política sobre la ciudad. Valor de suelo e imagen formal mitigan la ausencia de estructura urbana. A la ciudad máquina le sucede la metrópolis espectáculo.

A. Fernández Alba (1990:92)

El proceso de la *modernidad* puede ser entendido como apertura y crisis del capitalismo económico y el liberalismo político, éste operando como funcional a aquél. Es decir, con Habermas, un proceso que se designa históricamente como *modernización* –en el sentido económico y político– y *modernidad* –en el sentido ideológico y cultural–, sin que esta dicotomía pueda ser abarcada por el algo mecanicista dualismo de infraestructura y superestructura, como bien se dieron cuenta marxistas tardíos (y regionales) como el italiano Gramsci o el peruano Mariátegui.

La *modernidad larga*, que arrancaría con el capitalismo comercial/renacimiento, va a subsumir en su despliegue, la forma y programa de una *utopía*: el programa sociopolítico de la Ilustración, que opera desde el siglo XVIII como la mala conciencia histórica del progreso ideal inalcanzable y que da cuerpo, en parte como válvula de escape, al campo discursivo de la cultura moderna.

Así, el carácter *experimental* de la cultura moderna podría verse, con Adorno, como la tentativa estética de fundar un territorio de pensamiento que cuestione la imperfección intrínseca del Iluminismo, en tanto, deja abierta la vía de la lógica de la evolución capitalista junto a la consumación de la

democracia como mediación política, quedando aquello propio de lo cultural ideológico como un sedimento experimental que encarna la utopía incumplida –e incumplible según aquella lógica– del progreso social.

De este modo, la modernidad cultural, incluyendo el desarrollo moderno de la arquitectura y la vida urbana, se connota por un grado de experimentalidad que articula una estética transclásica (superación de la mimesis) y una estética trasromántica (superación de la sublimidad), aunque en rigor, tales superaciones no son absolutas.

Con el cese de la potencia política ligada a la tentativa de consumir aquella utopía (y el sucesivo declinar de los socialismos utópico y científico) surge la necesidad de historizar lo moderno o romper su *presentidad*, dado que ella estaba ligada a alcanzar alguna dimensión de aquella utopía.

Allí hay que entender la conceptualización genealogista del largo ciclo de la modernidad (Habermas, Hobsbawm) y el origen de las diversas actitudes teleologistas o finalistas acerca de un determinado *non plus ultra* de componentes epistémicos de la modernidad larga, en numerosas aportaciones finalistas (Nietzsche, Kierkegaard, Gehlen, Foucault, etcétera). De allí al síndrome de los *pos* (pos religión en Nietzsche, pos historia en Gehlen, pos arte en Greemberg, Belting, Danto) hay un solo paso.

Sin embargo, no habría que confundir el programa de *historizar la modernidad* –o sea, situarla en la larga duración histórica– con *salirse de la historia*, decretar una suerte de *fin de la historia* (la postulación de Fukuyama, interpretando a Hegel): así, sería demostrable la inconsistencia histórica de la posmodernidad o la imposibilidad de fundar un presente fuera de la historia, lo cual supondría saturar aquella utopía incumplida del Iluminismo. Hay una serie de resultados en esta imposibilidad: desde la vuelta de Kant (en Wellmer, Jauss, Derrida) hasta la vigencia estética de factores supuestamente premodernos (como la alegoría, la mimesis o la sublimidad, según posturas de Adorno o Benjamin) o la reelaboración presuntamente posmoderna, de procedimientos modernos (como la abstracción, el *collage* o el montaje).

Esos procedimientos hacen parte de la *estética* de la modernidad (o sea, del flanco ideológico cultural de la modernización político económica), eso llamado *modernismo* o *movimiento moderno*. Además, renace la discusión acerca del componente utópico de la modernidad/modernización inconclusa, ahora visible en nuevos fenómenos, desde el debate acerca de la *sustentabilidad* (como cierta clase de relación entre naturaleza y cultura, por ejemplo en la reinstalación de Heidegger o en las propuestas de Sloterdijk) hasta las revisiones del concepto de *sociedad* (en torno al tema de la *comunicación* en Habermas o del *riesgo* en Luhmann).

Y otro tema moderno reabierto es el problema técnico de la *producción* y la *reproducción*, visible en los tópicos de la muerte del aura o de la reproducibilidad técnica en Benjamin, o el arte como dimensión crítica en que resultaría posible fugar de la mercancía en Adorno.

Algunas aperturas de la modernidad resultan así, fundamentos de la cultura posmoderna: fenomenología y virtualidad, aceleración, desmaterialidad, ontología de la forma (del zen al minimalismo), etcétera.

Ciertos fracasos modernos en la articulación entre *política y estética* como el control de la forma/uso de la ciudad (la utopía del espacio público como extramercantil; la deshistoricidad de no poder discernir un momento posurbano), la mala conciencia cultural (la estética nueva como crítica/provocación, el aventurerismo tecnopolítico, utilidades de lo moderno en regímenes autoritarios: o sea, la relatividad de la relación entre modernidad y democracia), la crisis de la relación sujeto/objeto, dada la creciente autonomía de lo objetal y el agotamiento del burgués, la incapacidad de modelar estrategias de control (estético) de los procesos de producción y consumo, son sustanciales a la institución del debate posmoderno (en Lyotard, Vattimo, Augé).

También se han construido *historias alternativas* de la modernidad (Marcus, Krauss, Jauss, Danto, Giedeon) que no hacen más que rearticular lo posmoderno con la modernidad larga, o bien, que demostrar la ausencia de autonomía o espesor histórico de una posmodernidad supuestamente flotante en una pura *presentidad* o actualidad exacerbada.

Pero un supuesto *ciclo largo* de modernidad –inclusivo de la posmodernidad contingente o corta– tampoco contesta todas las preguntas acerca de las transformaciones del *pensum* urbano arquitectónico moderno, cuya integridad teórico-práctica es difícilmente apreciable precisamente como historia única y sistemática.

Es que los cambios fácticos de ese *pensum*, en las últimas dos o tres décadas, parecen superar un mero *aggiornamiento* discursivo o estilístico, aun despachando al campo de la *banalidad* –operación de significantes sin tomar en cuenta sustancial a los significados– a las *performances* posmodernas, cuyo oportunismo táctico y adaptativo a nuevas oportunidades de mercado parece ser consecuencia más del mercado (o de la *episteme* cultural de la globalización o terciario avanzado) que de un proceso endógeno de la arquitectura para cambiarse a sí misma.

La pérdida del *aura heroica* (utopista o ligado a un estatus reflexivo indeclinable en cuanto a la relación estética/ética) implica más un estado de adaptación que una reflexión consciente: de allí el cambio de la moralidad a la ironía que podría encontrarse, por ejemplo, cotejando los discursos del tándem Giedeon/Le Corbusier con los de Rowe/Koolhaas.

Si el pasaje de una teoría moderna del proyecto a una posmoderna no es consecuencia de un cambio endógeno sino de modificaciones del contexto que define o condiciona la praxis y el pensamiento de la arquitectura, es en esa externidad que habría que indagar la novedad de la cultura posmoderna en el ciclo largo de la modernidad.

En efecto, entonces, nuestra hipótesis principal es proponer que la praxis proyectual posmoderna no innova demasiado –o más bien, explota los dispositivos

provistos por la experimentación moderna, pero banalizados o despojados de su potencia crítico utópica— pero lo que sí cambia radicalmente a partir de las condiciones de la *globalización* (Beck, Sassen, etcétera) es el *contexto del proyecto*, entendido como *mercado* (programa, cliente, presupuesto, formas de producción y consumo de los proyectos, etcétera) y como *ambiente* (ciudad —degradada o devenida en magma metropolitano— o territorio —entendible como expansión cuasiinfinita de la tecnoantropización de la naturaleza—).

Quizá el proyecto actual continúe alimentado por los instrumentos modernos (*collage*, montaje, función y transfunción redefinida pasando de lo biomacánico a lo fenomenológico, pieles, minimalismos, transliteralidad,⁵⁵ etcétera) y lo diferente sea cómo utiliza ese bagaje para adaptarse a las nuevas condiciones de contexto (mercado y ambiente) y entonces, la novedad posmoderna es esa dimensión de adaptación y rediseño del hacer proyectual.

Así como la lista de instrumentos modernos antes enunciada expresa la continuidad de un pensamiento (e incluso, toda la crítica historiográfica reciente tendiente a restablecer nuevas lecturas de la modernidad que expliquen, por así decirlo, la arqueología de la posmodernidad cultural), un conjunto de expresiones innovativas en la teoría del proyecto contemporáneo podría aludir al dispositivo de adaptación del saber proyectual a tales nuevas situaciones contextuales: *terrain vague*, deriva, *layers*, instalación, partitura, franquicias, *strip*, *fingers*, *hot points*, etcétera.

Uno de los más entusiastas grupos posmodernos (los catalanes aglutinados en los grupos Actar o Metápolis, M. Gausa, J. Salazar, V. Guallart: autores de varias de las definiciones de operaciones adaptativas recién enunciadas) asume que un proyecto posmoderno implica un grado de desrealización del *factum* arquitectónico en una suerte de disolución operativista o analítica que no tiene final (o destino fáctico): *la arquitectura no tiene sentido como objeto diferencial sino como mecanismo operativo*.

Se ha consumado, si se quiere, un pasaje de la *obra* (moderna) al *hacer/analizar/operar* (posmoderno) (Salazar - Gausa, 1999), lo que implica además desmontar el concepto de contexto —ahora entendido como *campo multiescalar*, incluso o sobre todo, asumiendo el estallido de la vieja noción de ciudad— y el de *proyecto*, no ya una respuesta *compositiva* sino un *dispositivo reestructurador*.

Un buen ejemplo de este talante operativista o procedimental del posmodernismo, ligado a una potenciación del aspecto analítico de la actividad proyectual, lo ofrece el ensayo de E. Diller (2000:20) (arquitecta posmoderna neoyorquina miembro de la muy experimental firma Diller & Scofidio) en el cual, bajo el argumento general de deconstruir operaciones típicas de la racionalidad moderna (en la que sagazmente incluye los esfuerzos bolcheviques, tayloristas y fascistas para perfeccionar la potencia política y productiva de los cuerpos, devenidos máquinas, en una apreciación no exenta de rigor crítico acerca de los límites

libertarios o iluministas del proyecto moderno), emprende un análisis de un acto tan cotidiano –para el *ama de casa* moderna asistida, en todo caso, por los correspondientes *gadgets*– como planchar una camisa, de donde deduce un conjunto de seis operaciones proyectuales alternativas, consistentes en sendos modos *otros* de planchar la camisa, operaciones que analizan y reensamblan pasos o momentos del *proyecto canónico moderno* (planchar la camisa de modo que quede un mínimo de arrugas –posmodernamente asociables a pliegues– y el frente visible entre los bordes de la chaqueta, lo más plano posible).

Como corresponde al modo posmoderno, el proyecto es a la vez análisis operativo o deconstructivo, performance u operación artística despojada de una voluntad funcional o finalidad productiva y acto crítico (del sentido socioproductivo y cultural del proyecto moderno que pone en cuestión, incluyendo un factor como la reivindicación de género).

Con el talante cínico que le permite dosificar un grado de análisis crítico del contexto junto a un optimismo proyectual oportunista, R. Koolhaas alude a estas novedades posmodernas que surgen no tanto del arsenal instrumental del proyectista sino de las nuevas habilidades de adaptación a las condiciones actuales de contexto: *verbos desconocidos en la historia de la arquitectura (grapar, pegar, plegar, descargar, encolar, duplicar, fundir) se han hecho indispensables. Donde antes los detalles indicaban la unión, tal vez para siempre, de materiales dispares, ahora hay un acoplamiento fugaz que espera a ser desecho, desatornillado; un abrazo temporal al que quizá no sobreviva ninguno de sus componentes. No se trata ya de un encuentro orquestado de la diferencia sino de un punto muerto, el brusco final de un sistema. Sólo los ciegos, al leer con los dedos estas líneas defectuosas, comprenderán las historias del espacio basura... Hay dos clases de densidad del espacio basura: la primera óptica, la segunda informática. Las dos compiten entre sí* (Koolhaas, 2000:25).

Sin embargo, definiendo al posmodernismo como una suerte de *arte de captura* (en el sentido de operación sobre oportunidades) y aun cuando carezca de innovaciones técnicas en el campo proyectual, su definición como espacio de adaptación del hacer cultural –incluyendo en ello al proyecto contemporáneo– presenta aspectos no necesariamente negativos, como surge del texto koolhaasiano, aunque tal supuesta cualidad conlleve ya una reducción del proyecto a textualidad (lo que llamaríamos la posmoderna vía deconstructivista), ya una necesidad de remitirnos una y otra vez a la *modernidad inconclusa* (según la célebre definición habermasiana).

Ese doble y diferente rescate de un posible valor de la cultura posmoderna es sucesivamente esbozado por dos críticos culturales de tradición moderna.

H. Jauss (1995),⁵⁶ por una parte, en su importante colección de textos acerca de la *longue durée* de la modernidad (que resitúa la arqueología iluminista de la modernidad y luego eslabona una historia conceptual que articula las propuestas de Baudelaire, Benjamin, Apollinaire y Valéry) termina su inda-

gación histórico genética analizando un exponente de posmodernidad, cuya estética innovativa adjudica a la literatura de I. Calvino.

Pues bien, la aportación ficcional de Calvino –en su *Viaggiatore*– es la desobjetivación del texto (o la anulación del yo ficcional), el hacer evidente la diferencia (pero también la homología) entre escritura y lectura –que referido al proyecto, podría traducirse como el proceso de fusión de análisis y resultado–, el acoplar mundo escrito y mundo no escrito y el desficcionalizar o romper los límites entre realidad (de la lectura) y artificio (de la escritura), generalizando procesos infinitos de mezcla o intertextualidad de registros discursivos y estéticas retóricas (como la *música de fusión* o la *welt literatur* de inspiración programática goethiana): este triunfo posmoderno –cuyo diagnóstico comparte Derrida– significa, al generalizar el efecto mimético de la representación (...del texto sobre el texto sobre...) paradójicamente, anular la representación o más bien lo representable, confinando el *factum* de un nuevo discurso a un análisis infinito.

Con este argumento, la posmodernidad proyectual canónica es impotente: una pura e interminable condición de análisis y descripción del nuevo *locus* transurbano (o el no locus metropolitano).

Desde otro punto de vista, A. Wellmer (1996: ensayo 10) (última generación de *frankfurtianos*, si cabe la simplificación) en un ensayo que trata de la arquitectura, valorará la cultura posmoderna –que define como *protesta de lo particular contra lo universal*– pero establecerá la viabilidad de tal defensa de lo singular/local, paradójicamente en negar la tentación regresiva de la conservación (de lo singular local) mediante una renovada apuesta al universalismo, tanto tecnológico como democrático, en el cual la segunda vía es garantía frente a los peligros de la primera. *La democracia* –afirma– *es el terminus medius que puede proteger la arquitectura (...) contra los peligros de la perversión tecnológica, de la corrupción económica y política y de la degeneración estética que le son inherentes* (en la posmodernidad, agregamos nosotros).

De lo que, cerrando la aparente paradoja, para ser posmodernos habría que (volver o llegar a) ser modernos: *Los arquitectos sólo pueden convertirse en genuinos abogados de la integridad de un territorio, de una forma particular de vida, de una determinada reserva de recursos naturales y culturales, si se convierten a la vez en defensores de valores universalistas, en modernistas no atados a ningún compromiso –en el sentido de Lyotard quien ha dicho que nada en el arte moderno es moderno sino empieza siendo posmoderno– y en liberales radicales.*

Con lo cual, concluye Wellmer su giro pro posmoderno, *merece conservarse en particular algo de la radicalidad y atrevimiento estéticos e incluso algo de las energías utópicas de la arquitectura moderna, aun cuando hayamos aprendido, mientras tanto, que la tecnología no puede salvarnos y que el mundo humano nunca puede convertirse en una obra arquitectónica global.*

Bajo la hipótesis general de una posmodernidad circunstancial y heterónoma de una modernidad larga e inconclusa, las siguientes notas buscan desplegar un conjunto de comentarios eventualmente conducentes a un debate. Se trata de argumentos –casi mejor llamarlos *blues del siglo XX*– acerca de algunos ejemplos proyectuales modernos y posmodernos, centrando la noción de proyecto en el elemento discursivo o representativo en el que se procesa una lectura interpretativo propositiva referente a aquella condición de contexto (genéricamente: la ciudad, en tanto mercado y ambiente): este concepto amplio es lo que puede incluir en la categoría de proyecto también a las obras de arte de la modernidad.

Bajo esta selección, absolutamente desprovista de una voluntad taxativa o ejemplar, se busca entonces situar un examen de las tesis adelantadas acerca de la identidad (operativa) del proyecto moderno/posmoderno y de la diferencia (interpretativa) en la relación proyecto/contexto entre ambos momentos de la *modernidad larga*.

1. Ciudad incompleta, metrópolis negra

El optimismo colonizador del futurismo, propenso a tematizar temas nuevos y violentos –desde la guerra al suburbio industrial– propone una reflexión (en el sentido de pensamiento y representación) acerca de la oportunidad de *proyectar la periferia*, poblarla de sujetos *sanos* (obreros industriales) capaces de apreciar el maquinismo *suave* de ingenierías de la producción y la movilidad, y sensibles todavía a intercalar, con una conciencia de proceso y progreso, trozos de naturaleza periurbana con neoconstructos enteramente ajenos a la estética burguesa.

Reminiscencias del *buen salvaje* rousseauiano, al servicio del programa de una redención en la interacción de una doble naturaleza, la natural y la artefactual. El nuevo hombre urbano, que tiene poco (que perder), quizá posea un futuro a ganar, el de la experiencia de la ciudad, a la par de su autoconstrucción como ciudadano (taylorista –luego, fordista–, fascista o bolchevique).

Tiene un capital (ficticio o futuro) tanto real –una posición en la división del trabajo industrial– como simbólico: esa doble disponibilidad es el sustento de la construcción de la ciudad y del proyecto moderno, en el sentido técnico y sociocultural.

Entre el *crack del 29* y la larga posguerra, la ilusión se extingue y emerge, descriptivamente, la crónica depresiva pero hiperrealista. Hay allí fermentos o adelantos de la mirada cínica posmoderna: el triunfo tecnosocial del fordismo segrega la capitalización de la construcción de la ciudad y decae la ciudadanía tanto como el modelo de las dos naturalezas.

La civilización neotécnica mumfordiana es emplazada como el escenario de la *dark city*, la metrópolis que exagera los nomadismos, los sujetos que deberán articularse a los no-lugares y la virtual pertenencia a los ejércitos laborales de reserva (en el arco que va del consumo dirigido de productos *massmediáticos* al paro).

2. Estrategias de la ilusión

La urbanidad que genera una experiencia moderna de ciudad es una urbanidad *ficticia*: la del cine o la literatura, aunque tal condición sea una impronta de la ulterior realidad del modo de entender y vivir las ciudades. El simulacro cinematográfico es el avance de un modo posmoderno de intentar configurar situaciones urbanas (como correlaciones entre contextos y sujetos).

El aura de vida barrial, tan intensamente elaborada desde los *films noirs* (M. Carné, *El muelle de las brumas*, 1930), construye un potente imaginario desde una realidad virtual: se trata de montajes en escenarios de estudio, habría que esperar hasta la *nouvelle vague* para alcanzar *locations* no virtuales (que empero, generaban imágenes voluntariamente distorsionadas por el movimiento imperfecto de los equipos, a menudo un traqueteante 2CV, con lo cual *lo real* dejaba de ser tal en la construcción del relato cinematográfico).

Si la arquitectura y las artes plásticas, por ejemplo *expresionistas*, habían sido poderosas fuentes de imaginaria para la virtualidad del espectáculo —desde las escenografías de cine o teatro hasta el fondo de las figuras de los *comics*—, en un momento ese circuito se invierte y la premonición de la imagen ficcional opera como punto de partida icónico de procesos proyectuales: desde el Berlín imaginario de la *Alexanderplatz* de Döblin hasta los cuentos de Dick o los filmogramas de *Blade Runner*, *Brazil* o *Dark city*, estudiados como pre o contra proyectos urbanos en algunas escuelas de arquitectura.

La marginalidad real del mundo de las periferias de posguerra crea o engendra los monstruos ficcionales del neorrealismo en el caso italiano: el barrio milanés QT8 o sus fotos hechas por Paolo Monti, son un elemento inescindible y consustancial del paisaje de Rossellini o De Sica o de las primeras ficciones de Pasolini.

Pero quizá pueda decirse que un origen de los conceptos y técnicas proyectuales posmodernas deba asociarse al cese de la intertextualidad entre realidad y alusión, suplantada por el problema de proyectar (y construir) el simulacro (como en el ejemplar caso del diorama *La ciudad de las luces*, armado en ocasión de la expo mundial de Nueva York, en 1939).

3. Imperio de la abstracción o la cosa misma

El *minimal art* articula un eslabón del tránsito moderno/posmoderno, al anular la mediación representativa de la tarea del artista/cronista y así, el fin del arte –o la finalidad fáctica de su hacer– es la cosa misma, el objeto reducido a unas pocas cualidades (forma, textura, color) cuya evidencia a manos del artista/descubridor (en el sentido científico) devela la condición de inversión mínima de materialidad con la voluntad de provocar emociones máximas: *less is more* como modo de vida, no ascética programática sino como voluntad estética esencialista.

Adorno había advertido la verdadera novedad del arte del siglo XX, en su cualidad *inorgánica* –o sea, en la voluntad de anular la relación sémica mimética entre significante y significado– situando la nueva potencia en un definitivo escindir del modo imitativo según el cual el arte siempre sería espejo de una realidad externa. Sin embargo, toda la abstracción (Braque, Kandinsky, Klee) podría verse como un postrer efecto de representación, aunque el *collage* estricto (Schwitters), el *object trouvé* (Duchamp) o el informalismo matérico (Tápies) tienden a anular toda referencialidad, concentrándose en el hacer la cosa de arte, que no alude, representa o refiere a otra cosa que a sí misma.

Desde esa perspectiva, la consumación del despojamiento podría venir dada por el grado cero del minimalismo, cuya aportación estético metodológica a la desobjetivación y descontentidización de una parte del proyecto posmoderno parece visible en referencia a nuevas metáforas maquínicas y operativas de ciudad en un territorio abstracto o en una concepción que podría referirse al simultáneo silencio formal y sígnico de unos objetos que dan cuerpo a las estéticas del despojamiento.

4. Camuflaje y enigma

Las *arquitecturas del ojo* (Bataille, Krauss)⁵⁷ en su obstinada persecución de efectos no ligados al imperialismo de la razón (económica, libidinal y estética) abre el campo a las pieles y camuflajes, a las apariencias segregadas de estructura y tectónica, en un puente entre trabajo proyectual y voluntad comunicativa.

La historia evanescente de las relaciones entre teatro y pintura⁵⁸ (Leger, Prampolini, Tatlin), con su voluntad de dar espacialidad a la narración mediante plegaduras de planos, o el mundo ficticio del ambiente feérico del cabaret quizá sean, mirados desde hoy, la prehistoria de la reducción posmoderna de la potencia tectónica de la arquitectura moderna: un prolegómeno de los camuflajes.

La forma, despojada de su control racional (la función como determinación de un tipo de organización formal: el *forms follows function*), puede convertirse, en procedimientos surrealistas, en una proposición de enigmas.

Los procedimientos de restricción de la fluidez semántica entre significante y significado –que son prácticamente constitutivos de la poesía moderna, por ejemplo en P. Celan, cuyo trabajo es obtener el mayor impacto estético mediante el menor uso de material significativo– abre una vía moderna de sentido ligada a motivar una estética de la recepción basada en mecanismos hermenéuticos de decodificación: allí también hay un núcleo moderno que emerge con el surrealismo y que fuera de la canonicidad racionalista, explica todo un modo posmoderno de objetivar.

5. *Rappel a l'ordre*: naturaleza y artefacto

El clasicismo implícito en la *racionalidad moderna* (de Ledoux a Le Corbusier, de Boullée a Kahn y mejor todavía, de Le Corbusier a Kahn) despliega estrategias de *ordenación de lo natural* (como soporte de lo monumental) y *de lo artefactual* (incluso dando orden al desorden de la ciudad devenida en metrópolis, por ejemplo, con relación al automóvil, esa novedad que descentra la ciudad histórica). Los dos momentos de la modernidad –*la ciudad en/con la naturaleza, la ciudad como naturaleza*–, en definitiva, dependen de una idea de orden, a veces forzado, como en la nostalgia de Le Corbusier respecto de un pasado ideal regulado eficazmente por una suerte de dictadura ilustrada (Luis XV), pero siempre cartesiano, en la suposición de un conveniente acorde de organización formal y social.

Buena parte de la episteme moderna emerge como una propuesta de *conciliación* entre el orden natural y el orden de sujetos e instituciones: esto ya lo había identificado Foucault como la *arqueología del saber* (moderno).

En términos estéticos, el nomadismo campo/ciudad es un elemento sustancial de las poéticas modernas –y de su residuo de clasicidad, por ejemplo en la teoría del monumento– incluso del hálito salvaje de la vanguardia, a menudo suscitada por un extranjero devenido a la ciudad con cierto equipamiento cultural provinciano (R. Williams) que le induce a rupturas simplemente por la dificultad de insertarse en un lenguaje.

Pero el programa moderno de las dos naturalezas –la del constructo en el ambiente natural y la de los artefactos como parte de un neoambiente artificial pero ordenado en cierta consonancia de formas y sujetos– debe realizarse en el contexto de la maduración del capitalismo (como proceso trunco del programa de la Ilustración), lo cual le genera ese entusiasmo maquínico, ese interés por el control y la vigilancia, esa identificación entre proyecto urbano arquitectónico y proyecto institucional que son, a la vez, los logros y las miserias del proyecto moderno.

La ingeniería social del urbanismo corbusierano (Le Corbusier, *La ville verte*, boceto para el Plan de Buenos Aires, 1939; retoma una ilustración de *La ville radieuse*, 1935) o el manejo de los flujos de movimiento de la ciudad como cauces que deben tener canales y diques en el caso de Kahn (L. Kahn, ideas para el nuevo centro de Filadelfia, 1956-1962, tareas realizadas por su autor como consejero de planeamiento del ayuntamiento) ejemplifican no sólo cierta continuidad de pensamiento moderno ligado al mesianismo casi teocrático de dar orden formal a la vida social (respectivamente, las conexiones Ledoux/Le Corbusier y Boullée/Kahn) sino el abarcamiento del proyecto de las dos naturalezas arriba mencionadas. Lo que cancela la posmodernidad es ese mesianismo, con sus victorias y derrotas.

6. Ilusión del consumo, utopía de la producción

Hay dos niveles de utopía moderna en el corazón de sus aventuras proyectuales situadas en intentar articular ética socialista y estética racionalista: la voluntad de proyectar la conversión de la realidad en *mercado* y el aprovechamiento estético de las formas de la tecnología.

El primer tema es el objeto de las reflexiones acerca de la fundación de la modernidad en Benjamin: en su caracterización de París como capital del siglo XIX y en su planteo acerca de la *muerte del aura* (de la obra de arte) en la era de su reproductibilidad técnica. El fenómeno del nuevo consumo emergente de la disponibilidad de las mercancías generadas por la industria es, según Benjamin, la nueva condición de la ciudad moderna, lo que implicará nuevos programas y nueva ciudadanía, por ejemplo, transfigurada por el *voyeurisme* perceptual del nuevo paisaje de la mercancía y sus contenedores: galerías y exposiciones (F. Le Play, Champ de Mars, pabellón de la expo París, 1867, fotografiada por Nadar desde su globo aerostático *Le neant*).

La segunda cuestión genera todo el tema moderno del *arte de los ingenieros* (tan sensible para Tony Garnier, Behrens, Le Corbusier o Gropius) y la realidad del acondicionamiento infraestructural de ciudades y territorios, cuyo efecto programático estético político había suscitado movimientos tan disímiles como el futurismo de Marinetti, Boccioni y Sant'Elfa o el constructivismo soviético de Tatlin, El Lisitzky y Leonidov, del cual Tchernikov fue el repositor sistemático de un repertorio de imagerías disponibles para tal aprovechamiento estético.

Ambas cuestiones —la presentación del universo del consumo y el aprovechamiento semántico propagandístico de los artefactos y prestaciones tecnológicas—, despojadas de su disponibilidad respecto de planteos utópicos modernos, se convierten en dimensiones sustanciales de las estéticas y programáticas posmodernas: desde el nuevo campo de actuaciones de los *shoppings*, *show rooms* (incluyendo

desde luego, la pasión museística del fin de siglo), arquitecturas de *franquicias* (McDonald, Calvin Klein, Belgio, etcétera), etcétera; hasta el uso retórico publicitario del *high tech* (de Johnson a Nouvel, ATT a Cartier). Si el moderno era un colonizador *naïf* del mercado, el posmoderno es un esclavo del *brand*.

7. Adaptaciones: posmodernidades centrales y orbitales

La posmodernidad se presenta como *arte de capturas*, no ya con el *heroísmo de hacer ciudad* sino con la mera capacidad adaptativa de *aprovechar metrópolis*. Como manifestación de la circulación de imágenes suscitada como efecto de la globalización económica y cultural, puede tener expresiones centrales (R. Koolhaas, Euralille: donde el proyecto es la forma del consenso entre actores o sujetos activos del contexto, sobre todo del mercado) u orbitales (R. Legorreta, Catedral de Managua: donde la arquitectura intenta crear *locus* dentro de una ciudad estallada).

La clásica actitud moderna de generar ciudad mediante la disposición (objeto aislado ejemplarizante en un contexto anónimo, que debe ser entendido como un fondo) o la repetición serial (multiplicación celular que debería dar lugar a nuevos tejidos, desprovistos de la tradicional demarcación de espacio privado público y privado de las ciudades, sobre todo en lo relativo a expandir periféricamente la ciudad) de ejercicios de proyecto arquitectónico –que podrían derivar, como en la *Carta de Atenas*, a normativas urbanísticas– ya resulta imposible, entre otras cosas por la definitiva desorganización morfológica de la ciudad, en parte debida a los fracasos de la utopía moderna consistente en arquitecturizar la ciudad, en parte causada por la liberación creciente de las fuerzas de la especulación inmobiliaria respecto de aquellas normativas.

La liberalización del mercado de las formas y bienes urbanos, canceladas las sujeciones normativas supuestamente neutralizadoras de los excesos de mercado, y el concepto de espacio público como bien común o derecho a la ciudad engendran un estatus de demanda de arquitectura o bien enteramente disciplinada a las exigencias de tal deseo especulativo, o bien reducida a una paciente investigación de nichos de oportunidad o vacíos urbanos, no entrevistados por la miopía uniformizante de aquellas fuerzas especulativas.

En tal contexto, el arquitecto se reubica, mal o bien, en la nueva división del trabajo de construir/rentabilizar la ciudad (o los territorios metropolitanos de la economía deslocalizada o líquida), como un descubridor de intersticios, tanto topológicos como financieros.

8. La máquina perfecta o el uso/abuso (de la función a la fiesta)

En el puente del tránsito de la modernidad a la posmodernidad puede haber destinos diferenciales de la proposición de forma (aquella tarea exclusiva del proyecto): o la forma como silenciosa agregación de ciudad nueva (periférica, industrial, productiva) o la forma como soporte para una reapropiación social (incluso imprevista).

La idea maquínica, hiperfuncional y ligada a una evocación de la arqueología de la institución resultó ser una de las modalidades de la crítica a la modernidad, ligada al tipologismo o neorracionalismo que, sobre todo en la veta rossiana, devino en un intento de restablecer una tendencia de arquitectura que, saltando el modernismo vanguardista y subjetivo, reconectara un presente analítico con un pasado canónico y ausente de veleidades individualistas (el iluminismo tratadista del XVIII).

Esa contención o silencio tiñó toda una vía posmoderna, culta y orientada a recuperar el valor cívico (burgués) de la arquitectura, en la *tendenza* milanesa y también en cultores como Ungers, Krier o incluso, el versátil Stirling.

Esta conducta proyectual, desmarcándose de una modernidad exhausta, combinó una estética ligada a expresar ideológicamente una inversión de lo moderno (transparencia, abstracción, flexibilidad) con un reduccionismo de la complejidad proyectual ligado tanto a un silencio neoclásico y monumental cuanto a una voluntad de perfección maquínica que simplemente se acogía a los criterios de proyección de las líneas de montaje industriales: la desubjetivización proyectual implicó una deshumanización del sujeto usuario de tales nuevos objetos.

En una postura también crítica del rigorismo funcionalista moderno, pero opuesta a las ingenierías maquínicas tardoindustriales, una alternativa proyectual fue dosificar la utilización de antiguas concepciones modernas (el monovolumen funcionalmente adaptativo a diversas utilidades sobre un plan libre) con un estímulo fenomenologista a tomar tales estructuras como soportes de eventos populares.

9. Relleno y hermenéutica

La llegada al momento posmoderno despliega sus nuevas habilidades, en las formas del *infill* (o saturación/aprovechamiento de *terreno vacante*) o del trabajo *intertextual* (la infinita posibilidad de manipulación de [otros] textos).

En rigor, éstas podrían ser, a la luz del desarrollo precedente, las dos esferas dominantes de la práctica proyectual posmoderna; la primera ligada a una adaptación a las oportunidades remanentes o intersticiales del desarrollo

urbano globalizado o tardocapitalista (en el sentido de la crisis de inversión de capital fijo, crisis de escasez de capitales que puntualiza la economía llamada ecomarxista); la segunda, relacionada con una posible cancelación histórica del concepto mismo de proyecto, entendible como representación o mediación proactiva que, en todo caso, transcrito meramente a una dimensión lingüística o escritural, adquiere una autonomía textual, pero al precio de dejar de representar o modelar predictivamente una realidad futura.

El relleno –como saturación de vacíos– puede tener una moral positiva –recuperación de espacio neutral respecto de una posible rentabilidad mercantil inmobiliaria y/o de servicios urbanos– o negativa –respecto de la positividad utópica de la modernidad en tanto propensa a generar espacio público–, si significa, como es frecuente, la saturación rentable de tales vacíos, o sea la concepción de convertir idealmente el espacio metropolitano en una dimensión multidimensional de generación de rentas.

Toda una gama significativa de proyectos posmodernos (el ya comentado caso de Euralille, Lynn, N&R, Van Berkel, Tschumi, etcétera) giran alrededor de estas tareas de descubrimiento (de vacíos) más saturación o *infill* (B. Tschumi, *Bridge city*, Lausanne, 1988-1997).

La conversión de la escritura arquitectónica en una (otra) práctica de textualización –que entonces puede absorber en sí las tareas de la traducción y/o intertextualización– si bien no es rigurosamente novedosa (recuérdese el *Danteum* de Terragni, de 1938), consagra la incorporación de la arquitectura dentro de la vertiente deconstructivista de la posmodernidad (o más certeramente, como apunta Culler,⁵⁹ del posestructuralismo).

Una reciente compilación de escritos de J. Derrida (1999)⁶⁰ acerca de la relación entre la deconstrucción –como ámbito que rearticula filosofía, escritura y crítica literaria– y la arquitectura, explica métodos y fines, intentando dejar ver una voluntad no necesariamente analítica o ajena a la materialización, pero que no logra desmentir un talante hermético, conducente a una mirada de la arquitectura desprovista de toda correlación con usos y actividades funcionales y a un concepto de proyecto desintegrado o del tipo palimpsesto.

10. De lo efímero

La aparente paradoja innata a la construcción de lo deconstruido conlleva varias consecuencias: armazón exógena del *factum* arquitectónico (suplemento, encofrado o soporte externo que garantiza o resuelve la tectónica, el poner en pie la cosa, tanto a nivel literal como metafórico), *work in progress* infinito, homología entre modelo y realidad (multiescalaridad y anulación del efecto de representación), espectáculo arquitectónico o narratividad *ad hoc*.

En este tipo de registros teóricos y operativos, el proyecto –o lo que queda de él, el residuo de una tradición reflexivo representativa– puede exhibir su cualidad de soporte (de otras cuestiones extraprojectuales), como el resultado de forma que es fruto de ciertas operaciones maquínicas (en las que el proyecto es infectado por una morfogénesis emanada de otro campo de pensamiento, como la teoría del caos de la nueva física), la eliminación de las distancias entre continente y contenido o la suspensión de factores ligados a la performance funcional de la cosa, trocada ahora en fruición.

Algunas obras deconstruccionistas, entendibles así como expresión cuasi-canónicas de posmodernidad, se revelan como puro elemento de textualidad, en el sentido de pensarse, por una parte, como comentarios (projectuales u operativos) de otros textos y consistir en sí, en una pieza o elemento comunicativo (la casa del pintor Immendorf es, por una parte, un ámbito versátil que unifica habitación y trabajo, comercio y exposición y, por otra parte, su forma, resultante de la aplicación de una morfogénesis exógena –la de las ondas solitón–, se transforma en lienzo o pantalla serigrafiada que comunica productos del artista/habitante).

La deriva propia de una deconstrucción vinculada a lo lingüístico –y en función de ello, a la traducción y el intertexto– le sirvió a arqui/autores como J. Hedjuk, para bloquear definitivamente el carácter proactivo del instrumento projectual: el pro-yecto ya no es un ver antes, una promesa o representación de una realidad ulterior, sino un fin en sí mismo, un texto tan in-útil como una poesía o una composición musical producida con palabras arquitectónicas.

Los libros de piezas de arquitectura de Hedjuk (*Victimas*,⁶¹ *Mask of Medusa*, *Vladibostock*) son eso: libros. Y su efímera y gratuita materialización (*Theatre masque*, Buenos Aires, 1999) no reclama trascender aquella inutilidad fugaz, en formas virtuales, casi escenográficas, que aúnan enigmas de sentido y el silencio de la función negada.

Notas

⁵⁵ Recordemos que G. Terragni ya en 1938, acometió una reescritura arquitectónica de un texto básico (*La divina comedia*) en su *proyecto/texto* llamado *Il Danteum*, obviamente medio siglo antes que la *invención* deconstructivista de la pareja Derrida-Eisenman. C/r: T. Schumacher (1980).

⁵⁶ En particular, el estudio 10, "Italo Calvino: 'Si una noche de invierno un viajero'. Informe sobre una estética posmoderna" (p. 223).

⁵⁷ Véase la *batailleana* historia del arte moderno no racional (o dominado por paradigmas sensoópticos) en Krauss (1997).

⁵⁸ Aunque incompleta, la muestra y su catálogo, "El teatro de los pintores en la Europa de las vanguardias", Museo Nacional CARS, Madrid, 2000, es un buen intento de repertorizar estas relaciones.

⁵⁹ J. Culler (1984): se trata de una excelente introducción a las prácticas filosóficas y críticas deconstructivistas.

⁶⁰ Los tres textos que se refieren a la arquitectura como posible dimensión de prácticas deconstructivistas constan en la parte IV: *Las artes del espacio* (p. 133 en adelante). El reportaje en el cual Derrida comenta su *Choral work* es el número 12, "Cambios de escala" (p. 141).

⁶¹ Véase como referencia, J. (1993).

Capítulo 10

Arquitectura como cultura

Hace no tanto tiempo –un cuarto de siglo–, cuando la ciudad y la arquitectura se estabilizaban en la recepción de la modernidad, las funciones crítica, didáctica y profesional estaban más relacionadas: alguien podía trabajar como arquitecto en su despacho y sin mayores complicaciones, utilizar esa capacidad para transmitirla a sus alumnos, casi en una cadena reproductiva que se podía llevar a cabo sin mayores sobresaltos, sin una preparación estricta y muy suelta de cuerpo.

Uno venía al taller, ofrecía ideas generales de cómo entendía la práctica proyectual y luego revisaba los trabajos de los alumnos que, más o menos, reflejaban esa normalidad de ejercitar los dictados del Movimiento Moderno y anticipaban así lo que iba a ser luego la inserción laboral de esos estudiantes, por lo que el taller, la forma pedagógica básica de la enseñanza moderna de la arquitectura, aunque era una práctica de simulación, tenía razonables visos de prefigurar lo que después sería la actividad profesional.

Todo eso ahora cambió: la práctica proyectual es hartó más compleja, las oportunidades hay que estimularlas y estudiarlas, los clientes no vienen solos al despacho, las referencias internacionales se presentan muy confusas y lejanas de los liderazgos de los maestros modernos, las supuestas identidades urbanas, nacionales o regionales se diluyen en el magma de un cosmopolitismo engañoso en el cual se ha operado una aparente democracia globalizada del gusto que sin embargo encubre asimetrías muy grandes entre el desarrollo y el subdesarrollo, entre las ciudades –o partes de ellas– opulentas y las ciudades –o partes de ellas– empobrecidas, tugarizadas, insustentables.

Hay un cambio evidente en el hecho de que, si a principios del siglo XX las diferencias entre los PBI de los países ricos y los pobres era de tres a uno, en el arranque del siglo XXI tal relación pasó a ser de setenta y cinco a uno. Naturalmente, las arquitecturas de ambos momentos han sufrido cambios equivalentes a la magnitud de la expansión de tal brecha socioeconómica.

Los problemas de la teoría de la arquitectura, como sustento de criterios para la enseñanza universitaria de esta disciplina, se han tornado más complejos, intersectando dimensiones de la economía, la política urbanística, la sociología y antropología metropolitanas, el derecho civil, la ecología, los estudios culturales y numerosos etcéteras.

Para aportar algunas ideas de posible fecundidad en la necesidad de reformular tal teoría para resituar las prácticas proyectuales y dado el ámbito que nos reúne, las prácticas de la enseñanza universitaria de esta disciplina, he escogido reflexionar con ustedes en torno de la noción de *cultura*, de cómo tal genérica noción nos ayuda a pensar la *arquitectura como cultura* y a su vez, también, la *cultura de la arquitectura*.

Cultura significa, según Heidegger –en el célebre ensayo *Habitar, construir, pensar*–, en la profundidad del origen etimológico, cultivo, acondicionamiento de lo natural para la instalación humana en términos de morada. Desde la perspectiva heideggeriana, esa noción arcaica de cultura abarca pues los ulteriores desarrollos que unifican cultivar y construir, en tanto el construir, como enunciación de un morar, es cultura en acto.

Hay una clara relación identitaria de esa definición de cultura con la concepción cosmogónica que da cuerpo a la actividad prohabitativa andina, en tanto la confluencia de mitologías y tecnologías se funde en formas de instalación religiosa en el mundo natural, un mundo que permanentemente hay que reverenciar, mediante conjuras y sacrificios, para que confiera habitabilidad.

Se manifiesta así la dicotomía antropológica que separa el *estar* del hombre americano, frente al *ser/tener* del europeo, cuya consecuencia es una concepción alternativa de cultura: si en la tradición eurocéntrica la cultura es tal como acto de posesión/transformación de la naturaleza, como maniobra de nítida diferenciación entre lo natural y lo artefactual que activa el concepto de apropiación, del ser a través del tener o poseer, en la concepción americana predomina una idea de acogimiento e instalación en lo natural, eso que refiere la palabra quechua *utcacha*, que el antropólogo argentino Rodolfo Kusch traduce como *domicilio*, y que constituye una manifestación paciente del mero estar. En su libro *El pensamiento indígena y popular en América*, Kusch expone su teoría del *estar nomás*, postulando que *los idiomas americanos reflejan acontecimientos y no objetos*.

La peculiaridad de una cultura no objetual y carente de espíritu de apropiación, instituye en el caso americano la pasión toponímica, el marcar/nombrar territorios como una actividad lingüístico simbólico poética que admite la

articulación del *locus* de la Schwartzwalden heideggeriana con los *ceques* del etnólogo Tom Zuidema, esas curiosas marcas del territorio que el imperio incaico quizá quiso registrar como escritura territorial, identificación de las etnias convergentes en la entidad imperial, huellas de las derivas hídricas y testimonios del reverenciamiento a las deidades arraigadas en el territorio, como una suerte de geocosmogonía.

El antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla, en su libro *México profundo*, también relaciona las culturas mesoamericanas del maíz como reelaboración de la identidad heideggeriana de cultura y cultivo, cuya manifestación se arraiga en *el nombrar que es a la vez, conocer y crear, ya que hasta los predios, las huertas y los campos de labor tienen un nombre propio* y así, la apropiación *nominativa* –no objetivada– de la naturaleza deriva en cultura.

Una lejana referencia a la cultura como consecuencia o producto de cierta transformación de lo natural resuena en la definición del concepto de la risa o lo risible, que según Bergson es *lo natural que recibe la adherencia de lo mecánico*: no viene mal mencionar que es un maldito de la cultura eurocéntrica, Georges Bataille, quien trae a colación esa cita en su reciente antología de textos ateológicos, *La oscuridad no miente*.

Se podría pues, uniendo teorizaciones anti o posracionales europeas –Heidegger, Bataille, Nietzsche– con la empiria americana del puro estar, situar a la producción de hechos de cultura (no meramente objetos o cosas) como algo que a la vez se constituye y deriva de relaciones con lo natural/regional, en que la cultura debe entenderse como *instalación*.

Esta idea, superadora, anticipante o crítica de cualquier noción de mediación o representación, viene a confluir con el devenir del arte contemporáneo, que quiere ser en sí, una forma o modo de instalar un discurso de descripción o selección/recorte respecto de aquella totalidad previa a la realización del arte, que no puede ser sino la naturaleza, en este caso, abarcando incluso aquella ampliación que Marx llamaba *segunda naturaleza* (o naturaleza hecha producto y, a la vez, materia prima de una nueva transformación).

La idea de una *cultura* como opuesta a *civilización* –y por tanto, cultura como manifestación de una antropología indisolublemente ligada a un *locus*, a una región o territorio que es así, causa y consecuencia de la praxis cultural como poética– permite, como lo hizo Heidegger usando el origen etimológico del sentido fundante o arquetípico de las nociones, adjudicar una dirección a tal praxis como reconstrucción del *arché*, el origen. Esta perspectiva avala la idea de la producción cultural como *arqueología* (Foucault) y *genealogía* (Nietzsche), arqueología y genealogía que no pueden ser sino propias de un *locus*, de un territorio concreto, de una región antropizada justamente de manera cultural, no civilizatoria, alternativa ésta que remite a la noción de epistemes coloniales, imperiales y globales.

Permítaseme antes de llevar este razonamiento al campo específico de la relación entre cultura y arquitectura, que es el objeto central de esta conferencia, detenerme en una estación ciertamente más cercana al tópico principal, la relación entre cultura y arte: en esta perspectiva, la noción histórica de arte puede encuadrarse en la voluntad de generar un *producto* u *obra* (de arte) caracterizado por una cualidad *diferencial* (de lo natural/real previo).

Es arte, así, lo que procura establecer una distancia y diferencia entre esa nueva coseidad de arte y lo real natural, a lo cual remite como realidad a representar –en el *arte orgánico* o mimético– o como materia a transformar –en el *arte inorgánico* o autónomo.

El arte –o deberíamos decir, mejor, el arte occidental– se consolida como tal en virtud del propósito de generar un modo diferencial de lo natural/real, tanto sea que lo imite (arte clásico o mimético), lo trascienda (arte moderno o abstracto) o lo reelabore (arte posmoderno o conceptual). Lo natural/real –que en otra esfera epistemológica es el objeto de conocimiento de la ciencia– debe distinguirse de cualquiera de esas nociones histórico evolutivas de arte, en el sentido que la finalidad misma del arte es producir una otredad superadora de lo referencial propio del mundo real: para poner un ejemplo, un paisaje de Turner es más que el objeto real/natural al que alude. Esa diferencia y superación caracteriza la idea occidental de cultura: una suerte de segunda naturaleza superior.

Hay que decir aquí que la idea mítica religiosa de una actividad asimilable a la praxis artística en la tradición americana, axiológicamente queda caracterizada por una disposición claramente divergente de aquella episteme occidental, ya que intenta anular el doble estatuto de diferenciación y superación de la cultura como distinta y más elevada que la naturaleza.

La arquitectura como parte de la cultura occidental también queda connotada en términos de la producción de objetos diferenciales respecto, en este caso, de una arquetipicidad ontológico natural (la choza de Quatremere, pura naturaleza adaptativa, hábitat elemental que progresa indefinidamente camino a instancias de abstracción, una de las cuales será la idea de orden clásico).

El progreso de la arquitectura puede entenderse entonces como avances de *novedad* –en relación con cualquier forma establecida de hábitat– y *performance* –como reproducción pertinente de un tipo–, ambas cuestiones valorables como medidas de diferenciación. La historiografía o el patrimonio, instituciones éstas con carácter de autoridad del gusto y del oficio, o como medidas de valor, deben entenderse como colecciones de *objetos diferenciales exitosos* (hitos genealógicos).

Si en este punto volviésemos a reflexionar sobre las diferencias axiológicas de las nociones de arte y cultura en las matrices eurocéntricas o americanas, probablemente podríamos encontrar análogas distancias conceptuales entre

una arquitectura eurocentrada y una arquitectura instalada en el *locus* americano, aunque esta dicotomía aparece como claramente difuminada por la victoria de los modelos de colonización según los cuales hemos asimilado una cultura etnosituada –la europea– como paradigma civilizatorio.

Aceptando por el momento la universalidad de una arquitectura que hace parte de una civilización impuesta –la moderna– debemos entender, en el contexto ético de la modernidad como aparato cultural articulado al ideal iluminista, que el rol de la arquitectura en la modernidad ha favorecido una cierta *prevalencia de lo social* en lugar de lo cultural desarrollando, según creo, el análisis hegeliano de la imposibilidad de la arquitectura en caracterizarse como instancia del arte.

En efecto, la *carencia de autonomía* que el filósofo iluminista le adjudicó a la arquitectura –dada la carga determinante de algo externo a su praxis efectivamente artística, que sería la *función*– más la idea de perfección político social que le otorgó al Estado (como forma o garantía de manejo virtuoso del poder, enderezado a la consecución de una sociedad iluminista), terminó por motorizar la arquitectura moderna como actividad esencialmente asociada al alcance de la modernización –el progreso iluminista según el cual el Estado se orienta a la instauración de una sociedad en *estado de bienestar*– y por lo tanto, en una práctica más social que cultural.

Con la cancelación de la idea civilizatoria de la modernidad –en tanto ecumenización de la cultura europea– y el surgimiento de la *posmodernidad*, que vendría a ser, como propuso Jürgen Habermas, la superestructura simbólica de la última etapa de la modernización capitalista coincidiendo con el cese de la bipolaridad y lo que el politólogo neohegeliano Francis Fukuyama denominó el *fin de la historia*, se presenta una caída de la voluntad social y el consecuente avance de lo cultural como representacional, simbólico, ligado al intercambio o como una instancia más de la expansión de la economía globalizada a la dimensión de lo que empezó a llamarse *terciario avanzado*.

Casi todos los teorizadores –críticos o no– del fenómeno o condición posmoderna (Lyotard, Anderson, Habermas, Callinicos, Jameson, Vattimo, Wellmer, etcétera) coinciden en adjudicar a la nueva arquitectura –que emerge a mediados de los años 80– un protagonismo crucial en la instauración de la cultura posmoderna, que también –globalización mediante– se consagrará como discurso global o civilizatorio, *pensamiento único* como la bautizará el cientista social francohispano Ignacio Ramonet.

La arquitectura, fukuyanamente, se acercará a intentar superar la prescripción hegeliana, perderá su subsidiariedad sociofuncionalista y se autodefinirá como *cultura en sí* y como producción de *sitios de cultura*. Hay un ostensible abandono de las problemáticas funcionalistas –en tanto tecnologías de satisfacción de necesidades sociales– en la arquitectura de los años 80 en adelante

y empieza a concluir el protagonismo que en la práctica proyectual tenían los programas educativos, sanitarios, habitacionales y, en general, todos los temas vinculados al equipamiento social, a las prestaciones del Estado y a las ofertas de espacios públicos urbanos, en este caso, acompañando la defeción del paradigma de la planificación, arrasado por el libremercado extendido a la producción de ciudad.

El cambio de modernidad a posmodernidad pudo, además, ser caracterizado por algunos autores como Kenneth Frampton, como la decadencia del modo tectónico de proyectar y construir, a favor de una mayor contingencia y fugacidad de los otrora artefactos arquitectónicos que, connotados por la tríada vitruviana –*venustas, utilitas* y sobre todo, *firmitas*– iban camino de una eternidad propia del concepto de patrimonio.

En cambio, habrá en la posmodernidad arquitectónica un marcado interés por la producción de artefactos museísticos, incluso superando las antiguas tradiciones del coleccionismo material y empalmando con el auge tecnoinformático, proponiendo la diversificación del museo a la *mediateca*, desarrollos en los cuales desuellan protagonistas de la arquitectura posmoderna como Nouvel o Hadid.

Una flexión relacionada con estos desarrollos será lo que el crítico y filósofo Andreas Huyssens en su reciente libro *En busca del futuro perdido*, viene identificando como una *pasión por la memoria*, un recrudescimiento de la recuperación de elementos que se ligan al recuerdo y la añoranza psicosocial e institucional de lo previo moderno (donde todavía aletea la ilusión del *welfare state* y la utopía humanista de consumación del iluminismo), cuando desde una perspectiva crítica, Huyssen advierte que dicha pasión recicladora debe ser entendida como una especie de droga que calma frente a la sensación creciente de una subjetividad hostigada por la suspensión del presente y del futuro. Sin presente ni futuro –en un mundo agobiado por el día a día y el coyunturalismo improvisante, desprovisto de toda ética teleológica– sólo se posee el pasado, al que la memoria convoca.

La arquitectura, en medio del despliegue de la posmodernidad de la globalización económica y cultural, resulta intensamente redefinida en su naturaleza epistemológica e histórica, dada esta redefinición de lo cultural con la caída del mundo de los productos, la terciarización y el apogeo de los servicios; es decir, lo que también suele llamarse posfordismo o emergencia de una civilización posindustrial que, mucho más críticamente aún, algunos pensadores como Jeremy Rifkin, Vivianne Forrester o André Gorz, definen como una civilización poslaboral.

El pasaje de una *cultura objetualista* a una *cultura prestacional* está afectando en forma aguda la teoría y la praxis de la arquitectura, sin que todavía, en la inercia de nuestro desarrollo conceptual e instrumental, haya respuestas alternativas: posiblemente debe empezar a pensarse en una arquitectura que,

como forma de conocimiento social y como práctica técnica, se coloque en la inflexión histórica de superar un *modus operandi* que por cinco siglos se identificó con la producción de proyectos. Ciertamente abusando del prefijo pos, posiblemente debamos empezar a debatir un *pensum* de la arquitectura a la vez *posurbano* y *posproyectual*.

La arquitectura, que ha protagonizado centralmente el fenómeno complaciente y excedentario de la ilusión posmoderna de los años 80 y 90, su condición de espectacularidad mediática y su evanescencia puramente compuesta de simbologías digitales, también tiene la posibilidad de practicarse como *crítica de la cultura global*. La divisa globalifóbica enarbolada por el pequeño hacendado francés José Bové —el *eat local, think global*— bien puede adaptarse para la arquitectura, así como resultará necesario una recuperación crítica de las ideas de sustentabilidad, habitabilidad y urbanidad, en momentos de crisis de esas cuestiones como nos depara el presente.

La posibilidad refundante de una cultura arquitectónica —de una aportación desde la arquitectura al enriquecimiento de las prácticas culturales— se escinde, como en otras disciplinas, en dos alternativas nítidas. Por una parte, la perspectiva de una *cultura ontológica*, en el sentido esencialista y minimalista del rigor heideggeriano, según el cual la arquitectura se presenta como un metalenguaje, como una tentativa de un lenguaje autónomo de la arquitectura que sea en sí una cultura propia de la arquitectura: se trata de lo que se llamó, ya desde el siglo XVIII, el *saber tipológico*, que arranca desde el cientificismo positivista iluminista revestido de una estética autorreferencial neoclasicista, hasta culminar con las expresiones ya de este siglo, de los *racionalismos silenciosos* —Loos, Mies, Meyer, etcétera— hasta las propuestas *estructuralistas* como las de Kahn, el tipologismo de la *tendenza* italiana y sus difusiones mundiales (Rossi, Grassi, Ungers, Linazasoro, Portela, etcétera) y los ascetismos minimalistas (Herzog & Du Meuron, Siza, Souto, Mendes da Rocha, Klotz, Caruso, etcétera).

En esta dimensión de cultura arquitectónica autorreferencial cabe pues, desde una nueva estética reductiva devenida ética mínima, hasta las posibilidades de una arquitectura ascética, pobre, silenciosa.

Por otra parte, reeditando frente a la opción anterior el antagonismo o la tensión entre un pensamiento apolíneo y uno dionisiaco, existiría la perspectiva de una *cultura narrativa* de la arquitectura en la que ésta adquiere o explota su potencial discursivo, su aptitud lingüística para practicarse como *traducción* siguiendo, si cabe, las especulaciones filosóficas de Derrida, Guattari y Deleuze.

La función de la arquitectura como transmisión de intercambios simbólicos es una dimensión también posible de la arquitectura en la que se retoma la tradición expresionista organicista (Mendelsohn, Wright, Aalto) ahora desplegada en alternativas discursivas, comunicacionales o neobarrocas (Venturi,

Neutelings & Riedjik, Maas, Miralles, Gehry, etcétera), deconstructivistas (Eisenman, Hadid, Libeskind, Zaera, Lynn, etcétera) o fenomenologistas (Koolhaas, Tschumi, Holl, etcétera).

Por último, pero no en el último orden de relevancia, ya la irrupción posmoderna al poner en cuestión la utopía del universalismo moderno había puesto atención, si bien aspirando a otra cosmovisión ecuménica precisamente posmoderna, en la multiplicación explosiva de las *culturas regionalistas*, según las cuales una nueva aventura civilizatoria sólo podía aspirar a ser inclusivista, enciclopédica, poscolonial.

La indagación de esta perspectiva cultural hecha por nuevos estudiosos como Albrecht Wellmer –en su importante ensayo “Arquitectura y territorio”, capítulo 11 de su antología *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*–, Slavoj Žižek o Fredric Jameson –especialmente el libro de éste, *La estética geopolítica*, dedicado a presentar la multiplicación calidoscópica de cines de estéticas devenidas de condiciones regionales–reintroduce la noción de *región*, ya no ingenua ni folklóricamente, sino como modo geosituado y específico de combatir lo global desde lo local, como forma responsable de repensar el tema de la sustentabilidad –alrededor del cual surge la posible concepción alternativa de una nueva arquitectura en torno de la noción de *ecoproyecto*– y, también, como argumento nada colateral en América, como respuesta técnica y cultural inteligente y viable a la pobreza, a la marginalidad e incluso a la tarea históricamente inconclusa de alcanzar algunos logros básicos del humanismo de la modernidad.

Capítulo 11

América Latina como futuro

Desafíos proyectuales

1. América como proyecto

América no es *eso que se llamó América*, sino el desgarramiento irresoluto entre lo previo y lo que nace como consecuencia de la dominación, es decir el *laboratorio americano*, el laboratorio a escala real que Europa usará en la arqueología de su modernidad: expansión del modo productivo capitalista comercial incipiente, desarrollo científico tecnológico, espacio teórico o abstracto para la imaginación utópica, territorio posmedieval apto para la aventura socioeconómica o los modelos sociales monásticos perdidos en la Europa que desarma el aparato comunitarista medieval, campo de acción de nuevos perfiles profesionales como los financistas privados de las operaciones de ocupación (desde los Függer o los Welser hasta los *adelantados*) o los técnicos en que se incubaba ya la ulterior tradición del *developper* inmobiliario (en particular esos *xumétricos* que acompañaban a los capitanes de conquista, que son responsables de trazar más de un millar de nuevas ciudades y dar así volumen a la empresa de la fundación territorial más grande de la historia, con, además, unos sesenta mil edificios públicos construidos en un siglo y medio) o los expertos en montar el trasvase de productos hacia el viejo continente en las vastas redes de organizaciones productivas, rutas, depósitos, aduanas, puertos, convoyes en una compleja logística en la que ya hay una idea de *economía/mundo* (Wallerstein) y de incipiente devastación de la calidad ambiental (Crosby).

Con sus semejanzas –el rendimiento– y diferencias –las que van del modelo imperial católico al capitalismo monárquico privatista de raíz protestan-

te— ambas Américas, la latina con sus prescripciones de Leyes de Indias o la anglosajona con la cuadrícula abstracta y absoluta del territorio según los planes de Jefferson, pueden ser entendidas como un inmenso laboratorio territorial, en el cual todo será experimento de modernidad, desde el exterminio de los aborígenes y la pretensión del lavado de sangre, el trasplante completo de modelos sociopolíticos o de contingentes demográficos y las ingenierías y arquitecturas transculturadas para organizar la ocupación territorial y las simbologías del progreso.

Esta impronta tan fuerte de *lo proyectual* —que implica una gran apertura a las innovaciones sociotécnicas en lugar de aceptar la sedimentación de lo tradicional— obviamente definirá el devenir histórico de la región en términos de *proyectos políticos*, siempre a caballo entre lo real y lo utópico, como los de Bolívar, Simón Rodríguez, Sarmiento, Bello, Sierra y hasta sus imperfectas concreciones políticas, por ejemplo en Porfirio Díaz, Semper, Roca o Leguía.

2. Preexistencias territoriales y voluntad proyectual

Lo que en homenaje al cartógrafo italiano Américo Vesputio se llamó como se llamó (si el cosmógrafo alemán Martín Waldesmüller, quien propuso tal denominación, hubiera sido menos coloquial, ahora seríamos *Vespucha* y sus habitantes, *vespuchanos*) naturalmente que preexistía a ese bautismo y a las operaciones propias de la colonización que convirtieron este continente en espacio excelso de la experimentación del laboratorio moderno y esa *América previa* o precolombina tenía cultura, desarrollo, tecnología, modos de entender los asentamientos y unas nociones que ligaban cosmogonías con formas productivo habitativas de relación con los territorios que devinieron en sistemas de enunciación falsamente connotados como *primitivos* (véase al respecto la monumental investigación de Brotherston sobre el concepto de literatura americana precolombina, en su texto *Los libros del Cuarto Mundo*) con la justificación del desarrollo moderno de las ciencias antropológicas hasta su última expresión en Lévi-Strauss.

El territorio demarcado como sistema complejo de referencia social y natural, de indicación de formas específicas de organizar la ocupación y la producción (los *ceques* estudiados por Zuidema, por ejemplo) o la pasión topográfica (que analiza cuidadosamente el antropólogo mexicano Bonfill Batalla para las culturas mesoamericanas) por la cual todo tiene nombre y, por lo tanto, es objeto de una voluntad enunciativa que es el primer y fundante acto de proyectualidad, y hasta el asombro del viajero científico (como Humboldt, no como las descalificadoras apreciaciones de su contemporáneo precientífico Hegel, que a la sazón, nunca vino a estas tierras) son algunas de las líneas

en que se debe rastrear la preexistencia de nociones de proyectualidad que anticipan la confrontación entre el *ser/tener eurocéntrico* y el *estar americano* (la noción de *utcacha*, instalación o domicilio preconizada por el antropólogo argentino Rodolfo Kusch) y que todavía laten en la malformación híbrida de los mestizajes, esa configuración que impide, bloquea o transforma la posibilidad de una completa aculturación moderna y que nos confiere, nos guste o no, nuestra marca de identidad.

3. Modernidad inconclusa

De todas formas, o más bien de un modo irregular, superficial o cosmético, la modernidad es consustancial de lo americano, aunque tal vez se trate de una modernidad formal y formalizada que navega sobre el magma de una modernización, ésta sí, plenamente *imperfecta*, o sea, carente de arraigo en los preceptos iluministas, distante en el modo de resolución o alcance de un estadio de urbanidad burguesa, frívola en cuanto a la posesión de instituciones más virtuales que reales o socioculturalmente arraigadas (como la democracia, la escuela, los derechos civiles o el parlamento). La perspectiva de una modernización imperfecta empero, en conexión con las críticas europeas al iluminismo, para algunos pensadores americanos es más bien una ventaja que un defecto.

La *modernidad híbrida* de la arquitectura latinoamericana, que debió moverse sobre bases sociales y políticas no modernizadas, resultó de interés sin embargo, no por su alcance de canonicidad sino por una nueva instancia de producción de discursos híbridos, a veces *mestizos* (por ejemplo, en las arquitecturas de los peruanos Seoane y Velarde, de los brasileños Costa y Reidy –y del primer Niemeyer, el de las obras de Pampulha–, los chilenos Martínez y Garafulic, los uruguayos Cravotto y Vilamajó, los argentinos Virasoro y Sacriste, los colombianos Martínez y Piñol, los venezolanos Mujica y Villanueva, los mexicanos Villagrán y O’Gorman, etcétera). Lista que, en cualquier caso y desde la perspectiva de la ortodoxia moderna, no puede ser sino intensamente ecléctica.

La *frivolidad* de una modernidad sustentada en una modernización fragmentaria se revela como uno de los problemas históricos de la práctica de la arquitectura en el contexto americano y también como signo de la reducción de lo moderno a estilo así como de convivencia con el resto de las expresiones histórico eclécticas.

Pero no puede dejar de imaginarse un vasto campo de tareas pendientes en América Latina, cuya relativa consumación ofrecería un flanco de inusitado protagonismo a la arquitectura, casi recuperando su comprensividad sociofuncional moderna.

Una pregunta posible en este sentido es: ¿sería posible un *welfare state tardío* al estilo ibérico? Un tipo de desarrollo amparado y sustentado por la UE

que ha dado al menos casi dos décadas de muy buena arquitectura social en España y Portugal, que ha tenido un rol preponderante en completar la deuda de equipamiento social preferentemente urbano arquitectónico.

La cuestión de la *burguesía* americana es central en esta especulación, aunque parece claro que los fenómenos de movilidad social y progresividad cultural que prohicieron el desarrollo eurocéntrico –incluso Weimar y hasta en cierto sentido, la mirada evolutiva de Marx y el socialismo– se presentan en una modalidad hartamente diferente, en la que la captación de esta disposición social hoy ya se cae claramente dentro de la episteme del consumo *massmediático*, es decir, bastante lejos de un rol de progresividad sociourbana como el de mitad del siglo XX en Europa.

Pero, por otra parte, los sedimentos de progresismo populista que había elaborado marginalmente Gramsci para las periferias europeas, como un tránsito ciertamente más complejo e híbrido hacia dimensiones de progreso sociorregional (y que en América Latina expresaron pensadores como Mariátegui, Ugarte o Martí) tamizan el programa político ideológico de un completamiento/revitalización de modernidad en América Latina y aun, en extremo, de la posibilidad de una hibridación implícita en la idea aparentemente contrapuesta de una *modernidad populista*.

4. Crítica del cosmopolitismo

Una vertiente optimista o positiva del discurso posmoderno (ese *posmodernismo bueno* encarnado en algunos pasajes de Lyotard, Foucault o Jameson) se propuso admitir el fracaso de la ilusión universalista moderna, encarnada, por ejemplo, en el *hombre tipo* del *modulor* corbusierano y en su consecuente intento de generalizar modelos ecuménicos de proyecto para todo el mundo, peripecias en las que no son episodios menores las aventuras americanas del maestro suizo o sus trabajos en la India de Nehru, que como el Brasil de Kubitschek, creyeron posible treparse al estándar del progreso moderno en el interregno desarrollista de los años 60.

La versión que dicho posmodernismo presentará en torno del estallido del universalismo en una miríada de expresiones regionales no fue sino una ilusión, si se entiende el ulterior montaje de la globalización –en tanto forma político cultural que acompaña el momento final del capitalismo tardío, financiero y posfordista– como la forma que deglute tales diferencias en varias actitudes, desde cosmopolitizar lo vernáculo (en el desarrollo y concentración de formas etnoculturales en las metrópolis globales) hasta uniformizar el gusto mundial a través del *branding corporativo* y el manejo *massmediático* (véase el libro *No Logo*, de Naomi Klein).

Sin embargo, la crítica al cosmopolitismo moderno dio pie para políticas culturales de rescate del concepto de *región* o de formaciones etnoculturales específicas y con capacidad de resistir la centrifugación de la globalización. El libro *Estéticas geopolíticas* que Fredric Jameson dedica al análisis de los cines regionales o los trabajos del orientalista islámico de Edward Said, e incluso la crítica que Jane Jacobs construye en su trabajo *Edge of empire* (que desarrolla el tópico de las culturas que llama *poscoloniales* y su impacto en la redefinición de ciudades como Londres o Brisbane) son algunos aportes que se abren para reformular la perspectiva del *diseño regional*, ya no folklórico o tradicionalista, sino *crítico* de la uniformidad regresiva de la cultura global.

5. Crisis de sustentabilidad mundial y oportunidades americanas

En la cumbre mundial de Río de 1992, acerca del tema *Ambiente y Desarrollo*, no sólo se planteó la cuestión de la insustentabilidad ecosférica del planeta, debido al cambio climático regresivo y la degradación de la biodiversidad, sino también la cuestión de la *deuda natural*, ya que el hemisferio sur, como poseedor del 80% del capital natural del mundo, no recibe el capital que se le sustrae en términos de deterioro irreversible de su capacidad reproductiva de naturaleza. Deuda que el economista hindú Anil Agarwal calculó en trescientas veces más grande que la financiera que el sur tiene respecto del norte.

Estas cuestiones no sólo no se resolvieron sino que se agravaron en la década pasada con lo cual, al menos en la parte del mundo a que pertenecemos y como variante contributiva a una racionalización de la sustentabilidad y a una revaloración del capital natural que posee la región (por fuera de su creciente pérdida de soberanía política) resulta fundamental plantearse el concepto de *ecoproyecto*, como una noción de proyecto basado en la sustentabilidad, en el ahorro energético, en el aprovechamiento de recursos y potenciales regionales, en la maximización del uso de las capacidades locales, etcétera.

6. Nuevas dimensiones de la práctica proyectual

Las prácticas proyectuales se han diversificado y complejizado en virtud del impacto de muchas de las cuestiones antes referidas. La agudización de la brecha de desarrollo entre países y aun la estratificación de los mercados al interior de cada país, así como el incremento de la pobreza, el desfinanciamiento, el colapso de los aparatos políticos nacionales y locales, y la pérdida creciente de calidad y seguridad de los ambientes públicos urbanos, han cambiado fuertemente las *prácticas proyectuales*, emergiendo aspectos que

los arquitectos americanos –demasiado nostálgicos del completamiento de la modernidad inconclusa o seducidos por la generalización globalizada de lógicas proyectuales posmodernas– tuvimos y tenemos poco en cuenta.

Aspectos tales como la gestión y el *marketing de proyectos*, el desarrollo de ciclos completos de proyecto incluyendo la identificación de *nichos de oportunidad*, las alternativas de instalación, adaptación y aprovechamiento de condiciones aptas para desarrollo de proyectos (como la existencia de *áreas con capital fijo* importante e inactivo), la asistencia y trabajo técnico con *nuevos colectivos sociales* (como ONGs o asociaciones de consumidores o pobladores o minorías urbanas, etcétera), el desarrollo de sistemas alternativos de construcción, el montaje de empresas prestadoras de servicios y *consulting de desarrollo*, etcétera, son algunas cuestiones que redefinen el arco de trabajo de la actividad proyectual de la arquitectura.

7. El problema de los que están alrededor del proyecto

Las nuevas dimensiones de la práctica proyectual que emergen en la condición contemporánea y como efectos de los procesos que fuimos comentando, obliga a analizar más detalladamente el conjunto de *actores y factores* que orbitan el problema del proyecto y que a menudo lo facilitan o viabilizan o bien, por el contrario, lo obstruyen o imposibilitan.

Aludimos así a cuestiones como las normas urbanísticas y las regulaciones del desarrollo urbano, las políticas sectoriales del Estado y, especialmente, las de los Estados locales o municipales, los programas formulados desde los distintos sectores, o bien la definición de los cuadros de necesidades que tales programas buscan afrontar, las prácticas profesionales que definen la captación de encargos –desde los concursos hasta los *portafolios de riesgo*–, las condiciones reales y potenciales del mercado –que incluye todas las capas y dimensiones sociales susceptibles de participar de alguna manera del intercambio de bienes y servicios arquitectónicos y urbanísticos, incluyendo nuevas variantes como los abonos de servicios o las prestaciones prepagas, etcétera–. La pregunta central debería ser: ¿cómo pensar todo eso desde una perspectiva proyectual (o mejor: ético proyectual)?

8. El problema de lo que está después del proyecto

La idea renacentista/moderna del proyecto y su caracterización predominantemente prefiguracional y anticipativa de un futuro que aseguraría la consumación técnica e inmutable de aquella prefiguración, empieza a hacer agua

por varias razones, como la pérdida del concepto de *totalidad* de la idea de proyecto, su decadencia de tectonicidad (en el sentido de crisis que presenta Frampton) o el auge de la virtualidad y la condición efímera.

Aun así, el proyecto siempre supuso una entidad o producto relativamente *deformable* por el *uso/consumo*, lo que generalmente implicaba una gran molestia para la comunidad proyectual que veía estas transformaciones como degradaciones de la cualidad supuestamente inmutable del proyecto original. Solemos lamentar mucho los cambios que el uso concreto produce en los edificios, lo que implica considerar a sus propios habitantes como intrusos, desde esta perspectiva de hipervalidación del proyecto como obra de arte a preservarse de modo íntegro.

Hoy, en cambio, ha crecido una idea de mutabilidad casi absoluta del proyecto y más aún, una manera de concebirlo como instrucciones abiertas al devenir del consumo, casi como si fuera una partitura musical o un guión o *script* cinematográfico que más que una puntual realización de lo previsto implica una *performance*, un *juego* (en el doble sentido que tiene en inglés el verbo *to play*).

El proyecto, entonces, abandona su pretensión mimética y prefiguracional absoluta y en cambio se despliega una potencia estratégica en tanto instrumento crítico y operativo en el contexto de la crisis de la sustentabilidad y de la dialéctica global/local. La noción de *proyecto operativo* –que emerge tanto en el arte de sistemas como en la nueva geografía– aparece así como un dispositivo sistémico y abierto a cambios de características –ajustes *homeostáticos* diría el *pensum* cibernético– vinculadas a mutaciones de escenarios.

9. Instalaciones y adaptaciones

La suspensión o inversión de la fatalidad futurista del concepto renacentista/moderno de proyecto implica aventurarse en variantes acerca del tenor prescriptivo estricto de esa noción ya clásica de proyecto. Así, como vimos, estamos muy en camino de concepciones *abiertas* o *tácticas* de proyectos, en las que vale mucho la capacidad de configurar *instalaciones* (como disposiciones específicas en un cuadro contextual) o *adaptaciones* (como enunciaciones que pliegan lo proyectual a presiones o condiciones grandemente efectivas del contexto).

Las prácticas *reproductivas* o *retrospectivas* (como las definió Leonardo Benévolo) son otra variante, si bien no enteramente novedosa, de una actividad proyectual que no se mueve en la *tabula rasa* de la innovación absoluta sino que define lo proyectual como acomodo en lo previo (instalándose o adaptándose a sus características) y al trabajo mismo del proyecto como una transformación de la materialidad dada en una producción ya fruto de un momento proyectual originario, con lo cual podemos hablar de proyecto reproductivo o, incluso, de *proyecto de segundo orden*.

Desde luego estamos aquí en un territorio, yo diría mal adjudicado íntegramente, al discurso de las prácticas preservacionistas y patrimonialistas (que pueden tener un sentido cuando se trata de piezas únicas o elementos muy singulares del *corpus patrimonial*), pero que en todo caso rearticula alguna clase de ligazón entre la idea de proyecto y el avance indiscriminado, como menciona Andreas Huyssens, de una *pasión por la memoria*.

10. Conocimiento ecotécnico y antropológico cultural

Repensar la ciudad no como *estabilidad formal* sino como *mutabilidad funcional*, hoy aparece como el desafío de nuevas configuraciones de saberes que funden elementos tanto de raíces *ecotécnicas* (desde las viejas posturas mumfordianas hasta los aportes más nuevos de Alexander, Jacobs o Bettini) como nuevas miradas devenidas de los campos *antropológico culturales*, desde los análisis de Bourdieu y Augé hasta las investigaciones de García Canclini para la vida metropolitana en México. En realidad, no es que las ciencias biológico sociales hayan descuidado el análisis de la ciudad, de sus metabolismos e intercambios energéticos y simbólicos, sino que ha faltado una elaboración de esos estudios en términos proyectuales, básicamente en torno de dos situaciones contemporáneas, a saber, [1] el pasaje de los *receptáculos* a los *espectáculos* (donde puede uno valorar la propuesta de geógrafos como Lawrence Halprin y algunas conceptualizaciones proyectuales de Tschumi) y [2] el desplazamiento del interés de los *soportes* a los *eventos* y a nuevas articulaciones entre portación y prestación (uno de cuyos señeros en trabajarlo sería el holandés Grupo NOX).

11. Nuevos roles proyectuales en los nuevos modelos o funciones de ciudad

Las ciudades vienen afectadas por procesos y comportamientos muy distintos de la noción tradicional gravitatoria según la cual a cada actividad le correspondía, *land uses planning* mediante, un punto concreto de territorio, lo que estructuraba una manera contextual y regulada de proyectar, predefinida en las regulaciones normativas del plan.

La ciudad actual, en cambio, tanto la desarrollada como la subdesarrollada, vive en un escenario de violentas mutaciones con procesos de nomadismos, despliegue de la idea periférica de *ciudad difusa* o *ville archipel*, con sedimentación espacial de mestizajes y fusiones.

Para esta mutación de ciudad, movimientos como el *situacionismo* de Guy Debord habían identificado la posibilidad de unas prácticas diferentes,

abarcativas de la movilización política, la observación sociogeográfica y la *performance* de arte conceptual, como fueron las *derivas psicogeográficas*, las transectas, los itinerarios, etcétera, en las cuales el neoproyectista urbano, como si fuera un narrador o un cineasta, se interesaba no tanto por el congelamiento de la actividad sino por los movimientos de los sujetos.

Si bien en un plano que puede tener algunos resabios de cinismo, los trabajos urbanos –las dimensiones X y XL– de Rem Koolhaas tienen esta dirección (por ejemplo en los estudios de Atlanta o Singapur).

12. Región dentro de lo global

Un comentario final para esta reconstrucción de un sentido del proyecto en el tiempo y espacio que nos toca, apunta a valorar y fortalecer *lo regional como crítica de lo global*, no como autorreclusión folklorizante y desconocimiento de las democratizaciones telemáticas de la información.

Que somos ya todos globales es, queramos o no, un hecho casi consumado, salvo que ejercitemos alguna clase de autismo depurativo al estilo de los monjes budistas ajenos a la dinámica malsana del mundo.

La información, como decía Tom Wolfe, nos inunda y satura, es como el agua de una inundación, inevitable y generalizada. Se trata de tamizarla, según nuevas exigencias intelectuales que ya no podemos declinar, para como en el judo, usar esa fuerza en los contextos locales, en los que pueden presentárenos inéditas y múltiples oportunidades de proyecto.



Pedro Ochoa de Laguizamo,
Puerto de Yztapa,
Guatemala, 1598.



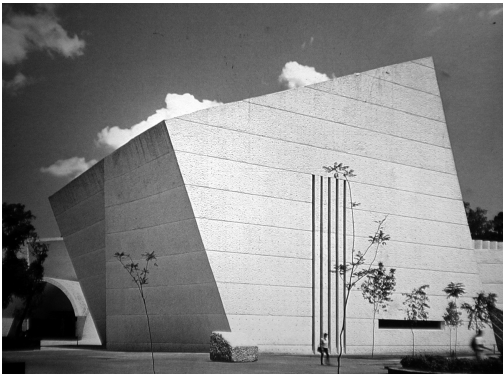
Oscar Niemeyer,
MAC Niterói,
Brasil, 1995.



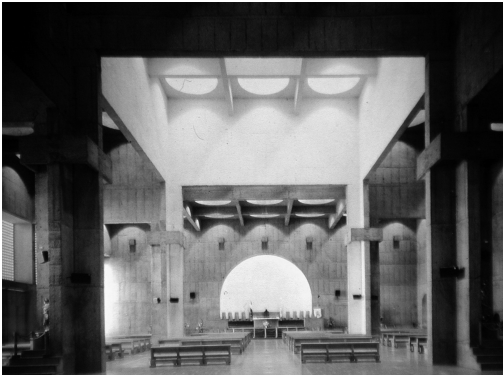
Paulo Mendes da Rocha,
Museo de Escultura,
San Pablo, Brasil, 1992.



Lina Bo Bardi,
Iglesia de Espírito Santo del Cerrado,
Uberlandia, MG,
Brasil, 1982.



Teodoro González de León,
Oficinas Banamex,
México, 1988.



Ricardo Legorreta,
Catedral de Managua,
Nicaragua, 1990.



Rafael Vallés,
*Cooperativa Viviendas
Ciudad Vieja,*
Programa Las Bóvedas,
Montevideo, Uruguay, 1996.



Estudios BLV+MSGSSS,
*trescientas ochenta viviendas
en Talar de Maschwitz,*
Buenos Aires,
Argentina, 2000.



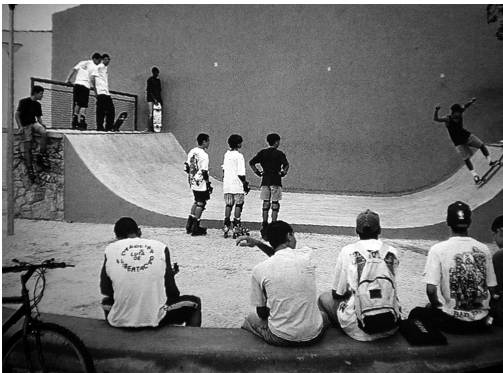
Germán del Sol,
Hotel Explora,
San Pedro de Atacama,
Chile, 1997.



Eolo Maia,
Casas de bajo costo,
Belo Horizonte, 1980.



Cooperativa Amereida,
Hospedería de La Entrada,
Ciudad abierta de Viña de Mar,
Chile, 1989.



Estudio Casé & Acioli,
Intervención en Avenida Pirané,
Ipanema, Río, Brasil, 1996.



Enrique Norten,
Centro Cultural Lindavista,
México, 1988.



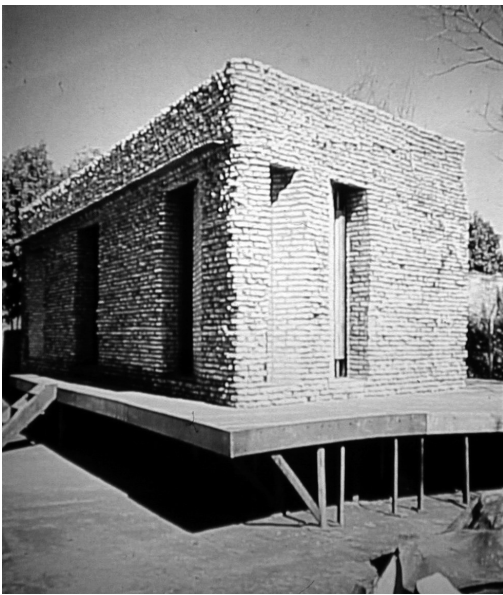
Jorge Hampton,
Casa Hampton-Cabeza,
Buenos Aires, 1984.



Estudio Boero/Fabiano/Perossio,
*Monumento al Holocausto
del Pueblo Judío*,
Montevideo, Uruguay, 1998.



Estudio Kapstein Lomboy/Muñoz Quintana,
*Capilla de la Casa de Retiro
de la Fundación Ovalle,*
Antofagasta, Chile, 1996.



Solano Benítez,
Oficinas Aliese, Asunción,
Paraguay, 1990.



Solano Benítez,
Condominios Yacht,
Asunción,
Paraguay, 1992.



Jorge Lobos,
Capilla de San Vicente de Paul,
Ancud, Chiloé, Chile, 1993.
Modalidad de minga,
doscientos metros cuadrados,
alegoría del tipo de la iglesia
chilota, madera de canelo.



Jae Cha,
Iglesia de Urubo,
Bolivia, 2000.

Capítulo 12

Saber proyectual

Lo que el Primer Mundo piensa y sueña del Tercer Mundo no puede tener nada en común, formal o epistemológicamente, con lo que cada día tiene que saber el Tercer Mundo respecto del Primero. La dependencia conlleva la posibilidad de conocimiento; la dominación, la del olvido y la represión, si bien conocimiento no es lo contrario de olvido ni dominación es lo contrario de opresión.

F. Jameson (1995:231)

El libro de Jameson, dentro de una obra crítica singular en el presente momento histórico de la *globalización* (que él entiende como estatus socio-político expresivo de la *mundialización del capitalismo avanzado*, en la que cualquier lugar del mundo carece de anteriores figuras de autonomía y todo encaja en una sistematicidad interactiva, frente a la cual, sin embargo, debe *resistirse* desde una primacía de lo *local*) versa sobre el cine, una manifestación de la cultura industrial con muchos puntos de contacto con la arquitectura: existencia de instancias asimilables a proyecto/dirección, complejidad de la producción, dialéctica entre realidad y representación (o ilusión), carácter público de los productos, geopolítica de sus características (cines/arquitecturas norteamericana, europea, nacionales, tercermundistas, etcétera), etcétera.

En mi trabajo teórico he intentado aplicar algunas características metodológicas semejantes a un análisis de la *estética geopolítica de la arquitectura*, o del modo diverso en que ésta se practica en la doble condición de la mundialización y la pertenencia a una esfera específica o local.⁶²

Al aceptar la dimensión *estética*,⁶³ estoy reconociendo un hecho actual (posmoderno, pero tanto global como local) que es el rango más cultural que productivo de la arquitectura actual, según el cual diría que la arquitectura *dice* más que *hace*, aunque según lo que *diga* o *proponga* –como el cine, la literatura, la fotografía, la publicidad, el *marketing* o las artes plásticas– pueden acentuarse tales o cuales dimensiones de cambios del habitar y del hábitat.

Pero hay que asumir esta reubicación de la arquitectura, perdido el afán utópico megalomaniaco de las vanguardias modernas (desde Williams Morris u Otto Wägner hasta la Bauhaus y el CIAM) en una dimensión cultural, más modesta, pero en la que debe garantizar su potencia. Sólo haciendo bien esa pequeña porción de la división del trabajo posmoderno, la arquitectura encontrará una dimensión de consistencia técnica y legalidad social. Y mucho mejor si lo logra hacer resolviendo aceptablemente la articulación entre lo global y lo local.

Buena parte del enfoque de Jameson y de mis propios desarrollos y aplicaciones al campo de la arquitectura, creo que pueden servir para realizar una serie de observaciones sobre los documentos que el grupo de trabajo de la Pontificia Universidad Católica de Lima, Perú, ha ofrecido como soporte de las conversaciones que se programan bajo el título “*Arquitecturas en conflicto*” y que tienden a fundamentar el proyecto de una nueva escuela de arquitectura, de la que tales documentos proveen algunos datos respecto de su propuesta curricular.

Los comentarios que se ofrecerán a continuación no pretenden configurar una reflexión estructurada, sino más bien observaciones –casi apostillas, tanto críticas como valorativas– de las ideas que propone tal documento para la discusión, en la secuencia de los siete temas ofrecidos –¿alusión mariateguiana tal vez?– y del esquema curricular.

Se trata, por tanto, de un conjunto de notas (que intentan suplir mi no asistencia a las reuniones presenciales) que matizarán observaciones sobre elementos del documento básico del seminario, junto a proposiciones, aperturas o sugerencias que tiendan a enriquecer la reflexión planteada y apunten a consolidar el objetivo de implementar la escuela.

1. Lo global y lo local

El enfoque *problematizador* del documento base del cual estamos haciendo comentarios, creo que, con las ventajas pedagógicas del caso, abusa sin embargo de un encuadre excesivamente *dualista*, por momentos maniqueísta (¿cómo evitar que el vuelo creativo resulte castrado por la culpa?). Una primera cuestión a este respecto es adoptar, desde el punto de vista principista, más que una opción frente a tan numerosas y tajantes polarizaciones, un enfoque más inclusivista y de *punte* entre las supuestas polaridades antagónicamente

presentadas. Esto es más realista e incluso más pedagógicamente consistente hoy en día, sin recaer en flexiones demasiado oportunistas o adaptativas.

Un ejemplo es la *dualización global/local*: pues bien, creo que en el ejercicio marginal, periférico, orbital o tercermundista de la arquitectura *nadie puede darse el lujo de no ser global*; esto es conocer el campo dominante de emisión de los discursos teóricos de la arquitectura. Como dice Jameson (en el libro citado analiza dos experiencias periféricas, de Taiwán y Filipinas, además del actual cine americano y europeo), hay algo que *cada día* el tercer mundo *debe saber* respecto del primero, y luego, que la *dependencia* conlleva la *posibilidad* (yo diría aquí: la *necesidad*) del *conocimiento*.

También dice que hay que diferenciar epistemológica y formalmente esa reflexión cognoscitiva del *borde* respecto al *centro*, de aquello que el centro piensa y sueña sobre el borde, que inexorablemente remite a una *desustancialización poética* del hacer del borde: la asignación *folklorizante* que los medios centrales del pensamiento hacen de la arquitectura, diseño, gastronomía, vestimenta, rituales, artes plásticas o etnomúsica que se producen en los bordes, es un ejemplo de que la relación centro/bordes no es biunívoca y, por lo tanto, que debemos dudar de la etiqueta del *realismo mágico* y de apología de etnofragmentos culturales que parecen constelarse con éxito en la idea de una *welt literatur* o *welt architektur* con la que los gurús centrales calman su teorización integrativa y diversifican sus ofertas de consumo.

Jameson, en el libro citado, dice que el tercer mundo debería no tratar de hacer (solamente) *cine de festivales*: yo diría que tampoco debemos hacer la arquitectura (equivalente a la música del tipo “*El cóndor pasa*” o “*Macarena*”...) que encaja en los menús de esa *welt architektur* de la quincha o esa gastronomía del maíz...

Un problema crucial para nosotros es entonces, como diría Lezama Lima, *deglutir lo global*, casi como prerrequisito para proyectar en condiciones locales. En un trabajo antes citado de mi autoría (Fernández, 2000), propongo el abordaje cartografiado (en términos cognitivos) de *toda* la globalidad arquitectónica como un fundamento pedagógico para poder manejarnos en el territorio marginal de un mundo unificado por la globalización, en un modo según el cual las posibilidades de una pertinencia proyectual local mediten sobre los flujos de relación y dominación centro/periferia y no con un *extrañamiento* (confundido con militancia regional o nacional) de esos flujos que lleven al folklore.

2. Peculiaridad de lo local

En el contexto precedente –la imposibilidad de desconocer lo global, en tanto figura de dominación– el caso peruano (como, de diversas formas, el

mexicano, el brasileño, el chileno, el turco, el noruego, el griego o el portugués) tiene un cierto peso peculiar, *lo local*, entendible a la vieja usanza weberiana, como persistencia de *lo cultural* frente a *lo civilizatorio*.

Aunque esta culturalidad o localismo, que obliga a o permite elaborar de manera distinta la relación con lo imperativo de lo global/civilizatorio, creo que se despliega en dos vertientes, ambas tematizadas en el documento que comentamos: *lo cultural ancestral* y *lo cultural mestizo*.

Lo ancestral es la cultura andina precolombina que por fuera del valor turístico/arqueológico, todavía funciona en países *border line* (como Perú y de un modo más acentuado en Guatemala o México) como matriz sociocultural, como elemento de modelado antropológico, que presiona o condiciona la vertiente de modernización.⁶⁴

Lo mestizo –que resulta directamente un puente de conexión modernidad/posmodernidad por ejemplo en los estudios mexicanos de García Canclini– en Perú ha derivado a un canal más antropro político, que en la línea que va desde el Sinamos hasta la Descos, ha entendido estos fenómenos más como fusiones migratorias, autorreorganización social (el *síndrome Villa El Salvador*) y aculturación socioproductiva urbana (el *otro sendero* desotiano...) que como asunto cultural que aglomera de manera *low brow*, ruralidad, marginalidad urbana y pertenencia periférica al mundo de las *mass media* y el consumo periférico global de la *mcdonaldización* del mundo.

El documento que comentamos, al contrario del entusiasmo posmoderno de García Canclini para el caso mexicano del DF y de Tijuana por ejemplo, parece cobijar un respeto por lo ancestral (no sin un dejo de nostalgia aristocratizante...) tanto como algún desprecio por lo mestizo (*la insignificancia de las arquitecturas chatas...*).

Sin recaer en la, en cualquier caso respetable, solución Villa El Salvador, creo que un núcleo del debate alrededor del cual debe formularse la articulación global/local en los casos de culturas *fuertes* (aunque *contaminadas*) como la peruana, quizá pase por el tópico del *mestizaje* (la fusión, la subculturación, los cruces, la presencia de lo rural en lo urbano, etcétera). Hay mucho terreno de innovación cultural en un programa de mejoramiento del *marketing del mestizaje*.

3. Escasez económica y austeridad formal

Esta parece ser una ecuación lógica que conduce a las estéticas *pobristas* (el *pobrimo* como expresión de la arquitectura popular de Estado que se llevó adelante en el cardenismo mexicano de Legarreta, Mendiola, O'Gorman y algo de Villagrán...) en la que sin duda existe un potencial de conducir el diseño a un realismo ligado a los *recursos escasos* o locales (que suelen no ser

escasos). Ejemplos de este realismo de recursos escasos me parece que son algunos museos de sitio que se hicieron en Perú en la última década (Túcu-me, Lambayeque, de J. Cosmópolis, 1992) o el caso del conocido conjunto habitacional Malvinas.

Ejemplo de un realismo que usando preferentemente *lo local* no termina siendo necesariamente pobre, me parece el Hotel Explora, en Atacama, Chile, de Germán del Sol. Y toda la arquitectura de intervención moderna en elementos de *patrimonio pobre* o popular/rural que se ha hecho en España (Andalucía, Cataluña, Galicia, Extremadura, etcétera), Grecia y Portugal en los últimos años.

Por estas vías se puede llegar a expresiones vinculables a las *estéticas minimalistas*, curiosamente tan en el centro del debate artístico global contemporáneo (Ando, Herzog & De Meuron, Pawson). Pero aquí hay que tener cuidado con una estética cansada y reductiva ulterior al atiborramiento del derroche que se expresa pobre o escuetamente como flexión ultrasofisticada de consumo (desde los trajes Armani hasta la música de Glas)... En América Latina hay poco espacio para la escenificación de esta arquitectura muerta (de museos...), extenuada, *trans-objetual*, cuando desde luego nuestra condición presente es más bien *pre-objetual*.

Pero quizá no convenga, desde esta lectura de lo económico pobre a nivel de recursos, dejar de lado la vertiente que algunos ligan a la recuperación actual del potencial del *barroco pobre americano* (Lezama, Gruzinski, Chiampi, etcétera) ejemplarmente tematizado desde el punto de vista proyectual, por una parte sustantiva de la obra, sobre todo nordestina, de Lina Bo Bardi, que puede desembocar en el modelo de la fiesta o espectáculo (obviamente de carácter casi inmaterial y hasta diríamos, virtual) de unas posturas de *antropo arquitectura* que tienen una larga tradición moderno marginal en planteos como los de Halprin –sobre todo, su famoso libro *RSVP* y algunos proyectos como los montajes del carnaval o Mardi Gras de New Orleans– e incluso de Alexander y sus ideas metodologizantes vinculadas a los *patterns*.⁶⁵ En el escenario latinoamericano reciente, otro ejemplo exitoso en la veta que estamos identificando aquí es el *Programa Favela Bairro* promovido en Río de Janeiro por el tándem de L. P. Conde y S. Magalhaes en los años 90.

4. Experimentación tecnológica

El catalán I. Paricio (que enseña Construcciones en Barcelona, proponiendo de paso un verdadero axioma para una escuela de arquitectura: para enseñar Construcciones hay que tener una alta capacidad de proyecto, no como suele ocurrir entre nosotros, donde quienes enseñan a construir son, en general, frustrados o torpes proyectistas...) nos dice en sus artículos que no hay nada más

caro e irracional, en la arquitectura contemporánea, que construir a la manera minimalista. De manera que, lamentablemente, no hay una vía expedita entre presupuestos mínimos y austeridad formal, sino frecuentemente, al revés.

Esto puede llegar a querer decir que una arquitectura de *baja inversión en recursos* (presupuestos mínimos, baja posibilidad de utilización de elementos industrializados de alto control de calidad, utilización mínima de tecnologías de acondicionamiento, etcétera) equivale a una investigación experimental relativamente significativa en torno de la tecnología adaptada o *low technology* casi como precondition de una forma de proyecto ajustada al realismo del capitalismo marginal.

Algunas cosas de tal capitalismo periférico –como los mercados de materiales populares, la autoconstrucción, la intensividad de la mano de obra de cualificación regional artesanal, los recursos tecnológicos locales como los cerámicos, las fibras vegetales, etcétera– inducen a profundizar su análisis en términos de montaje de *laboratorios de experimentación*, de los que me gustaría mencionar el grupo de investigación sobre el uso de la guadua en Colombia así como la larga obra experimental de Álvaro Ortega o los experimentos ladrilleros de Salmona en ese mismo país, los trabajos de los argentinos Berretta, Caveri, Faivre, Estrella Gutiérrez, Carli, Levinton, Víctor Pelli, la obra de los mexicanos Mijares y González Lobo (1999) o del célebre uruguayo Dieste, etcétera.

Todo eso, desde luego, no garantiza buenos proyectos, pero es como *un capital que hay que acumular* y que puede ser una de las mejores inversiones básicas de un proyecto de nueva escuela, si es que se sabe administrar ese capital como *combustible de proyecto*, trascendiendo una complacencia en el puro utilizar una idea tecnológica apropiada.

5. Actitudes ante la dialéctica pobreza/globalización

El documento presenta una tipología de *actitudes* ante la dicotomía pobreza/globalización que nombra *inocencia*, *neurosis* y *complicidad*. Me gustaría en este caso, nuevamente y sin recaer en la proposición de componendas espúreas, discutir la nitidez o absolutismo de tal encuadramiento o, dicho otra forma, *matizar* la autonomía de cada actitud o la necesidad de escoger inexorablemente alguna de ellas como parte de una suerte de ética de la profesión.

Parte de ese necesario matizamiento lo discutimos en los tres puntos subsiguientes, que despliegan otras tres polarizaciones deducidas de cómo proponer desde la enseñanza de la profesión una especie de ética valorativa que regulara la calidad de las prácticas de cada agente proyectista.

Me adelanto en decir que si se piensa en formas de *control moral* de tales prácticas se está incurriendo en requerir demasiado de lo que puede poner en juego una pedagogía: lo máximo a que ésta puede aspirar es proponer un

diagnóstico más o menos preciso de la realidad actual y potencial en la que se ejercerán tales prácticas y algunas ejemplificaciones o simulaciones de las mismas, de cuya contundencia didáctica (como modo de asegurar cierta *reproducción* profesional) dependerá que luego, cada actuante, resuelva afrontar tal realidad intentando reproducir lo ejemplificado o simulado en la escuela, todo en un marco muy dinámico, de cambios de la realidad y de múltiples variaciones de cada subjetividad.

Si hay buenos diagnósticos y prospecciones, y buenas ejercitaciones pasibles de ser reproducidas en escenarios reales futuros, las prácticas de los graduados probablemente tenderán a mantener cierta *conducta reproductiva*; si no, no.

Por lo tanto, hay que elaborar un *buen diagnóstico* –cargable con diversos escenarios futuros– y escoger un *set de ejercicios* (simulaciones proyectuales o interventivas), suficientemente consistentes y persuasivos en el buen sentido de la *persuasión* (que sería la capacidad de promover la reproducción de lo aprendido. Lo cual es pura ortodoxia ignaciana, dicho sea de paso). Por lo tanto, me parece que no hace falta tanta *responsabilidad* en el intento de modelar *toda* la realidad y *todas* las alternativas de intervención (proyectual).

La arquitectura tiene un peso relativamente *modesto* en ese juego de realidad/transformaciones, peso que ha disminuido sensiblemente en el siglo moderno, luego de un punto alto de cierta concurrencia entre ética socialdemócrata (y el rol preponderante de un Estado dirigido al bienestar social –que en América Latina, en el mejor de los casos, fue *populista*– dirigido a paliar los defectos del mercado) y estética funcional racionalista (el programa del *iluminismo moderno*, escasa e imperfectamente trasplantado a América Latina, precisamente porque en lugar de socialdemocracia predominó el populismo).

Dicho todo esto, pasemos a matizar lo cuestionable de las tres actitudes tipificadas. De la *inocencia*, que resultaría de *quedarse al margen*, lo que hay que neutralizar sería la desinformación, o sea, el no-saber, que significa quedarse al margen. Ahora bien, una inocencia informada, o sea, construida dentro del saber de la imbricación entre global y local, si bien puede no llegar a ser una virtud, puede constituir una alternativa estética. Es lo que suele llamarse *naïf* y me parece que aunque funcione como una especie de *alucinógeno cultural*, no es lo más grave que nos rodea en materia de actitudes.

Lo que se presenta como *neurosis* bien parece ser un modo enfermo o anómalo de *resistir*, ya que resistir (a la presión de lo global) si no llega, como presenta el documento, a una conducta enferma (neurótica), bien puede ser una actitud digna y hasta necesaria. En algún caso, la resistencia significa el despliegue de una actitud crítica que es el negarse programáticamente a una acción (proyectual) dada la no verificación de garantías para tal acción. En cierto modo, es parte de la actitud de numerosas vanguardias críticas de la modernidad, como Dada y Baader⁶⁶ y el movimiento *situacionista* de los años

60, pasando por algunas de las facetas de teóricos o utopistas modernos como Friedman o Price hasta las ideas del grupo catalán Actar.

El tercer problema, presentado como *complicidad*, en tanto *aprovechamiento de lo que se pueda*, así planteado parece ser excesivo y descalificatorio de muchas actividades *oportunistas*, en tanto dependen de acogerse a determinados estados de demanda o mercado.

Siguiendo esta línea se puede cuestionar el grado de libertad que hoy tiene el proyectista de mercado, que obviamente son casi todos, habida cuenta de la jibarización salvaje del sector público a la que asistimos en América Latina en el último decenio.

Yo creo aquí que la descalificación de esta actitud es válida si se refiere a un deliberado y exacerbado ejercicio de *cinismo*, como el que puede verificarse en la esquizofrénica (que es mucho más clínicamente grave que la neurosis) actitud exhibida por gente como Rem Koolhaas, capaz de diseccionar con precisión la miseria de la urbanidad capitalista⁶⁷ y luego, sin mediación, contribuir con sus propios proyectos a su decrepitud.

6. Dualidad pragmatismo/pensamiento crítico

El documento concretamente formula la siguiente pregunta: *¿se puede conciliar pragmatismo realista con el pensamiento crítico en una sociedad económicamente insolvente y culturalmente globalizada?* Y mi respuesta es que sí se puede, salvo que se entienda el concepto de *pragmatismo* como sinónimo de *cinismo autista*.

Hay toda una corriente ideológica actual –asociable a I. Ramonet y la publicación que éste dirige, *Le Monde Diplomatique*– que esgrime una crítica a lo que llaman *pensamiento único*, planteando que a muchos niveles (político, económico, cultural, artístico o científico) debe desarrollarse una oposición al modelo omnisciente del *fin de la Historia* (Fukuyama *et al.*), según el cual toda resistencia –a la globalización– es inútil y que hay que acomodarse, lo mejor posible, al declive del mundo uniformizado.

Las dirigencias americanas de todo tipo tienden hoy a alinearse con este modelo unívoco, de donde se deduciría una automática redefinición de cada flanco de actividad, donde el pragmatismo significa, meramente, el intento de aprovechar nichos de oportunidad.

El modelo de resistencia a la inexorabilidad de la globalización del pensamiento único se convierte, sin llegar al insurreccionalismo globalifóbico, en una forma actual de *pensamiento crítico*, de la cual deberá potenciarse, si cabe, un *pragmatismo crítico*, cuyos exponentes ya se visualizan en muchos autores que aportan un *alternativismo* del que deberíamos aprender los arquitectos; por

ejemplo Habermas y Sloterdijk en filosofía, Luhmann y Laclau en sociología y politología, Peters, Pauli y Dieterich en economía, Leff, Daly y Martínez Alier en ecología política y sustentabilidad, etcétera.

Es decir que cabe estimular el desarrollo de un *pensamiento crítico* (no único) en arquitectura y urbanidad, del que poco a poco devendrán acciones por así decir, de *pragmatismo crítico*. En este sentido, me parece que el principal problema de la arquitectura actual es reubicar su perfil de pensamiento crítico, más que reclamar supuestos espacios de oportunidad para dar cauce a su supuesta potencia pragmática.

7. Dualidad esfera pública/esfera privada

La *crisis de la esfera pública* es suficientemente conocida, por ejemplo en la obra crítica de Habermas y su reconocimiento de que las relaciones sociales son, cada vez más, únicamente *relaciones de comunicación*. En ese contexto, la crisis de la calidad física y ambiental de las ciudades –desde el sesgo que solemos darle los arquitectos– es una crisis resultante o emergente, por una parte, de la caída de lo que Lefebvre llamó *el derecho a la ciudad* y, por otra, de la consolidación de lo social como intercambio de flujos de comunicación.

Lo primero ha cancelado la idea de la calidad del hábitat urbano como un *servicio social* de respuesta a un derecho adquirido, en la larga apuesta contractual del Iluminismo: en efecto, hoy parece haber caducado la responsabilidad pública de asegurar un ambiente urbano calificado (seguro, higiénico, con amenidades y orden, etcétera), de consuno con la decadencia ostensible de la planificación urbana. La ciudad actual es, cada vez más, un ámbito de mercado, donde los servicios y la calidad básica deben *comprarse*.

Lo segundo, el énfasis habermasiano en lo social como comunicación (que el filósofo alemán presenta, en su planteo, como la utopía de una verdadera democracia social, según la cual el perfecto flujo de la información/comunicación intersocial suplantaría la imperfección de la democracia representativa o mediada), ha devenido en clientelismos mediáticos y en una paulatina sustitución del *consumo real* de urbanidad por un *consumo virtual*.

Esta es la tesis sustentada por García Canclini en uno de sus estudios (1995),⁶⁸ que constata en México DF: una serie de actividades urbanas vinculadas al uso de espacios y equipamientos públicos tiende gradualmente a ser sustituida por el consumo de espacios virtuales, fundamentalmente la televisión. Un usuario promedio de TV en México consume hasta veinte veces más que uno de Bruselas.

Estos fenómenos estarían provocando la *crisis de la ciudad pública* –como ciudad de espacios e intercambios públicos e intersociales– y *el avance de la*

ciudad privada (guetizada, recluida, reducida en la diversidad de usos públicos y en la accesibilidad a los mismos, etcétera).

Desde esta perspectiva, afrontar estudios de esta crisis de la cualidad pública de lo urbano –que en otro sentido viene a coincidir con la *crisis de inversión en capital fijo*– se presenta como una exigencia teórica singular para los arquitectos, mucho más que anteriores preocupaciones morfotopológicas acerca de la urbanidad (Rossi, Krier, Castex, Panerai, etcétera) y con la necesidad de cartografiar las nuevas condiciones con que la ciudad cohabita e interactúa con la gente. Muchas escuelas de arquitectura (Lausanne, Londres, etcétera) trabajan ya en esta cuestión.

La interfase entre la esfera pública y la privada se inserta, creo, en el tema de la *vivienda*. La vivienda ya no se puede entender como una dimensión funcional de lo urbano (un uso) ni como un *relleno* o *infill* de ciudad constelada de ciertos hitos monumentales (una forma).

Y aquí hay otro territorio de investigación experimental para la arquitectura como disciplina reformulada, territorio que sin coincidir del todo con su optimismo primermundista y posmodernista, debo decir que resulta al menos tópicamente presentado en varias investigaciones del grupo Actar.⁶⁹

8. Dualidad instrumentalización/pedagogía crítica

Esta dualidad tampoco debiera presentarse como *antinómica* sino precisamente, *articulada*. En efecto, si al síndrome de instrumentalidad se lo ve como mera manipulación de modos de insertarse acriticamente en la producción o de ser funcionales a un consumo frívolo ligado al entretenimiento o la propaganda, la forma de evitar ese funcionalismo exacerbado –incluso *naturalizado* desde la nobleza de un oficio– es un desmontaje crítico de tal inserción, de lo que puede resultar una pedagogía crítica.

Tal pedagogía puede evitar desbarrancarse en alguna finalidad paliativa piadosa como las descritas en el documento (*ignorar la realidad circundante, inculcar un modelo resistente o enseñar una complicidad decorosa*) si no reduce su criticidad a teorizar fuera de los temas del oficio y la instrumentalidad. Los ejemplos lejanos de Morris o de Tessenow –el primero en su modelo neomedievalista de las *guilds*; el segundo con su propuesta de una *arquitectura burguesa provincial*– si bien con su carga de romanticismo, ayudan a entender cómo se anuda una plataforma teórica con unos modos prácticos e instrumentales de ejercicio del oficio. Hoy los nichos de oficio son otros y encubren algunos peligros de adaptación acrítica, pero hay que asumirlos.

Por ejemplo, el arquitecto debería conocer algo de *marketing* de productos urbanos, de términos de circulación de capital y retorno de inversiones, de

captura de nódulos difusos con rentabilidad diferencial alta, etcétera. Mejor sería que los conozca y pueda ser capaz de operar esos niveles instrumentales aprendidos en un formato curricular sistemático y crítico y no que tenga que debatir con estas realidades desde su candidez ligada a cuestiones de formación hoy anacrónica.

9. ¿Cómo hacer ciudad?: compatibilidad arquitectura/ciudad

Varios tramos del documento tratan de la *insignificancia* de la ciudad tercermundista, de sus *arquitecturas chatas* en torno de una producción *instantaneísta* del hábitat y de una generalizada recurrencia a una cualidad de *irrelevancia anodina* o *caricaturesca* de la arquitectura urbana. Me parece que este argumento tiende a sobrevalorar la potencia de la arquitectura (en tanto disciplina, digamos, formal y sujeta a ciertas clases de reconocimiento, como las revistas, los concursos y premios y lo considerado de calidad según los parámetros escolásticos) como *modeladora* y *controladora* de la ciudad tercermundista. Tampoco lo fue en la ciudad socialista ni lo es de la ciudad primermundista, donde el peso real de la ejemplaridad del pensamiento arquitectónico oficial también es muy bajo, aunque su relativa calidad de urbanidad dependa de otras cosas, tales como cultura ciudadana.

Dicho esto, no está mal que la arquitectura se proponga estos fenómenos como objetos de estudio e investigación –ya que, por otra parte, de ello no se ocupa ninguna otra disciplina, la mayoría excesivamente abstractas respecto de lo espacial, como la economía o la sociología– pero es exagerado que se formule un modelo fáctico de aprehensión/control de tales dinámicas y que se preocupe tanto por no garantizar efectos concretos en la reversión de estas tendencias a la baja calidad urbana.

El peso fáctico real de la arquitectura es muy bajo (en la periferia de Buenos Aires, una ciudad bastante formal por otra parte, apenas un 3% de la masa edilicia construida, según los permisos concedidos, está a cargo de arquitectos de los que, a su vez, una fracción mínima responde a los cánones de calidad disciplinar de revistas, escuelas, reconocimiento, etcétera) y esta circunstancia no va a atenuarse con actitudes voluntaristas presuntamente articuladas con modelos, ejemplos y muestras de arquitectura cuya *reproducibilidad haría ciudad*.

Esa fue, en todo caso, la apuesta de la modernidad (Le Corbusier, Mies, Gropius, Hilberseimer, etcétera) y con toda su potencia cultural, conocemos bastante del fracaso en haberse erigido en modeladora/controladora de la modernización de las ciudades desde los años 50 en adelante. Entonces creo que la arquitectura que se enseñe en una escuela debe [1] ofrecer una teoría de la ciudad real, [2] maximizar la formación en relación con oficios e instrumentos susceptibles de incidir

cuanto puedan en esa ciudad real y [3] definir críticamente criterios de calidad de los objetos que sean efectivamente proyectados por sus formados, sin excesivas demandas respecto del modelado y control de aquella ciudad real, al menos en el presente estado de reconocimiento social, cultural y político de la disciplina y de los términos concretos de la accesibilidad económica a sus servicios.

10. Sobre el caos expansivo de las megalópolis

Se dice que la expansión megapolitana limeña está compuesta por un 70% de su superficie ocupada por autoconstrucciones, en un proceso que lleva ya medio siglo, y que esta clase de desarrollo se consumió al margen del planeamiento y de la arquitectura.

Probablemente por tal razón el proceso descrito haya sido posible e, incluso con sus limitaciones, haya supuesto para sus sujetos constitutivos –migrantes campesinos– una mejora de sus condiciones originarias y para la economía urbana la clave del montaje del fenómeno de la *informalidad*. Creo que no vale la pena formular un reclamo a favor de la arquitectura, ya que ésta no estaba equipada ni lo está para intentar mejorar tal construcción de ciudad: su programática, en cualquier caso, dependería de una inversión que no existió ni puede existir hoy día.

La solución moderna para la expansión o ensanche periférico –desde los múltiples programas de hábitat colectivo en *monoblocks* hasta el experimento Previ– con pocas respetables excepciones, no podía hacerse cargo cuantitativamente del acomodamiento urbano del drenaje campo/ciudad: aun si anteponía una moral *existenz minimum* en lo proyectual, se salía de presupuesto y sólo engendraba respuestas del tipo clase media, con una respetable capacidad de ahorro.

El habitante megapolitano tercermundista tiene una capacidad de ahorro microscópica así como creatividad y capacidad de ofrecer sobrefuerza de trabajo, además de la recreación de formas cooperativas o solidaristas como el régimen de *minga*: pero nunca hubo ninguna clase de organismo financiero que a la manera del Granmen pakistaní, confiara en ese ahorro homeopático o en especie, para financiar el largo plazo.

En Estados Unidos cualquier migrante, hasta quien dependa transitoriamente del seguro social, puede acceder a una operatoria hipotecaria de cincuenta años o al *leasing* de una *roulotte*; en América Latina eso no ocurrió nunca y los pobres quedaron librados a su autoorganización en la que, como dice el austromexicano I. Illich (1980),⁷⁰ *profesionales abstenerse*.

Frente a esta realidad se me ocurren unas pocas reflexiones acerca del rol del planeamiento/arquitectura, a saber: [1] hay que imaginar otras formas de ac-

tuación (microplanificación, descentralización, acupunturas urbanas, *design by community*, micropréstamos tipo Banco Granmen, etcétera, por nombrar sólo un *set* de iniciativas probadas) en cuanto a la planificación, que debe ser del tipo gestonaria y más recursística que espacialista, [2] la arquitectura –en su espesor disciplinar actual y socialmente reconocido– debe cesar de reclamar un espacio del que no puede hacerse cargo (el orden de la ciudad o de la megaciudad) y limitarse a experimentar, investigar y proponer células de actuación, que tal vez puedan reproducirse pero que nunca van a poder sustituir lo fáctico de la autoorganización socioproductiva (unos ejemplos podrían ser la investigación habitacional de McDonald, Castillo, Vergara o San Martín⁷¹ en Chile o la de Viva en Venezuela, las microsoluciones sandinistas tipo fogón Lorena o la acción del cooperativismo uruguayo de los años 70, pero tampoco esperemos demasiado de este tipo de experimento que nuevamente se centran en modelos de clase media baja) y [3] hay que controlar el cinismo de *estetizar la autoconstrucción*, o sea, cosmetizar y apropiarse de modos que sabemos que funcionan mejor sin arquitectura.

11. ¿Qué historia? Local, global. Referencialidad, evidencias

En esto, sin que se me acuse de *padecer la argentinidad* y más bien en acuerdo con las reflexiones de Jameson con que abríamos este escrito, no tengo dudas: no podemos más que *conocer toda la historia*, en parte por la circunstancia de centrifugación que se anteponía a esa noción exógena nombrada América que debió sufrir como *laboratorio de modernidad*.⁷² Curiosamente al contrario del primer mundo (que puede escoger una vía regionalista/localista a la modernidad), esta parte del tercero, nace universalizada.

De todas maneras, obviamente no es lo mismo una historia global o globalizada engendrada desde la perspectiva de la dominación que desde la de los dominados: incluso Benjamin llegó a decir que sólo hay la historia de los vencedores.

De modo que este dilema exige una historización propia, cuya potencia debe abarcar (o fagocitar, como decía Lezama Lima) lo central. En algún caso incluso uno puede escoger cómo contar la historia: por ejemplo, el número de oro o la serie de Fibonacci afortunadamente los podemos explicar con los proyectos albertianos o con el Palacio de Puruchuco.⁷³

Desde luego, esta fagocitación de una historia globalizada (no globalizante) de las formas de asentamiento (urbanismo y arquitectura) no excluye sino que exige la multiplicación de lo microhistórico, en tanto acogimiento de una especie de aquí-ahora que dé cuerpo a una contextualidad que restrinja una tendencia inmoral al extrañamiento.

En este sentido, no creo que las microhistorias deban ser de una ejemplarización reproductiva, sino más bien de aportación de la contextualidad

cultural, del reconocimiento del cómo se resolvió una estrategia determinada de construcción local de alternativas de hábitat.⁷⁴ Con esto quiero decir que no recomiendo una historicidad pro proyectual al estilo de Rossi (respecto de la Lombardía) o de Krier (respecto de Stuttgart y Viena).

12. Homogeneidad de la modernidad

Hay dos menciones del documento base que estamos discutiendo que parecen puestas al pasar pero cuya reflexión me parece imprescindible: en un pasaje se lee *la arquitectura siempre es una sola* y en otro,... *una concepción de modernidad que sea homogénea y no esquizofrénica*.

Polémicamente diría que *la arquitectura nunca fue ni será* (creo) *una sola y que abogaría por una concepción de modernidad que sea heterogénea, y no por ello esquizofrénica*. Aquí me atrevería a sostener que nos haría falta, en una reteorización de la arquitectura, hacer el esfuerzo de *relativización de la cultura* que Foucault se propuso en general respecto de otras manifestaciones quizá más importantes que la arquitectura en la urdimbre histórico cultural, como la lingüística, la economía o las ciencias naturales, formidable proyecto antiglobalista *avant la lettre* que el filósofo francés emprendió en sus libros *La arqueología del saber* y *Las palabras y las cosas*.

Esto no supone contradecirnos con nuestra anterior postulación acerca de la necesidad de una historización abarcativa de la totalidad civilizatoria, capaz de dar marco a la especificidad de las relatividades culturales, sino que pienso que conocer todo y a la vez efectuar reflexiones acerca de los flujos de dominación centro/periferias, es integradamente la forma de no caer en actitudes esquizo, del tipo hay que hacer tal cosa pero... no podemos.

La construcción de una conciencia relativista no conspira contra la cientificidad única de una plataforma conceptual ni con principios ligados a un humanitarismo iluminista, sino que pretende establecer las brechas o simas que, debido a tales flujos de dominación, alejan o dilatan la perspectiva de una modernidad homogénea.

Para recorrer esta exigencia dual –de un sesgo que nombraríamos de modernidad situada, en tanto capaz de negarse a la omnipotencia del pensamiento único– me permito recomendar un ensayo que sobre la arquitectura compuso A. Wellmer,⁷⁵ quizá uno de los últimos y actuales exponentes de la escuela de *pensamiento crítico* de Frankfurt en la que descollaron Adorno, Horkheimer y Benjamin.

13. Tectónica versus virtualidad efímera

El mundo cotidiano, como dice Virilio,⁷⁶ es un mundo signado por la *velocidad*. Algunos arquitectos, como Tschumi, consideran que frente a tal hegemonía, a la arquitectura le cabe reformularse en términos de aceptar el *movimiento browniano* de las personas, condenadas a una especie de fibrilación permanente en la metrópolis moderna, carentes de *morada* –en el nostálgico sentido heideggeriano– y acuciantes de movimiento. Las películas de Rohmer o Wenders y la antropología críticamente descrita por Augé (1994) y Houellebecq (2000) hablan respectivamente de los *no lugares* y del *mundo como supermercado*.

Desde esa perspectiva, una arquitectura *posible*, casi residual, remedará la virtualidad del cine y se propondrá ofrecer escenarios mutantes para el repicar incesante de ciudadanos/consumidores en movimiento perpetuo, como las *follies* que representan puntos de rebote en ese espacio posmoderno modélico que Tschumi nos propone en su parque metropolitano parisino de La Villette. Allí la tectónica, la pesadez, la permanencia o la inmutabilidad de los anclajes habitativos ya no tiene ningún sentido.

Otros autores –recuerdo aquí a P. Sansot (1999)– proponen un *elogio de la lentitud*, una clase de resistencia cultural ligada a rechazar la mutabilidad parpadeante, el mundo visto como *video clip*, la vida entendida como *nomadismo maquínico* (a decir de F. Guattari, 1996).

En arquitectura, el enérgico manifiesto de Frampton (1999), transido de *nostalgia* (que en griego quería precisamente decir dolor de exilio, extrañamiento del *locus*), reelabora el concepto de *tectónica*, que al modo semperiano, no debería querer decir única y exclusivamente anclaje al suelo, sino más complejamente, entramado o urdimbre de las envolventes del hábitat, a partir de lo que propone una reconstrucción de un *modus* proyectual que implica reconocer y avalar *una* de las historias posibles de la modernidad (Wright, Perret, Mies, Kahn, Utzon, Scarpa, etcétera).

La disolución de la arquitectura en información –la tentativa de la digitalidad virtual– es obviamente una de las alternativas del futuro del *métier* proyectual, que convierte el oficio en una analogía del *regisseur* o montajista de efectos visuales y armado de *simulacros*.

En otra dimensión sobreviviría, creo, una arquitectura cuya proyectualidad no es sino una consecuencia de su ser matérico, de su existencia constructiva, para la cual evidentemente la representación es mediación instrumental y no fin en sí mismo.

14. Sobre el campo de enseñanza del proyecto

En las últimas seis notas de este escrito, atento al propósito concurrente de la convocatoria, tendiente a discutir un borrador curricular destinado a fundar una nueva escuela, me gustaría centrarme en formular algunas conclusiones derivadas de las reflexiones precedentes pero dirigidas a una clase de sugerencia en cuanto a cómo organizar los campos didácticos del proyecto según tal borrador.

Ciertamente, como es tradicional en las escuelas demasiado tensadas por la formación profesional, el campo del proyecto puede verse como el más estratégico de un currículo y, a su vez, esta seriedad suele relacionarse con una estrategia proyectual simulatoria, cuyo origen sin duda la liga al modelo pedagógico de la Bauhaus: en efecto, para aprender a *hacer* (proyectar) arquitectura, la base pedagógica consiste en *simular* (jugar) ejercicios relativamente *homólogos* con el hacer profesional real.

Así, incluso, suele eslabonarse esa secuencia simulatoria en base a una progresión que va de lo pequeño a lo grande, de lo arquitectónico singular a lo colectivo o urbano y de lo simple a lo complejo. Aquí hay dos cosas que discutir: [1] la *estrategia de simulación* y [2] la *graduación de la complejidad escalar* como modelo evolutivo de aprendizaje. Ambas cosas están en crisis.

Respecto de la *simulación*, si se mantiene ese modelo, hay que profundizar la caracterización de la simulación: programa, sitio, comitente, tecnología, presupuesto, financiamiento o rentabilidad, grado de replicabilidad o reproducibilidad del módulo proyectual escogido, *marketing* del proyecto, representación, grado de simulación del trabajo en términos de negociación y consenso, manejo del cuadro de normativas municipal, etcétera, son algunas de las cuestiones en las que intentar establecer una epistemología del aprender lo proyectual. Desde luego, hay que controlar la didáctica ligada al *enseñar a pescar*, no a *acopiar pescado*.

La *secuencia de incremento de complejidad* podría ya no ser necesariamente vinculable a una especie de evolución escalar, sino que tal epistemología de aprendizaje proyectual puede más bien preferenciar una graduación de la complejidad (representativo de lo real) de los condicionantes del proyecto, no tanto un mero agrandamiento de sus escalas.

Por ejemplo, respecto de la selección de una localización, de la creatividad tecnológica o de la proposición de un ciclo de retorno de capital invertido, pueden establecerse niveles sucesivos de complejidad de análisis, incluso sobre una misma escala de trabajo.

También sería recomendable que la escuela tuviera algo así como *laboratorios de proyecto*, quizá formulables como ámbitos de investigación acción resultantes de acuerdos o convenios que por fuera sean manejados profesio-

nalmente (por ejemplo por proyectistas/profesores, como es habitual en el Politécnico de Milán), y que tales laboratorios permitan insertar los ejercicios de alumnos dentro de metodologías más integrales: a veces, el alumno no tiene que *hacer* todo, sino *conocer* todo aquello que se liga a la complejidad del accionar proyectual real.

En las escuelas desprovistas de la obligación de garantizar *sine qua non*, la matriculación profesional –como ocurre por ejemplo en la *Architectural Association* o la *Bartlett School* de Londres, la *Cooper Union* de Estados Unidos o la Carleton de Canadá–, el nivel de experimentación pura del ámbito de los talleres de proyecto crece considerablemente y los resultados creativo innovativos pueden ser mejores que con los métodos de tipo simulatorio.

15. Sobre el campo de enseñanza de la historia y la teoría

En las escuelas más *experimentales* que *profesionalistas* –e incluso en algunas profesionalistas de alto nivel intelectual como el Politécnico de Milán, la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona o el *Masachussets Institut of Technology* de Estados Unidos– el peso de los cursos de teoría e historia es mucho más significativo que en las escuelas tercermundistas, sobre todo en los últimos veinte años, casi coincidiendo con una especie de imperativo *presentista* sin duda ligado a dar forma al proceso de frivolidad de la arquitectura posmoderna y su enseñanza.

No hemos tenido entre nosotros, en tiempos recientes, ningún profesor equivalente a Rowe, Boyarski, Rykwert, Frampton, Patetta, De Fusco, Dal Co, Tafuri o Benévolo, dicho esto con respeto hacia quienes dictan estas cátedras entre nosotros, incluso yo mismo.

Y esto no es una cuestión casual: así como Stirling confesó que no hubiera llegado a ser lo que fue sin las enseñanzas de Rowe en Liverpool, aquí lo que impera es un creciente desprecio hacia los estudios teórico históricos de la arquitectura, a la sazón, el único campo de conocimiento capaz de dotar al equipamiento técnico del proyecto de la suficiente capacidad crítica y del espesor intelectual.

Casi parece interesar un despojamiento de toda armadura cultural para darle verdadera fuerza al proyecto. Por eso me parece complejo, pero esencial, reinsertar este campo de estudios en un protagonismo del cual únicamente podría emerger algo así como una conciencia ética del proyecto y, a la vez, un grado de matización de ese nudo que supone ser la confrontación de la civilización global y la cultura local.

Esto no es un problema de *erudición* (saber todos los chismes de la historia...) ni de *enciclopedismo* (empaquetar en cursos temporales toda la historia como una cabalgata épica) sino organizar una vertebración del

modo de conocimiento histórico de la arquitectura, que resulta ser el único susceptible de cierta cientificidad.

La uniformización planteada de historia y teoría puede resultar discutible, ya que no son necesariamente dimensiones articuladas: la teoría, siendo históricamente situable, no es un subproducto de la historia o no debería entenderse como una mera enunciación del modo en que históricamente se teorizó la arquitectura. La teoría (de la arquitectura) está más cerca de la obligación de una construcción epistemológica del saber proyectual y de su consumo o recepción social, que de la vertiente conceptual que puede quedar como un sedimento histórico de los proyectos realizados.

Tiene también que ver con la lógica o con los modos lógicos de construir un pensamiento, o las operaciones que otorgan sentido a un hecho proyectual, desmontando la perspectiva esoterista de una praxis hermética, gestual o exclusivamente emergente de actos de genialidad.

En arquitectura muy poca gente puede decir lo que decía Picasso de su modo de trabajo: *yo no busco, encuentro*. El *buscar*, o sea la forma laboriosa de ejercer el oficio en el 99% de los mortales que quieren ejercer la arquitectura es un horizonte clarificado por la teoría.

16. Sobre el campo de enseñanza de construcción y estructuras

En este ítem me gustaría reiterar la idea antes vertida acerca de la necesidad de que quienes enseñen a construir sean muy diestros en proyecto y no que este campo quede en manos de arquitectos *no-natos* o técnicos que lleguen a lo constructivo de una forma desapasionada o meramente descriptivo enunciativa (recitar los catálogos de materiales y procesos existentes...).

Por un lado, resulta así indispensable fundir el aprendizaje de lo constructivo al trabajo del proyecto, de modo de no proyectar en abstracto y luego *vestir* o *resolver* con materiales y enfrentar como una adivinanza la resolución de cada detalle. La sistematicidad de la arquitectura, cuya materialidad concreta define la cualidad del proyecto, obliga a romper la secuencialidad abstracta entre *proyectar* como resolución tipo-topológica (geométrica) y *construir* como una serie de operaciones ulteriores.

De aquí se vuelve, según creo, al anterior debate entre tectónica y simulacro; en ese sentido el texto antes comentado de Frampton es útil no sólo porque presenta un manual de detalles constructivos en los que se condensa la experticia e innovación de la modernidad, sino que los presenta como el núcleo central de la toma de decisiones del proyecto.

Deseablemente entonces, quienes enseñen construcciones tienen que saber proyectar (bien) y, además, convendría estrechar al máximo el cursado de

ambas líneas de modo que si se adhiere al sistema de simulación se logre asimismo recuperar la imbricación que hay (o debiera haber) entre el desarrollo de un proyecto, la reflexión de su constructibilidad, la selección de materiales y procesos y la consulta con estructuralistas, como habitualmente ocurre en un despacho de arquitectura.

Agrego aquí que no me parece atinado separar en dos áreas construcción e instalaciones, ya que ambas cosas –*portación y prestación*– hoy tienden a estrecharse cada vez más, sobre todo en el contexto de un proyecto signado por la búsqueda de *sustentabilidad ecológica*.

17. Sobre el campo de enseñanza de territorio y urbanismo

Este campo plantea el problema (y la oportunidad) de presentar modos o formas de administrar la gestión y transformación de territorios y ciudades *después* de la *crisis del plan y del urbanismo*, como disciplina dominante en buena parte de la modernidad. Las teorías de la localización de actividades y los factores de regulación del uso del suelo hoy han sido superados por la doble dinámica popular e inmobiliaria especulativa con que se mueven las ciudades. Se presenta, entonces, la oportunidad de trabajar de otras formas este campo: desde las teorías operativas del paisaje (McHarg, Yeang, etcétera) hasta la planeación estratégica, desde las agendas locales XXI hasta el análisis de las huellas ecológicas y las capacidades de carga urbanas.

También es posible centrarse más en aspectos de *gestión* que en los de *planificación* y en ellos incluir el debate sobre formas de participación, descentralización, control sustentable de la expansión de los bordes periurbanos, análisis de oportunidades de desarrollo urbano, teoría de la renta urbana, etcétera. Sin más me remito a una serie de trabajos de mi autoría (Fernández, 1999; 2000a; 2001a) en el contexto de la dirección que ejerzo de la Maestría en Gestión Ambiental Urbana en las Universidades de Mar del Plata y Córdoba y la Carrera de Posgrado en Gestión Ambiental Metropolitana que conduzco en la UBA.

18. Sobre el campo de enseñanza de tecnología y expresión

Aquí repito mi anterior observación acerca de fundir lo tecnológico en un solo campo, ya que no me parecen agrupables las cuestiones referidas a las instalaciones y la representación, salvo el común uso de tecnologías, incluso de *infotecnologías*. En segundo lugar, creo que es útil desarrollar una conceptualización del modo de representación que surge de las utilidades digitales ya

que su impacto sobre las transformaciones será similar o superior al impacto de la forma perspectivica en el proyecto del Renacimiento.

Es decir, probablemente sea razonable *enseñar únicamente representación por medios digitales* (ya que, en cualquier caso, ello ya se está verificando en la práctica real) siempre y cuando se tenga presente críticamente sus limitaciones gnoseológicas y su instrumentalidad no abarcativa del modo de concepción de la idea proyectual, ya que la digitalidad en cuanto herramienta se limita a la representación de ideas concebidas por otros planos de conceptualización, no a la ideación misma del concepto proyectual.

19. Sobre el campo de enseñanza de las humanidades

En este último campo, si bien puede verse como un residuo tradicional de la organización de la universidad humanista, sugiero que deben centrarse algunos tópicos ligados con el *análisis crítico de la condición contemporánea*, algunos de los cuales fueron mencionados al pasar de este texto, pero que requerirían cierta sistematicidad, tales como la presentación del concepto de globalidad y la perspectiva del pensamiento único y su crítica, el desarrollo de posturas actuales de politología y sociología ligadas a nueva contractualidad social, posdemocracia, sociedades de riesgo, esfera de lo comunicacional/social, etcétera, la presentación de un curso sistemático de estética (por ejemplo, siguiendo la línea de la *Teoría Estética* de Adorno y otras aportaciones: Jauss, Subirats, De Man, Derrida, Wellmer, Krauss, Jameson, etcétera), etcétera. En resumen, creo que un campo de humanidades debe ser un *retablo crítico* de apertura a la complejidad del mundo real actual y global/local, en el que la arquitectura debe encontrar su lugar y su potencia.

Notas

⁶² Se trata de dos series de seminarios, el primero orientado a estudiar el mapa mundial de las lógicas proyectuales de la arquitectura (que culminó en el libro Fernández, 2000) y el segundo más dirigido a precisar la diseminación local o regional de algunos paradigmas globales de proyecto, que bajo el título *Después de la Posmodernidad* tuvo un primer reciente dictado en la Facultad de Arquitectura de Montevideo en julio de 2002.

⁶³ Vale la pena recordar la relevancia que Adorno reconoce a la dimensión estética, como espacio preferente capaz de desplegar una crítica a la cosificación del mundo de las mercancías en que devino –o se consumió– la modernidad. De modo que en su póstuma y definitiva *Teoría Estética* (1983) se pueden leer los fundamentos, no del elitismo marginal de lo estético, sino de su central protagonismo intelectual y crítico en la modernidad. Desde una perspectiva más filocientífica, K. Popper, el pope de la epistemología asociable al liberalismo capitalista, reconoce cierta simetría entre ciencia y arte, en cuanto a su potencia cognoscitiva del mundo real (Popper, 1972).

⁶⁴ En la tradición ensayística peruana la colisión andinidad/modernidad creo que sigue siendo lo más original en términos de etnofilosofía y de crítica social: desde Galindo hasta Neira, con un peso sustantivo

me parece, de los coloquios promovidos por H. Urbano en el CBLC de Cusco. C/r entre otras antologías, Urbano (1991) y otra que se abre a la discusión de una posible estética andina, Urbano (1993).

⁶⁵ Una versión reciente de esta conducta casi extraprofesional puede verse en un extraño librito compuesto por D. Sucher (1995), que es casi un libro de recetas (de cocina) urbanas, basado en el descubrimiento y proposición de miniacondicionamientos urbanos que, semejantes a los *patterns*, según cierta repetición acumulativa engendrarían mejoras de la calidad de vida urbana mucho más significativas que las que devienen de las megalomanías urbano arquitectónicas. De paso, quisiera recordar aquí el modelo de las *acupunturas urbanas* que en Estados Unidos se conocen bajo el rótulo *Design by community*, pequeñas intervenciones auspiciadas desde el sector público municipal o desde asociaciones profesionales como la AIA que, sobre todo en los años 80, engendraron una arquitectura con la gente y sus necesidades de mejoramiento puntual de condiciones de vecindario.

⁶⁶ Véase el librito de Y. Conde (2000), en el que, bajo el aspecto del libro de tesis de graduación del joven arquitecto ya desaparecido Yago Conde, se presenta una investigación muy primermundista acerca de investigaciones alternativas de diseño (ligadas, por

caso, al experimentalismo de la música de J. Cage), pero que contiene el germen de una idea teórica de arquitectura que se relaciona con ciertas exigencias éticas y no con una voluntad fáctica absolutamente determinante.

⁶⁷ Léase, por ejemplo, Koolhaas (2000): una cáustica y precisa presentación de la mala calidad urbana de la ciudad moderna. O bien, Koolhaas (1995). Paralelamente, estas descripciones dantescas no obstan para un ejercicio amoral de la arquitectura en las ruinas, incluso acentuando o acelerando la regresión y colapso de los ámbitos analizados: *c/r*, A. Zaera Polo (1992). En el capítulo 9 de Fernández (2000) efectúo un análisis crítico de esta dualidad entre diagnóstico crítico y proyectualidad irónica o adaptativa a tal escenario, en Koolhaas y también en Tschumi.

⁶⁸ Un trabajo más detallado para la ciudad de México es García Canclini (1998).

⁶⁹ Me refiero a los siguientes trabajos de antologización: M. (1998) y M. Gausa - J. Salazar (1999).

⁷⁰ Especialmente el segundo capítulo del segundo título (Desempleo creador): “*Los servicios profesionales inhabilitantes*” (p. 129).

⁷¹ Es muy interesante como recuento y propuestas de y para las posibilidades de una arquitectura para el mejoramiento de la calidad habitacional del hábitat periférico el libro de E. San Martín (1992).

⁷² En mi libro (Fernández, 1998), sostengo y trato de demostrar tal hipótesis según la cual es en América donde se sustancia uno de los ejercicios experimentales más completos de las ideas que cimentaban la utopía moderna, empezando desde luego, por la relación de la *utopía* de Tomás Moro con la México de fundación hispana: el *no-lugar* o *u-topos* europeo era, en rigor, un lugar a proyectar en América.

⁷³ Esto es lo que se hizo en un viejo opúsculo universitario limeño firmado por A. Wakenham Dasso.

⁷⁴ En su relativa modestia me parece recomendable el tipo de trabajos microhistóricos como el que realizaron E. Bonilla y M. De la Torre (1988), en un libro promovido por el Ininvi, bajo la coordinación entonces de A. Ortiz de Zevallos.

⁷⁵ Es una conferencia pronunciada en Trømso, Noruega, bajo el título “*Arquitectura y territorio*”, incluida en la antología de ensayos de Wellmer (1996).

⁷⁶ P. Virilio, que es arquitecto en su origen disciplinar, tiene varios libros; de ellos me parece bastante comprehensivo el que exalta la cuestión de la visión: Virilio (1989).

Capítulo 13

Arquitecturas Narrativas

El proyecto entre lo ontológico y lo referencial

Hace unas cuantas semanas Fernando Diez puso un llamado/interrogante para este ejercicio cuando me invitó a colaborar en un número de *Summa+* dedicado a *las arquitecturas narrativas, es decir*—explicaba Fernando— *opuestas a aquellas llamadas en la jerga proyectual, arquitecturas de partido*. Esto me lo escribió en un *mail*, casi como algo natural, que él daba por sentado, pidiéndome que escribiera al respecto.

A mí el tema enunciado no me resultaba tan natural y empecé a pensar en la *oposición narración/partido* como algo que tal vez permitía un nuevo ángulo de enfoque epistemológico de la *naturalidad de lo proyectual*, como cuestión tanto conceptual como metodológica.

Y, a la vez, abría un aspecto a mi juicio altamente teórico, en el corazón de un debate bien casero como aquel que tan cómodamente identifica una manera de proyectar *porteña*—si no argentina— claramente alineada con la *arquitectura de partidos*, esa que producía proyectos topológicamente potentes, de una manera económica casi gestual, que además había servido para ganar concursos, en base a *trovattas* de esa clase (los peines o tramas de hospitales solsonianos, las zooformas testianas, los ejes o claustros del reciente concurso de la casa de gobierno de Córdoba, etcétera).

Hace como veinte años, Frampton había definido la arquitectura de Buenos Aires como una arquitectura gestualista, de partidos, de esquemas muy fuertes y económicos como, dicho sea de paso, parece impregnarse la producción de los escritos borgeanos, en la línea de ese apotegma corbusierano que circuló en la Buenos Aires de los años 30: *un buen proyecto cabe en un boleto de tranvía*.

Así que, desembarcado en la temática de Diez, me puse a organizar algunos temas de debate posibles acerca de tal oposición, lo que en el estado en bruto de los mismos,

dada la convocatoria antedicha, se organizan en las diez notas que siguen.

Empiezo por decir, en primer lugar, que la formación de la UBA de los segundos 60 (una facultad que abrevaba de Mies y Le Corbusier, aptos para arquitecturas de cualquier talante ideológico de entonces) engendró proyectistas sin otras respuestas productivas que las ligadas al concepto de *partido*, una simplificación topológica interpretativa de programas con una serie de pruebas de cómo tal metaforma *soporta* lo funcional. Incluso este método de trabajo goza de una economía de procedimientos que, aun al costo de cierta arbitrariedad, garantiza resultados mejores según la mayor intuición del proyectista acerca de la relación entre metaforma y funcionalidad.

Un caso relevante de esa formación y del uso eficaz de la técnica de los partidos se da en la obra de Viñoly, cuyo trabajo de la última década estudié en otro artículo (Fernández, 2001b).⁷⁷ Pero esa *naturalidad* no es tan así, según algunos de los argumentos que siguen, casi en un registro axiomático aforístico que seguramente requerirá en su momento el paso del modelo telegráfico de este ensayo a una fundamentación más detallada.

1. Lo clásico como mimesis: efectos de la representación re-productiva

Ya es clásico –en Nietzsche o en Heidegger– que lo estilísticamente *clásico* se identifique con la búsqueda del canon, proceso del cual el teatro de Eurípides, entendido como organización canónica surgida de la estabilización de lo diferente, neutralización ejemplarizante de lo malsano de negar los tabúes –como el incesto practicado por Edipo– o el proceso de control de la negatividad de la *hybris*, puede verse como la arqueología de la *estética mimética*, que más adelante autores como Auerbach (1995)⁷⁸ extienden al *modus* intrínseco de la cultura occidental.

De un origen moral, el drama de narrar lo malsano, de desestabilizar la cultura establecida, se convierte en método estético, visible como eterna repetición de la reproducción de una naturaleza *buena* o despejada de las pulsiones de su imperfección ética.

Freud, a caballo de la *belle époque* –momento socioculturalmente transgresivo excepcional– construye su teoría del análisis como práctica de reconocimiento de lo canónico de lo híbrido y marginal (como aquello no sujeto a los tabúes) y reconduce en el nuevo campo temático del inconsciente su trabajo clínico como un *analogon* de la clásica conducta estética de imitar una naturaleza despojada de la inmoralidad precultural del tabú.

Del estatuto grecolatino de esta manera de concebir un conjunto de prácticas analítico artísticas como rescate de lo natural puro desgajado de la turbulencia dionisiaca, emerge la larga historia de una *clasicidad* que en arquitectura –pero también en literatura y pintura, en torno de la dialéctica reproductiva de *tópicos* y

géneros— puede asociarse al modo proyectual basado en la *reproducción tipológica*.

El *tipo* es el *canon* que supone una interpretación esencialista y fundamentalista del orden natural, en torno de una primaria construcción teórica —que eslabona por ejemplo, la relación entre la choza primitiva y el templo períptero— a partir de la cual toda práctica ulterior debe restringirse a un ideal de *performance* reproductiva, siempre atenta a las variaciones interpretativas que sugieren o imponen los estatutos de estilo y su asociación a estrategias simbólicas de poder.

2. El ocultamiento cultural de la artísticidad de los orígenes

El desarrollo histórico cultural puede leerse (quizá no sólo en Occidente) como pérdida del punto referencial del origen clásico de la obra de arte, entendido como proceso de imitación de la perfección de la naturaleza, y así la estética se constituye como un saber orientado a la selección del *núcleo imitativo* (por ejemplo: los *tópicos de género*) y como organización metódica de la reproducción mimética.

Lentamente, la producción de arte clasicista, por ejemplo en la pintura pastoral o en la poesía de madrigales, pierde de vista la finalidad fundante de imitar lo natural y, prescripciones estéticas y estilísticas mediante, se confía en concentrarse en procesos de reproducción de *segundo orden*. Y dado que no es económico registrar una referencia a la imitación natural, prospera el refinamiento de la *repetición* de un canon *estabilizado* en alusiones no ya al origen de la imitación sino a la historia de los sucesivos intentos de regular el sentido del producto artístico. De eso trata el pasaje de *lo clásico* a *lo clasicista*, de cuya organización establecida en términos de relación entre ética y estética —a través del concepto de *juicio*— se ocuparán largamente Kant y el iluminismo.

Siendo así puede establecerse una clase de práctica en la que el *corpus* de los procedimientos estéticos operará como núcleo de generación de la *autonomía* del arte, dentro del concepto iluminista de *tipo*: el arte ya deja de ser heterónimo de lo natural/social y se hace autónomo, dueño —si cabe— de su destino como productividad cultural y situado en un concepto de progreso articulado con las mejoras en la reproducción del canon, siempre atento al ideal de un juicio capaz de conciliar subjetividad (del reproductor) con el gusto universal (asociable al *corpus* de lo canonizado).

3. La abstracción moderna como afirmación del tipo y del fenómeno de la autonomía

Como se han ocupado de demostrar teóricos del arte y la sociedad (Lyotard, Jauss, Wellmer)⁷⁹ o de la arquitectura (Rossi, Grassi, Monestiroli, Martí Aris, Linazasoro, etcétera)⁸⁰ las relaciones entre la clasicidad iluminista y las preceptos del movimiento

moderno distan mucho de enfrentarse, antes bien, las influencias kantianas son esenciales para advertir una larga duración del comportamiento clásico mimético y la noción de autonomía de los procedimientos estético artísticos.

Las estéticas de la *abstracción*, en muchos de sus aspectos centrales, no son rupturistas sino al contrario, afianzadoras del modo mimético tipológico de producción de proyectos reproductivos o *performances* recreadoras de algunas certezas tipológicas, y el concepto de autonomía es reclamado como la posibilidad de que la arquitectura se concentre en una reducción silenciosa del proyecto a una eterna y esencialista actividad de reelaboración de lo tipológico, en una noción de proyecto que Rossi llamó *analógico*, en tanto poseedor de una lógica y legitimación únicamente procedente de la imitación (analogía) de precedencias tipológicas.

Estas posturas emergen con mucha claridad en aquellos proyectistas que, como Asplund, Tessenow, Loos o Hilberseimer, hicieron ostensible, desde el punto de vista de sus plataformas teóricas, su desembarco en una modernidad aparentemente incómoda y antivanguardista, signada por un apego singular a un sustrato de proyecto cuya radicalidad consistía en un estricto mecanismo operativo de manipulación de materiales tipológicos desornamentados (en el sentido de contaminaciones epocales de aspectos contingentes del gusto) y en la ilusión del autorreferencialismo. Pero, contra lo que se cree, no fueron los únicos exponentes de la hegemonía del pensamiento clasicista mimético tipologista en plena modernidad.

El concepto de *arquitectura de manifestos* (las casas de patios de Mies, las casas de los cinco elementos de Le Corbusier o sus *inmuebles villas* de 1922, que aluden expresamente al tipo de las cartujas italianas, los proyectos del *ala dura*, como la escuela Peterschule o el Palacio de las Naciones de Meyer, etcétera) debe también verse como grandes momentos de una arquitectura autorreferencial, que trata de restringir su razón de ser a una reproducción de elementos tipológicos discernidos como *materiales de lenguaje*, sólo que un lenguaje iniciático o *metalenguaje*, aunque en algunos casos, imaginados con un contenido de vanguardia que hay que asociar no tanto a su condición proyectual, sino a la voluntad ideológica de expandir tal metalenguaje a la esfera de la producción del hábitat social.

4. El partido como centro de la economía proyectual mimética clasicista: el método *beaux arts*

Una de las decantaciones del modelo mimético clasicista relacionado con la noción de tipo, emergente de los discursos tratadistas y manualistas de la Ilustración del siglo XVIII (Quatremere, Milizia, Laugier) será, durante el XIX, el forjado de la enseñanza academicista de la *École de Beaux Arts* y su insistencia en el concepto de *parti* o *partido*, tan esencial en el debate que intenta ilustrar este

ensayo y que suponía ser básicamente una síntesis morfotopológica del *ensemble* propio de la técnica de la *composition*.

El partido era una organización formal de los componentes básicos de un proyecto, es decir, las células de volúmenes espaciales que debían acoger funciones tradicionales propias de ciertas clases de recintos. Para ello existían vastos repertorios manualizados de sistemas articulatorios de esos elementos, cuya verificación se materializaba en *el plan* o la *planta*, utilizándose una serie de procedimientos de ensamble o composición, como los ejes o la identidad de los llamados *espacios poché*.

El sistema de diseño poseía, por ejemplo en las tablas didácticas de Durand, un trabajo compositivo en planta, al que se debía adicionar una manera de resolver los alzados, optándose por alguna combinación de geometría y ornamentos, acordes éstos a las variantes ecléctico historicistas, que otorgaban el *carácter* o la condición *parlante* del aspecto de los edificios.

Autores como Drexler (1979) se ocuparon de señalar la significación del método *beaux arts* en los albores de la modernidad (por ejemplo, en Richardson, Sullivan o Lutyens) e historiadores como Wittkower o teóricos como Rowe –respectivamente muy influyentes en diseñadores como Smithson o Stirling– marcaron la vigencia de criterios de organización del proyecto que recogían la larga tradición mimético clasicista ilustrada y la corta tradición *beaux arts* (vía personajes tan variados como Viollet y Schinkel hasta Guadet y Durand) en la transferencia metodológica del método proyectual tipologista del clasicismo académico a la modernidad, por ejemplo en la villa Stein o en el proyecto de la Liga de las Naciones, de Le Corbusier.

La abstracción moderna, desde esa perspectiva singularmente basada en el interés compositivo de los *partis*, podría interpretarse como una nueva reducción autorreferencial del esquema *beaux arts*, basada en la eliminación del componente ecléctico de la opcionalidad escenográfica de los alzados.

Los primeros trabajos de Mies –como la casa Kroller, proyectada para La Haya en 1912 y de la que se construyó la célebre maqueta de madera y lona a escala natural– no se restringían a la composición en planta sino también, en lenguaje clasicizado, a la composición del alzado, remitiendo además en el seno del tipologismo referencial omnipresente, al proyecto de Casino que Schinkel propuso para Postdam en 1836.

Paradójicamente, esta laboriosa construcción historiográfica que vincula el método *beaux arts* y la primera modernidad abstracta y que fuera propuesta por proyectistas ideólogos como Rossi y Grassi, pero también por historiadores como Banham, Rowe, Collins, Behrendt y Frampton, viene siendo casi clausurada en las últimas investigaciones de este último (Frampton, 1999), en las que la identificación de un principio moderno como sería la *neotectónica* de raíz semperiana, puede advertirse como diluyente de la ortodoxia tipo partidista, ya que un concepto menos monumental de tectónica reivindicará una noción de envolvente o piel textil, más cercana a las ideas de urdimbre, relato, indeterminación.

5. Lo moderno como arbitrariedad

La perspectiva moderno tipologista, entendida como *enmudecimiento de las retóricas románticas* pero no como negación de la ontología iluminista de la estética kantiana y, en ese sentido, como reiteración estilística de formas proactivas estéticas del proyecto, encontrará en Rowe (1979)⁸¹ al teórico de la continuidad tipológica clasicidad modernidad, en su conocida identificación mimética de proyectos de Le Corbusier y Palladio, recogiendo a su vez las investigaciones de Wittkower sobre el modo de proyectación tipológico mimética del artista véneto.

Desde este punto de vista, podría colegirse una modernidad cuya innovación no sea tanto que el proyecto opere más como un *corsé* arbitrario en relación con la extremada novedad que emerge del cambio social y técnico del siglo XX, eso que describe Giedeon (1986) como la *mecanización* y que discurre al margen del proceso histórico del proyecto de la arquitectura moderna.

En esa historicidad clásico moderna implícita en la mirada rowiana, la noción de partido entendida como *arquetipo formal*—ejemplarmente en Kahn— significa básicamente una clase de *arbitrariedad* que vincula resistencias arquetípico formales a la función con la voluntad de conferir a ese formalismo una capacidad simbólica renovada en las nuevas demandas comunicacionales urbanas, así como una manera económica de proyectar, basada en acomodar funciones en aquella forma tipo previa, algo que relata con su conocida elocuencia Wright, cuando cuenta la noche productiva en que proyecta el *Unity Temple*.

Kahn vuelve a instalar en el discurso tardomoderno, en la época del Team X, la vigencia de la arquitectura de partidos y el método tipologista *beaux arts*, con su manera de absorber en lo formal un concepto amplio de función (envolventes de uso variable, segregación servido/sirviente, espacios técnicos como los núcleos de servicios o las circulaciones como variables de ajuste forma/programa, etcétera).

6. La tradición de la traducción o la oposición al autorreferencialismo ontológico encuadrado desde las posiciones hermenéuticas

El tipologismo y la arquitectura de partidos triunfan como una interpretación reductiva o autorreferencial de la arquitectura como lenguaje, viéndose la imposibilidad de reducir a sistema el caos ecléctico historicista. Pero el siglo XIX presencia el combate entre este reduccionismo y la ubicuidad de la arquitectura en la polisemia posiluminista, desarrollada en la lectura foucaultiana, con lo cual el método *beaux arts* convive con otras prácticas en las que prevalece el interés por lo *alusivo* en lugar de lo *compositivo* y una mayor preocupación de la

eficacia proyectual no con la contundencia económica del partido sino con la capacidad retórica del edificio en torno al problema del *carácter*.

Quizá esta tradición alternativista al método *beaux arts* radica en la vigencia de un estatuto del proyecto más ligado a la fundamentación de su condición analítica o hermenéutica, según el cual un nuevo proyecto es tan sólo una *traducción* de una experiencia proyectual previa y la calidad lingüística del proyecto estaría atada no ya a hablar el metalenguaje ascético de los tipos, sino la polisemia de las alusiones a un contenidismo previo cuya importancia histórico mítica va mucho más allá de la manipulación formal.

Este anacronismo puede asociarse, en la sintomática arquitectura de Scarpa (Dal Co, 1984), a su interés por una reducción del proyecto al *factum*: no importa así la re-producción de un tipo ejecutando un partido, sino recrear la densidad material de la tradición constructiva, que recubre relatos sobre lo regional tanto a nivel técnico como estético.

Paradójicamente esta postura narrativa y antipartidista converge con el elogio de la praxis del *modus* de producción de la cosa artística (antes que en su cualidad autónoma de forma o su mera reducción a función o contenido) de la estética adorniana, la más radicalmente moderna.

7. La cuestión de las arquitecturas folk

La postura de Scarpa y en general del *proyecto narrativo*, está cerca del fenómeno *folk*, los *regionalismos* (como negación del universalismo estético ontológico kantiano) e incluso de trabajos casi de tenor antropológico, como los *patterns* de Alexander, entendibles como analítica de la microfunción y como nuevo modelo (posformal) de composición.

Asimismo, la emergencia antimoderna del *contextualismo* reproductivo deductivo, encarnado en prácticas proyectuales antipartidistas como las de De Carlo, propone indicios de ruptura de la autorreferencialidad del sistema tipologista *beaux arts*, devenido vanguardia moderna por su mecanismo de abstracción lingüística y economía proyectual desubjetiva: algunos proyectos –sobre todo escritos y documentos pedagógicos de Ernesto Rogers, Van Eyck, Erskine, Piettila, entre otros– abren en plena tardomodernidad, un paréntesis al largo hegemonismo tipologista e instauran, de manera harto compleja o carente de la contundencia retórica que cuestionan, un abanico de modos proyectuales centrados en la narratividad.

Pero *lo folk*, más que un catálogo técnico estético, deviene una actitud y una metodología, por ejemplo en el abordaje de nuevas formas de cultura, como las poscoloniales, híbridas, de fusión o mestizaje (Jacobs, 1997; García Canclini, 1991).

8. La traducción como metáfora (la alusión simbólica) y la traducción como alegoría (el *pars pro toto*)

El retorno de retóricas antiguas, como las de la *metáfora* y la *alegoría*, proporciona otros argumentos a la posibilidad de una arquitectura despojada de la ilusión de autonomía (basada en la autorreferencialidad de un lenguaje exclusivo –el de los *tipos*– y una forma de producción proyectual –la *beaux arts* del *partido*–), en la que destaca el rol del trabajo de traducción e intertexto en la actividad proyectual, en la que la deconstrucción, en tanto práctica filosófica y literaria a la vez, se presenta como un horizonte narrativo (Derrida, Deleuze, Lacan).

El Museo Xul Solar, paciente trabajo de Beitía, ejemplifica estas perspectivas de traducción y deconstrucción hermenéutica de relaciones entre contenido y continente que se alejan del modo clásico de la arbitrariedad formal del partido y de una manera natural, la técnica proyectual como apuntamos en otro texto (Fernández, 1998a), se acerca a indagaciones aparentemente tan distantes entre sí como las de Scarpa y Eisenman.

Todas estas perspectivas emergentes de un *proyecto narrativo* en lugar del entronizado modo del *proyecto tipológico*, basado en la técnica del partido, se articulan a la vez con otras construcciones culturales recientes como el *análisis infinito* posfreudiano, la *obra abierta* propuesta por Eco o Krauss (1997) y, en definitiva, los emergentes de la última *batalla de París* (Barthes versus Deleuze, como última edición del precedente combate entre Sartre versus Merleau-Ponty, pero con el merodeo y retorno de terceras figuras incómodas, sobre todo como Bataille).

9. Estado de la oposición. Tipo/partido/cierre/represión frente a textualidad/discurso/hiperánalisis/fenómeno

La posible oposición entre los términos arriba citados parece más nítida en el campo de las investigaciones psicoanalíticas, particularmente en el choque –o reelaboración hegeliana– entre Freud y Lacan en relación con dicha dialéctica, en que la práctica lacaniana supone el *ablandamiento narrativo* de las tipologías *clínicas* del maestro vienés y su metodología anclada en operaciones como la condensación, el desplazamiento o la representación, en rigor, variaciones reproductivas de un repertorio cerrado de apartamientos relativos de una noción ideal de salud. La sola ampliación epistemológica del concepto de *realidad* en Lacan –con sus suplementos e imbricaciones con lo simbólico y lo imaginario– abre toda una ruptura a las *clínicas* tipologistas.

En realidad, esa complejización de las dialécticas entre canónico/alusivo presentará aspectos de matizamiento teórico en formas modernas del proyecto,

entre las que pueden apuntarse casi como hipótesis la operación de pieles y contenedores como neotipos o las de *layers* e hipersuperficies como neorrelatos. Las cajas *minimalistas*, que suelen manipular proyectistas como Herzog/Du Meuron o Gigon/Guyer, pueden leerse como derivación de la estética autorreferencial límite de Le Witt o Judd y así siguiendo.

La fertilidad de trabajar la oposición tipo/retrato, explotada como consecuencia de la estética moderna en su revulsividad anticanónica, permitiría no sólo nutrir un modo de criticar o clasificar los modos proyectuales recientes sino hasta rehistorizar la modernidad, tensada por tal confrontación.

10. Episodios singulares del proyecto actual: ¿hacia un proyecto final?⁸²

Lo más estrictamente nuevo del panorama contemporáneo de la proyectualidad parece ligarse a la crítica y deconstrucción del modo tipológico de proyecto, ya tempranamente visualizable en el *arte político*, en la *psicogeografía* o en las *derivadas* con las que Guy Debord (1977) y la *International Situacionista* revolvián el avispero en los años 60 y desde entonces. Algunos de estos desarrollos serían los de Tschumi (1982; 1982a) y su analogía del diseño *esquizo* formulado con relación al cine de Rohmer; los de Holl (1997) y su deriva del tipo al *fenómeno* –siguiendo, según dice, las instrucciones del formidable ensayo de Merleau-Ponty sobre *Fenomenología de la percepción*–, los últimos escritos de Rossi en los que abjuraré del rigorismo tipologista acercándose a los metarrelatos de la memoria (A. Rossi, 1984; D. Libeskind, 1992); los de Koolhaas, la neonarratividad mediática y el trabajo del proyecto urbano como un multidialógico entre actores divergentes y consecuentemente su definición coral del proyecto como un *acta de acuerdos*; los de Miralles y Hadid, con la investigación de bucles, intersticios y *folders* y la complejidad posanalítica y, en fin, los de Eisenman (1997) y la práctica alegorizante.

Todo eso está ocurriendo hoy y al calor de una pérdida de relevancia socio-productiva de la arquitectura –cuya menor efectividad fáctica le quita presión a la economía proyectual y también a la economía del consumo simbólico de las formas resultantes–. Devienen nuevas prácticas amparadas por la morosidad del análisis o las técnicas reconstructivas, por la densificación del producto arquitectónico cada vez más entendido como *documento de cultura*, incluso únicamente con una función crítica.

Es decir, en suma, con el abandono de la seguridad fáctica reproductiva de lo tipo-topológico: sin sociedad, ciudad o mercado seguros y estables, con una increíble multiplicación de los flujos e intercambios, todo opera en la cultura contemporánea a favor de la *narración* y de un estilo de proyecto entendido como *producción de textos*.

Notas

⁷⁷ En ese texto se trabaja la idea de la *arquitectura de partidos*, en torno de los proyectos de Rafael Viñoly, protagonista central de ese *modus* proyectual, haciéndose referencia a la caracterización que Frampton había hecho hacia los años 80, de una posible *escuela de Buenos Aires*.

⁷⁸ Este célebre trabajo escrito en Estambul en el exilio durante la segunda guerra mundial y prácticamente de memoria y sin biblioteca, constituye un mapa minucioso de cómo el modelo poiético de la mimesis atraviesa toda la historia de la cultura occidental.

⁷⁹ Sólo un par de referencias en la extensa bibliografía disponible acerca de la *estética kantiano ilustrada* y su agotamiento en torno del surgimiento de poéticas textualistas narrativas en plena posmodernidad: de H. Jaus (1995), sus ensayos 1: “*Los mitos del comienzo: una oculta nostalgia de la Ilustración*” (pp. 25-62) y 4: “*El arte como anti-naturaleza*”. *El cambio estético después de 1789* (pp. 105-134) y de A. Wellmer (1996), especialmente su ensayo 11: “*Arquitectura y territorio*” (pp. 273-291).

⁸⁰ Una miniselección de aportes a las teorías proyectuales tipologistas debería incluir a G. Grassi (1980), especialmente los ensayos 4: “*La relación análisis-proyecto*” (pp. 60-72) y 17: “*La arquitectura de Hilbeseimer*” (pp. 217-226); A. Monestiroli (1993), especialmente la parte IV: “*Arquitectura, naturaleza e historia*” (pp. 191-223); C. Martí Arís (1993), especialmente el capítulo 1: “*La idea del tipo como fundamento epistemológico de la arquitectura*” (pp. 15-49); y J. I. Linzasoro (1981), especialmente su parte final en que se alude a la vigencia moderna del mimetismo tipologista, específicamente identificable en Tessenow, Asplund y Loos.

⁸¹ Especialmente sus ensayos “*Las matemáticas de la vivienda ideal*” (p. 9) –donde se destaca expresamente su pensamiento tributario de las investigaciones de R. Wittkower (1949), “*Carácter y composición*” (p. 63), “*La estructura de Chicago*” (p. 91) y “*Neoclasicismo y arquitectura moderna I y II*” (pp. 119 y 137, respectivamente).

⁸² R. Fernández (2000).

Bibliografía

- Adorno, T. W. (1983): *Teoría Estética*, Orbis, Madrid.
- Anónimo (1947) (material básico provisto por el equipo de Le Cobusier, Kurchan y Ferrari Hardoy): "Plan Director para Buenos Aires" en revista *La Arquitectura de hoy*, 4, Buenos Aires, abril.
- Auerbach, E. (1995): *Mímesis*, FCE, México.
- Augé, M. (1994): *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.
- Augé, M. (1996): "Sobremodernidad y no-lugares" ensayo en revista *Astrágalo*, 4, Madrid.
- Barrow, C. (1997): *Environmental and social impact assessment. An introduction*, Arnold, Londres.
- Besio Moreno, N. (1925): "Buenos Aires, puerto del Río de la Plata y capital de la Argentina. Estudio crítico de su población, 1536-1936" en Intendencia Municipal de Buenos Aires: *Comisión de Estética Edilicia, Proyecto orgánico para la Urbanización del Municipio: Plano Regulador y de Reforma de la Capital Federal*, Talleres Peuser, Buenos Aires.
- Bettini, S. (1998): *Elementos de ecología urbana*, Trotta, Madrid.
- Bloom, H. (1992): *The american religion. The emergence of the post-christian nation*, Simon & Schuster, Nueva York.
- Bonilla, E. y De la Torre, M. (1988): *Tipologías y tecnologías de vivienda en poblaciones menores del trapecio andino Cusco-Puno*, Lima.
- Borja, J. y Castells, M. (1997): *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus, Madrid.
- Bowler, P. (1997): *Historia fontana de las ciencias ambientales*, FCE, México.
- Boyden, S. (1979): *Un enfoque ecológico integral para el estudio de los asentamientos humanos*, Programa Mab-Unesco, París.
- Bramwell, A. (1989): *Ecology in the 20th Century. A history*, Yale University Press, New Haven.
- Cabanzo, F. et al. (1996): *Plan de Gestión Ambiental del Municipio de Cartagena*, IDEADE, Bogotá-Cartagena.
- Cacciari, M. (1972): "Dialéctica de lo negativo en las épocas de la metrópoli" en Tafuri, M. et

al.: *De la vanguardia a la metrópoli. Crítica radical a la arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona.

Calvino, I. (1974): *Las ciudades invisibles*, Minotauro, Buenos Aires.

Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1969): *Dependencia y desarrollo en América Latina, Siglo XXI*, México.

Caride, H. (1999): *La idea del conurbano bonaerense, 1925-1947*, Documento de Trabajo 14, Universidad Nacional de General Sarmiento, San Miguel, Buenos Aires.

Caride, H. y Novick, A. (1999): "El Gran Buenos Aires. Apuntes de una historia imposible" ensayo en *Revista de la SCA*, 194, Buenos Aires, pp. 30-5.

Carley, M. et al. (1992): *Managing sustainable development*, Earthscan, Londres.

Casoy, D. (1983): "Le Corbusier en La Plata: entrevista con el Doctor Curutchet" en revista *Arquitectura Bis*, 43, Barcelona, marzo, pp. 2-10.

Cerrutti Guldberg, H. (1983): *Filosofía de la liberación latinoamericana*, FCE, México.

Cicolella, P. (1999): "Globalización y dualización en la región metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa" ensayo en revista *Eure*, 76, Santiago de Chile, pp. 5-27.

Conde, Y. (2000): *Arquitectura de la indeterminación*, Actar, Barcelona.

Costanza, R. et al. (1996): *Getting down to earth. Practical applications of ecological economics*, The Island Press, Washington.

Coraggio, J. L. (1998): *Economía popular urbana. Una nueva perspectiva para el desarrollo local*, IDC-UNGS, San Miguel, Buenos Aires.

Corbeira, D. (comp.) (2000): *¿Construir... o deconstruir? Textos sobre Gordon Matta-Clark*, Universidad de Salamanca, Salamanca.

Culler, J. (1984): *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*, Cátedra, Madrid.

Dal Co, F. (1984): "El oficio de arquitecto. Carlo Scarpa y la decoración" ensayo en *Revista de Occidente*, 42, Madrid, pp. 57-93.

Daly, H. (1991): *Steady-state economics*, Island Press, Washington.

Darton, E. (1999): *Divided we stand*, Nueva York.

Davis, M. (1992): *City of quartz: Excavating the future in Los Angeles*, Verso, Londres.

Davis, M. (2000): "Urbanismo mágico: los latinos reinventan la gran ciudad estadounidense" ensayo en *New Left Review*, 3, edición española, Madrid, pp. 19-64.

De Man, P. (1990): *La resistencia de la teoría*, Visor, Madrid.

De Vita, A. (2001): "Morir por Allah" en revista *Le Monde Diplomatique*, 28, Buenos Aires, octubre, pp. 12-3.

Debord, G. (2001): "Introducción a una crítica de la geografía urbana" en revista *A. Parte Rei*, 11, Madrid, [escrito en 1955].

Debord, G. (comp.) (1977): *La creación abierta y sus enemigos. Textos situacionistas sobre Arte y Urbanismo*, La Piqueta, Madrid.

Debord, G. y Wolman, G. (2001): "Métodos de tergiversación" en revista *A Parte Rei*, 12, Madrid, [escrito en 1956].

Deleage, J. P. (1993): *Historia de la Ecología*, Icaria-Nordan, Montevideo.

Deleuze, G. (1988): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia.

Deleuze, G. (1993): *¿Qué es la filosofía?*, Anagrama, Barcelona.

Deleuze, G. (2000): *Cartografías esquizoanalíticas*, Manantial, Buenos Aires.

Derrida, J. (1999): *No escribo sin luz artificial*, Cuatro, Valladolid.

Diller, E. (2000): "Bad press" ensayo en revista *Zehar*, 44, Donostia, p. 20.

Drexler, A. (1979): *The Beaux Arts*, MOMA, Nueva York.

- Eisenman, P. (1997): "Procesos de lo intersticial" ensayo en revista *El Croquis*, 82, Madrid, pp. 21-35.
- Eliash, H. y Moreno, M. (1989): *Arquitectura y modernidad en Chile/1925-1965. Una realidad múltiple*, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Eisenman, P. (1982): "Moving arrows, eros and others errors" en revista *Arquitectura*, 122, Madrid, pp. 67-81.
- Ezquiaga Domínguez, J. M. (1998): "¿Cambio de estilo o cambio de paradigma? Reflexiones sobre la crisis del planeamiento urbano" ensayo en revista *Urbana*, 2, Madrid.
- Fernández Alba, A. (1990): *La metrópoli vacía. Aurora y crepúsculo de la arquitectura en la ciudad moderna*, Anthropos, Barcelona.
- Fernández Durán, R. (1993): *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*, Fundamentos, Madrid.
- Fernández, R. (1986): "Ciudad, Arquitectura y la problemática ambiental" en Leff, E. (ed.): *Las perspectivas del conocimiento en la dimensión ambiental del desarrollo*, Siglo XXI, México, pp. 223-275 .
- Fernández, R. (1998): *El laboratorio americano*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Fernández, R. (1998a): "El proyecto como escritura. Apuntes sobre el Museo Xul Solar" ensayo en el número monográfico dedicado a esa obra, *Revista 3*, 10, Buenos Aires.
- Fernández, R. (1999): *La naturaleza de la metrópolis*, Ugycamba-FADU-UBA, Buenos Aires.
- Fernández, R. (2000): *El proyecto final*, Dos Puntos, Montevideo.
- Fernández, R. (2000a): *La Ciudad Verde*, Espacio, Buenos Aires.
- Fernández, R. (2000b): "Crítica ambiental y nueva agenda de gestión de ciudades" ensayo en revista *Astrágalo*, 16, Madrid, diciembre, pp. 9-29.
- Fernández, R. (2001): *Derivas. Arquitectura en la Cultura de la Posurbanidad*, Ediciones UNL, Santa Fe.
- Fernández, R. (2001a): *Gestión Ambiental de Ciudades*, PNUMA, México.
- Fernández, R. (2001b): "Rafael, que levita en su sillón" en revista *El Arqa*, 37, Montevideo, pp. 8-15.
- Fernández, R. (2001c): "La metrópolis dual. Apogeo y fracaso de Buenos Aires como metrópolis en los años 40" ponencia en el Coloquio BANY, Universidades de Nueva York y Buenos Aires, Buenos Aires, mayo .
- Fernández, R. (2001d): "Hacer la calle. Experiencia y construcción de lo urbano público" ensayo en revista *Arquitectura-SCA*, 202, Buenos Aires, septiembre, pp. 70-75.
- Fernández, R. (2001e): "Catedrales laicas. Populismo político, modernidad urbana y equipamiento cultural en América del Sur: 1940-1960" ponencia en la III Reunión Docomomo Ibérico, Oporto, Portugal, noviembre.
- Fernández, R. (2001f): "La noche americana" ensayo en revista *Astrágalo*, 19, Madrid, diciembre.
- Fernández, R. (2001g): "Modernidad larga, breve posmodernidad" ponencia en el Seminario de la IV Bienal de Arquitectura "Moderno/Posmoderno. Un siglo. Construir la ciudad, pensar la metrópolis", Santander, España, agosto 2001, editado en la revista *Astrágalo*, 19, Madrid, diciembre , pp. 7-20.
- Fernández, R. (2002): "América Latina como futuro. Desafíos proyectuales" conferencia pronunciada en el VII Congreso Nacional de Estudiantes de Arquitectura del Perú, Lima.
- Fernández, R. (2002a): "Arquitectura como cultura" conferencia pronunciada en la aceptación del título de Profesor Honorario, Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú.
- Fernández, R. (2002b): "Lugar urbano. Convergencias proyectuales entre Arte y Arquitectura"

- ponencia en el II Foro de las Artes, Asunción, Paraguay, agosto.
- Fernández, R. (2002c): "Buenos Aires patchwork. Arquitectura y urbanismo de videoclip" ensayo originalmente publicado en la revista *Arquitectura-SCA*, 205, Buenos Aires, octubre, pp. 22-29.
- Fernández, R. (2002d): "Arquitecturas narrativas. El proyecto entre lo ontológico y lo referencial" ensayo en revista *Summa+*, 55, Buenos Aires, pp. 68-71.
- Fernández, R. (2002e): "Saber proyectual" paper presentado en la reunión de discusión curricular para la apertura de la carrera de Arquitectura en la Universidad Católica de Lima, Lima-Cusco, Perú, julio 2001. Editado en la revista *Contextos*, 6+7, Buenos Aires, pp. 12-25.
- Fitch, R. (1996): *The assassination of New York*, Verso, Londres.
- Foster, H. (2000): *El retorno de lo real*, Akal, Madrid.
- Frampton, K. (1999): *Estudios sobre cultura tectónica. Poéticas de la construcción de la arquitectura de los siglos XIX y XX*, Akal, Madrid.
- García Canclini, N. (1991): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México.
- García Canclini, N. (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- García Canclini, N. (coord.) (1998): *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, Grijalbo-UAM. México, (dos tomos).
- García, G. (2001): "Desde una ventana antes del derrumbe" ensayo en diario *Página 12*, Buenos Aires, 1/10/01.
- Gausa, M. (1998): *Housing. Nuevas alternativas, nuevos sistemas*, Actar, Barcelona.
- Gausa, M. y Salazar, J. (1999): *Singular housing. El dominio privado*, Actar, Barcelona.
- Giedeon, S. (1986): *La mecanización toma el mando*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Girardet, H. (1992): *Ciudades. Alternativas para una vida urbana sostenible*, Celeste, Madrid.
- Giunta, A. (2001): *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino de los años 60*, Paidós, Buenos Aires.
- González Lobo, C. (1999): *Viviendas y ciudad posibles*, Escala, Bogotá.
- Gorz, A. (1998): *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Paidós, Buenos Aires.
- Gosz, J. et al. (1978): "El flujo de energía en un ecosistema de bosque" ensayo en revista *Ciencia e investigación*, Barcelona, pp. 46-57.
- Grassi, G. (1980): *La arquitectura como oficio*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Guattari, F. (1996): *Caosmosis*, Manantial, Buenos Aires.
- Guattari, F. y Negri, A. (1999): *Las verdades nómades: la revolución ha comenzado el 68*, Akal, Madrid.
- Harvey, D. (1985): *Consciousness and the urban experience*, Blackwell, Oxford.
- Harvey, D. (1990): *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, FCE, México.
- Hedjuk, J. (1993): *Víctimas*, COATT-Yebra, Murcia.
- Herzer, H. y Pérez, P. (1993): *Gestión urbana en ciudades intermedias de América Latina*, Hábitat, Nairobi.
- Holl, S. (1997): *Entrelazamientos*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Houellebecq, M. (2000): *El mundo como supermercado*, Anagrama, Barcelona.
- Huysens, A. (2002): *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, México.
- ICLEI (1996): *The local agenda 21 planning guide. An introduction to sustainable development planning*, ICLEI, Toronto.

- Illich, I. (1980): *Energía y equidad - Desempleo creador*, Posada, México.
- Intendencia Municipal de Buenos Aires (1925): *Comisión de Estética Edilicia, Proyecto orgánico para la Urbanización del Municipio. Plano Regulador y de Reforma de la Capital Federal*, Telleres Peuser, Buenos Aires.
- Jacobs, J. (1997): *Edge of Empire. Postcolonialism and the city*, Routledge, Londres.
- Jameson, F. (1999): *El giro cultural*, Manantial, Buenos Aires.
- Jauss, H. R. (1995): *Las transformaciones de lo moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética*, Visor, Madrid.
- Jonas, H. (1995): *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Herder, Barcelona.
- Koolhaas, R. (1995): "Singapore. Portrait of a potential metropolis. Songlines... or thirty years of Tabula Rasa" en *S,M,L,XL*, 010 Publishers, Rotterdam.
- Koolhaas, R. (2000): "El espacio basura. De la modernización y sus secuelas" ensayo en revista *Arquitectura Viva*, 74, septiembre, Madrid, p. 23-31.
- Krauss, R. (1997): *El inconsciente óptico*, Tecnos, Madrid.
- Leff, E. (1994): *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, Siglo XXI, México.
- Leff, E. (1995): "¿De quién es la Naturaleza? Sobre la reapropiación social de los recursos naturales" ensayo en revista *Gaceta Ecológica*, 37, México.
- Leff, E. (ed.) (1986): *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, Siglo XXI, México.
- Libeskind, D. (1992): "Deus ex machina/Machina ex deus" ensayo 8 en Ferlenga, A. (ed.): *Aldo Rossi*, Editorial del Serbal, Barcelona.
- Linzasoro, J. I. (1981): *El proyecto clásico en arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Luhmann, N. (1992): *Sociología del riesgo*, Universidad Iberoamericana, Guadalajara.
- Mangin, O. (1993): *El miedo al vacío. Ensayo sobre las pasiones democráticas*, FCE, México.
- Manzini, E. (1997): "Progettare la sostenibilità. Leapfrog: anticipazioni di un futuro possibile" en el número monográfico dedicado a las relaciones entre diseño y sustentabilidad de la revista *Domus*, 789, Milán.
- Margalef, R. (1993): *Teoría de los sistemas ecológicos*, Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Martí Aris, C. (1993): *Las variaciones de la identidad. Ensayo sobre el tipo en arquitectura*, Ediciones del Serbal, Barcelona.
- Martínez Alier, J. (1993): *Curso básico de economía ecológica*, PNUMA-ORPALC, México.
- Martínez Alier, J. (1995): *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Nordan/Incaria, Montevideo.
- Martuccelli, E. (2000): *Arquitectura para una ciudad fragmentada*, Universidad Ricardo Palma, Lima.
- Matus, C. (1980): *Planificación de situaciones*, FCE, México.
- Mc Harg, I. (1969): *Design with nature*, Doubleday, Nueva York.
- Miranda Sara, L. (1996): *Ciudades para la vida. Experiencias exitosas y propuestas para la acción*, Ipadel, Lima.
- Monestiroli, A. (1993): *La arquitectura de la realidad*, Editorial del Serbal, Barcelona.
- Montenegro, R. (1991): *La ciudad como ecosistema: bases para el desarrollo de una ecología urbana*, Instituto de Ecología de Córdoba, Serie documentos de trabajo DT/1, Córdoba, Argentina.
- Morello, J. (1996): *Funciones del sistema periurbano. El caso de Buenos Aires*, GADU-CIAM, Mar del Plata.

- Morin, E. (1993): *El Método, volumen II, La vida de vida*, Cátedra, Madrid.
- Morse, R. (1978): "Los intelectuales americanos y la ciudad. 1860-1940" en Hardoy, J. E.; Morse, R. y Schaedel, R. (comps.) (1978): *Ensayos histórico sociales sobre la urbanización en América Latina*, Clacso-Siap, Buenos Aires.
- Müzell Jardim, V. et al. (1998): *2º Plano diretor de desenvolvimento urbano ambiental*, Prefeitura municipal de Porto Alegre, Porto Alegre.
- Naess, A. (1989): *Ecology, community and lifestyle: outline of an ecosophy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Naredo, J. M. (1988): *Flujos de energía, agua, materiales e información en la comunidad de Madrid*, Consejería de Economía de la CAM, Madrid.
- Nijkamp, P. (1990): *Regional sustainable development and natural resource use*, The World Bank, Conference on Development Economics, Washington.
- Nouzeilles, G. (2002): *La naturaleza en cuestión*, Paidós, Barcelona.
- O'Connor, J. (1990): "Las condiciones de producción. Por un marxismo ecológico. Una introducción teórica" ensayo en revista *Ecología Política*, 1, Barcelona.
- O'Connor, J. (1998): *Natural causes. Essays in ecological marxism*, The Guilford Press, Nueva York.
- O'Connor, M. (comp.) (1994): *Is capitalism sustainable?*, The Guilford Press, Nueva York.
- Olalquiaga, C. (1989): "Perdidos en el espacio" ensayo en revista *Punto de Vista*, 35, Buenos Aires.
- Padua, J. A. (1996): "25 años de ecologismo en el Brasil" entrevista de J. Martínez Alier en revista *Ecología Política*, 11, Barcelona.
- Papadakis, S. (1950): *The work of Oscar Niemeyer*, Braziller, Nueva York.
- Paz, O. (1995): *Apariencia desnuda. La obra de Marcel Duchamp*, Era, México.
- Pearce, D. et al.: (1995): *Economía de los recursos naturales y del medio ambiente*, Celes-te-CEM, Madrid.
- Pérez Oyarzún, F. (1991): *Le Corbusier y Sudamérica. Viajes y proyectos*, ARQ, Santiago de Chile.
- Pérez, P. (1994): *Buenos Aires Metropolitana. Política y Gestión de la Ciudad*, CEAL-Centro, Buenos Aires.
- Popper, K. (1972): *Conocimiento objetivo*, Tecnos, Madrid.
- Prefeitura da Rio do Janeiro (1996): *Rio Cidade. O urbanismo de volta as ruas*, Rio do Janeiro.
- Ramírez, J. A. (1994): *Duchamp. El amor, la muerte, incluso*, Siruela, Madrid.
- Rees, W. (1992): "Ecological footprints and appropriated carrying capacity: what urban economics leaves out" Ensayo en revista *Environment & Urbanization*, vol 4-2, Nueva York.
- Roberts, J. (1973): *Environmental sensitivity analysis*, Carmichael, Sacramento.
- Rodinson, M. (1980): *La fascinación de L' Islam*, Maspero, París.
- Rodrigues dos Santos, C. et al. (1987): *Le Corbusier e o Brasil*, Tessela-Projeto, Sao Paulo.
- Romero, J. L. (1976): *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, México.
- Rossi, A. (1984): *Autobiografía científica*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Rowe, C. (1979): *Manierismo y arquitectura moderna y otros escritos*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Rueda Palenzuela, S. (1995): *Ecología urbana. Barcelona e la seva regió metropolitana com a referents*, Beta, Barcelona.
- Sachs, I. (1982): *Ecodesarrollo: desarrollo sin destrucción*, El Colegio de México, México.
- Salazar, J. y Gausa, M. (1999): *Singular housing. El dominio privado*, Actar, Barcelona.
- San Martín, E. (1992): *La arquitectura de la periferia de Santiago*, A. Bello, Santiago de Chile.
- San Martín, I. (1993): "Cuestionando el sueño americano: planificación regional versus el

área metropolitana de Phoenix” ensayo en revista *Ciudades*, 3, Valladolid.

Sansot, P. (1999): *Del buen uso de la lentitud*, Tusquets, Barcelona.

Sarlo, B. (1988): *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Sassen, S. (1991): *The global city. New York, London, Tokio*, Princeton University Press, Princeton. (Traducción española en Eudeba, Buenos Aires, 2000).

Sassen, S. (1994): *Cities in a world economy*, Sage, Pine Forge.

Sassen, S. y Patel, S. (1996): “Las ciudades de hoy: una nueva frontera” en revista *La Era Urbana*, 4-1, Washington.

Sato, A. (1995): “Simulacros urbanos en América Latina: Las ciudadelas del CIAM” ensayo en AV (1995): *La ciudad del saber. Ciudad, universidad y utopía 1293-1993*, Universidad de Alcalá de Henares, COAM, Madrid, pp. 95-104.

Savi, V. y Montaner, J. M. (1994): *Less is More*, COAC, Barcelona.

Schumacher, T. (1980): *Il Dantenum di Terragni*, Officina, Roma.

Sejenovich, H. et al. (1996): *Manual de cuentas patrimoniales*, PNUMA-ORPALC, México.

Seltmann, G. y Kolkan, A. (1994): “La IBA de Emscher Park” en revista *Ciudad & Territorio*, 100, Madrid.

Sobrevilla, D. y Belaúnde, P. (1994): *¿Qué modernidad deseamos? El conflicto entre nuestra tradición y lo nuevo*, Epígrafe, Lima.

Soja, E. (1998): “Six discourses on the postmetropolis” ensayo en revista *Urbana*, 2, Madrid.

Sloterdijk, P. (1994): *En el mismo barco*, Siruela, Madrid.

Suárez, O. (1986): *Planes y Códigos para Buenos Aires. 1925-1985*, Serie Ediciones Previas 1, FADU-UBA, Buenos Aires.

Sucher, D. (1995): *City comforts. How to build an urbans village*, City Comforts Press, Seattle.

Sustainable Seattle (1994): *The sustainable Seattle indicators of sustainble community*, Edición Sustainable Seattle, Seattle.

Terradas, J.; Parés, M. y Pou, G. (1985): *Ecología de una ciutat: Barcelona*, Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona.

Tschumi, B. (1982): “Locura y combinatoria” ensayo en revista *Arquitectura*, 122, Madrid, pp. 24-48.

Tschumi, B. (1982): *Manhattan Transcripts*, IFA, París.

Tuan, Y. F. (1974): *Topophilia. A study of environmental perception, attitudes and values*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.

Urbano, H. (1991): *Modernidad en los Andes*, Centro de Estudios Andinos Bartolomé de Las Casas, Cusco.

Urbano, H. (1993): *Mito y simbolismo en los Andes*, Centro de Estudios Andinos Bartolomé de Las Casas, Cusco.

Vargas Llosa, M. (1999): *Conversación en La Catedral*, Alfaguara, Madrid, [1969].

Vera Hernández, H. (1993): *La arquitectura de Carlos Raúl Villanueva*, catálogo de la muestra del mismo nombre exhibida en el Círculo de Bellas Artes, Madrid.

Vester, F. y Von Hessler, A. (1984): *Sensitivitymodell*, Ayuntamiento de Francfort, Francfort.

Villoro, J. (2000): *Efectos personales*, Anagrama, Barcelona.

Virilio, P. (1989): *La máquina de visión*, Cátedra, Madrid.

Waak, W. (1990): “Río, Ciudad sin Ley” en diario *El País*, Madrid, 22 de julio de 1990.

Wagensberg, J. (1998): *Ideas para la imaginación impura*, Tusquets, Barcelona.

- Warminski, A. (1998): "Alegorías de la referencia" en De Man, P.: *La ideología estética*, Cátedra, Madrid.
- WCED (1987): *Our common future*, Oxford University Press, Nueva York-Londres.
- Wellmer, A. (1996): *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*, Cátedra, Madrid.
- Wittkower, R. (1949): *Architectural principles in the Age of Humanism*, Routledge, Londres, (trad. esp. en ed. Nueva Visión).
- Wolman, A. (1965): "The metabolism of cities" en revista *Scientific American*, volumen 213, número 3, Nueva York, pp. 179-190.
- Zaera Polo, A. (1992): "Encontrando libertades" reportaje a R. Koolhaas en revista *El Croquis*, 26, Madrid, pp. 6-31.
- Zaera Polo, A. (1994): "Order out chaos (the material organization of advanced capitalism)" ensayo en revista *Architectural Design*, 64, Londres.
- Zizek, S. (2001): *El espinoso sujeto. El centro ausente en la ontología política*, Paidós, Buenos Aires.

Sobre el autor

Roberto Fernández · Buenos Aires (1946). Arquitecto (1970), Doctor (2006) y profesor Titular de Historia de la Arquitectura (UBA), cargo que también ocupa en la Facultad de Arquitectura de Mar del Plata. Director de CIAM (Centro de Investigaciones Ambientales), de la Maestría en Gestión Ambiental Urbana y del Programa de Doctorado, que también conduce en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Córdoba. Miembro de las Academias de Bellas Artes de San Fernando (Madrid) y Nacional (Argentina). Conduce un grupo de investigación ambiental en la Universidad del Salvador y es Asesor de Investigación en Arquitectura de la UAI. Director de la revista *X:eXperimentos de diseño* (Mar del Plata) y, para la UAI, de la revista *Modos del Proyecto* (Buenos Aires). Autor de numerosas publicaciones, entre ellas: *El Laboratorio Americano* (Madrid, 2000), *Utopías Sociales y Cultura Técnica* (Buenos Aires, 2001), *El Proyecto Final* (Montevideo, 2002), *Formas Leves* (Lima, 2004), *Obra del Tiempo* (Buenos Aires, 2007), *Ecología Artificial* (Buenos Aires, 2010), *Derivas* (Santa Fe, 2002).

